

**GIORGIO
FALETTI**



**APUNTES DE
UN VENDEDOR
DE MUJERES**

Lectulandia

1978. Mientras Italia vive los dramáticos días del secuestro de Aldo Moro, una Milán dominada por los conflictos políticos y el crimen organizado se prepara para convertirse en la ciudad de moda de los años ochenta. La alta sociedad veranea en Santa Margherita y Paraggi, y se entrega a diversiones cada vez más extremas, en un clima de fin de imperio.

En este mundo de restaurantes de lujo, discotecas, garitos clandestinos y cabarets —en los que está formándose una nueva generación de cómicos—, hace sus negocios un hombre enigmático, fascinante, víctima de una mutilación por desquite que lo ha vuelto un cínico. Todos lo conocen por el nombre de Bravo. Trabaja con mujeres. Las vende. Su existencia es una larga noche insomne que pasa en compañía de desesperados, como su amigo Daytona. El único ser humano con el que parece tener una relación normal es Lucio, su vecino. Los une la pasión por los acertijos.

La aparición inesperada de una chica, Carla, revive dolorosamente sensaciones que Bravo creía olvidadas para siempre. Pero marca también el principio de una pesadilla en la que se verá perseguido al mismo tiempo por la policía, los servicios secretos, el crimen organizado y las Brigadas Rojas. Para salvarse no cuenta más que consigo mismo. El mundo real, del que había tratado de huir refugiándose en la oscuridad, lo reclama y lo enfrenta a la violencia de su tiempo. Es algo tan grande que, en comparación, sus tráficos turbios parecen claros como el agua.

Lectulandia

Giorgio Faletti

Apuntes de un vendedor de mujeres

ePub r1.0

Maki 09.12.13

Título original: *Appunti di un venditore di donne*
Giorgio Faletti, 2010
Traducción: Juan Manuel Salmerón Arjona
Retoque de portada: Maki

Editor digital: Maki
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*A Marcella y a Corrado,
que no se han ido*

De acuerdo, comámonosla.

ADÁN Y EVA

PRÓLOGO

Me llamo Bravo y no tengo picha.

Así podría presentarme. Llevar un apodo en lugar del nombre verdadero no quiere decir nada. Cada cual es quien es, por muchas estelas burocráticas que arrastre como serpentinas tras una noche de Carnaval. Mi vida no habría cambiado un ápice de haber dado cualquier otro nombre junto con la mano que estrechar. Ni más ni menos. Ni subidas ni bajadas, ni mares en calma o agitados en los que bregar o añorar haber bregado. Carecer de nombre era como un generoso rincón de sombra en el que esconderme, como tener un rostro que apenas se ve, un cuerpo que apenas se percibe, era no ser nada, era no ser nadie. Siendo yo quien era, esta condición me ofrecía todo lo que necesitaba en lo práctico, sin opciones ni excepciones.

En cuanto a lo otro, al detalle anatómico, merece la pena que nos detengamos.

No nació así.

No hubo en su día ninguna mirada atónita de médico que me viera salir de la raja en cuestión enteramente desguarnecido, ni ojeada perpleja a una madre sacudida aún por el último y definitivo espasmo del parto. No hubo ternezas para un niño lisiado de tan singular miembro y que podía ser objeto de sangrientas burlas en el futuro. Ni hubo tremendas confesiones de adolescente con la cabeza gacha y los ojos clavados en la punta de los zapatos.

Cuando vine al mundo todo estaba en su lugar. Incluso demasiado en su lugar, a juzgar por lo que había de ocurrir. Y, hasta cierto día, todo eso que estaba en su lugar causó diversas desazones a una serie de señoras y señoritas más bien ligeras de cascos que no deseaban otra cosa. Yo siempre pensé que era problema de ellas.

Pero un día el problema de una de ellas se convirtió en mi problema.

Cómo, cuándo y por qué ocurrió esto no ha de constituir objeto de estudio para los historiadores. Ocurrió sencillamente que conocí a la persona equivocada y me di cuenta en el momento equivocado. Me declaro culpable, por si sirve de algo. Lo admito, no me lo recrimino. Las cosas son como son en la vida de cada cual y punto. A veces no tenemos opción ni motivos para comportarnos de otro modo. O si los tenemos, yo no acabé de verlos. Tratar hoy de explicarlo no sería más que clavar otra aguja en un muñeco de vudú con mi cara.

Una noche de ésas en que el tiempo se apunta un tanto, alguien con una afilada cuchilla de afeitar y no poca rabia y sadismo me dejó en la condición en que me hallo. Quedé tirado en el suelo, con una mancha de sangre que se expandía por los pantalones y un hilo de voz que se apagaba a medida que la mancha clamaba más y más alto. Me echaron del escenario y tuve que pasar del palco al patio de butacas. A la última fila, de hecho. Pero el dolor de aquel tajo no fue nada comparado con el dolor del aplauso.

Hasta aquel día yo hablaba de amor por conveniencia y practicaba sexo por placer. A partir de entonces no tuve que volver a prometer amor porque a cambio no podía recibir su trasunto en especie, o sea, sexo.

El cuerpo de un hombre nada me decía y yo nada tenía que decir al cuerpo de una mujer.

Y, de pronto, sobrevino la paz. Ya no hubo ni subidas ni bajadas, ya sólo hubo llanura. Ni más mares en calma o agitados, sólo el escarnio de la bonanza que no infla ni rompe velas. Ahora que no tenía ya por qué correr, podía mirar alrededor y ver cómo funciona el mundo.

Amor y sexo.

Mentira e ilusiones.

Un poco de lo uno y otro poco de lo otro. Y siempre en busca del siguiente puerto, de la siguiente dirección, que apuntamos en la mente como pudimos: oliendo, husmeando, tanteando. Todos ciegos, sordos y mudos, y sin más recurso que el tacto y el olfato, la última frontera del instinto.

Cuando recobré la vista, el oído y la palabra, reflexioné y comprendí.

Y acepté.

Y actué.

Y entonces empezaron los derramamientos de sangre, materia prima que en ninguna parte del mundo vale mucho. Y murió gente que quizá valía menos. Algunos responsables pagaron, otros se libraron. Como todas las cosas que acaban en muerte, también ésta tuvo su inicio.

Todo empezó cuando comprendí que había mujeres dispuestas a vender su cuerpo y hombres dispuestos a pagar por él.

Hay que ser codicioso, o rencoroso o cínico para mediar en este comercio.

Yo era las tres cosas.

Abril de 1978

1

Cuando Daytona y yo salimos a la calle es de día.

Nos quedamos un momento parados en la acera, a dos pasos uno del otro, respirando el aire fresco de la mañana, que incluso en una gran ciudad parece puro. En realidad, el aire de Milán está cargado, como el aliento que debemos de tener nosotros. Lo único puro es la sugestión, pero de sugestión también se vive.

Daytona abre los brazos, bosteza y se despereza.

Creo oír que le cruje la espalda, pero podría no ser más que una impresión. En su rostro se ven las huellas de la noche pasada jugando al póquer y esnifando coca. Lleva un buen colocón, se le nota en que se le contraen los músculos de las mandíbulas. El doble emparrado que le cubre la calva como un juego de prestidigitación y de laca ha cedido un poco y le cuelga de lado, como una boina de pelo. Está pálido y tiene ojeras. El bigote hace que parezca uno de esos personajes de dibujos animados neuróticos y malvados que, mal que les pese, hacen reír más que otra cosa.

Se acerca la mano a la cara, retira un puño de la camisa al que la noche en vela ha puesto una orla y mira la hora.

—¡Joder, son casi las seis!

Daytona lo dice como si fuera un problema. Como si para él fuese una excepción seguir despierto a esta hora. Como si tuviera que rendir cuentas a alguien de lo que hace, aparte de a sí mismo y a veces a la policía. Deja caer el brazo y el reloj desaparece. Ese reloj es la causa de su apodo. Hace años que lleva un Rolex Daytona de oro, modelo Paul Newman.

Cuando lo lleva.

Por este adminículo es muy fácil saber cuándo está o no está en racha. Basta con mirarle la muñeca izquierda. Si no lleva el reloj, es que lo tiene empeñado en el Monte de Piedad. Y si lo tiene empeñado, quiere decir que está buscándose la vida para recuperarlo. Lo que hace sin reparar mucho en medios ni métodos.

El caso es que ahora lleva el reloj y acaba de pasar una noche loca y de ganar al póquer. Después de cerrar el Ascot Club, nos quedamos en el reservado contiguo al bar él, Sergio Fanti, el Godie, Matteo Sana, alias Sanantonio, y yo. Bonverde, el dueño, se fue con su mujer en cuanto salió el último espectador y dejó a Giuliano, el director, encargado de cerrar. Se fue sin preocuparse de lo que ocurriría cuando él no estuviera. Nos quedamos, digo, respirando el olor a humanidad hacinada que seguía flotando en el ambiente, y el tufo como a heno húmedo de la moqueta que no airean desde hace años. Sacamos naipes, tabaco y metros de cocaína.

Pasaron las horas, el tabaco y los naipes, y cuando nos acabamos la coca, resultó que Daytona fue el protagonista indiscutible de la noche. El gordo fue un póquer de

nueve que cayó sobre la mesa cual flecha justiciera para vencer a un full servido y de un color. Lo que le valió el plato fuerte de la velada.

Como si estuviera leyéndome el pensamiento, Daytona se vuelve hacia mí:

—Vaya potra he tenido esta noche. Falta me hacía.

Sonrío, sin poder evitarlo. Giro la cara y miró el tráfico aún incierto de la mañana. Por via Monte Rosa pasan indolentes unos cuantos coches, dentro de los cuales van fantasmas asustados que regresan y fantasmas que creen que asustan que salen camino de su condena diaria. Como observador que soy, creo que Daytona ha dado un nombre y unas señas a la diosa vendada, gracias a algunas mañan no del todo impecables. Al menos no del todo impecables para mí. Pero no es asunto mío. Yo no juego, luego ni gano ni pierdo. Yo soy siempre el espectador que mira y va a lo suyo. Ésta es una regla de vida que con el tiempo se ha convertido en una grata costumbre. Se vive mejor, y en ciertos ambientes simplemente se vive.

Me vuelvo hacia él:

—Y que lo digas. ¿Cuánto has ganado?

Daytona me escruta para ver si hay ironía en mi cara. No la ve o prefiere no verla. Se mete la mano en el bolsillo y sin sacarla, como si le bastase con el tacto, empieza a contar el dinero. Me parece estar viendo sus dedos gordezuelos y peludos repasar los billetes con el poco cuidado con que suele manejarse el dinero fácil.

—Un millón ochocientos, más o menos.

—Buen golpe.

—Ya. A la ocasión la pintan calva.

Se frota las manos satisfecho y yo pienso que hay seres humanos a los que les cuesta mucho aprender de sus errores. Como me cuesta a mí no sonreír de nuevo. Una vez, en una partida con gente no de su clase, de tanto repetir esa frase, Daytona se ganó un puñetazo de uno más alto, más fuerte y más armado que él. Y no hubo posibilidad de réplica por razones obvias. Llevó un tiempo un ojo morado y parecía un dálmata patoso y triste. Y lo seguía un séquito de risillas como la cola del vestido a la novia.

Salen los demás tras nosotros.

Lo hacen subiendo por la escalera sobre la que se lee un letrero que por la noche invita a bajar y entrar en el Ascot Club, el templo por excelencia del cabaré milanés. En las paredes de la escalera, de escalones gastados, se ven carteles de grandes figuras que en los inicios de su carrera pasaron por allí, actuaron ante aquellas mesas, con aquellas luces. En la calle, junto a la entrada, ponen todos los días un tablón de anuncios luminoso con los nombres de los que prueban fortuna.

Un pasado prometedor, un futuro de gloria y un presente de esperanza. Todos reunidos en el viejo dicho de que en Milán, a cierta hora de la noche, no quedan en la calle más que policías, artistas, delincuentes y putas.

Lo difícil ha sido siempre saber quién es qué.

Giuliano sale el último. Se entretiene bajando una persiana metálica que cierra definitivamente el Ascot Club y lo protege de la contaminación del día.

Los demás se nos unen.

El Godie se acerca a Daytona y le pone los dedos índice y medio en el cuello, como si fueran una tijera.

—¡Tac! Feo con el locu roto.

El Godie habla y se comporta de una manera casi folclórica. Representa muy bien el lugar, hora y gente con la que está. Esa peña que se expresa con un lenguaje que quiere ser reconocible, si no original. Basta invertir las sílabas de las palabras, con lo que gato se convierte en toga, hurta en tahúr y trigo en gotri. Y Diego, su nombre, se convierte en Godie.

El Godie, para ser exactos.

Sencillo y tal vez algo tonto. Pero cada cual se cuelga las medallas que puede.

Daytona le aparta la mano.

—¡Qué dices locu! Si no sois capaces de jugar. Y tú menos que nadie.

El Godie lo empuja por el codo.

—¡Vete a cagar! Te recuerdo que en Las Vegas no estábamos más que Steve McQueen y yo.

Son los chistes de siempre, un poco repetitivos, a veces inspirados y a veces inspiradores de los que cuentan los artistas que todas las noches actúan en el Ascot.

Se acerca Giuliano. Él tampoco ha participado en el juego. Sólo en la juerga. Creo que se ha embolsado una pasta por prestar el local. Pero, como siempre, no es asunto mío.

—Bueno, ¿qué hacemos?

Sergio Fanti, estatura mediana, delgado, calvo, nariz pronunciada, mira la hora. Todos sabemos lo que va a decir.

—Tengo el tiempo justo para ir a casa, darme una ducha y volar al trabajo.

Sergio es el único que tiene un curro serio. Se dedica a la moda y su traje arrugado pero elegante lo demuestra. Nadie sabe cómo puede conciliar sus noches de fuego y rock and roll con una actividad comercial, pero lo hace. La única señal de sus calaveradas es un par de ojeras de caballo que parecen su marca personal.

Matteo Sana bosteza. Se mesa la barba desarreglada, en la que empieza a asomar algún que otro pelo blanco, como en el cabello.

—Yo voy a tomarme un capuchino a Gattullo.

El Godie le pone a él también los dedos como tijeras y dice, con un acento tan milanés que casi parece caricaturesco:

—¡Tac! Me apunto. Veo y doblo. Capuchino y cruasán.

Giuliano nos mira a Daytona y a mí.

—¿Vosotros venís?

Daytona se da con el dedo en la muñeca.

—Yo paso.

Yo sacudo la cabeza.

—Idem. Yo me voy a la piltra.

Los vemos a los cuatro alejarse hacia el BMW 528 de Sergio Fanti, que al final va también. El Godie se mueve y habla mucho, como siempre que se coloca. Suben al coche, mientras cierran las puertas arranca el motor, un humo azulenco sale por el tubo de escape. El coche sale del aparcamiento y se dirige hacia piazza Buonarroti, camino de la pastelería Gattullo, en Porta Lodovica.

Me los imagino entrando hechos unos zorros en el local, que entretanto se habrá llenado de gente que pide capuchinos y cruasanes. Al contrario de lo que se proponían, pedirán por ejemplo tres whiskys y un Campari, con lo que unas cuantas caras se volverán a mirarlos. Luego se irán a casa y se tomarán un Roipnol para dormir, para combatir el efecto de la coca y la taquicardia causada por la anfetamina con la que seguro que la han cortado. La noche ha acabado y así es como ciertos animales vuelven a su guarida.

Daytona y yo seguimos en la acera, solos de nuevo.

—¿Sabes lo que se necesitaría para acabar bien una noche afortunada?

—No.

Pero sí lo sé. Lo sé perfectamente. Pero quiero oírsele a él.

Daytona me mira, con su emparrado que va y viene y unos ojos que brillan, en la medida en que los ojos pueden brillar tras una noche insomne. Y señala con la cabeza un punto al otro lado de la calle.

—Un buen vopol con aquella tía.

Sonrío, esta vez sin tener que ocultarlo.

Enfrente del Ascot Club hay un edificio de oficinas de cuatro plantas que pertenece a la Costa Britain y cuya fachada ocupa un buen trecho de calle, desde la esquina con via Tempesta hacia piazzale Lotto. Cemento, vidrio y metal. Y luces siempre encendidas en techos y escritorios desiertos, para recordarnos que en esta ciudad se piensa en el trabajo también cuando se descansa.

Por la puerta de cristales acaba de salir un grupo de personas. Son las mujeres de la limpieza. Han vaciado papeleras, pasado aspiradoras y fregado baños, trabajadoras forzadas de la noche que han dado el callo hasta ahora para que los trabajadores forzados del día lo encuentren todo en orden. Un par se han ido enseguida, deseosas de acostarse o desayunar. Las demás se han quedado a hablar, quizá con la misma impresión que nosotros de que el aire a esta hora de la mañana merece ser respirado. Una de ellas se ha quedado un poco aparte, encendiendo un cigarrillo. Es alta y delgada y la ropa deforme no oculta cierta gracia. Tiene el pelo largo y castaño y la

tez clara, llena de luz.

Y cara de resignación.

También yo la señalo con la cabeza.

—¿Aquélla?

—Sí. Buena pava.

Miro a Daytona, que ya se está montando una película en la cabeza. Y seguro que no es una película que pueda proyectarse en un cine en pleno centro.

—¿Tú cuánto darías?

—Cien mil, si quiere.

Cien mil liras son un buen par de zapatos, en los tiempos que corren. Que corren cada vez más veloces.

—Doscientas mil y quiere.

Daytona abre los ojos. No pone en duda mis palabras, pone en duda la cifra.

—¡Joder!

—Ciento cincuenta mil para ella y cincuenta mil para mí.

—Eres un mierda.

Lo miro como podría mirar a un inmigrante con una maleta de cartón.

—Son las seis de la mañana, estás solo, eres feo y ella es una buena chica.

No se decide. Estará preguntándose si hablo en broma o en serio.

Le doy el golpe de gracia.

—Acabas de ganar un millón ochocientas mil. Te queda un millón seiscientas.

—Vale. A ver de qué eres capaz.

Le digo que espere. Ahora le toca a él ser espectador. Cruzo la calle y me acerco a la chica, que está fumando con el bolso en el hombro y me observa haciéndose su composición de lugar. Es mucho más guapa vista de cerca. Es incluso bella. Tiene unos ojos color avellana, melancólicos, que quizá han visto mucho suburbio y hablan de cosas que ha deseado y nunca ha tenido.

Le sonrío.

—Hola. ¿Tienes fuego?

Descuelga el bolso, busca en él y me tiende un mechero de plástico. Debe de llevar poco tiempo trabajando allí. Aún no tiene las manos estropeadas por detergentes y faenas, faenas de casa y de fuera. Por su mirada sé que ha comprendido que lo de pedirle fuego es un pretexto. Y no muy original, para ser sincero.

Saco el paquete de Marlboro y me enciendo un cigarrillo. En medio del humo señalo el edificio que tiene a la espalda.

—¿Trabajas aquí?

Hace un gesto vago con la cabeza.

—Mujer de la limpieza. Si a eso lo llamas un trabajo, sí, trabajo aquí.

—¿Cómo te llamas?

—Carla.

—Bien, Carla. ¿Puedo hacerte una pregunta personal?

Ella aplica la regla del que calla otorga. Está expectante. Lo que significa que también es lista.

—¿Cuánto ganas?

Me examina, se pregunta adonde quiero ir a parar. No hay temor en sus ojos, y eso me gusta.

—Ciento ochenta mil.

—¿Quieres ganar ciento cincuenta mil en un par de horas?

Ella comprende enseguida. Me espero una bofetada que no llega. Lo cual es muy significativo. Quizá no es la primera vez que recibe esta clase de propuestas. Quizá está pasando un momento particularmente apurado. O quizá es que ha visto, en un instante, el modo de salir del suburbio, de la comida congelada, de la ropa barata de UPIIM. Las hipótesis son muchas y ninguna me importa.

Queda por aclarar una cosa y lo hace ella.

—¿Con quién?

Señalo hacia atrás con la cabeza. Ella identifica a Daytona, que sigue en la acera de enfrente. Y me mira con cierta decepción. Antes de contestar baja los ojos.

—No es Robert Redford.

Pongo cara inocente, como se pone ante lo obvio.

—Si lo fuera, yo no estaría aquí hablando contigo.

Mira a las otras, que parecen esperarla en grupo a unos pasos de distancia. Desde que empezamos a hablar han estado observándonos y comentando. Risillas y ojeadas. No descarto que alguna de esas ojeadas sea de envidia. Carla vuelve a mirarme, con cierta expresión desafiante en sus ojos avellana.

Habla en voz baja, como si fuese una idea que se le escapa. Propone una alternativa.

—Contigo me iría gratis...

Sacudo levemente la cabeza negando toda posibilidad en ese sentido.

—Yo no cuento.

Quiere una explicación.

—¿No te gusto yo o no te gustan las mujeres?

—Ninguna de las dos cosas. Digamos que en este asunto yo sólo soy el intermediario.

Carla guarda silencio. Entiendo que está sopesando los pros y los contras. No creo que sea una cuestión moral, sino de oportunidad. A lo mejor pertenece a una de esas familias en que el padre es dueño de todo lo que hay en la casa, hijas incluidas. Se trata sólo de poner un precio justo a algo que habitualmente está obligada a dar. O quizá no son más que imaginaciones mías y la verdad, como ocurre a menudo, es

otra. Nadie puede saber lo que pasa en la cabeza de la gente.

A veces sólo importa lo que la gente decide hacer.

Carla hace un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Dile que me espere enfrente del Café Alemagna, en via Monte Bianco. Tardo dos minutos.

Le señalo el Porsche naranja de Daytona. Es un coche viejo, de prestigio empañado. Prestigio que se quedó en las manos del primer propietario, que ahora conducirá sin duda el último modelo. Pero para gente como Daytona y compañía ese coche no deja de ser una tarjeta de visita.

—Ése es el coche.

—Vale.

Mientras nosotros hablamos, sus compañeras se alejan. Carla parece aliviada. De momento no tiene que dar explicaciones. Estoy seguro de que al día siguiente las tendrá preparadas. El dinero y el sentimiento de culpa son excelentes incentivos para mentir.

—Sólo un consejo.

—¿Sí?

—Dile que te invite a un café y no subas al coche hasta que tengas el dinero en el bolso.

Ella me mira con una sonrisa que no es completamente una sonrisa.

—¿Se hace así?

—Sí, se hace así.

Doy media vuelta y veo a Daytona esperando en la acera de enfrente. Cruzo la calle y me reúno con él. Ha asistido al diálogo sin saber lo que estaba pasando, igual que las colegas de Carla. Al llegar tiro la colilla y expulso la última bocanada de humo, que aumenta la contaminación de Milán.

—¿Y bien?

—Que la esperes enfrente del Alemagna. Va para allá.

—¿Cuánto?

—Ciento cincuenta mil, lo que te dije.

—¡Joder!

Quizá Daytona no da crédito a sus oídos y con esa palabra quiere expresar admiración. O quizá esperaba una rebaja. Hace tiempo que dejó de creer en sus encantos.

—Y los cincuenta mil míos.

Le tiendo la mano con la palma hacia arriba. Él comprende y busca en el bolsillo. Y me alarga un billete todo arrugado, como es justo que esté el dinero que se gana sin esfuerzo. Sólo que esta vez lo gano yo. Sin hacer trampas. El juego es viejo como el mundo y yo conozco las reglas. También Daytona las conoce, pero no se rebaja a

aplicarlas. Prefiere que otros lo hagan por él. Y, como tantos otros, está dispuesto a pagar por ello.

Me guardo el dinero en el bolsillo de la chaqueta. Él me mira con intención.

—No me la juegues, Bravo.

Me encojo de hombros.

—Yo nunca se la juego a nadie.

Daytona se acerca al Porsche, lo abre, monta y arranca. Espera a que no pasen coches y sale rumbo a piazzale Lotto. En el semáforo verde las luces de freno se encienden y el automóvil gira a la derecha, camino de una discutible aventura.

Me he quedado solo.

Busco las llaves en el bolsillo de la chaqueta y echo a andar hacia mi coche, un Mini Innocenti azul, que tengo aparcado aquí cerca.

Subo a mi anónimo vehículo. Por mi izquierda veo pasar a Carla, que acude ligera a su cita. Me ve y humilla la vista. Suerte, chica. Ganar un mes de sueldo por dos horas de trabajo no es mal negocio, si una se adapta. Ella ha demostrado que quiere adaptarse. Para mí ha sido una especie de diversión, porque mis contratos y contactos suelen ser de muy distinto alcance. No me pregunto contra qué va lo que acabo de hacer y hago habitualmente.

La ley de los hombres es una línea trazada con mano no muy firme. Unos sobrepasan el límite y otros lo respetan. Yo estoy convencido de que vivo un palmo por encima de esa línea, sin poner nunca los pies ni a un lado ni a otro. No me doy problemas porque el mundo que me rodea no me los da.

Gustará o no, pero así soy.

Contigo me iría gratis...

Las palabras de la muchacha siguen resonándome en los oídos mientras recorro la Nuova Vigevanese camino de casa. Y sigo viendo sus ojos. Para desechar sonidos, apariencias y deseos, a todo superpongo la imagen del rostro congestionado y las probables palabras de Daytona mientras se la tira. Me la imagino desvestida presurosamente por sus manos rollizas de dedos blancos con pelos negros. Conozco el gesto impaciente con que se ha bajado los pantalones y le ha empujado la cabeza entre sus piernas. Sé lo que sucederá o lo que ha sucedido después. Una relación momentánea, complicada por los efectos de la coca, la indiferencia de la chica, el anonimato del motel.

Pero Daytona no es de los que reparan en estas cosas. No tiene fuerza para ser un animal de presa ni la muchacha la ingenuidad de una gacela. No es sino un contrato según el cual se dan unas cosas y se reciben otras. Hay personas para las que la perspectiva del acto es más importante que el acto mismo. Éste es uno de esos casos. Por otras razones y en otro sentido, también vale para mí.

Un semáforo cambia del amarillo al rojo y yo paro y me enciendo un cigarrillo. Mientras nosotros jugábamos a la vida bella, para el resto del mundo el domingo se ha transformado en un lunes. El tráfico empieza a liar una madeja que será compacta e inextricable dentro de media hora o poco más. Pero antes yo ya estaré escondido en mi casa. Ser un animal nocturno no tiene ningún encanto, ni ninguna gloria. A veces es un engaño, porque la oscuridad lo confunde todo, creencias y verdades. En los documentales vemos continuamente escenas de leones dándose un banquete y manadas de hienas que merodean esperando las sobras. En realidad son las hienas las que muchas veces han matado a la presa. El león viene después e, imponiendo la ley del rey, se queda con el mejor bocado y deja el resto a quien ha hecho el trabajo sucio. Esta imagen, filtrada por una lente apresurada, como una ley física se proyecta sobre el mundo real invertida, de manera que resulta difícil saber quién es león y quién es hiena.

A mi lado, en un Mercedes recién estrenado, bosteza un tipo sin poder evitarlo.

Me pregunto qué animal será.

No tiene la cara deshecha por una noche insomne sino la expresión incierta que pinta en el rostro un despertador que suena siempre demasiado temprano. Un tipo anónimo, del género «ni... ni...». Ni joven ni viejo, ni guapo ni feo, ni rico ni pobre. Y así todo. A lo mejor tiene mujer e hijos y se ha comprado un Mercedes porque ha decidido que la vida se lo debe, como a veces compra por una hora a una chica del nivel de las que yo trato. Debe de ser un pequeño empresario de los que tienen esas naves una tras otra a lo largo de la carretera de Vigevano. A lo mejor en la suya

fabrican vigas de aluminio o venden zapatos a precio de coste en dos plantas.

El semáforo se pone en verde y simultáneamente se oye el bocinazo de un coche. Es tan de esperar que no malgasto ni un «Que te den». El cielo ha pasado de incoloro a azul y con el sol han aparecido las sombras. Otras sombras deben desaparecer. Es la ley de la ciudad y de su diario zumbido, que crece o decrece según las horas. Para quien no lo soporta, es casi el momento de taparse los oídos y esconder la cabeza bajo la almohada.

A la altura del metro giro a la derecha, recorro un trecho del lateral de la avenida y llego a la urbanización Tessera, donde vivo. Son edificios cuadrados de cinco plantas, de ladrillo marrón, confinados dentro de una valla que da una impresión de orden y pertenencia. Entre edificio y edificio hay anchos macizos de césped desmedrado, con algún que otro pino y arce que hacen de fronda. Son edificios de la Riunione Adriatica di Sicurtà, una de las grandes compañías de seguros italianas, y forman parte de esas prestaciones inmobiliarias que todas las compañías de seguros han de tener por ley. Pronto, cuando los edificios empiecen a deteriorarse y su mantenimiento resulte demasiado oneroso, los pondrán en venta. Se verá entonces quién tiene vocación de propietario y quién seguirá de alquiler toda la vida y se verá obligado a emigrar.

En los apartamentos viven sobre todo trabajadores que van y viene del centro, hombres con trajes comprados en grandes almacenes y cuellos de camisa siempre un pelín anchos o un pelín estrechos, que por la mañana dejan en casa a una esposa a la que por la noche encuentran un día más vieja, sin saber ni importarles lo que la ha envejecido. He de decir que en mi rodar de aquí para allá me he cruzado con unas cuantas señoras que me han mirado primero con interés y luego como pidiendo socorro. Yo he bajado los ojos y he pasado de largo. No tengo nada que dar ni nada que recibir. Este lugar y esta vida apagan los colores y de nada sirve mezclar grises. Más claro o más oscuro, siempre resulta otro gris.

Aparco el coche en la plaza del aparcamiento en batería que deja libre otro automóvil. El que lo conduce es joven, pero ya tiene un aire resignado. Por su expresión es como una bandera blanca viviente. Es sorprendente lo pronto que se rinden algunos. No son perdedores, son gente que ni intenta ganar. Y eso es mucho peor que una derrota.

Conozco a muchos así. A veces tengo la impresión de ver a uno cuando me miro en el espejo.

Abro la portezuela del coche, me apeo y la cierro dejando dentro esta depresión de noche en blanco. Me encamino a casa bordeando la valla.

A la izquierda, a unos doscientos metros, hay un barrio de viviendas de protección oficial. Eso es otro mundo, a un tiempo precario y residencial. Zafio y en constante evolución. Ahí vive toda clase de gente, obreros y pequeños delincuentes, mano de

obra barata a la que recurre gente de clase más alta e integrada. Unos instantes de gloria, un dinerillo fácil que enseguida se ostenta en el bar con un coche, una patrulla de carabineros que vienen al amanecer. Queda libre un lugar y siempre hay alguien esperando para ocuparlo. Bien mirado, no es sino otro modo de ir y venir del centro.

La topografía arrabalera de Milán dice que estamos en via Fratelli Rosselli número 4. Yo digo que estamos en el lugar que por unas horas al día llamo casa. Al otro lado del césped hay una señora paseando al perro. Es un pastor alemán que corretea y hace fiestas a un ama soñolienta. El animal parece disfrutar más que el resto de los residentes de esa hierba que la contaminación abona.

Abro la puerta de cristales y subo al primer piso sin encontrarme con nadie. Introduzco la llave en la cerradura, la giro y una voz me sorprende.

—El pestillo de un hombre que vuelve suena distinto del de un hombre que sale.

Me doy la vuelta y de la puerta de enfrente veo salir a Lucio. Su mirada acusa una leve desviación respecto del punto en que me hallo. Lleva un par de gafas negras. Sé que cuando está solo no las lleva, pero su comprensible pudor de ciego le dicta taparse los ojos velados de un blanco angustioso cuando se halla en presencia de gente.

Esbozo una sonrisa que él no puede ver pero sí sentir.

—Tienes oído de perro.

—Tengo oído de músico. Las llaves son una de mis competencias.

Se apresura a corregirse.

—Ingeniosidad muy discutible. Yo nunca podría ser cómico. Creo que tendré que conformarme con ser el Stevie Wonder italiano.

Lucio toca la guitarra y lo hace soberbiamente. Desde mi casa lo oigo a menudo practicar. Ese instrumento sinuoso, de flancos anchos, capaces, femeninos, es su luz en la oscuridad y su libertad. Con la música se gana la vida bastante bien. Alterna períodos en que actúa en locales de Brera con otros en que toca en el metro. Imagino que lo hace para sentir de alguna manera la sucesión del día y la noche, ya que por lo demás es noche perpetua. Quizá podría ganar más, pero lo que saca le basta. No se lo he preguntado y él no me lo ha dicho. En la vida de todos los hombres hay un área sagrada que es la de sus propios asuntos. Lo difícil es saber lo grande que es esa área en cada caso.

—¿Quieres un café?

Quedo en suspenso, con la puerta abierta. Él encoge un hombro.

—Quítate de la cara esa expresión de duda. Total, sé que la tienes. Un café en compañía no se le niega a nadie.

Y esta vez no es una excepción. No veo el motivo.

Lucio ha hecho una breve pausa antes de decir la última frase y la ha subrayado levemente con la voz. Reírse de sí mismo es otra de las murallas que pone entre sí

mismo y un mundo para él invisible. Ponerse a la par y procurar no ser visto por aquél a quien no ve.

—Venga ese café. Eres un pesado.

Me oye cerrar la puerta y cruzar el rellano. Abre más la hoja y se hace a un lado para dejarme entrar.

—Y tú un desagradecido. Te haré un café asqueroso, para que aprendas.

Entramos en su apartamento. No ha hecho concesiones a la vista. Los tejidos los ha elegido por el tacto y los colores al azar. La disposición de los muebles, en cambio, es rigurosa. Cuando nos conocimos, hace un año, Lucio me dijo que eligió aquel piso porque la planta era muy parecida a la de la casa en la que vivía antes. Los muebles están colocados en el mismo sitio y los recorridos se aprenden de memoria casi sin esfuerzo.

O casi.

Como él dice, siempre hay un casi, dadas sus circunstancias.

Me dirijo a la mesa que hay junto al ventanal. Echo una ojeada fuera, por los cristales sin cortinas. La señora del perro se ha ido. No se ve a nadie en la calle.

Estamos solos, dentro y fuera.

Lucio se mueve como si viera por su pequeño dominio sin picos ni esquinas. Desaparece por la puerta de la cocina y lo oigo trastear con los armarios y la cafetera. Me dice, mientras me siento:

—Una fácil, dado que no has dormido.

—Suelta.

—Di querido. Dos más seis igual a ocho.

Es una adivinanza. De la definición se sacan dos palabras que unidas forman otra, que suma sus letras. Con ésta no tengo que pensar mucho.

—Di querido. Di amante. Diamante.

Esta vez soy yo quien, sin verlo, nota la sonrisa en su voz.

—Bien, ésa era fácil de verdad. O es que tú eres Bravo de nombre y de hecho.

Es una costumbre que tenemos hace tiempo. Inventamos acertijos que intercambiamos en lugar de confidencias sobre nuestra vida. Un día uno de los dos inventará uno particularmente complejo y el otro lo resolverá. Quizá ese día podamos decir que somos amigos. De momento no somos más que dos personas que comparten el patio en los ratos en que salen a tomar el aire.

El café se manifiesta con el sonido ronco de la cafetera. Lucio aparece con dos tacitas desparejas y un azucarero. No lo ayudo porque sé que no quiere. Lo confirma el hecho de que nunca me lo pide.

Los deja en la mesa y desaparece otra vez. Vuelve con una cafetera de dos tazas y unas cucharillas. Lo deja todo en la mesa y se sienta frente a mí.

—Bien, Matilde. Sirva el café.

—¿Es una adivinanza?

—No, es una orden.

Ésta es la única concesión que hace Lucio a su ceguera. No lo hago ya por cortesía, sino por deber. Vierto el café en las tazas y echo azúcar. Dos cucharillas para él y media para mí. Le coloco delante la taza de manera que adivine su posición por el ruido. Alarga la mano, la toma y saborea el café con calma. Yo, en cambio, aunque quema, me lo bebo en dos sorbos. Por esto me llama el Godie «boca de amianto», sin usar por una vez su jerga disparatada.

Enciende un cigarrillo. Lucio nota el olor. Gira la cabeza hacia el punto que mi vicio le indica.

—¿Marlboro?

—Sí.

—Yo también fumaba Marlboro. Lo he dejado.

Apura el café.

—Te parecerá mentira, pero fumar sin ver el humo no da ningún gusto. Está claro que el factor estético es muy importante.

Su voz se reviste nuevamente de ironía.

—Podría ser un modo de curar el vicio. Coger al fumador y vendarlo hasta que se le pasen las ganas de fumar.

Sonríe.

—O hasta que tenga que operarse la nariz de tanto quemársela con el mechero.

La idea le hace sonreír más. Y por una asociación mental cambia de tema.

—Hablando de gente vendada, parece que el domingo la fortuna se quitó el trapo y echó un vistazo para el barrio.

—¿O sea?

—En el bar de Michele, el que hay cerca de la iglesia, alguien acertó una quiniela de cuatrocientos noventa millones.

—¡Coño, qué suerte! ¿Y sabes quién es?

Lucio sabe moverse allí donde va. Debido a su incapacidad física y a su carácter, se gana la confianza de la gente. Y por tanto también sus confidencias.

—Nada seguro, sólo indicios. En las casas de protección oficial vive un tal Remo Frontini, un infeliz que creo que es obrero. Tiene un hijo de unos ocho años al que doy clases de guitarra por cuatro cuartos, porque está dotado y la música es una buena manera de quitárselo de en medio. Lo habrás visto salir de mi casa, supongo.

Nunca ha ocurrido eso pero no creo que importe a efectos del relato. Lucio prosigue sin esperar respuesta, convencido sin duda de lo mismo.

—Debo decir que lo poco que le cobro me lo da tarde, mal y nunca.

—Muy loable por tu parte.

—¿Verdad? Pero la cuestión no es ésta.

Se interrumpe, creo que para reflexionar en lo que va a decir y reafirmarse en sus conclusiones.

—Ayer vino con el hijo y lo encontré muy contento y hablador. Cosa rara en él, que es más bien parco en palabras. Me aseguró que pronto me pagaría todo lo que me debía y que no volvería a haber retrasos. Incluso me preguntó, por si decidía comprarle una guitarra nueva al hijo, cuál era la mejor marca.

Hace otra pausa y concluye su pequeña indagación personal.

—Si añades que Frontini frecuenta el bar de Michele y que todas las semanas juega a la quiniela, lo demás está cantado.

Lo pienso. Quizá un momento de más.

—Cuando algo te cambia la vida, es muy difícil disimularlo.

Lucio inclina la cabeza. Baja la voz.

—No sé por qué, pero me parece que lo dices más por ti que por nuestro afortunado quinielista.

Me levanto dejando suspendida esta apreciación para que no gane fuerza y se transforme en curiosidad y por tanto en pregunta.

—*Time to go*, Lucio.

Él comprende y contemporiza.

—Quien acierta una adivinanza a la primera después de una noche en blanco merece irse a la cama.

Me dirijo a la puerta.

—Gracias por tu hospitalidad. Eres de verdad un hombre de palabra.

La pregunta que espero llega mientras abro la puerta.

—¿Por qué lo dices?

—Porque el café daba asco.

Cierro la puerta oyendo su carcajada, atravieso el rellano y al instante siguiente estoy en mi casa, un piso de cincuenta y cinco metros cuadrados que es como el reflejo del de Lucio. Unos cuantos pasos pero es otro mundo. Aquí hay colores, pósters en las paredes, libros en un estante, dos plantas verdes.

Y un televisor.

Me quito la chaqueta y la arrojo al sofá. Vacío los bolsillos y pongo el contenido sobre el mueble de enfrente. El paquete de tabaco, la cartera, el buscapersonas, el billete arrugado de Daytona. Una lucecita parpadeante del teléfono me indica que hay mensajes. Pulso la tecla y mientras me desabotono la camisa oigo el susurro de la cinta rebobinándose.

Y luego las voces.

Bip. Una voz eufórica.

«*Hola, Bravo, soy Barbara. Estoy en la Costa Azul. La barca es fantástica y el tío es majísimo. Quiere que me quede unos días más, así que habla con él sobre las*

condiciones. Gracias. Besos, hombre encantador».

Bip. Voz desgarrada.

«Soy Lorella. Necesito trabajar. Lo necesito de veras. Estoy desesperada. No sé ya lo que hacer. Por favor, llámame».

Bip. Una voz sollozante.

«Bravo, soy Laura. Ha sido terrible. He salido con el Tulipán. No he podido negarme y ha vuelto a pegarme. Tengo miedo. Un día me mata. Llámame cuando oigas el mensaje, a cualquier hora. Hasta pronto».

La camisa sigue a la chaqueta. Ya se encargará de ellas la mujer de la limpieza. Enfilo el pasillo al que dan el dormitorio y el baño.

Me descalzo caminando y reflexiono.

Barbara es una chica estupenda. Encantada de la vida, ejerce como quien no ha recibido de la suerte más que un aspecto físico atractivo. Nos entendemos porque de alguna manera nos parecemos. Tenemos un acuerdo y estamos de acuerdo.

Lorella es una buena chica que trabajó para mí un tiempo, hasta que descubrí que era toxicómana. La gente que me llama paga cifras que le dan derecho a cierto nivel, por lo que no puedo permitirme enviarles mujeres con los brazos picados o colocadas de caballo. Ni siquiera traté de rehabilitarla. Prescindí de ella y punto. He visto a chicas como ella caer en picado y acabar por piazzale Lotto vendiendo la boca, el coño y el culo por diez mil liras. Es perder el tiempo y no valen ni lo que cuesta llamarlas.

Lo de Laura es otra historia, mucho más delicada. Trabaja de modelo, no de mucha categoría pero de manera regular, y redondea sus ingresos con lo que gana gracias a mí. Una noche fuimos juntos al Ascot y allí la vio Salvatore Menno, alias el Tulipán. Lo llaman así porque en piazzale Brescia tiene un puesto donde en invierno vende flores y en verano sandías. Claro que ésta es la tapadera. En realidad es un delincuente que trabaja para Tano Casale, un capo que se disputa Milán con Turatello y Vallanzasca. El subnormal la compró una noche y luego quiso tenerla gratis y que le fuera fiel. Lo siguiente fue atizarle. Laura es una mujer como cualquier otra y por lo tanto me interesa poco como persona. Pero, como realidad laboral, es muy rentable y no puedo permitirme tenerla inactiva por estar llena de morados.

Abro la puerta del baño y me dirijo a la taza. Paso ante el espejo del lavabo sin mirarme. Me desabrocho los pantalones y me los bajo junto con los calzoncillos. Me siento en el váter y meo. Por causa mayor tuve que someterme a intervenciones quirúrgicas que me vedaron orinar de pie. Ahora orino como las mujeres. Y uso el papel higiénico casi igual que ellas.

Estoy pensando cómo resolver lo de Laura y el Tulipán sin que nos cueste el pellejo a ninguno de los dos. Mientras me lavo los dientes se me ocurre una idea. Hablaré con Tano Casale y le propondré un trato.

La idea, por un lado, me parece arriesgada, pero por otra me tranquiliza. Si me lo monto bien y Tano Casale es el hombre de palabra que dicen, puede resultar. Con un poco de suerte.

Salgo del baño y voy al dormitorio. Cuando despierte tendré mucho que hacer. Acabo de desvestirme, me tomo un Tavor con un trago de agua de la botella que tengo siempre en la mesita de noche.

Me tumbo, me tapo con la manta, apago la luz y espero a que mi cuerpo y la pastilla me lleven por unas horas a la oscuridad en la que Lucio pasa todo su tiempo.

Abro los ojos.

Enciendo la luz de la mesita y miro la hora. Las manecillas de mi reloj forman un ángulo que marca las cinco y media. Las sábanas están lisas como si nadie se hubiera acostado en ellas. He dormido sin soñar y despertar es un parto sin dolor. Es curiosa la capacidad que a veces tiene la mente, cuando se alía con la oscuridad, de catalizar los malos recuerdos y trocarlos en pesadillas.

La que llevo años teniendo está como archivada en una parte de mi cerebro, escondida tras la barrera consciente de los gestos y las palabras. Cuando me duermo, si me duermo, no perdona. Quedo tendido y paralizado, a merced de lo que la mente me envía. Pero hoy el encargado de los malos sueños se ha olvidado de que existo y he despertado ileso.

Saco las piernas de la cama y me quedo sentado el tiempo suficiente para que mi vida se recomponga y mis pensamientos vuelvan al presente. Me levanto y andando sobre la moqueta voy a la cocina, donde, a diferencia de Lucio, veo lo que hay dentro de los armarios. Curiosamente, yo a veces me golpeo con algo, lo que a él nunca le pasa.

De fuera se filtra una tarde de primavera.

La camisa y la chaqueta que dejé en el sofá ya no están. Ni en el fregadero los platos y vasos sucios. Los ceniceros, vaciados y lavados, están secándose sobre la encimera. La señora Argenti, mi diminuta mujer de la limpieza, ha venido a cuidar de la casa y de su ocupante mientras yo dormía.

Trajino un momento con el café y mientras espero a que la cafetera y el fuego hagan su trabajo, enciendo la radio. Como por un tácito acuerdo con mi vecino, también yo la prefiero a la tele. Él porque la tele no puede verla, yo porque a veces no quiero verla. La voz del locutor resuena en la cocina.

... recordando el comunicado número seis de las Brigadas Rojas, que hace dos días recibió el diario La Repubblica, y en el que se anuncia que después de un largo interrogatorio el prisionero Aldo Moro ha sido condenado a muerte, el presidente Giovanni Leone ha invitado, con palabras...

Cambio de emisora. Nunca sabré con qué palabras ha invitado a qué el presidente Giovanni Leone. La voz da paso a una canción rock que no acabo de reconocer pero que acepto de mejor grado. Hay momentos en que detesto oír hablar de soledad y la historia de Moro está llena de ella. Las fotos de su detención, su rostro desolado, su condena, me han hecho pensar que, cuando uno vive sospechando que lo rodea la nada, casi siempre hay algo o alguien que convierte esa sospecha en realidad. ¿Pensaría lo mismo al ver que el vasto mundo que antes tenía a su disposición quedaba reducido a los pocos metros cuadrados de una habitación?

Vuelvo a los fogones, donde no me esperan más que las confidencias de una cafetera y unos bufidos de vapor sin significado. Me sirvo el café y empiezo a beberlo. El buscapersonas que dejé en el mueble emite un sonido, que onomatopéyicamente puede traducirse por un bip. Por comodidad tengo contratado un servicio de búsqueda telefónica. Algo caro pero muy rentable. Cada vez que el aparato emite una señal, significa que la centralita del servicio Eurocheck al que estoy abonado ha recibido una llamada para mí.

Me acerco al teléfono y marco el número. Me contesta la voz levemente maquinal del operador. Sin formalidades le comunico mi identidad.

—Soy Bravo. Código 1182.

—Buenas tardes. Haga el favor de llamar al número 02 67859. No han dejado nombre.

—Gracias.

—A usted, señor.

El operador vuelve a ser una hipótesis. Anoto el número en un cuaderno que tengo al lado del teléfono. No me suena. Me sé de memoria todos los números que necesito pero éste me es completamente desconocido. El hecho de que la persona no se haya identificado es bastante normal. Pocos desean dejar huellas cuando van de putas. El teléfono suena varias veces y me contesta una voz de hombre, no joven pero seca y enérgica.

—¿Sí?

—Acaban de avisarme de que llame a este número.

—¿Es usted Bravo?

—Sí.

—Me lo ha recomendado un amigo común.

—¿Cómo de amigo mío y cómo de amigo suyo?

—Lo bastante para pedirle a usted los servicios de dos personas cuando sale de Roma, y para garantizarme a mí su discreción y la calidad del material.

Sé quién es la persona de la que habla. Uno de los mayores anticuarios de la ciudad, que tiene pasión por los tríos y por las mujeres de pago. Ignoro quién es el hombre con el que estoy hablando pero creo que no me lo dirá por teléfono.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Me gustaría conocer a una de sus colaboradoras.

—¿Una sola?

Hay un eco de buen humor en la respuesta. Y un leve suspiro de nostalgia.

—Sí. Hay proezas que no puedo permitirme desde hace tiempo.

—¿Para esta noche?

—No, para mañana por la mañana. Me gustan los despertares felices.

—¿Tiene alguna preferencia?

Él decide tirar los dados y ver qué número sale.

—Mi amigo dice que en general no da usted malas sorpresas. Pero ha quedado particularmente satisfecho con una tal Laura. ¿Puede ser ella?

Mi silencio otorga.

—Bien. La quisiera a ella. Como incentivo puedo decirle que el dinero no es problema.

Ésta es una buena noticia. Y oportuna, en vista de la llamada que debo hacer.

—¿Dónde y cuándo?

—Estoy en el Hotel Gallia, habitación seiscientos cinco. Hacia las nueve me va bien. Diré al portero que deje subir a la persona que me busque.

Esto me alarma y no contesto. Él comprende y me tranquiliza.

—Estoy en una suite para hombres de negocios. Tengo línea directa. Si lo desea, llame al hotel y diga que le pongan con mi habitación. Ahora.

No sé quién es el hombre con el que estoy hablando, pero es un hombre con cerebro. Y con dinero. Alguien que sabe vivir bien y lo que cuesta. Estos dos aspectos de una personalidad son para mí motivo indiscutible de estima.

Muy bien, a las nueve. La persona recibirá de usted un millón. En metálico.

Es una bonita cifra.

—Cuando vea a la muchacha decidirá si lo vale o no.

Esta vez es mi interlocutor quien hace una pausa. Y a continuación, en tono más autoritario, incluso mucho más autoritario, precisa:

—Le advierto que éste podría ser el inicio de una colaboración muy satisfactoria para ambos.

Naturalmente. Por eso le concedo el derecho de prueba.

El tono vuelve a ser coloquial, como antes.

Muy bien. Ha sido un placer.

—Lo mismo digo. Hasta luego.

Cuelgo. Ahora toca hacer otra llamada, mucho más comprometida. Marco el número de Laura. La voz que me llega de inmediato es la de una persona que espera junto al teléfono.

Una persona asustada.

—¿Sí?

—Hola, Laura. Soy Bravo.

El alivio de oírme recorre la línea velozmente.

—¡Por fin! ¿Dónde te habías metido?

Dejo pasar un momento antes de contestar. Este silencio debería dar a entender que donde me meta es asunto mío. Por lo tanto no doy explicaciones.

—He oído tu mensaje. ¿Qué pasa?

—Pasa que el tipo ese está loco. Ahora quiere que me quede en un apartamento

viendo la tele y esperándolo. Cuando le he dicho que no, me ha pegado.

Por propio impulso, Laura resuelve una preocupación que tengo.

—No me ha dejado señales, pero me ha hecho mucho daño.

Bien. La cara se ha salvado. Y quizá todo lo demás. Cuando uno se cae del caballo, lo mejor es volver a montar enseguida. Ahora tengo que hacer que lo entienda.

—Tengo una cosa entre manos. Importante. ¿Estás para trabajar?

—Pero ¿qué dices, loco? Si me ve ése con alguien, nos mata. Ese hombre no es normal. Si vieras qué ojos ponía.

No me sorprende. Se dice que al Tulipán le falta algún que otro tornillo. Y un par de personas que lo han visto cabreado pueden confirmarlo. Y otras que se han visto en la misma situación no están en condiciones de confirmar nada.

O eso dicen. Pero en ciertos casos y con ciertas personas lo que se dice tiene bastantes probabilidades de ser verdad.

—No te preocupes, yo arreglo eso.

—¿Cómo?

¿Cómo? Buena pregunta... Con un poco de cerebro y mucha suerte, espero.

—Conozco a alguien que puede echarme una mano.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

—Segurísimo.

Nada segurísimo.

—Yo tengo miedo, Bravo.

¿Y quién no, con cierta gente?

—No hay ninguna razón para que lo tengas. Todo se arreglará del mejor modo.

No sé si el silencio que recibo en respuesta es de esperanza o de poca convicción. Paso a proponer algo que remite a un ambiente familiar, y por tanto a la vida y al estado de ánimo cotidianos.

—¿Por qué no nos vemos en el Ascot hacia las once? Quiero hablarte de algo que podría interesarte.

—Hoy es lunes. Está cerrado.

—No. Hoy actúa un grupo de mimos muy famosos de la BBC, los Silly Dilly M. Sólo tenían libre este día. Con tal de que actúen, hoy abren.

Reflexiona otro instante y accede.

—Vale, allí nos vemos. A las once.

—Hasta luego, entonces.

La voz desaparece de la línea telefónica y el aparato enmudece. Vuelvo con la taza a la cocina y me sirvo el resto de café, que se ha enfriado un poco. Enciendo un cigarrillo y apremiado por la vejiga me dirijo al cuarto de baño. La historia del Tulipán era lo que faltaba, pero no se puede hacer la vista gorda. Yo podría pasar de

todo y abandonar a Laura a su suerte de concubina obligada. Pero todos dependemos de nuestra credibilidad y yo, por poca que tenga y discutible que sea, no quiero perderla.

Me siento en el retrete, junto a la ventana. Sobre la tapa del cesto de mimbre de la ropa sucia hay un ejemplar de *La Settimana Enigmistica*, con un bolígrafo al lado. Lo tojo y miro la foto en blanco y negro de Dustin Hoffman que me sonrío desde el pequeño recuadro de la portada. Y sonrío yo también, sin querer. Siempre que leo el eslogan de la revista, «que se precia de innumerables intentos de imitación», me acuerdo del Bistec, uno de los ociosos parroquianos del Ascot, que lanza a veces unas pullas tremendas y despiadadas. Un día estaba viendo desde la cabina de dirección a un imitador malísimo haciendo una prueba, y con su aire despreocupado fulminó una sentencia que había de marcar al artista para el resto de su vida:

—Éste es como *La Settimana Enigmistica*, que se precia de doscientos seis intentos de imitación.

Abro la revista y me topo con la Página de la Esfinge, la sección de acertijos, y con esta adivinanza mnemónica:

Fricción de acondicionador en la raíz. (4, 2, 6, 2, 7)

Me doy un segundo para pensar. Quizá más de un segundo. Los enigmas me excitan y me relajan. Es la dificultad de un reto buscado, un obstáculo que hay que superar lanzando la imaginación y la fantasía más allá de las palabras. A veces se da con la solución enseguida, otras nunca. Como ocurre en todas las cosas de la vida, que ha hecho del enigma su concepto fundamental. En este caso, la intuición se abre paso con una iluminación a los pocos segundos.

La fricción es un pase de dedos. La raíz es la raíz del cabello, al que se aplica el acondicionador.

Por lo que la fricción de acondicionador en la raíz es un pase al ataque de Capello. Quien, si no me equivoco, es un futbolista.

Dejo la revista y me levanto. Este insignificante éxito me ha puesto de buen humor. En el espejo del lavabo hallo mi cara exacta. Un hombre moreno, de pelo largo y ondulado y ojos negros. Guapo, dicen. Una vez, en una cama deshecha y satisfecha, una mujer de senos suaves y piel perfumada me dijo: «Con esos ojos puedes meterte en líos una vez al día. Siempre habrá una mujer que te salve».

Yo era tan joven y estaba tan ávido de seguridades que acepté que aquella mujer sin imaginación utilizara una frase de película para dirigirme un cumplido. Desde luego logró el objetivo, porque no recuerdo cómo se llamaba y sí en cambio lo que dijo. Lástima que cuando empezaron los líos aquella mujer no estuviera. Ni aquella ni ninguna.

Me mojo la cara y empiezo a enjabonarme con la brocha. La espuma emana efluvios de frescura mentolada que me irritan los ojos. Sin previo aviso, como acuden todos los recuerdos, me viene a la mente un personaje que me inventé de niño viendo al barbero de mi pueblo enjabonar la cara de un cliente hasta hacerlo medio desaparecer bajo aquella masa blanca que a mí me parecía nata montada. ¿Qué habrá sido de mi Hombre de Espuma? ¿Habrá llegado a averiguar en todos estos años si bajo aquella materia blanca e inconsistente tenía un rostro de verdad?

Yo en cambio sí sé que lo tengo. Demasiado pronto lo supe. Ése ha sido siempre mi problema.

Empiezo a afeitarme.

La cuchilla abre franjas de realidad en medio de mis juegos infantiles y me encuentro con las mejillas lisas, mirándome con unos ojos que han hecho adultos el tiempo, las decisiones propias y las decisiones ajenas, que son las que nos envejecen más rápido por dentro.

Abro el grifo de la ducha y mientras regulo la temperatura del agua pienso en un acertijo para Lucio. Cuando me meto bajo el chorro, el piso escurridizo me da una idea.

Ésta es la adivinanza:

Escurre el bulto. (2, 8)

Significa que la solución está compuesta de dos palabras, de dos y ocho letras respectivamente. No es difícil y pienso que la resolverá pronto, aunque muchas veces lo que parece fácil oculte realidades intrincadas.

Cojo una esponja, vierto gel y empiezo a enjabonarme. Prefiero hacerlo con un objeto inanimado, como si evitar el contacto de las manos con el cuerpo pudiera cambiar algo. A veces las pequeñas manías remedian un poco los grandes problemas.

Contigo me iría gratis...

El rostro de la chica me vuelve a la mente como un flash. Sus palabras han estado siempre presentes. Imagino su cuerpo delgado y duro bajo la ropa. Siento en mi mano sus pechos firmes. El perfume del gel me trae a la mente otros perfumes, el olor sublime del sexo, su sabor dulzón y acre, antes y después del furor. El deseo me acaricia implacable el bajo vientre con sus dedos viscosos y blandos. Empiezo a frotarme la entrepierna, sólo para comprobar una realidad que cada día es más difícil de aceptar. Me froto más y más rápido, como si quisiera borrar o reconstruirme, hasta que el corazón empieza a latir aceleradamente y yo me deslizo al suelo bajo el chorro indiferente que sigue cayendo desde arriba. Y allí me quedo esperando un final que no llegará jamás, sintiendo como una bendición el poder mezclar con el agua de la ducha la única eyaculación que me está permitida: la de las lágrimas.

Paro el coche en via Monte Rosa, a unos cien metros de la entrada luminosa del Ascot Club.

Enciendo un cigarrillo y permanezco sentado en el habitáculo, tratando de poner en orden mis ideas y de sacar alguna conclusión de mi personal edición vespertina.

Al salir de casa, en Cesano Boscone, me dirigí a pie al bar que llaman de Michele, en via Turati. He ido varias veces, a comprar tabaco o a tomar un café, pero no puedo decir que sea un asiduo. Por lo tanto, no conozco a nadie ni me conoce nadie.

El local, casi vacío, era un recinto más bien amplio, de forma rectangular, con dos ventanales y el lado largo paralelo a la calle. A la izquierda, el despacho de loterías y apuestas, lleno de carteles sobre juego y sobre el destino glorioso que promete la SISAL, la compañía concesionaria de los juegos de azar y las apuestas. En medio, la barra que, dispuesta de través, divide los dos espacios. Enfrente, unas mesas y sillas con respaldo de plástico, como las que uno se espera encontrar en locales como éste. A los lados, el estorbo multicolor de un flipper y una jukebox.

En la pared opuesta a la entrada, una puerta. Yo sabía que había una sala donde se jugaba a las cartas. Escalera a cuarenta, sobre todo, con apuestas decididamente populares. Los que podían permitirse mesas más serias, no venían sin duda a jugarse allí la pasta. Frecuentaban garitos clandestinos al descubierto, pequeños casinos de carretera que en Milán no es difícil encontrar.

Me acerqué a la caja y esperé. Un hombre alto y delgado, de tez grisácea y aire amostazado, terminó de servir un café y vino a atenderme. Ni saludos ni sonrisas.

—¿Qué quiere?

—Un paquete de Marlboro e información.

Esta última palabra, en un lugar como ése, tiene el poder de poner a la gente a la defensiva. El de la barra no fue una excepción, y se tomó, pues, su tiempo. Se volvió, cogió la cajetilla de tabaco del casillero y me la puso delante.

Entonces me miró con expresión interrogante.

—¿Qué información?

—Necesito las señas de un tal Remo Frontini. Sé que suele venir a este bar.

Dejé un billete de cincuenta mil en la caja. Poniendo una media sonrisa llena de humana solidaridad.

—Y como la vida es dura para todos, puede quedarse con el cambio.

Estudió mi cara, mi ropa y mi sonrisa preguntándose cómo, por qué y hasta qué punto podía yo ser peligroso. Luego miró el billete. Y decidió que podía correr el riesgo. Alargó la mano y lo hizo desaparecer.

Señaló la calle y a media voz me sacó de mi ignorancia.

—La segunda a la izquierda, número diez. Encima del colmado.

Hice un gesto con la cabeza en señal de agradecimiento y salí. En la calle eché a andar a paso normal, buscando a la vez la casa y las palabras. Todo dependía de cómo plantease el asunto. Fui dejando atrás bloques de viviendas de protección oficial y coches aparcados. También éstos eran números: Fiat 124, 127, 128, algún 131 más lujoso, y algunos exóticos Opel y Renault. Hasta que en una placa de calle vi el diez redondo. En la fila de timbres encontré el nombre que buscaba. Al portal le faltaba la cerradura. Pensé que ni siquiera los inquilinos sabrían desde cuando faltaba y hasta cuándo faltaría. Mejor. Preferí no anunciarme por el interfono. Entré y subí por las escaleras hasta el segundo piso, donde otra placa me confirmó que me hallaba ante la puerta justa.

Llamé y tuve suerte. Vino a abrirme la mismísima perdona a la que buscaba. Venía sonriendo y hablando a alguien de la casa, pero, al verme, sonrisa y palabras desaparecieron en el acto. Era de estatura algo superior a la media, de complexión regular, con una cara franca y la expresión incierta de quien está viviendo algo que lo supera. Por el intersticio de la puerta semiabierta podía entreverse un ambiente de gente modesta, con muebles ordinarios, y en el que flotaba olor a comida y como la sensación de lo que costaba llegar a fin de mes. Si era verdad lo de la quiniela, bastaba una mirada para comprender lo que podían significar en aquel contexto cuatrocientos noventa millones.

—Buenas tardes. ¿Es usted el señor Frontini?

—Sí.

—Soy un vecino. Vivo aquí en Tessera. ¿Podemos hablar un momento?

Cortésmente, abrió la puerta para dejarme entrar. Interrumpí su invitación con un ademán.

—Es usted muy amable. Pero si no le importa preferiría hablar a solas.

Sin decir una palabra, dejando que respondiera por él la curiosidad que se pintaba en su cara, Remo Frontini salió al rellano y mantuvo la puerta entornada.

Ahora la pelota estaba en mis manos. Y debía lanzarla con tino, si quería ganar la muñeca.

—Señor Remo, iré al grano. Tengo entendido que hace poco ha sido usted afortunado.

La curiosidad dejó paso a la alarma. Aguzó los ojos y se puso a la defensiva.

—Pero ¿usted quién es y quién le ha dicho...?

Lo interrumpí. Hice un gesto tranquilizador.

—Calma. Yo no soy ningún problema. Al contrario, le traigo más suerte, señor Frontini.

Hice una pausa.

—Digamos que, para redondear a quinientos millones, le traigo diez millones más de los que ya le pertenecen por derecho.

El redondeo hizo su efecto. Y ver que seguía allí delante, escuchando lo que yo tenía que decirle, en vez de echarme a patadas, me confirmó que lo que se rumoreaba correspondía a la verdad.

Por suerte para él y, eso esperaba yo, para mí.

Poco a poco, venciendo su resistencia y asegurándole que todo quedaría entre nosotros, le hice admitir que era el del pleno al trece. Lo más importante, para mi tranquilidad, era que aún no había cobrado el boleto, sino que lo tenía guardado en una caja fuerte hasta que supiera qué hacer. Le expliqué qué quería que hiciera, qué ventajas sacaría y cómo manejaríamos el asunto. Le di a entender que representaba a una gente que sabía reconocer un favor, pero a la que sentaba muy mal las negativas. Al final acabó aceptando lo que le proponía, mucho más por temor a las consecuencias de no hacerlo que por avaricia.

—Bueno, si es como usted dice...

Le puse la mejor de mis sonrisas, la que un día me granjeó favores y una cuchilla de afeitar.

Desde luego que es como yo digo. Usted no corre ningún riesgo. Y tendrá mucho que ganar y nada que perder.

Le tendí la mano. Él me la estrechó. No del todo convencido, pero me la estrechó.

—Verá que es lo mejor que podía hacer. No se arrepentirá.

Di un paso hacia las escaleras, mostrando que daba por concluida aquella breve conversación de negocios sostenida en el rellano.

—Me pondré en contacto con usted. Que pase buena tarde.

—Igualmente, señor...

Le puse otra sonrisa.

—Todos me llaman Bravo. Puede llamarme así.

Se volvió y entró en su casa, y mientras bajaba los primeros escalones, oí una voz de mujer que decía desde dentro:

—Remo, ¿quién era?

La puerta se cerró antes de que pudiera oír la respuesta. Salí a la calle y respiré el aire de un cálido atardecer primaveral, de esos que nos reconcilian con el mundo. Volví al coche lleno de lo que en la tele llaman «discreto optimismo». Conduciendo sin prisa, llegué a Brera, donde, para abrir boca, estuve un rato buscando aparcamiento. Luego entré en un restaurante al que solía ir, por placer y por relaciones públicas. La Torre Pendente, por entonces, era un local en boga, al que acudía la Milán que más figura. La Milán que frecuenta Courmayeur, Santa Margherita, Portofino y una larga lista de etcéteras. Todos etcéteras caros. Gente de la moda, gente de los negocios, gente de la noche, gente de mierda. Todos mezclados de manera que es difícil saber quién es quién. Vi a un par de chicas con las que trabajo, una de ellas con un acompañante que yo le he conseguido. Vi a un par de chicas con

las que me gustaría trabajar. Saludé a amigos y amigas, muchos de ellos caras sin nombre. Hice una llamada para concretar las condiciones económicas de lo de Barbara y otra para acabar de planear la operación que empecé con Remo Frontini.

Por último cené, haciendo tiempo para acudir a la cita con Laura.

Y ahora aquí estoy, aplastando la colilla con el tacón y cerrando mi coche de pobre diablo. Aparte de alguna que otra concesión en lo que a fachada se refiere, o sea, al aspecto y vestimenta apropiados para frecuentar ciertos ambientes, llevo una vida más bien oscura. Milán es una ciudad que de noche ofrece muchos escondites. Pese a todas sus luces y letreros. Cuanta más luz hay, de más sombra se dispone. Y en esa sombra yo siempre he sabido moverme muy bien.

Llego a la entrada del Ascot y me dispongo a bajar las escaleras cuando un Ferrari 308 GTB rojo chillón, ira de toros y envidia de pobres, se detiene a mi lado. El conductor me hace una seña. Me acerco y él me abre la portezuela. Subo, me siento y sello la conversación con un portazo.

—Hola, Bravo.

—Hola, Micky. ¿Cómo va?

—A veces para adelante y otras para atrás. Como siempre.

Veo que la persona que está al volante con un traje de Armani es el mismo apuesto rubio de siempre. Micky tiene unos treinta años y se encuentra en la cresta de la ola. Se las arregla muy bien saliendo con mujeres que le pagan los onerosos vicios que tiene y juntándose con gente que proveerá a su futuro, sin reparar mucho en los porqués ni en los quiénes. Él es el protagonista de una de las llamadas que he hecho desde el restaurante.

A la luz anaranjada de las farolas parece aún más rubio y bronceado. Enseguida va al grano y yo me adecuo.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Quiero hablar con Tano Casale.

Una de las muchas ocupaciones de Micky es conseguir clientes para los garitos de juego que el jefe organiza y distribuye astutamente por la ciudad y las afueras. Se queda mirando la calle y a una pareja que está entrando en el Ascot. Espera hasta que desaparecen, como si pudieran oírnos.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿Para qué?

—Quiero proponerle un negocio.

Se pone a la defensiva.

—Bravo, nada de tonterías.

—No es ninguna tontería. Te doy mi palabra. Verás como agradece mucho tu interés y el mío.

Reflexiona un momento. Al cabo decide que soy de fiar y me da una oportunidad.
—Vale. Pero antes tengo que hacer una llamada.

Asiento.

—Lógico.

Micky mira el reloj, que naturalmente es de oro y de marca. Y creo que, al contrario que Daytona, Micky tiene varios.

—Nos vemos aquí dentro de una hora. Si no me ves, es que esta noche no puede ser. Ya te diré yo cuándo.

—Entendido. Suerte.

Bajo del coche y me dirijo a la entrada del local. Me acompaña el bramido del motor de ocho cilindros del Ferrari, que arranca dejando en el asfalto diez mil liras de neumático y en el aire el ruido del dinero espeso.

Emboco la escalera y después de bajar un número más bien reducido de escalones me hallo en un semisótano que se ha cubierto de gloria formando a casi todas las principales figuras del espectáculo ligero del norte de Italia. Nada más entrar hay una pequeña sala, delimitada a la izquierda por el guardarropa, con una moqueta barata, divanes y luces, espacio dedicado a la charla informal en el que los asiduos se reúnen a beber y fumar. Pese a una estética que deja mucho que desear y una sensación de cutrez institucional, la atmósfera no carece de magia, la magia del éxito posible, del éxito verdadero, del que de pronto nos cambia la vida. No es extraño que los productores de cine y televisión vengan aquí a buscar nuevos talentos. Trabajar en el Ascot es para muchos un punto de llegada, pero para muchos otros es un punto de partida. Y los lazos que se tienen con el local son difíciles de romper. Hay noches que, además de los jóvenes del cartel, se reúnen en el Ascot tantos artistas famosos y cantantes de éxito que si cayera una bomba en el local acabaría con el cincuenta por ciento de la gente del espectáculo de nuestro jocosos y cantarín país.

Ésta es una de esas noches. La sala está llena. La fama de los Silly Dilly M. ha atraído a un montón de gente, entre ella a muchos del gremio, que vienen a satisfacer una curiosidad y poder criticar al final.

Hay cola en el guardarropa. La pareja que he visto entrar hace un momento se ha entretenido mirando los carteles colgados de las paredes. Es posible que vengan de fuera y se sienten algo turbados de verse con gente de la televisión.

Saludo a unos, me saludan otros, y mientras tanto paseo la vista hasta que la veo. Laura está sentada en un diván hablando con un joven. La experiencia con el Tulipán, si le ha hecho mella en lo moral, no ha afectado a su belleza. Parece una chiquilla. Va vestida de modo informal, con unos vaqueros y una camiseta blanca bajo una chaqueta deportiva de tela azul, con pocas concesiones a la moda del año del Señor de 1978. Lleva el pelo color caoba recogido en una cola de caballo y tiene un par de ojazos de un azul tan intenso que daría envidia a la flor de lis.

Yo le diría esto si la amara. Pero soy sólo un hombre que la vende y mis palabras, por fuerza, son de otro tipo.

La persona con la que está hablando es Giorgio Fieschi, un cabaretero que trabaja en el Ascot desde que empieza la temporada. Es un muchacho moreno de rostro limpio, con mucho talento y mucha ingenuidad. Un día se presentó diciendo que venía de fuera y pidiendo una audición, aquella misma noche se le hizo y estuvo soberbio. Bonverde, que tiene mucha vista, lo contrató en el acto. El público lo aceptó enseguida. Los veteranos milaneses del Ascot lo acogieron con cierta prepotencia y desde el primer momento le hicieron sutilmente el vacío. No sé si él lo ha notado, pero cuando lo haga, espero que se dé cuenta de que se comportan así porque temen su talento y no porque realmente sean superiores. Por su bien espero que lo comprenda pronto. Por desgracia, para alcanzar el éxito hacen falta una cara dura y un estómago que este muchacho aún no tiene.

Me acerco y descubro en los ojos de Laura cierta mirada y en los ojos de él la misma mirada. Conozco muy bien el sexo que fluye por los ojos para saber que no es éste el caso. Lo que tengo delante no son un macho y una hembra, sino un hombre y una mujer. Y creo oír un fondo de violines y oler a chamusquina.

Me siento en una butaquita frente a ellos, seguro de que interrumpo algo.

—Hola, majos, ¿qué tal?

No tienen tiempo de contestar. Piero, un camarero de aire profesional, se materializa a nuestro lado y avisa a Giorgio de que le toca enseguida. Abren el espectáculo dos teloneros de la compañía habitual del Ascot, seguidos de la atracción de la noche, los ingleses.

El artista en ciernes sonrío. Sonríe hasta con los ojos. Creo que lo que el mundo llama trabajo es para él el comienzo de la diversión.

—Bueno, es mi turno. ¿Nos vemos luego, Laura?

—Sí, estaré en la sala viéndote actuar.

Saber que la tendrá entre el público parece agradarle. Incluso agradecerle mucho, diría yo.

—Bien. Esta noche estreno número.

El muchacho se levanta y tras dar unos pasos y salvar unos escalones desaparece por una puerta que hay a la izquierda, y que conduce a los bastidores y a la cabina de dirección.

Laura y yo nos quedamos solos. La miro a los ojos y ella no es capaz de sostenerme la mirada. Los violines han desaparecido y sólo queda el olor a chamusquina. Se levanta, alisa la chaqueta. Creo advertir que la preocupación por su problema se ha vuelto mucho más llevadera. No sé en qué medida se debe a mis palabras tranquilizadoras de la tarde o al encuentro de esta noche.

Ella me previene:

—¿Te importa si hablamos luego? Me gustaría ver a ese chico. Me han dicho que es muy bueno.

—De acuerdo, voy contigo.

Nos levantamos y seguimos los pasos de Giorgio, sólo que nosotros tiramos recto y pasamos por delante del bar, en el que hay sentados otros dos artistas que esta semana están en cartel. Bonverde, junto a la barra, con sus gestos inconfundibles, está hablando con un tenista famoso que es asiduo del local cuando viene a Milán.

Al final de un corto pasillo hay una puerta que conduce a la sala de espectáculos. La franqueamos y nos quedamos de pie, en la oscuridad, arrimados a la pared de la izquierda. A nuestra derecha, una sala con forma de anfiteatro, repleta de gente. Si han querido que esta noche actúe Giorgio Fieschi, es que está haciéndose un nombre en el mundo del espectáculo milanés.

Como evocado por esta consideración, Giorgio atraviesa el paño negro que hace de telón de fondo y aparece en el escenario. Se le aplaude poco pero noto cierta expectación. Él empieza contando como al descuido algunos buenos chistes sobre temas de actualidad, como hacen todos para romper el hielo. Sigue un cuarto de hora de excelente repertorio, que me sé ya, pero que excita aún más al público. Luego empieza a hablar de sí mismo, diciendo que proviene de una familia numerosa, que tiene muchos hermanos y que su vida no ha sido fácil. Me espero uno de esos números que consisten en la lamentación tragicómica de la pobreza, pero él me sorprende y sorprende a todos mudando repentinamente de voz y empieza a imitar el tono manso y enfático de los niños.

... oh, sí, mi familia era muy, muy numerosa. Recuerdo que cuando nos despertábamos por la mañana, lo primero que hacíamos era darnos los buenos días, buenos días Aldo, urnas días Glauco, buenos días Ugo, buenos días Silvio, buenos días Sergio, buenos días Giorgio, buenos días Amilcare, buenos días Gaspare, buenos días Anselmo, buenos días Massimo...

A cada saludo y nombre, Giorgio gira la cabeza, cambia de voz, entonación y expresión del rostro. Uno tiene realmente la impresión de que en el escenario están todas esas personas mezcladas. Hace una pausa y prosigue dirigiéndose al público:

Hacia las once y media salíamos a trabajar en las duras labores del campo. A mediodía mi madre nos llamaba y nosotros nos sentábamos ante la rica comida de todos los días dando las gracias a Dios y diciéndonos que aproveche Aldo, que aproveche Glauco, que aproveche Ugo, que aproveche Silvio, que aproveche Sergio, que aproveche Giorgio, que aproveche Amilcare, que aproveche Gaspare, que aproveche Anselmo, que aproveche Massimo...

Hace un gesto de capitulación y dice con voz un poco más adulta:

¡Nunca comíamos la sopa caliente!

Y vuelve al mundo de su personaje.

Por la noche, cansados pero contentos, nos íbamos a la cama, después de lavarnos los dientes, y antes de dormirnos... El público ya se lo espera y empieza a repetir con él:

... buenas noches Aldo, buenas noches Glauco, buenas noches Ugo, buenas noches Silvio, buenas noches Sergio, buenas noches Giorgio, buenas noches Amilcare, buenas noches Gaspare, buenas noches Anselmo, buenas noches Massimo...

Y al final nos dormíamos tranquilos...

Otra pausa de efecto.

... a eso de las cuatro.

Alguien suelta una de esas carcajadas que no pueden contenerse y que tienen la capacidad de contagiar la risa a los demás, algo que sólo el talento, el verdadero talento, puede suscitar. Giorgio continúa:

Un domingo, día en que santificábamos la fiesta, estábamos en la era jugando al fútbol, y cuando nos pasábamos la pelota decíamos gracias Aldo, gracias Glauco, gracias Ugo, gracias Silvio, gracias Sergio, gracias Giorgio, gracias Amilcare, gracias Gaspare, gracias Anselmo, gracias Massimo...

Se interrumpe y se queda como mirando algo a lo lejos.

De pronto vimos a una persona que bajaba despacio por el monte. Cuando lo vimos de cerca reconocimos al marido de la comadrona, que nos conoce a todos porque nos vio nacer, como quien dice. Entonces nos pusimos en fila a lo largo de la cerca, creyendo que cuando pasara por delante nos saludaría uno a uno. Pero cuando llegó, sonrió, levantó la mano y dijo: «Hola a todos», y siguió su camino...

Giorgio hace otra pausa, mirando a un sitio y otro con una expresión de desconcierto y estupor. Y dice, con voz desolada:

Y nos arruinó la infancia.

El público guarda un instante de silencio, antes de comprender el chiste. Y entonces estalla en calurosos aplausos, reconociendo lo entrañable, virtuoso y surrealista de ese número de humor. Junto a mí, en la penumbra, Laura aplaude con los ojos brillantes y una lágrima que, de la risa, le resbala por la mejilla. Giorgio Fieschi debe de ser realmente bueno si es capaz de hacer olvidar la existencia de un ser como el Tulipán.

Miro la hora. Queda poco para la cita con Micky, en la calle. Saco a Laura de la sala. Quiero que me vea y me oiga bien. Cerramos la puerta oyendo aún el eco de los aplausos.

Apoyo a Laura contra la pared. Le hablo en voz baja pero clara. No soy actor pero cuando es necesario también sé portarme.

—Escúchame. Yo hago una cosa por ti, tú haces una cosa por mí. Dentro de poco veré a una persona que resolverá lo tuyo de una vez para siempre. Tú a cambio tienes

mañana por la mañana a las nueve, en el Hotel Gallia, suite 605, una cita con un señor muy fino y cortés que, si quiere tenerte, deberá entregarte un millón.

Laura se queda mirándome. También yo la miro, y no suenan violines sino truenos.

—Dime que lo has entendido y que la respuesta es sí.

Ella hace un leve gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Es el sí que te pido?

Por fin Laura acepta ser la que siempre ha sido.

—Entendido. Hotel Gallia, suite 605, a las nueve.

—Muy bien.

Me relajo. Le sonrío y le concedo una distracción, que supongo se habría tomado de todas maneras.

—Fóllate como quieras a tu cabaretero, pero mañana tienes que ser una bomba con ese tipo.

La dejo allí sola, aunque estoy seguro de que no lo estará por mucho tiempo, y me dirijo derecho a la calle sin saludar a nadie. En realidad falta un cuarto de hora, pero necesito aire y un cigarrillo, para compensar la envidia que el talento y el éxito me han provocado siempre. Espero a la luz de las farolas, observado con curiosidad por un par de putas que se disputan los pocos coches que pasan, hasta que, por la esquina de via Silva, y precedido por el bramido del motor, aparece el Ferrari de Micky. Como antes, se detiene a mi lado y me hace señas de que suba. Abro la portezuela y me siento en el asiento de piel Connolly color crema.

—¿Vamos?

Él asiente con la voz y con la cabeza.

—Sí.

Y arranca cuando aún no he cerrado la puerta. No puedo evitar preguntarme si será la última vez que subo a un coche, mientras acudo a una cita de negocios con un hombre que, según dicen, es el responsable de toda una serie de tumbas sin nombre repartidas por los bloques de cemento de esta ciudad.

Micky conduce el Ferrari sin entregarse a inútiles funambulismos. Ha dado media vuelta, ha recorrido via Tempesta hasta piazzale Zavattari y ha tomado la circunvalación. Ahora estamos pasando piazza Bolívar rumbo a no sé dónde. Ha decidido que el silencio sea la característica del viaje y yo me avengo. ¿Qué podríamos decirnos que no sepamos ya, por otro lado? De dos formas distintas somos la misma persona, aunque físicamente seamos dos piezas distintas del tablero.

Y, alegue lo que alegue la defensa, dos piezas de poco valor, añadiría.

Seguimos cruzando una ciudad que en parte duerme y en parte se prepara para darse todo lujo de vicios. Todas las noches pueden considerarse de gala, hasta que llegue una medianoche en que todo el mundo se dé cuenta de que ninguna lo fue en realidad.

No será un momento bonito.

Paramos en un semáforo, junto a un quiosco. Se ven colgados los carteles de periódicos y revistas. De nuevo Aldo Moro y su historia desesperada, el juicio a las Brigadas Rojas, Atlas Ufo Robot, Loredana Bertè y su nuevo affaire, el Mundial de Fútbol que se avecina, la Juventus y el Torino, «TV Sorrisi e Canzoni», las historias del presidente Leone.

Todo junto, en la misma pared, en el mismo mundo, en la misma vida. Y a mí no me importa nada ni nadie. Quizá porque para empezar no me importo yo. Me vuelvo a mirar a Micky. ¿Pensará alguna vez? ¿Se hará preguntas? ¿O es puro instinto? El coche veloz, el viaje veloz, el amor veloz. Y el tiempo, capaz de superar cualquier velocidad, que nos mata pronto porque no hay memoria que pueda recordar todos los instantes.

Micky cree que lo miro por impaciencia.

—Aún falta. Debemos llegar a Opera.

Liquido con un ademán indolente mis pensamientos de hace un momento.

—Tranquilo, no hay prisa. Tenemos todo el tiempo que haga falta.

Vuelvo la cara a la carretera.

Todo el tiempo que haga falta...

Lucio apreciaría la ironía. Eso, ¿cuánto hace falta? Ahora que sé quién soy, preferiría no saberlo. La memoria es el único medio de conocer que hemos existido. Pero yo no recuerdo, luego no seré recordado.

Micky gira a la derecha, dejando vial Liguria y dirigiéndose a la entrada de la autopista Milán-Génova. Me pregunta si quiero una raya de coca. Rehúso con un movimiento de cabeza. Él saca del bolsillo de la chaqueta un artilugio de oro, muy *noblesse oblige*, que es como un pequeño recipiente que suministra una dosis cada vez. Se lo mete en un orificio de la nariz y aspira con fuerza. Repite la misma

operación en el otro orificio. Luego cierra el artilugio y lo agita antes de guardárselo, listo para un nuevo uso.

Se vuelve a mí y comenta:

—Buena.

Me lo creo. La gente como él siempre tiene lo mejor.

En cuanto salimos al empalme de Assago, la velocidad aumenta y los ocho cilindros del Ferrari empiezan a chupar gasolina y a devolver potencia. Esto de la mecánica es un juego que me gusta, un juego honesto. Doy por lo que recibo. La cocaína es un engaño: deja a las personas como son y les hace creer que son distintas.

Salimos a la circunvalación y la velocidad aumenta.

No tengo miedo. No me da miedo morir, de hecho. En realidad este lamentable accidente ya ocurrió una vez. Estrellarse a doscientos kilómetros por hora no sería sino la confirmación formal, el sello de lacre de una carta ya escrita.

La nuestra es la salida de Vigentina-Val Tidone. Antes de entrar en Opera torcemos a la derecha. Y poco después acaba el viaje. Micky reduce y toma un camino que sale a la izquierda. Oigo la gravilla rechinar bajo las ruedas y, debido a la rigidez del vehículo, noto el menor bache en la espalda. Un par de curvas y al final de una corta recta aparece la nave y la explanada llena de chasis de un desguace. Rodea la zona una valla metálica. Unas cuantas farolas se esfuerzan por alumbrar.

Llegamos a una verja cerrada. Micky hace una señal con las luces y al instante, saliendo de la penumbra, al otro lado de la valla, aparece un hombre. Se acerca y a la luz de los faros puede verse que es bajo y robusto, y que va vestido con unos pantalones de chándal y un chaleco vaquero. Con ojos deslumbrados, se asoma a través de la valla.

Reconoce el coche y empieza a abrir las hojas. Pasamos la verja y al hombre. Recorremos el camino que lleva a la nave, entre pilas de coches amontonados, formas cúbicas, chatarra sin vida. Una serie de tótems erigidos a fuerza de sacrificios humanos y mecánicos, sin nadie que los adore.

Micky para en una explanada donde hay bastantes coches aparcados. En primera fila hay un Porsche recién estrenado, y justo al lado, en su desolación, nada más y nada menos que el de Daytona. El contraste parece decir: esto soy y esto quisiera ser. Se ven también un par de Mercedes, un 240 y un Pagoda, un BMW 733i y muchos más de diversas marcas y cilindradas. Todos íntegros, inmóviles y brillantes como haciendo burla a la chatarra que los rodea. Flota en el aire una sensación de herrumbre y tristeza que sólo el fracaso puede dar.

Tonto de mí.

Vengo por otras razones y con otros riesgos. No tengo tiempo para melancolías animistas.

Si meto la pata podría verme en la misma condición que esos coches destrozados,

que esperan las atenciones de la prensa.

Micky se apea y yo lo imito. Lo sigo hacia la nave, que nos queda a la izquierda. La bordeamos un trecho a la luz vacilante de las farolas. Doblamos la esquina a la izquierda y encontramos una puerta corrediza metálica. Hay un hombre de guardia que, al oírnos llegar, da unos pasos hacia nosotros. Es muy distinto del hombre de la verja. Éste lleva un traje marrón y parece una persona capaz de pulsar un timbre y de apretar un gatillo con la misma tranquilidad. Quizá el gatillo de la pistola que se le entrevé al cinto por la chaqueta abierta.

Cuando reconoce a Micky se relaja un poco.

Mi amigo no se anda con rodeos.

—Tenemos una cita con Tano.

El tipo me observa antes de convencerse de que mi acompañante puede responder por mí. Entonces hace un gesto con la cabeza hacia dentro y nos abre el portillo.

Franqueamos el umbral y de pronto nos hallamos en otro mundo. El lado de la nave en el que estamos lo ocupa la maquinaria y el instrumental propios de la actividad en cuestión: bancos, prensas, tornos y otros utensilios que no si identificar. Enfrente hay una sección de pintura con una puerta de cristales. Flota un olor a disolvente, metal fresado y lubricante. No me extrañaría que en este lugar, además de desguazar coches con certificado regular, se dedicaran también a cambiar las señas de identidad de vehículos de proveniencia mucho menos regular.

Pero lo sorprendente es lo que hay al otro lado. Bajo unas luces que iluminan desde lo alto y sobre una tarima de madera desmontable, han habilitado un verdadero casino en miniatura. Hay una ruleta americana con crupier, una mesa en la que se juega a los dados y otra a la que hay sentadas varias personas, hombres y mujeres, jugando a lo que me parece que es el veintiuno. Creo entrever la cabeza con doble emparrado de Daytona, entre los jugadores. Hay incluso una pequeña barra, en la que se acodan un hombre y una chica rubia a los que están sirviendo una copa. Tres hombres en traje oscuro se pasean observando lo que ocurre.

Tano Casale sabe hacer las cosas. Estoy seguro de que mañana por la mañana no queda aquí nada de todo esto. Ni mesas, ni tapetes verdes, ni los paños negros que tapan las ventanas altas de la nave. No habrá más que gente cortando metal con sopletes oxhídricos, dando martillazos y agitando pistolas pulverizadoras. Pero esta noche aún tiene tiempo de probar fortuna quien quiera jugar a las cartas apostar a un número. Pagando lo que debe, ganando a veces y perdiendo casi siempre, como mandan los cánones.

Sigo a Micky, que cruza la nave y se dirige a una puerta que parece de un despacho. Antes de que lleguemos se abre y aparece un tipo con la cara tumefacta y echando sangre por la nariz, que trata de restañarse con un pañuelo. Un hombre de complexión robusta y con cara de haber librado algún que otro combate en el

cuadrilátero lo conduce hacia la salida agarrándolo del brazo y ocultándolo a los jugadores.

Micky da un par de golpes en el montante de la puerta, que ha quedado abierta, y entra. Yo lo sigo. Franqueamos el umbral y nos encontramos con dos hombres. Uno está sentado a una mesa llena de papeles y el otro está de pie apoyado en un fichero de zinc.

El que está sentado es Tano Casale.

Tiene unos cuarenta y cinco años, y lleva el pelo lacio peinado hacia atrás. Se le ve alguna que otra cana en las sienes, pero ninguna en el bigote negro y espeso. Los ojos son decididos, aunque la ceja derecha, partida por una cicatriz, le da una expresión dubitativa. Las manos grandes, apoyadas en la mesa, transmiten sensación de fuerza y de que pertenecen a alguien que sabe cómo usar esa fuerza.

Cuando nos ve entrar saluda a Micky con la cabeza y le sonrío. Se conoce que le tiene simpatía. Mi amigo debe de haberle servido bien y con provecho. Algo que, según dicen, un hombre de palabra como Tano Casale reconoce y recompensa.

—Hola, rubio.

—Hola, Tano.

A Micky, pese a sus aires de hombre de mundo, se lo ve intimidado. Me señala con la mano.

—Él es Bravo, la persona que te decía por teléfono.

Sólo entonces parece Tano reparar en mi presencia. Me observa en silencio y su cara se endurece.

—¿Bravo? ¿Qué coño de nombre es ése?

Una voz emerge del recuerdo y me resuena en la cabeza. Suena como a lija sobre óxido.

... ponte bravo, chaval, a ver lo bravo que eres. Y si te pones bravo tú, me pongo bravo yo también y no te hago mucho daño. ¿Vale? Debes ser bravo...

Me encojo de hombros.

—A lo mejor no es un nombre sino un título.

Tano suelta una risotada.

—Buena respuesta, ¡bravo!

—¿Ves? Tú mismo lo dices, no yo.

Quizá le ha impresionado mi despeje, quizá no. Pero cuando la sonrisa desaparece, me mira de otro modo. Me invita por señas a que tome asiento en la silla de formica y metal que hay delante de la mesa. Micky siente que está de más y sale antes de que se lo ordenen. El otro hombre sigue de pie, a mi izquierda. Quizá debería sentirme apabullado, pero no es el caso.

Tano me obsequia con un tono reflexivo y cierto halago.

—Bromas aparte, he oído hablar de ti. Tienes montado tu negocio, sabes moverte

bien y sobre todo hasta dónde puedes moverte.

Señala la puerta por la que acaba de salir el tío echando sangre.

—No como cierta gente, que se pasa de lista y viene a mi casino a hacer la *poussette*. Parece mentira lo estúpido que puede llegar a ser el ser humano.

Hace una pausa.

—Pero no hablemos de cosas desagradables. Me ha dicho Micky que quieres proponerme un negocio.

—Más que un negocio, un intercambio.

—Te escucho.

Me tomo mi tiempo y enciendo un cigarrillo. Luego hago un gesto que remite a lo que está ocurriendo en la nave.

—Imagino que, con todo este dinero entrando, lo más difícil será saber qué hacer con él.

Tano sonrío como un gato que piensa en ratones.

—Con el dinero siempre se sabe qué hacer.

Asiento complaciente y prosigo. Y, mientras, me pregunto si daría a sus hombres la orden de retorcerme el pescuezo con el mismo tono y la misma sonrisa.

—Ya, pero a veces se pueden facilitar las cosas. Tengo el nombre y la dirección de una persona que ha acertado un pleno al trece de cuatrocientos noventa millones. Está dispuesto a vender el boleto con una módica prima de diez millones.

Para evitar todo equívoco, deajo claras las cosas.

—Yo no me llevo una lira. Se los he prometido como incentivo y porque es una buena persona. Y sobre todo una persona razonable.

Estoy seguro de que Tano ha comprendido lo que quiero, pero desea oírmelo decir.

—Sigue.

—Bueno, creo que lo que viene está claro. Si tú compras el boleto, tendrás un dinero que podrás manejar a la luz. Y además libre de impuestos, por ser el premio de un juego del Estado.

Tano Casale mira hacia mí sin verme. Luego gira la cara y busca los ojos del hombre apoyado en el fichero. Recibe a cambio una mirada de aprobación circunspecta, que confirma una decisión que en realidad ya ha tomado. Se dirige nuevamente a mí con voz reposada.

—Se puede hacer. Hay que estudiar cómo, pero se puede hacer.

Hace una pausa y aborda la segunda parte de la cuestión.

—Ahora pasemos a ti. ¿Tú qué ganas?

—Sólo un poco de tranquilidad en mi trabajo. Hay un problema entre Laura, una de mis chicas, y uno de tus hombres.

Entonces todo sucede rápido. El tipo del fichero, un hombre de estatura media,

ojos saltones y una boca de gesto desabrido, me coge por las solapas de la chaqueta, me levanta de la silla, me pone contra la pared y me acerca a un palmo de la cara sus ojos de loco y un aliento de rabia que dista mucho del olor a rosas. No me sorprende la reacción. Así es como suele comportarse Salvatore Menno, alias el Tulipán.

Su jefe, que sigue sentado a la mesa, interviene:

—Salvatore, suéltalo.

Mi agresor no lo escucha y me sacude un par de veces contra la pared.

—Chulo cabrón de mierda, ¿qué polla quieres?

La que sea, se me ocurre pensar.

La idea arrancarías un aplauso a Lucio, si supiera. Pero 110 creo que el Tulipán entendiera la ocurrencia. Ni sabiendo lo mío la entendería.

Tano Casale se levanta de un salto. No grita, pero es peor.

—He dicho que lo sueltes. Vuelve a tu sitio.

Incluso un psicópata como el Tulipán se caga de miedo cuando Tano Casale habla en ese tono. Noto que afloja y me veo libre. Él retrocede, con la misma mirada fulminante, hasta situarse de nuevo junto al fichero.

Me aparto de la pared y me arreglo la chaqueta. Sin hacer caso de mi adversario, me dirijo a Tano. Con una tranquilidad que estoy muy lejos de sentir.

—Como quien se pica, ajos come, creo que sobra decir nombres. Laura es una chica que trabaja para mí y tu hombre quiere obligarla a que sea su odalisca.

Instintivamente, el Tulipán da un paso hacia mí. Tano lo detiene con un ademán. Para desahogarse no le quedan más que las palabras, que pronuncia con una baba blanzuca en las comisuras de la boca.

—Laura es una puta y tú comes de su coño.

—Puede. Pero es una puta libre de serlo cuando y con quien le dé la gana. Y en cualquier caso es ella la que decide. Yo no impongo nada, simplemente propongo, sin forzarla ni mucho menos pegarle.

Por descontado la amenaza llega.

—Haré que te corten las manos.

Me vuelvo a él y lo miro a los ojos.

—¿Ya no tienes valor para cortarlas tú mismo?

La voz de Tano, algo subida de tono, zanja este intercambio de cortesías.

—¡Basta! ¡Callaos los dos!

Vuelve a sentarse a la mesa. Le habla al Tulipán sin mirarlo.

—Salvo, ve a ver si todo va bien ahí fuera.

Esta orden equivale a un sonoro «quítate de mi vista». A regañadientes, Menno se dirige a la puerta, reservándose la dignidad de andar con calma. Antes de salir me lanza una mirada que lo dice todo. Sé que esta humillación no me la perdonará y que me he hecho un enemigo.

Bueno, no se puede vivir para siempre.

Nos quedamos solos Tano y yo. Vuelvo a sentarme en mi silla. Él se lleva las manos a la nuca y saca sus conclusiones.

—O sea que para ti la libertad de la tal Laura vale toda esa pasta.

—Sí.

Me mira como si me viera por primera vez.

—Eres un tipo listo. Y valiente. Por como hablas se ve que no eres un ignorante y sabes presentarte. ¿Eres ambicioso?

Esto parece el preámbulo de una propuesta de trabajo. Que, con tacto, procuro evitar que me formule.

—A veces la ambición hace viajar en lugares extraños, como en ciertos furgones y en ciertas cajas. Y yo soy alérgico a las flores.

Tano Casale se echa a reír.

—Y además filósofo. Feliz quien con poco se conforma.

Esta vez soy yo quien hace una mueca de circunstancias.

—Se puede decir de otro modo. Quien con poco se contenta, vive más y mejor.

El hombre que tengo delante parece satisfecho, conmigo y con el cariz que están tomando los acontecimientos.

—Muy bien. Te garantizo que Salvo no volverá a molestar a tu chica. En cuanto a lo demás, dame el tiempo de reunir la cantidad. Quisiera que te encargaras tú de la operación, aunque, obviamente, te acompañará una persona de mi confianza.

Cojo un bolígrafo de un portalápices y escribo en un cuadernito de notas que hay sobre la mesa el número de teléfono del servicio que tengo contratado. Se lo pongo delante.

—Aquí puedes localizarme a cualquier hora del día y de la noche.

Tano se levanta. La despedida se sobrentiende. Me levanto también y estrecho la mano que me alarga.

—Ahora, si quieres entretenerte un rato, diré que te den unas fichas, que no se diga que te vas con las manos vacías.

Pongo sobre la mesa otro aspecto de mi vida.

—Te lo agradezco, pero no juego.

—Mejor. Hay muchas maneras más inteligentes de gastar el dinero.

Salimos del despacho y nos hallamos en la nave. Mientras yo trataba con Tano y el Tulipán me maltrataba, ha venido más gente. Ahora la ruleta apenas se ve, rodeada como está de jugadores y jugadoras. Por la misma razón tampoco se ve la mesa de los dados, y veo que han montado otra mesa de veintiuno. El negocio debe de rendir una fortuna. Ingresos fáciles y sin mucho riesgo, todas las santas noches. El mundo está lleno de gente dispuesta a jugarse hasta la casa. Aparte de que, en este caso, a la emoción propia del juego de azar hay que añadir la de lo prohibido. Si bien estoy

seguro de que en este sentido ya se habrá procurado Tano las coberturas necesarias.

Ya nos lo hemos dicho todo. El jefe se despide con un ademán y se reúne con Menno, que está enfrente del crupier. Veo a Micky excusarse con una señora rubia y elegante con la que estaba riendo, dejarla sola, acercarse a ellos y hablar. Entonces mi rubio amigo viene hacia mí, mientras los otros salen por una puerta del fondo, seguidos de un tercer hombre que hace de guardaespaldas.

—Coño, ¿qué haces tú aquí?

La voz, de fuerte acento milanés, me sorprende. Un instante después tengo delante a Daytona, que está pasándose un pañuelo por la cara. Debe de haber perdido. Cuando suda en la mesa de juego es que la fortuna se ha quitado la venda sólo para que se enjugue con ella.

No me parece oportuno informarlo del verdadero motivo de mi presencia en el Opera Demolition Casino. Bromeo, para zafarme.

—He venido a vigilar que no te juegues hasta los calzoncillos.

—Pues entonces haber venido antes. Ahora ya los he perdido también.

Por lo roja que tiene la cara, debe de haberse llevado un buen susto. Aunque no creo que haya tocado fondo. Aún lleva el reloj.

Mientras cambiamos estas palabras, llega Micky. Daytona y él se conocen, aunque no se llevan tan bien como para ponerse a bailar un zapateado sobre la mesa. De hecho, Micky habla conmigo pasando de él, como si estuviera yo solo.

—¿Todo bien?

Todo bien, gracias.

De nada. Cuando quieras irte, dímelo.

Daytona es un pobre diablo declarado, con ambiciones de ascenso al nivel superior. Ha visto la escena con la mujer rubia. Sabe que Micky es uno de los pupilos de Tano y toma la actitud servil que adopta cuando quiere congraciarse con alguien.

—Si quieres quedarte, llevo yo a Bravo.

Micky lo mira y luego me mira a mí. Enarca una ceja.

—¿Tienes algún inconveniente? Yo tengo un compromiso y me vendría bien.

—Ningún inconveniente.

—Muy bien. Pues nos vemos.

Nos deja y se abate de nuevo sobre su presa. En el fondo, éste también es un juego justo. Doy y a cambio recibo. El muchacho vende exactamente lo que esa rubia quiere. Los acontecimientos decidirán si el precio ha sido demasiado alto o demasiado bajo. Y, después de todo, es asunto suyo, como siempre.

Daytona se frota las manos, con la cara astuta de quien se ha apuntado un buen tanto en lo que a relaciones públicas se refiere.

—¿Qué, nos vamos?

Me encamino a la puerta por la que entré. Él me sigue con sus andares de chulo y

una panza que le sale de la chaqueta de un traje azul oscuro que algún día le sentó bien. Salimos y el hombre de guardia nos ve pasar sin inmutarse ni saludarnos.

A los pocos pasos Daytona se pronuncia en voz baja, para que no lo oigan.

—Con toda la pasta que les hemos dejado, al menos podría darnos las buenas noches.

Me detengo y lo miro.

—No me incluyas en un plural que no me incumbe. Con toda la pasta que les has dejado tú, querrás decir.

La cara de Daytona se ilumina, como si de pronto hubiera recordado algo.

—Hablando de pasta...

Hace una pausa, que emplea en abrir el Porsche. Se sienta y espera a que yo haga lo mismo en el asiento de al lado para continuar.

—¿Recuerdas la tía de esta mañana, la que trincamos enfrente del Ascot y que gracias a ti me ha costado una fortuna?

¿Trincamos?

Pienso esto, pero no lo digo y escucho.

Daytona prosigue, entusiasmado.

—Cosa buena. Un tipazo de vértigo. Dos tetas de vértigo y un culo para morirse. Vamos, como que creo que no era la primera entrevista que concede.

Enciende el motor. Mete la marcha y arranca.

—Si quieres probar, créeme, merece la pena. A mí ya me ha dicho que si quiero volver a verla, le debo dar más, así que por mí que se vaya a cagar. Pero creo que a ti te haría un descuento. Espera...

Introduce dos dedos en el bolsillo de la chaqueta y me alarga un papelito doblado en dos.

—Toma, me ha dado su número de teléfono. Llámala, haz caso al menda.

Abro el papel arrugado y lo observo. A la luz incierta del coche se atisba un número escrito con letra de mujer.

Hago una pelota y lo meto en el cenicero. Daytona me ve y comenta el gesto.

—Te equivocas. Ésa es de categoría.

Liquido el tema con pocas palabras, espero que concluyentes.

—Conozco a muchas chicas de categoría. Una más no me cambiará la vida.

Con todo, mientras salimos por la verja, siento cierto malestar íntimo por lo que Daytona ha dicho de la chica.

Y recorriendo el camino con baches hacia la carretera no dejo de pensar que nuestra Carla ha aprendido pronto la lección. Y el resto del trayecto, pese al parloteo de mi conductor, no me quito de los ojos aquella mirada ni de la mente aquellas palabras.

Contigo me iría gratis...

6

El taxi para junto a la entrada del Ascot y yo tengo el estómago un poco revuelto. El taxista, un tipo alternativo con pelo largo y barba rojiza de vagabundo, tiene una cara que me recuerda a Chewbacca, el hombre peludo de *La guerra de las galaxias*. Ignoro si éste conducía la nave espacial del mismo modo. Lo que sí sé es que por lo menos hemos dado dos saltos al hiperespacio desde piazza Napoli hasta aquí.

Le doy lo que me pide aunque, como siempre, no coincide con el importe del taxímetro. Hay taxistas en Milán que son capaces de pedir el suplemento nocturno sólo porque llevamos gafas de sol y el suplemento por equipaje sólo porque llevamos cartera. Lo veo alejarse impertérrito, aunque me dan ganas de mandarlo a cagar.

Pero hace una noche agradable, acabo de resolver un problema, estoy solo y con ánimo de estarlo.

Un rato antes, cuando, llegados ya a Milán, recorriamos via Gambellino, Daytona interrumpió de pronto su palique sobre mujeres, coches y el dinero que siempre está a punto de tener. Gracias a un tal Rondano, su agente de seguros, para ser exactos.

Yo sabía lo que estaba pensando y la pregunta que le rondaba la cabeza. Aunque me la esperaba mucho antes. Por fin se expresó con voz displicente, sin dejar de mirar la carretera con una atención hasta excesiva.

—Bien se lo ha montado Tano Casale, ¿eh? Tiene que sacar dinero a espuestas.

—Sí.

Yo lacónico, él finalmente explícito.

—¿Te traes algo entre manos?

—Nada.

—Como te he visto salir del despacho con él, he pensado...

Lo interrumpí. Pasando a la burla para cambiar de tema.

—Daytona, no pienses demasiado. Muchas experiencias han demostrado que es una actividad que no va contigo.

Si Daytona llegara a creer que tengo influencia con Tano, no me lo quito ya de encima. La actitud que tomó ante Micky lo dice todo. Él se amostazó un poco.

—Que te den por locu. Si es un modo de decirme que no es asunto mío, guárdate...

Sí, guardaré siempre mi secreto.

Tuve ganas de contestarle con la voz italiana de Greta Garbo. Pero decidí quitar hierro y zanjar el asunto con una explicación verosímil que evitase futuras intromisiones. Además, estaba cansándome de aquella historia.

—Era un recado. He ido en calidad de simple mensajero. Pasado el mensaje, se acabó lo que se daba. No me traigo nada entre manos, como tú dices.

Convencido o no, no se habló más del tema. Y con eso acabó el interés que

Daytona tenía en mí. Que era una de las razones por las que se ofreció a llevarme.

Y entonces me miró y me preguntó:

—¿Dónde tienes el coche?

—En el Ascot.

Cara de circunstancias.

—¿Te importa si te dejo en la parada de taxis, aquí al final de la calle? Tengo que ir a un sitio y ya llego tarde.

Desde que lo conozco, Daytona casi siempre tiene que ir a algún sitio. Estoy seguro de que no son sitios donde se hace el bien. El día menos pensado pasará de uno de esos sitios a la cárcel sin siquiera pasar por la casilla de salida, que diría el Godie. Poniéndole los dedos índice y medio en la garganta a modo de tijera.

¡Tac! Pillado. Tienes derecho a guardar silencio.

Hice un ademán.

—No pasa nada, déjame donde quieras.

—Bravo, eres un amigo.

Un amigo. Me eché a reír. Después de cierta hora y de cierta cantidad de alcohol y de bamba, en Milán es facilísimo encontrar amigos. Uno acaba en locales, con personas que puestas juntas suman setecientos años de cárcel, diciéndose unos a otros esa palabra, extraída directamente de las hojas de coca. En realidad nadie es amigo de nadie, ni siquiera de sí mismo. Y es facilísimo que, por la mañana, uno despierte en la cama con una mujer al lado de la que no recuerda ni el nombre. Una cualquiera, tomada a la desesperada, cuando la soledad y la borrachera nos cierran los ojos.

Bajé del Porsche de Daytona y me encaminé esperanzado a la fila de dos o tres taxis, sin saber que me disponía a montar en el Millennium Falcon, que ya habrá alcanzado la Curvatura Nueve y pasado el estadio de San Siro.

Voy a abrir la portezuela del Mini cuando veo salir del local a Giorgio Fieschi y a otros dos colegas. Van riendo. Suben a un R4 verde y parten hacia piazza Buonarroti en sentido contrario a donde me encuentro. Los envidio.

Son jóvenes y tienen talento. Espero que se den cuenta de que son motivos para considerar que tienen el mundo en sus manos. Al mismo tiempo pienso complacido en Laura y en su sentido del deber. Ha sabido aparcar su enamoramiento por el compromiso de la mañana siguiente. También porque el setenta por ciento de un millón es una bonita cifra, por una hora de trabajo.

El otro treinta es mi comisión.

Meto la llave en la cerradura. Se me acerca una persona. Oigo la voz, reconozco la cara y veo la pistola en el mismo momento. Pero lo más significativo es la expresión del Tulipán, que no augura nada bueno.

—Hola, chuloputas. Ya ves que volvemos a encontrarnos.

Sé por qué está aquí. Y que esté, significa que su sentido del honor es mucho más

fuerte que el miedo a su jefe. Por mi culpa ha sufrido una humillación que no puede olvidar. Laura o Tano no tienen nada que ver en este momento. Es algo entre nosotros. Nada de lo que yo pueda decir o hacer cambiará las cosas.

Por eso guardo silencio y lo miro.

Está tranquilo. Ha superado el cabreo y entrado en la calma de la determinación. Lo que me parece otra señal agorera.

—¿Te ha comido la lengua el gato?

Y en el silencio de la calle, salida de la nada, una hostia resuena en mi mejilla derecha con la fuerza de un disparo. El oído me empieza a silbar. Ante el ojo veo bailar una serie de puntitos amarillos, como mosquitos.

—¿Ves como aún tengo valor para ocuparme personalmente de un cacho mierda como tú? Camina.

Con la pistola indica piazzale Lotto. Yo me muevo, mirando disimuladamente a un lado y otro. Él se da cuenta.

—No hay nadie, marica. Tranquilo. Sólo tú y yo.

Tiene razón. El espectáculo del Ascot acabó hace rato y el aparcamiento está casi vacío. Esta noche ni siquiera están las dos fulanas que suelen hacer la acera ante el local. La cosa no me hace gracia. Ninguna gracia.

Llegamos a un Citroen CX, grande y bastante viejo. Guardando siempre una distancia prudencial, busca en el bolsillo de la chaqueta y deposita las llaves del coche en el techo.

—Toma, conduce. Con calma y sin bromas.

Cojo las llaves, me siento al volante, arranco. Me lo encuentro al lado. La experiencia del Tulipán ha logrado que en todos estos movimientos el cañón de la pistola no se haya apartado de mi tripa un momento.

Guardo silencio y espero.

—Tira por la Nuova Vigevanese.

Salgo del aparcamiento y sigo la dirección que me ha indicado. Me pregunto si la expresión de mi cara se parecerá a la de Moro en esa foto que últimamente circula por los periódicos. Para mí no habrá una «viva preocupación del país», ni siquiera una palabra de intercesión de nadie. Tampoco creo que las merezca. Salvo que ocurra un milagro, desapareceré en la nada y nadie vendrá a buscarme, porque no le importo un pito a nadie.

Rodamos en silencio. Sólo podría intentar algo si nos cruzáramos con un coche de policía. Aunque temo que eso no cambiaría mucho las cosas para mi secuestrador. Por lo que sé de él y por lo que he visto con mis propios ojos, no debe de estar muy bien de la cabeza. Si ha decidido pasar la raya y desobedecer las órdenes de Tano, es que no se detendrá ante nada.

Como si me hubiera leído el pensamiento, rompe el silencio.

—Tano me ha dicho que deje en paz a la chica. Sobre ti no me ha dicho nada.

—Tu jefe y yo tenemos un negocio entre manos y esto liará que se esfume. No le sentará bien.

Él sonrío. Es una mueca que habría preferido no ver.

—No se esfuma nada. Tú me escribes en un papel el nombre y la dirección del tipo, yo se lo llevo a Tano y listo.

—¿Por qué iba a hacerlo, si de todas maneras vas a matarme?

—Yo te lo digo. Porque te evitas palmarla de manera lamentable. Yo no tengo prisa. Puedo pegarte un tiro en la rodilla y esperar. Luego en la otra rodilla. Luego en el hombro, y así sucesivamente. O volarte las partes de un solo tiro. Dicen que un tiro en los huevos duele horrores.

Guardo silencio. Mi pensamiento vuela. Ya no estoy en el coche sino en otra parte, con otras personas como el Tulipán, que tienen las mismas intenciones y la misma indiferencia.

Hace mucho tiempo.

«Lástima que no tengas la picha fuera. A veces suceden accidentes cuando se sube la cremallera...».

La voz del Tulipán me devuelve a la realidad. Cree que estoy tramando algún ardid y me informa sobre las posibles consecuencias.

—Si por casualidad estás pensando en darme un nombre y una dirección falsos, mejor que no lo hagas. Veo si tienes una novia, un amigo, un perro. Cualquier ser en el inundo al que quieras. Y me lo cargo también.

No tengo la menor duda de que cumpliré su palabra. Esto me convence definitivamente de que Salvatore Menno es un psicópata. Pienso en la cara de Laura cuando mira fascinada a Giorgio Fieschi, en la expresión de Lucio, perennemente absorto en su ceguera, en el acertijo que le he dejado antes de salir y no sabré nunca si ha resuelto.

A todo esto hemos seguido por via Lorenteggio y pasamos el cruce con via Primaticcio. Tomo la avenida Vigevanese, con dos carriles en cada sentido. A los lados se ven anuncios de las gasolineras nocturnas, putas de cuatro cuartos, naves industriales, coches aparcados en el lateral. En la ventanilla de una farmacia de turno hay un chaval esperando. Seguro que está comprando una jeringa para chutarse. Pero en este momento la suerte de un drogadicto es la menor de mis preocupaciones, si es que alguna vez ha sido una preocupación. Al menos él tiene el privilegio de elegir cómo matarse.

—Sigue derecho hasta pasar Trezzano, luego te digo.

El coche rueda. La pistola sigue encañonándome la tripa. Yo miro la carretera, el Tulipán me mira a mí y sonrío. Pasamos la urbanización Tessera. Es una ida sin vuelta y me sorprende libre de nostalgia. Sólo se me ocurre una pregunta: ¿ya está?

¿No hay más? ¿Son éstas las maravillas que nos prometieron, ésta la belleza del mundo, ésta la vida digna de ser vivida? No acabo de verle sentido a las cosas, ningún sentido, ahora que paso por el lugar anónimo donde vivo camino de otro lugar desconocido en el que recibiré un balazo en la cabeza.

Trezzano pasa en un instante, como todos los momentos previos a la muerte. Hemos salido de la ciudad y las farolas quedan atrás. Aquí no se hacen concesiones. La carretera abierta no admite más que la luz de los faros.

—Tuerce a la derecha.

El cañón de la pistola me indica una carretera secundaria. Reduzco, tomo esa banda de asfalto en medio del campo y la recorro hasta que se convierte en camino. Pasamos una cantera y llegamos a una explanada que se extiende a la izquierda, rodeada de árboles y arbustos.

—Para ahí y baja.

Paro el coche y abro la portezuela. El terreno que piso es duro e irregular. Hay humedad y huele a hierba. Era la noche ideal para estar solo y hasta me encontraba de humor para estarlo. Pero no hay tiempo. Nunca hay tiempo. El Tulipán está ya junto a mí, rodeado de la aureola rojiza de las luces traseras. La pistola no ha cedido un milímetro. Tampoco sus intenciones, creo. Retrocede unos pasos y señala el coche.

—Abre el maletero.

Cumplo la orden. Dentro, entre otros trastos, hay una pala. Por una fracción de segundo me propongo intentarlo. Pero en estas cosas el cabrón tiene más experiencia que yo. Yo siempre me he encontrado en el lado equivocado de una pistola o una cuchilla.

El lado que no enseña nada, salvo el miedo.

La voz viene a borrar toda idea aun antes de que se forme.

—Cógela y retírate.

Yo doy dos pasos atrás con la pala en la mano, tristemente. Veo que se acerca al maletero abierto y rebusca dentro. Saca la mano provista de una linterna encendida.

—Apaga los faros.

Poco después nos hallamos a oscuras, sin más barrera entre nosotros y la noche que ese haz de luz. Veo el foco moverse y alumbrar un sendero entre las plantas.

—Por ahí.

Enfilo el sendero. No sé dónde estamos pero mi verdugo parece sentirse como en casa. Pienso que a nuestro alrededor, bajo un metro de tierra, debe de haber varias personas, protagonistas de un viaje como el mío. Camino como puedo, notando cómo los arbustos me marcan las manos, sin más guía que la linterna que proyecta mi sombra en la maleza.

Por fin llegamos a un punto que el Tulipán debe de denominar en su cabeza con una sola palabra: aquí. Hay un rodal de hierba que tiene la extensión justa para el fin

al que ha sido destinado. Veo que la luz se aleja hacia la izquierda. La voz llega de la oscuridad que hay justo detrás. Ahora las palabras tienen un claro eco burlón.

—Cava. Aunque se te estropeará un poco el bonito traje. Si quieres te lo mando lavar cuando termines.

Empiezo a cavar por no oír su carcajada. Y para pensar. Sé que mis esperanzas se reducen a cero. Pero tampoco quiero rendirme al gilipollas este. No puede ser que me borre del mapa un mierda como el Tulipán. El único momento en que puedo intentar algo es cuando me pida que le escriba el nombre y la dirección. A lo mejor se distrae, o se escurre, o...

O a lo mejor es verdad lo que me enseñaron en la escuela. La esperanza es la última diosa y a ella me estoy aferrando.

Poco a poco mis piernas van ocupando un hoyo más hondo. El sudor me chorrea por la frente y la espalda. Las manos me duelen. Me yergo y descanso un momento apoyado en la pala.

—¿Qué? ¿No puedes más? ¿Ya te has cansado, capullo?

Me dan ganas de mandarlo a la mierda. De levantar la pala y arrojarme sobre él, porque la rabia es ya más fuerte que el instinto de supervivencia. Y ocurre algo.

En el silencio, uno tras otro, tres ruidos sordos, en rápida sucesión.

pfft... pfft... pfft...

La linterna sale de pronto despedida hacia arriba, da un par de vueltas luminosas y cae al suelo. Oigo ruido de maleza sacudida por un cuerpo que se desploma. Creo percibir pasos leves. Pero debe de ser una impresión porque desaparecen enseguida.

Silencio.

Espero con una angustia mortal y nada sucede. Ni voz ni órdenes. Sólo la luz menguada de la linterna en el suelo, que alumbra la base de un arbusto. Me acerco, la cojo y paseo el haz alrededor.

El Tulipán yace de espaldas, como en cruz, algo más allá. Tiene los ojos muy abiertos y la mirada clavada en lo alto. Parece mirar el orificio que se le ha hecho en la frente. En el pecho tiene otros dos agujeros, y una mancha de sangre que se expande.

Comprendo lo que ha ocurrido. Instintivamente retrocedo y apago la linterna. No quisiera que quien ha disparado a ese hijo de puta decida que yo soy otro hijo de puta y aproveche la luz para dispararme también. Suponiendo que tenga intención de hacerlo. Espero un poco, y al cabo decido que es hora de irse. Enciendo la linterna, cojo la pala y desando el sendero procurando no extraviarme. Poco después me encuentro ante el reflejo del maletero del CX. Pienso que lo mejor es poner tierra de por medio. Subo al coche, arranco, maniobro y me dirijo a la nacional. Durante el trayecto no me cruzo con nadie. Ahora que lo peor ha pasado, me entra un ataque de ansiedad y un temblor de manos que en vano procuro dominar. No trato de

explicarme lo que ha pasado. De momento me conformo con estar vivo. Ya pueden enterrar en mi lugar, en el hoyo que he cavado, al hombre que quería matarme.

Pero no seré yo quien lo entierre.

Salgo a la carretera, tuerzo a la izquierda y vuelvo a Milán conduciendo tranquilo. Tengo que deshacerme del coche cuanto antes. No quisiera que una patrulla de la policía, de las que nunca están cuando se necesitan, me parara justo ahora conduciendo un coche que no es mío y me pidiera explicaciones. Un coche que pertenece a un hombre al que tarde o temprano encontrarán con tres agujeros en el cuerpo.

Llego a piazza Frattini y dejo el CX en una bocacalle que da a via Alviano. Queda bastante lejos del Ascot pero no tanto como para que no pueda ir al club sin coger un taxi. Algunos taxistas del turno de noche tienen una memoria increíble. Antes de irme, limpio a conciencia todo lo que he tocado. El volante, la palanca de cambio, la portezuela, la pala, la cerradura del maletero.

Y echo a andar.

La agitación ha pasado pero el peligro del que acabo de escapar me ha dejado sin fuerzas. De pronto me siento cansado. Como si me hubiera pasado la vida trabajando en algo agotador sin poder descansar un momento. Avanzo al paso que puedo llevar, dando vueltas en la cabeza a los acontecimientos que me han llevado a caminar solo por Milán con la ropa manchada de tierra. Me hago un montón de preguntas y a ninguna consigo dar una respuesta satisfactoria. Pierdo la noción de los pasos y del tiempo. Sólo noto el cansancio. Y cuando ya no lo siento, doblo la esquina de via Tempesta y allí está el Ascot Club. Cerrado y con las luces apagadas, pero para mí glorioso como Las Vegas.

Me dirijo al Mini. Junto al coche, de pie, hay una mujer de espaldas. Está fumando un cigarrillo con aire familiar. Me quedo mirándola y pienso que es demasiado tarde hasta para una prostituta pobre y obstinada. Entonces da media vuelta y la reconozco.

Es Carla.

La sorpresa supera el cansancio que me retuerce los hombros, las piernas y el estómago.

Me acerco. Ella me ve, tira el cigarrillo y regala a la noche la última bocanada de humo. Viene a mi encuentro. Su cara es bella como la recordaba. Lleva una chaqueta corta sobre un vestido ligero y se mueve con la elegancia natural de un felino.

No me percaté la otra vez. O quizá estaba demasiado ocupado luciéndome ante Daytona para percatarme. Paso a paso sus ojos emergen de la penumbra. Los tiene fijos en los míos, aunque me habla con cierta turbación. Y con una prudencia y un pudor puramente femeninos, por presentarse ante mí, en aquel lugar y a aquella hora.

—Hola.

—Hola. ¿Qué haces aquí?

—Te esperaba.

—¿A mí?

—Sí.

—¿Por qué?

Señala con la cabeza el edificio por cuyas ventanas iluminadas se ve a sus colegas trabajando con trapos y estropajos.

—Estaba trabajando. Al llegar vi tu coche. Luego he seguido mirándolo desde la ventana, esperando a que vinieras. Al final no he aguantado. Me he quitado la bata, lo he plantado todo y he bajado.

Me cuesta verla claramente. Tengo el estómago como lleno de serrín y mi cuerpo es sólo leña. Pero, pese a todo, me impresiona su modo de ser mujer, que no había visto nunca.

Estoy mal y me siento agredido. Por eso soy un poco agresivo.

—¿Qué quieres de mí?

Ella me habla mirando para otro lado.

—Estoy harta de esta vida. Estoy harta de deslomarme por dos perras. Estoy harta de ver mujeres que envejecen sin haber sido nunca jóvenes. Estoy harta de tener que follar con mi jefe para conservar el trabajo y con mi casero para pagar el alquiler.

Respiro hondo. Esta confesión cae al adoquinado con tintineo de calderilla. Ignoro el porqué, pero sé que es un momento importante. Nuestras vidas están enredándose y yo me siento un idiota porque de puro cansado no acierto a hablar más que con monosílabos.

—¿Y?

Ella vuelve a clavar los ojos en los míos. Han desaparecido el pudor y la prudencia.

—Lo que me propusiste ayer por la mañana...

Una breve pausa, como para permitirme recordar.

—¿Qué?

—Tu amigo me dijo que sabes lo que haces. Que tienes un buen negocio. Quiero que me permitas entrar y ganar mucho dinero.

Estoy ante ella y la veo como si se desvaneciera a lo lejos. La cabeza me estalla y siento las piernas huecas. La pregunta que le hago quizá la desconcierta.

—¿Tienes carné de conducir?

—Sí.

Me meto la mano en el bolsillo y le paso las llaves del coche. No sé qué cara tengo cuando, con la poca voz que me queda, le digo lo que quiero que haga.

—Llévame a casa, por favor. No quiero desmayarme en la calle.

Lo último que veo es un faro.

La luz desaparece de pronto, junto con el aliento. Una bolsa de material basto en la cabeza y estirones, golpes, una mano brutal que me mete en un coche. En adelante todo son ruidos. Sacudidas, vibraciones, motor en la oscuridad. Jadeos de hombres. Al final el coche se para y todo se repite al revés. Esta vez es para salir, pero los mismos estirones, empujones, una mano brutal

¿la misma?

que me saca y de nuevo respiro con sofoco porque ahora dos manos

¿las mismas?

me aprietan el cuello y me obligan a arrodillarme. Y la voz que viene de la nada y...

Despierto con sobresalto.

Estoy desnudo en la cama y noto las sábanas mojadas de sudor. O quizá no sólo es sudor, pero no me importa. La cabeza está tratando de poner orden en los pensamientos. Por desgracia, con el orden vuelve también el recuerdo. El Tulipán, el viaje a las afueras, los tres disparos con silenciador, la mancha de sangre en la camisa, sus ojos abiertos en la noche. Y luego, los ojos de Carla, dulces cuando me miraba, rebeldes cuando me hablaba, atentos cuando conducía y escuchaba las indicaciones que yo le daba para llegar a mi casa. No puedo imaginar con qué ojos me ha visto desnudo.

En cuanto entramos en casa, fui como pude a la habitación y me dejé caer vestido en la cama. Me quedé dormido al instante. Debió de desnudarme ella. Puedo imaginar su sorpresa. Quizá dio un respingo al quitarme los calzoncillos. Una reacción de espanto, una puñalada en el vientre, una de esas impresiones que dejan huella.

Me levanto, tiro de la sábana y me envuelvo en ella como en una toga, listo para mis veintitrés puñaladas. Entro en el cuarto de baño, echo el cerrojo, me siento en el retrete y dejé que salga todo. Cuando pienso que a esta hora podría estar bajo un metro de tierra con una bala en la cabeza, incluso mear y cagar son un himno a la vida.

Entro en la ducha, me enjabono a conciencia, a fin de limpiar todo rastro de la noche anterior. No sé quién disparó al Tulipán y ni siquiera me molestó en hacer conjeturas. La lista de los que podían tenérsela jurada a ese loco sanguinario es demasiado larga. Lo que no acabo de entender, por mucho que me esfuerce, es por qué el tipo no me disparó a mí también.

Me pongo el albornoz y al salir de la ducha veo mi ropa amontonada junto al cesto de la ropa sucia. Tendré que deshacerme de ella. Quizá bastaría con lavarla,

pero mejor no correr riesgos. No quiero ir por ahí vestido con prendas que pueden llevar rastros de un terreno en el que ha sido hallado un cadáver con tres agujeros.

Salgo del baño con el pelo húmedo, recorro el pasillo y llego al salón. Carla está tendida en el sofá, a mi derecha. Duerme vestida. Tiene las piernas encogidas y un brazo debajo de uno de los cojines. Se ha quitado la chaqueta y se ha tapado con ella. Los zapatos están en el suelo. Respira con levedad, pese a lo incómodo de la postura. El rostro es precioso, la tez clara, aunque no la iluminen los ojos.

Paseo la mirada por la estancia.

Sobre la cajonera, junto a la televisión, veo todos los objetos que llevaba en los bolsillos. El paquete de tabaco, el encendedor, la cartera, la pinza con el dinero, el buscapersonas. Puestos como los pongo yo cuando me desvisto, casi en el mismo orden. El reloj de la pared marca las doce. La lucecita roja del teléfono parpadea diciéndome que tengo mensajes en el contestador.

Después.

Cuando vuelvo a posar la mirada en Carla, la encuentro despierta y mirándome. He andado por la moqueta sin hacer ruido. Se conoce que mi presencia tiene el poder de despertarla. Sigue aovillada, esperando y temiendo. Habla sin cambiar de postura.

—Perdona.

—¿Por qué?

—Por haberte desnudado. Yo no...

La interrumpo, expeditivo, para archivar deprisa el expediente.

—No pasa nada. ¿Quieres un café?

Ella me estudia, atenta. Luego se incorpora y se sienta, con un movimiento no exento de gracia.

—¿Te apetece hablar?

Niego con un leve movimiento de cabeza, al tiempo que se me contraen a mi pesar los músculos de las mandíbulas.

—No.

Paso por su lado camino de la cocina. Su voz me sigue.

—La cosa esa ha pitado un par de veces.

Recibo la información sin comentarios. Supongo que la cosa en cuestión es el buscapersonas. Que espere también. Ahora no tengo ganas de ponerme en contacto con el mundo. Sigo vivo y estoy en mi casa con una de las pocas personas que conoce mi estado. Me siento curiosamente cómodo. Es una sensación que hay que vivir como un don del azar. No creo que al cielo yo le importe mucho.

Mientras preparo la cafetera, su voz viene de nuevo a buscarme.

—¿Sabes que no sé ni cómo te llamas?

—Bravo.

—Extraño nombre.

—Sí, lo es. Pero todos me llaman así.

—Pero tendrás un nombre.

—Un nombre no significa nada. Ya lo decía Shakespeare. Puedes llamarme Bravo como todo el mundo.

—¿Y a qué se debe este apodo?

—*¿Entendido? Has de ser bravo...*

Hago un gesto con los hombros, como si ella me pudiera ver.

—Es de esas cosas que nacen sin razón. Ya no recuerdo por qué.

Me vuelvo para poner la cafetera al fuego y me la encuentro en la puerta observándome. Sus pasos, como los míos, no han hecho ruido. Pero yo no he percibido su presencia tras de mí.

—¿Te ayudo?

—No, tranquila. Siéntate. Aquí apenas cabe una persona.

La veo tomar asiento en una de las cuatro sillas que hay en torno a la pequeña mesa redonda, junto a la ventana. Pienso en su desahogo de la mañana, cuando nos encontramos delante del Ascot. Me pregunto cuánta determinación y cuánta emoción había en sus palabras. La primera hace actuar, la segunda hace huir. Queda por saber el porcentaje de una y otra. Y sólo hay un modo de averiguarlo. Me apoyo en el marco de la puerta y se lo pregunto.

—¿Estás decidida a hacer lo que me has pedido esta mañana?

—Sí.

—No es un camino sin retorno. Pero, si se da el caso, se lleva uno recuerdos poco gratos.

Sacude la cabeza sin pensárselo.

—Ésa es una hipótesis para el futuro. Cualquier cosa es mejor que el presente.

Del fuego me llega el gargarismo de vapor de la cafetera. Me doy vuelta y voy a apagar el gas. Cojo las tazas y el azúcar y los pongo en la mesa ante ella. Vuelvo a la cocina y reaparezco con el café. Ella me mira mientras lleno las tazas. Una mirada intensa, que llegaría no se sabe adónde si la dejara viajar.

—¿Tú por qué lo haces?

—Por la misma razón por la que tú has decidido trabajar conmigo. Por dinero.

Ella toma un sorbo de café sin ponerse azúcar. Y vuelve a dejar la taza en la mesa, después de asegurarse, pasando la mano, de que no hay gotas en el culo.

—No creo que sea tan simple. En mi caso sí, porque lo que quiero es usar lo que tengo para dejar una vida de mierda.

Hace una pausa, durante la cual se permite evaluarme otro poco, y al cabo prosigue con aire de quien piensa en voz alta.

—Tú no tienes aspecto de arrabalero. Sé reconocer a los que son como tú. Hablas sin acento. Sabes comportarte, con elegancia, diría. Tienes libros en los estantes que

no me parece que sean los Viola del Momento que lee mi hermano.

Por la tensión con la que habla noto que se esfuerza por no mencionar lo que ha descubierto de mí al quitarme los calzoncillos.

—En definitiva, no pareces lo que eres.

—No. Lo soy al cien por cien.

Apuro mi café y prosigo.

—Los hombres que requieren mis servicios suelen ser personas con miedo y sin tiempo. Están demasiado ocupados sacando adelante una empresa, un banco o un partido político, ocupaciones que devoran tiempo. El miedo, en cambio, es oír que les dicen el monosílabo que menos están dispuestos a aceptar: no.

Voy por el tabaco al mueble. Me enciendo un cigarrillo.

—Yo les quito ese miedo y les ofrezco ese tiempo. Mis chicas son un sí seguro, complacido y complaciente. Una isla sonriente que no tiene nombre ni recuerda nombres.

Exhalo el humo al aire, donde se une con palabras que son de la misma sustancia.

—Muchos de esos hombres tienen mujeres a las que ya no aman o que ya no los aman. Tienen hijos a los que ven cuando pueden. Tienen una familia frágil, pero acorazada por un montón de dinero.

Por último saco mi pequeño y ávido conejo del sombrero.

—Pero, como en todas las corazas, hay una grieta. Yo la reconozco, hago que se abra más y que se convierta en una puerta.

Vuelvo a sentarme. Ella me sorprende con una digresión.

—En español «bravo» quiere decir «valiente».

—Lo sé.

—¿Tú lo eres?

Pienso en una fosa que cavé y no ocupé. En cómo me sentía en aquel momento. Esbozo una sonrisa, no para ella, sino para mí mismo.

—No se necesita mucho valor para hacer lo que hago. No es para sentirse particularmente orgulloso. En fin, que me contento con una sensación de poder muy modesta.

Nos miramos, hasta que desviamos la vista al mismo tiempo, con una sincronía de bailarines. Guardamos silencio unos instantes. Cada uno tiene en la cabeza cosas distintas, inspiradas por el mismo diálogo.

Su voz nos devuelve a menesteres vitales.

—¿Puedo darme una ducha?

—Claro. Si quieres, creo que tengo unas prendas deportivas de una amiga. Un día se cambió aquí para una cita y se las dejó. Las lavé y ya no vino a recogerlas. Deben ser de tu talla. Están en el armario empotrado del final del pasillo.

Ella se levanta y es un viaje que parece acabar demasiado pronto. Imagino su

cuerpo bajo el vestidito que lleva. Recuerdo las palabras que me dijo Daytona cuando salíamos del garito de Opera.

Cosa buena. Un tipazo de vértigo. Dos tetas de vértigo y un culo para morirse.

Da dos pasos hacia el pasillo. Y se vuelve.

—¿No vienes? Supongo que tendrás que comprobar lo que ofreces.

Permanezco sentado en la silla y la miro. Algo se mueve en mi interior. Algo que está excavando y buscando una salida que sólo hallará matándome. En mi caso, la rabia es el único desahogo del deseo. Quiero hacerle daño, pero no puedo. Lo único que puedo darle es una leve estocada, para recordarle que ya ha sido una puta, por cuenta mía.

—No hace falta. Mi amigo me ha dado excelentes referencias de ti.

Ella comprende y asiente. Da media vuelta, desaparece por el pasillo y me deja solo. Por desgracia lo que me ha provocado no se va con ella. Se queda dentro excavando y alimentándose de aliento.

Enciendo otro cigarrillo.

Llamo a la centralita de Eurocheck. Me comunican que llame al número 02 212121, sin nombre. Lo reconozco y sé que no es un número de teléfono. Es un aviso, una especie de mensaje. Y en mi cabeza cada una de esas cifras puede sustituirse por el símbolo del dólar.

Marco un número que me sé de memoria. En este caso, ni agendas, ni papeles, ni notas. Nada que pueda leerse. Y la mente es lo primero que no puede leerse. La cara es un poco más difícil, pero con el tiempo se puede.

Al otro lado contestan enseguida.

—Sí.

—Soy Bravo.

La voz de mi interlocutor es seca y directa, acostumbrada a mandar.

—Necesito tres chicas.

Sin ceremonias. Sé muy bien que el hombre del otro lado de la línea me desprecia por lo que hago. Supongo que imaginará que yo lo desprecio a él en la misma medida, por lo que me pide que haga. A ninguno de los dos nos importa. Cada uno tiene lo que el otro necesita. En su caso, dinero. En el mío, mujeres bellas que cierran el pico. Doy y recibo. Todo funciona bien si el juego es justo.

—¿Cuándo?

—Mañana por la tarde, a eso de las tres. Se las recogerá en la forma de siempre. Tendrán que quedarse toda la noche y estar dispuestas a lo que sea. ¿Cree que tres millones por cabeza las animarán a mostrarse solícitas?

Contengo la respiración. Calculando que mi relación con las chicas es de 70-30, son dos millones setecientas mil liras las que, en alguna ignota cuenta corriente, están deseando saltar a mis bolsillos.

—Total y absolutamente. ¿Quiere a las mismas chicas?

—Sí. Me parecieron perfectas. Si no me equivoco eran...

Lo interrumpo.

—Nada de nombres por teléfono. Con el mío basta.

La voz concede lo que quizá en otras circunstancias no concedería.

—Como prefiera.

—Muy bien. Intentaré que tenga lo que pide.

Cuelgo. No hay más que hablar. Conozco la dirección, aunque cuando la memoricé la primera vez la olvidé enseguida. Vuelvo a sentarme, a fumar, a pensar en mi *desencuentro* con Lorenzo Bonifaci.

Estaba cenando con dos chicas, Jane y Hanneke. Dos modelos, una americana y una holandesa. Habían venido a Italia con lo puesto, a probar fortuna en el mundo de la moda. Tras varias vicisitudes me conocieron. No sé si yo era la fortuna que buscaban, pero se parecía mucho. Tenían parientes en Holanda y en Tennessee que mejoraron mucho su nivel de vida gracias a mí. No era ningún «milagro en Milán» pero sí un buen golpe de suerte.

A nuestro alrededor, como inevitables corolarios del verano, iban y venían los personajes y turistas de la Riviera di Levante, los que pueblan sobre todo Il Covo di Nord Est di Santa Margherita y el Carillón di Paraggi, donde estábamos nosotros.

La comida era buena, el vino estaba fresco y las chicas eran guapas y tenían clase. Y yo pensaba que la suerte me deparaba a veces algún que otro grato paliativo. Un hombre se nos acercó discretamente.

—¿Es usted míster Bravo?

Hablaba con un leve acento inglés, que justificaba aquel «míster».

—Sí. ¿En qué puedo servirle?

—Si no es una gran molestia, desearía hablar con usted.

Sonrió a las chicas y prosiguió dirigiéndose de nuevo a mí.

—A solas.

Aquel hombre impecable con traje de lino azul oscuro olía a Eau Sauvage y a dinero. El perfume era francés. En cuanto al otro olor, cualquier divisa, con tal de que fuera comerciable, era bienvenida.

Puse cara de inocente a mis dos amigas.

—Chicas, ¿por qué no vais a retocaros el maquillaje, mientras llegan los postres?

Hanneke y Jane comprendieron que debían irse para poder ser el centro de atención. Se levantaron y se encaminaron a los servicios. El hombre se sentó en la silla de la americana.

—Me llamo Gabriel Lincoln y soy un estrecho colaborador de una persona que en este momento no se encuentra aquí pero que estaba cuando usted y las chicas

entraron.

Me quedé mirando a aquel sujeto de tez pálida y cabello fino, en espera de que siguiera.

—Esta persona ha quedado sumamente impresionada por la belleza de sus amigas. Ahora se halla en su yate, que está amarrado aquí enfrente, y tendría el placer de invitarles a una copa de champán después de cenar.

—¿Puedo saber quién es esa persona?

Recalqué las dos últimas palabras para darle a entender que no me gustaban los misterios, que me fastidiaban. Con una media sonrisa, soltó la bomba. Que me destrozó el huertecito.

—¿Le dice algo el nombre de Lorenzo Bonifaci?

¡Vaya si me decía algo! Decía acero y papel impreso y bancos y millones. Pero decía también influencia y poder y, aparte de algún que otro episodio aislado, una vida muy reservada y alejada de las crónicas mundanas. Haber estado en el mismo lugar al mismo tiempo que él podía considerarse un privilegio.

—Desde luego. No hacen falta más aclaraciones.

—¿Vendrán, pues?

—Míster Lincoln, creo que los dos somos hombres de mundo. ¿Es absurdo o descortés suponer que mi presencia allí sería superflua?

—Ni absurdo ni descortés. Simplemente una muestra de *savoir faire* que sería valorada muy favorablemente.

—Bien, entonces considere a mis amigas ya a bordo y con una copa en la mano.

Y sin bragas...

Por razones obvias no consideré oportuno añadir este último pensamiento. Él me miró con curiosidad pero luego se mostró algo apurado.

—Imagino, por lo que me han dicho de usted, que la cosa tendrá una contrapartida económica. Luego no debe preocuparse...

Lo interrumpí con un ademán.

—En efecto, no me preocupo. Esta visita, después de tan cortés invitación, puede considerarla un homenaje mío personal al señor Bonifaci.

Lincoln bajó la cabeza en señal de agradecimiento y complacencia.

—El homenaje, como usted lo llama, será muy reconocido. ¿Puedo esperar que vaya acompañado de la absoluta discreción de sus amigas? La suya no me preocupa, la doy por sentada.

—Mis amigas no son estúpidas. Saben que tienen todo que perder y nada que ganar.

A todo esto las chicas habían salido del baño. Lincoln se retiró para dejar que yo las pusiera al corriente de los acontecimientos de la velada. Les expliqué la situación y les dije que yo retribuía sus servicios de mi bolsillo. Nunca las había engañado y no

veían razón para no fiarse de mí también aquella vez.

Le hice una seña a Gabriel Lincoln y éste se acercó. Me levanté y lo mismo hicieron las chicas.

—Míster Lincoln, ellas son Hanneke y Jane. Aceptan con gusto su invitación.

Le pasé mi tarjeta con mis teléfonos.

—Puede localizarme en estos números, en caso de que la experiencia fuera del agrado de ustedes.

El hombre se la guardó con aire compungido. Creo que habría puesto la misma cara de haberse tratado de la tarjeta de un armador griego.

—Una última cosa.

—Diga.

—¿Qué marca de champán me pierdo?

—Suele ser Cristal.

—Lástima. Tendré que resignarme.

Sonriendo con buen humor, Gabriel Lincoln cedió el paso a las chicas y los tres se alejaron hacia la salida. Me quedé solo, envuelto en la música, lleno de buenos presentimientos.

Para celebrarlo, pedí una botella de Cristal.

Aproximadamente un mes después, Lincoln se puso otra vez en contacto conmigo y me proporcionó un número al que debía llamar cada vez que, por medio del buscapersonas, se me pidiera que llamase al 02 212121. Con gran sorpresa comprobé que la persona con la que me vi tratando era el mismo Bonifaci. Que nunca pasó de ser una voz al teléfono. A las personas como yo se recurre por necesidad y no se tratan con gusto, cuando se ha pasado cierto nivel. Pero a mí me parecía bien así, dada la provechosa relación que había entre esfuerzo y recompensa.

El buscapersonas emite un bip.

Mismo trámite con la centralita. Con la novedad de que esta vez la operadora es mujer. Reconozco al instante el teléfono que me dan. Corresponde a una línea directa de la suite 605 del Hotel Gallia. Lo marco con cierto malestar. También reconozco la voz que responde. Por el tono no me parece de muy buen humor.

—¿Sí?

—Soy Bravo.

—Creía que era usted un hombre de palabra.

—Y lo soy.

—Pues no puede decirse lo mismo de su amiga, suponiendo que pueda usted considerarla tal.

—¿Puedo saber qué ha pasado?

—Puedo decirle lo que no ha pasado. No ha venido.

Mierda.

—Me excuso por ella.

—Acepto las excusas, señor Bravo. Pero hemos acabado.

—Permítame que lo arregle. Le mandaré...

La voz me interrumpe y no da lugar a réplica.

—Se lo advertí.

Y corta la comunicación. Y no puedo reprochárselo. Nadie sabe mejor que yo lo frustrante que es el deseo insatisfecho. Me pregunto qué puede haber sucedido. Laura no es de las que dan plantones. O, por lo menos, no lo era. Desde luego el Tulipán, que en paz descansa, no puede haberle dado ninguna sorpresa.

¿Entonces?

Se me ocurren un par de palabras gruesas mientras marco el número de Laura. Y estoy deseando soltárselas. El teléfono suena y suena pero nadie contesta. Ni salta el contestador.

Cuelgo y escucho los mensajes del mío. La cinta se rebobina con una especie de chirrido quejumbroso. Al fin se oyen las voces.

Bip.

«Bravo, soy Cindy. Ya estoy en casa, por fin. Volví ayer. América es bonita pero yo me siento ya italiana. ¿Cuándo nos vemos? Tengo un montón de cosas que contarte. E imagino que tú también. He hecho cuentas y tengo ganas de volver al trabajo. Llámame cuando oigas el mensaje».

Bip.

«Soy Barbara. Se acabaron las vacaciones. Estoy otra vez en Milán. ¿Tienes más cosas interesantes para mí? Un beso, hombre maravilloso».

Bip.

«Soy Laura. Llámame».

Llámame una polla, cretina.

Lo he pensado diciéndolo en voz alta, sin querer, entre dientes. Responde un comentario.

—¿Me tratarás así a mí también cuando te deje mensajes en el contestador?

Me vuelvo y veo a Carla de pie ante mí. Ha encontrado la ropa que le dije y ahora ha cambiado todo, pese a lo informal de la indumentaria. Es otro mundo, otra historia, otra película.

Otra mujer.

Viste unos pantalones vaqueros y botas camperas de gamuza clara, una camiseta azul y un chaleco de algodón del mismo color que las botas. Lleva el pelo húmedo peinado hacia atrás y los ojos destacan como pañuelos de colores en la nieve.

—Me siento un cowboy. ¿Cómo estoy?

Me quedo mirándola en silencio, sin contestar. Sé que estoy haciéndome daño, pero no puedo evitarlo. No puedo evitar imaginármela cuando haya pasado por las

manos de un peluquero, un maquillador y un estilista. En el instante en que formulo este pensamiento, sé que estoy perdido.

Salimos al rellano y tiro de la puerta. En cuanto la cierro, se abre con un chasquido la de enfrente. La figura de Lucio aparece entre el marco y la hoja.

—Se escaquea.

Carla se queda pasmada. Yo sonrío. Es la solución del acertijo que escribí en un papel e introduje por debajo de la puerta de Lucio el día anterior.

Escurre el bulto. (2, 8)

Yo sabía que Chico, el muchacho que lo acompaña todos los días al trabajo y lo trae a casa, lo encontraría y se lo daría. Y que él resolvería el acertijo. Tampoco era tan difícil. Pero no nos escaqueemos nosotros, me digo: es hora de hacer las presentaciones.

—Carla, él es Lucio, mi vecino.

Ella me mira, frunciendo el ceño. Yo hago ademán de cubrirme los ojos, para darle a entender que Lucio está ciego. Él sale al rellano, con sus gafas de cristales oscuros, ahora justificadísimas, y da un paso hacia nosotros.

—Lucio, la señorita que está conmigo se llama Carla.

Él tiende la mano.

—Hola, Cada. Temo que tendrás que darme tú la mano, porque si no parecerá que estoy jugando a la piñata.

El sentido del humor de Lucio es capaz de salvar cualquier situación embarazosa. De hecho el momento de apuro pasa y Carla le estrecha la mano. Él la retiene más de lo necesario.

—Bonita piel, Carla. Si la tienes así por todo el cuerpo, tu chico tiene suerte.

Carla ríe. Veo que a Lucio le complace este modesto éxito. Yo me alegro por él. Somos tres personas a merced de las olas y el rellano es nuestra balsa. Creo que cada uno lo sabe, a su modo.

Y cada uno tiende al viento las pocas y maltrechas velas de que dispone.

Lucio se vuelve hacia mí, con la cara no del todo derecha. Tiene expresión de querer ponerme en un aprieto.

—Te tengo una preparada. Y difícil.

—Suelta.

—La imaginación más desenfrenada, 6, 10, 2 y 8. Para ayudarte te digo que la última palabra podría ir en cursiva.

La repito en voz baja, para memorizarla. Si mi amigo dice que es difícil, hay muchas posibilidades de que lo sea. Pero no ha dicho muy difícil, lo que es una ventaja.

Le doy un golpecito en el brazo, en señal de despedida.

—Nos vemos, Lucio. Temo que debemos irnos.

Él finge lamentarlo y se pone melodramático.

—Eso, dejadme solo con mi dolor y sin un enigma que resolver.

Empiezo a bajar las escaleras y le lanzo una provocación.

—Es que sí tengo un enigma para ti.

—Dime.

—¿Por qué te obstinas en ser músico, si eres un inepto?

Sus palabras me llegan cuando estoy ya en el descansillo, entre los dos tramos de escalera.

—Bravo, eres tan agradable como un erizo de mar en los calzoncillos y oyes la música como Beethoven al final de su vida. Carla...

Ella, que va unos escalones por delante, se para al oír que la llama. Alza la cara hacia la voz que le llega por el hueco de la escalera.

—Dime.

—Si esta noche quieres convencerte de la pobreza cultural de Bravo, dile que te lleve al Byblos, en Brera. Toco allí.

Carla ha captado y sigue el juego.

—No me lo pierdo por nada del mundo. Lo obligaré con todas mis armas si es necesario.

—Sí, señora. Presiento que no tienes pocas.

A Carla parece divertirle este intercambio de ocurrencias con Lucio. Y a él también. Yo estoy acostumbrado y para mí no es ninguna novedad, sólo un pequeño placer cotidiano. Abro la puerta de cristal y salimos a la calle. Hay coches aparcados. Hay niños jugando. Algunos tienen nombres inverosímiles, como Richard o Elisabeth, seguidos de apellidos tan italianos que enseguida frustran el encanto exótico. Personas de ambos sexos nos observan pasar con la curiosidad de quien no sabe y daría mucho por saber.

Creo que Carla lo ha entendido todo a la primera.

—Me parece que por aquí no haces mucha vida social.

—Confieso que no.

Doblamos la esquina y nos dirigimos a la verja, dejando atrás los cuchicheos del barrio Tessera.

—Bravo, ¿qué es eso de escaquearse y el bulto? Y la otra frase, ese acer...

Se interrumpe. Acudo en su ayuda y termino la frase.

—Acertijo.

Yendo hacia el Mini le cuento la costumbre que tenemos Lucio y yo de desafiarnos a duelos de enigmas. Le explico los diversos tipos de acertijos que existen y el mecanismo verbal para solucionar este tipo de rompecabezas. Ella me escucha atenta todo el tiempo. Quizá está tratando de grabar en su mente lo que estoy explicándole.

Mientras hablamos subimos al coche y arranco.

—¿Cómo es el que acaba de decirte?

—La imaginación más desenfadada. La solución es una frase compuesta de cuatro palabras de 6, 10, 2 y 8 letras, de doble sentido.

Ella queda pensativa y mira a un sitio y otro. Yo salgo a la Vigevanese en dirección a Milán. La luz del sol ha dado una nueva apariencia a las casas, las naves industriales, las personas. Las farolas apagadas son como intrusos. Hay tráfico y vida, esa vida que creí perder anoche, cuando recorrí esta misma avenida en sentido contrario al lado de un hombre que empuñaba una pistola, convencido de que sería mi último viaje.

Bastaron aquellos tres bufidos para cambiarlo todo.

pfft... pfft... pfft...

Un ruidito de nada, como de ala que bate tres veces, pero que ha trastocado el universo. Estoy aquí, vivo, respiro, conduzco el coche al lado de una chica guapa cuya única arma es su determinación. Otro ha acabado como debía acabar yo, que se abraza en el infierno. Lo que no sé es el motivo. Éste es el enigma que quisiera resolver. Pero no tengo ni definición ni número de letras, a menos que *Mors tua vita mea* sea la solución universal.

—¿Adónde vamos?

—A dar una vuelta por el País de las Hadas. Y a conseguir encantamientos que no acaben a medianoche.

Le sonrío, cómplice y misterioso. O al menos eso quiero. Con Carla estoy perdiendo muchas de mis certidumbres. Ella va a contestar cuando en mi cinturón pita el buscapersonas.

Unos cien metros más adelante reduzco y paro ante una cabina telefónica. Carla no dice nada y sigue mirando a un sitio y otro, acaso preguntándose qué magia podría transformar el mundo que la rodea.

—Tengo que hacer una llamada.

Doy una explicación a quien no me la ha pedido y me apeo. Entro en la cabina e introduzco una ficha en la ranura, que la traga con garganta metálica. Marco el número fiable. Me comunican que me ha llamado Laura.

Precisamente ella. Hablando de la puta de Roma.

Metó otra ficha y me parece que cae en cámara lenta, de la rabia que siento. Marco dando golpes. Laura contesta enseguida.

—¿Sí?

—Soy Bravo. ¿Qué?

—¿Qué qué?

Lo absurdo de la respuesta me saca de quicio. Y le hablo sin contemplaciones.

—¿Te has vuelto tonta o qué? ¿No tenías una cita en el Gallia esta mañana a las

nueve? ¿Por qué no has ido? Me has hecho quedar fatal con una persona que podía ser una mina de oro.

Ella hace una pausa, sin saber qué contestar. Luego, sea lo que sea, decide que quiere decírmelo de viva voz.

—Bravo, tenemos que vernos.

Su tono reposado no consigue calmarme. No después de lo que me ha hecho.

—Eso me parece, que tenemos que vernos. Ahora mismo. Y más vale que tengas una buena explicación que darme.

—¿Dónde?

—Voy a tu casa dentro de un rato.

Una pausa. Luego una voz con un eco de angustia.

—Bravo, mejor en otro sitio.

La mandaré a la mierda por tonta, pero no puedo. Al menos, aún no. Laura es, con Barbara y Cindy, una de las tres chicas que Bonifaci me ha pedido para su velada de nueve millones.

Exhalo un hondo suspiro, y prosigo.

—Yo voy ahora a la peluquería de Alex, enfrente de la Estación Central. ¿La conoces?

—¿La de Jean Louis David?

—Sí.

—Claro que la conozco.

—No está lejos de tu casa. Al lado hay un bar. Te espero en la sala interior. Dentro de veinte minutos.

—Vale. Voy para allá.

Vuelvo al coche, me siento y cierro la portezuela con más fuerza de lo normal. Carla me mira y por mi expresión comprende que el humor ha cambiado.

—¿Pasa algo?

—Nada que no pueda arreglarse con un buen insulto.

Arranco y me incorporo al tráfico. Carla decide que lo mejor para desenfadarme es el silencio. Eso habla en su favor y la hace subir en mi estima.

Lo de Laura me ha cabreado. En mi relación con las chicas nunca ha habido chantajes ni coerciones, sólo claridad. Trabajan conmigo porque quieren y con plena libertad, pero no deben extralimitarse riéndose de mí. En este caso he dado y no he recibido: el juego ya no es justo. A lo mejor no se equivocaba el Tulipán cuando le atizaba. El de *cuius vult* podría ser el lema de esta discutible cruzada mía.

Esto me hace reír a mi pesar y cuando llegamos a via Vittor Pisani se me ha pasado un poco la rabia. Sólo un poco, decido. Pienso que no tiene sentido hacerle pagar a Carla las culpas de otros. Encuentro un sitio libre a cincuenta metros del lugar al que vamos. En Milán, en esta zona y a esta hora, es una señal del destino.

Bajamos del coche.

Carla me mira intrigada. No debe de frecuentar mucho esta zona de la ciudad.

—¿Adónde vamos?

—Ya lo verás.

Echo a andar y ella me sigue en la primera etapa de este viaje al mundo encantado, que para el caso es el salón de un peluquero esteticista. Entramos y lo encontramos lleno, como siempre. Hay luces, perfumes y mujeres con la cabeza metida en secadores. Chicos y chicas con uniformes negros van y vienen sin hacer ruido por el pavimento brillante. Esto debe de rendir más que la tahurería de Opera, aunque no me imagino a Tano Casale cortándole el pelo a la gente. El cuello tal vez, pero el pelo lo dudo. Carla se siente atraída y quizá un poco atemorizada. No creo que un sitio como éste, en el que un champú y una permanente cuestan casi lo que ella gana en una semana, forme parte del circuito en el que habitualmente se mueve.

Alex, que está aconsejando a un chico cómo perder tiempo con una señora por cuya cara parece que se haya paseado una gallina, me ve y se ilumina. Se excusa, abandona a la mujer a su suerte y viene a nuestro encuentro. Es alto y delgado, lleva el poco pelo que le queda muy corto, indiferente a una calvicie que ya ha hecho todo el mal que podía hacer. Es simpático, tiene don de gentes y es bueno en su trabajo. Por algo es uno de los peluqueros y maquilladores más solicitados de la televisión, la moda y la publicidad. Y aunque no es precisamente un figurín, tiene mucho éxito con las mujeres.

—Hola, Bravo. Dichosos los ojos. ¿Arreglamos un poco esa mata que llevas en la cabeza?

—Hoy no vengo por mí. Te necesito en plena forma.

—Yo estoy siempre en plena forma.

Creo llegado el momento de informar a mi acompañante de lo que está ocurriendo. Aunque ya debe de haber entendido algo, porque le brillan los ojos.

—Carla, te presento a Alex, que te convertirá en una diosa.

Y explico a Alex el motivo de nuestra presencia en su salón de belleza.

—Encárgate de la señorita. Emplea todas tus artes, no repares en gastos ni escatimes talento.

Mi amigo no ha dejado de examinar a Carla desde que ha acudido a atendernos. Seguramente ya estaba preguntándose, por deformación profesional, qué diamante podía ocultarse bajo la escoria. Ahora que tiene mano libre, parece intrigado por el reto que le he lanzado.

En cierto modo, también esto es un enigma.

Yo ya no cuento. No existo. La mente de Alex ya ha entrado en actividad, convocando toda su experiencia y su imaginación. Tiende la mano a Carla.

—Ven, a ver lo que podemos hacer.

Se la lleva sin dignarse ya mirarme. Carla se vuelve hacia mí algo perpleja. Hago un gesto elocuente, que quiere ser a la vez un consejo de que se fíe y una señal de impotencia ante el furor creativo de Alex.

Me quedo solo.

Salgo del local. Dejo atrás, pegadas al escaparate, fotos de bronceados modelos que exhiben peinados y cortes de pelo. Entro en un bar. Es un local recién reformado, con ínfulas de estilo, aunque lleno de espejos y cromados que le restan carácter, en el que sirven comida caliente y fría a la gente que trabaja en las oficinas de la zona. A esta hora ha pasado el momento de frenesí y no hay mucha clientela. Hombres y mujeres con aspecto de ejecutivos que, rezagados, se conceden un café o un tentempié.

Una camarera se toma su tiempo antes de dispensarme su atención, que es poca como pocas son sus gracias. Me he tomado el café y estoy con el segundo cigarrillo cuando llega Laura. Entra y se hace un instante de silencio, leve y casi imperceptible, pero elocuente. Va vestida sin ostentación: unos vaqueros, una camiseta, la misma chaqueta que ayer por la tarde. Pero sigue siendo una mujer bellísima, de las que se siguen con los ojos y se persiguen con la imaginación. A ella la miran con envidia las pocas mujeres que hay en la local y a mí me miran con envidia todos los hombres. Podría levantarme y resolver la cuestión diciéndoles unas cuantas palabras. Si os gusta, la queréis y podéis permitíroslo, trato hecho: os la vendo.

Pero sigo en mi sitio y veo a Laura retirando la silla de enfrente.

—Hola, Bravo.

No espero a que se siente para atacarla.

—¿Qué? Y no me contestes otra vez «¿Qué qué?», que saco las uñas.

Ella se quita las gafas oscuras. Tiene ojos de haber dormido poco. Que sea porque ha llorado o porque ha follado con alguien, a mí me importa un huevo. Lo que me importaba era que follase esta mañana y no lo ha hecho.

—Pero ¿es que no has visto el telediario de la una?

—No. ¿Por qué?

Ella baja un poco la voz.

—Han encontrado muerto al Tulipán cerca de una cantera, poco después de Trezzano. Tres disparos de pistola...

Deja la frase en suspenso y me mira. Entiendo la interrogación que hay en sus ojos y al mismo tiempo me dan ganas de volcarle la mesa encima. Ahora comprendo por qué no quería que nos viésemos en su casa.

Me tiene miedo.

—Laura, ¿estás loca? ¿Crees que he sido yo?

—Dijiste que lo solucionabas todo. Y esta mañana lo encuentran muerto. ¿Qué quieres que piense?

—¿Se lo has dicho a alguien?

—No.

—Eso, bien. Y no lo hagas. Yo lo solucioné haciendo un pacto con la persona que tenía autoridad para decirle que no te molestara. Y me ha costado dinero. Punto. Ni siquiera sabía que lo habían matado.

La mentira pasa leve, con un rumor quedo.

pfft...

Laura me cree y parece aliviada. Yo cargo la mano.

—Nos conocemos hace tiempo. Hemos trabajado bien juntos. ¿Te parezco la clase de persona que va por ahí pegando tiros a la gente? ¿Me has visto alguna vez con un arma?

Laura parece completamente convencida. Ahora es ella la que de alguna manera tiene que defenderse.

—No, es verdad. Pero ponte en mi lugar. Cuando he visto la noticia en la tele...

Pero no hemos acabado. Aún tiene que explicar otra cosa.

—La noticia la has sabido a la una. La cita con Gallia era a las nueve. Luego la muerte del Tulipán no tiene nada que ver con el plantón.

Ella baja los ojos. Cuando los levanta le brillan con lágrimas contenidas. Sigue en silencio un momento, como si buscara las palabras. Las que encuentra me sorprenden.

—Bravo, tengo veintisiete años y soy una puta.

Detiene con un ademán cualquier posible amago de réplica por mi parte.

—Llámalo como quieras. Hay muchas palabras para hacer menos cruda la realidad. *Hostess*, acompañante, relaciones públicas. Pero la esencia no cambia. Soy y sigo siendo una puta. Y con el tiempo acabaré siendo una puta vieja.

Y no quiero acabar mi vida así.

Interrumpo este viaje que parece recorrer a toda velocidad el camino de Damasco.

—¿Tiene algo que ver el cómico ese, Giorgio Fieschi, en todo eso?

Este nombre cae sobre nosotros como la bomba que da en el blanco. Laura se sorbe los mocos y busca un pañuelo en el bolso. Se suena y tiene la excusa para no mirarme a los ojos.

—Sí, tiene que ver.

No, por favor, Laura. No te me hagas ahora la puta enamorada y redimida. No en este momento...

No digo lo que pienso. Espero a que termine. Porque seguro que tiene que decirme algo más.

—He pasado la noche con él. Nunca me había pasado una cosa así. Tan bonita y tan rápida, quiero decir. He comprendido que quiero cambiar de vida.

Los ojos le echan chispas de ensueño.

—Bravo, creo que estoy enamorada.

Me dan ganas de levantarme y ponerme a berrear.

Anoche estuvieron a punto de matarme por librarte de un delincuente que estaba destrozándote la vida. Y mientras yo me cavaba literalmente la tumba, tú estabas follando con tu artista de los cojones. ¿Y me dices que «crees» que estás enamorada? Por lo que me ha costado, dame al menos el beneficio de la certeza...

Pero ni me levanto, ni me pongo a berrear, ni la inflo a leches. Sigo sentado en mi silla, inmóvil, felicitándome por mi capacidad de control. Es una triste satisfacción, pero es lo único que tengo en este momento. Mientras domino mis nervios, recuerdo de pronto la risa del muchacho cuando salía del Ascot con sus amigos. Jóvenes, llenos de talento y por eso amos del mundo. Miro a Laura y la veo perdida en su sueño, que como todos los sueños tendrá su despertar algún día. De pronto todo me parece burlón y tierno y ridículo al mismo tiempo.

Y llega la solución al enigma de Lucio.

La imaginación más desenfrenada. 6, 10, 2, 8.

Ultima proyección de Fantasía...

Una sonrisa me distiende los labios.

—Muy bien, Laura, como quieras.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Sigue tu camino. Es tu vida, etcétera, etcétera, como dicen en las películas.

—¿No te enfadas conmigo?

—¿Cambiaría eso algo?

—Bravo, yo...

—No creo que haya nada más que decir. Si cambias de idea, sabes dónde encontrarme. Si no, procura ser feliz.

Esto también lo dicen en las películas, junto con los demás etcéteras. Pero me parece que sobra decirlo de nuevo. Laura se pone las gafas y se levanta. Hay alivio en su voz, un alivio lleno de buenos propósitos.

—Adiós, Bravo. Y gracias.

—Adiós, Laura. Pasadlo bien.

La sigo con los ojos mientras sale y no soy el único. Al mismo tiempo repaso mentalmente la lista de las chicas que conozco buscando cuál de ellas puede sustituirla en lo de Bonifaci. Cuando traspone la puerta, me levanto y arrojó sobre la mesa lo que vale el café más algunas monedas de propina. Salgo del bar y de una relación cerrada para volver a otra que está abriéndose. No sé muy bien qué puedo esperar de Carla ni qué puedo esperar de mí mismo. Me he movido siempre a ojo y temo que una vez más me veré obligado a fiarme de mi instinto.

Entro en el local de Alex y veo a todos los chicos y chicas atendiendo a clientes

que ocupan las sillas y los espejos. Ni mi amigo ni Carla están en el salón principal. Me siento en un silloncito y espero, fumando y hojeando revistas llenas de historias de amor de actores y actrices. A algunas de las personas que aparecen en las páginas las he visto en el lugar en el que ahora me hallo. Algunas historias no son del todo inventadas. Me pregunto si lo son las otras. A la media hora la voz de Alex me saca de un reportaje en el que querían hacer pasar por premamá la camisa holgada de una cantante.

—Listo. Juzga el resultado.

Me levanto y me vuelvo.

Cuando la veo, me digo que al salir tendría que haberme despedido de Carla para siempre, porque era la última vez que la veía. La que tengo delante es otra persona, tan luminosa que eclipsa las luces que el decorador del local ha repartido profusamente. El pelo teñido color miel y cortado muy corto enmarca un rostro que ahora es el único objeto donde engastar esos ojos. Y su mirada provoca el deseo de conocer la palabra mágica que nos permitirá entrar en el mundo que hay al otro lado. La observo sintiéndome como a bordo de un planeador que vuela entre pequeños vacíos de aire. Pienso muchas cosas y todas a la vez. Decido concentrarme en una sola: la más fácil, la más segura y por tanto la más cobarde. Que es al mismo tiempo una huida y la solución de un problema. Ya sé quién sustituirá a Laura en la cita de mañana.

Ignoro lo que haré con él, pero sé que hoy me he creado un recuerdo. Lo pienso de nuevo ahora que salimos de Bargagli cargados con bolsas y paquetes. Carla tiene dentro una luz que comparte con el mundo, está espléndida y excitada. Y también excitante, a juzgar por las miradas de la gente. Las de los hombres, que la despojan del vestido que acabo de comprarle, van cargadas de promesas, para ahora y para el futuro. Lo que, en casos como éste, se lee en los ojos de los hombres es la medida del potencial de una mujer. Tuve ocasión de comprobarlo cuando Laura entró en el bar, hace una hora. Tengo ocasión de comprobarlo ahora con Carla, por si hiciera falta. En cuanto a mí, observo desde fuera cómo me muevo, cómo hablo, lo que hago. Me encuentro receloso, sin saber qué esperarme de esta mujer que ahora recorre Corso Vittorio Emanuele a mi lado, dejando una estela de perfume que borra todo lo que ha sido hasta ahora. Y todo lo que yo he sido hasta ahora.

Carla se vuelve hacia mí y me mira, con esos ojos que son una instigación a delinquir.

—Me parece que soy Cenicienta.

—Ahora ya no. Ahora estás en el baile del Príncipe.

Aún no le he dicho que el Hada es en realidad un hijo de puta, que el baile del Príncipe se ha cancelado y en su lugar irá a una lujosa villa de Lesmo a bailar bailes muy distintos. Sin embargo, ha sido ella quien me ha pedido ser lo que será y hacer lo que hará, aunque desde entonces no he podido quitarme cierto malhumor.

Yo no estoy acostumbrado a ciertas dudas. Soy de los de o blanco o negro.

Esta burla de mí mismo, que sería el gozo de Lucio, me hace sonreír. Carla cree que le sonrío a ella. Me sonrío a su vez, y su sonrisa me llega al alma.

—Te has gastado un montón de dinero en todos estos regalos.

Para volver a casa sano y salvo, creo necesario hacer una precisión, que sirve para devolvernos a los dos a la tierra.

—Yo no suelo hacer regalos. Esto es un anticipo sobre tus futuros emolumentos.

Carla me mira sorprendida... y se echa a reír.

—Emolu... ¿qué?

—Significa ganancias.

—Pero ¿qué palabras usas, profesor? Me haces sentirme una ignorante. No me vendría mal leer algunos de tus libros.

Me gustaría explicarle que en realidad los libros son una maldición. Los optimistas están convencidos de que leyendo libros combaten su ignorancia, los realistas sólo están seguros de su ignorancia. El conocimiento o la falta de conocimiento es lo que de verdad distingue a las personas. La edad, el dinero, el aspecto no importan nada: la verdadera diferencia es ésa.

La vida depende de cuántas cosas sabemos.

El buscapersonas me saca de mis tentaciones de mentor advirtiéndome que debo hacer una llamada. Dejo a Carla alegrándose la vista con los escaparates y entro en una cabina telefónica, meto una ficha y marco el número de la centralita.

A cambio recibo otro número, sin nombre. Cuando llamo, me contesta una voz impersonal y distraída con fondo de ruido de vajilla y humanidad reunida.

—Bar La Torre.

—Soy Bravo. Me han dicho que llame a este número.

—Espere.

Ruido del aparato que dejan en una superficie. Pasos de alguien que se acerca. Al teléfono oigo una voz que conozco.

—¿Bravo?

—Sí.

—Soy Tano.

Me imaginaba que aquel hombre no me daría un número privado. El lugar en el que se halla debe de ser uno de los muchos puestos de seguridad desde los que hace sus negocios.

—Dime.

—Mañana estaré listo para esa operación.

—Muy bien. Podría ser pasado mañana. Hablo con la persona y te digo.

—¿Dónde estás esta noche?

—Ceno en el Ricovero Attrezzi, un restaurante de la calle...

—Sí, lo conozco. Uno de mis hombres se pondrá en contacto contigo para concretar.

—¿Cómo lo reconoceré?

—Te reconocerá él.

—De acuerdo.

Una pausa al otro lado de la línea. Al cabo la voz que conozco cambia de tono en forma imperceptible. No sé si lo hace deliberadamente o no, pero la noto algo más amenazante.

—Bravo, ¿has oído lo de Salvo?

¿Si lo he oído? Y lo he visto.

—Sí. Mal asunto.

—Y tan malo.

Otra pausa.

—¿No tienes nada que decirme?

—No.

La tercera pausa no promete nada bueno. Ni las palabras que siguen.

—Bien. Ya hablaremos.

—De acuerdo. Cuando quieras.

Un clic me confirma que la conversación ha terminado, por el momento. Pero a su debido tiempo continuará y yo tendré que explicarle a Tano Casale algunas cosas. Si conozco un poco el mundo, no creo que la muerte del Tulipán le haya destrozado el corazón. Pero era uno de sus hombres y, según las reglas de cierto ambiente, quien lo ha matado le ha faltado al respeto. Y eso un capo no puede permitirlo, cualquiera que sea el motivo.

Aprovecho para convocar a la cena a Barbara y a Cindy, citándolas directamente en el restaurante, con prioridad de gran ocasión. Me esfuerzo por no pensar en ello, pero cuando me reúno con Carla la historia del Tulipán debe de seguir patente en mi cara.

—¿Pasa algo? ¿Malas noticias?

Procuro volver a ser el de antes. No sé con qué éxito, pero así es el juego. Carla lo comprende y acepta jugar.

—No, nada. Ahora que estás guapísima y elegantísima, déjame que te luzca un poco. Te llevo a cenar con dos chicas a las que debes conocer.

—¿Trabajan para ti?

—Sí. Y mañana van a una fiesta que es todo un compromiso.

La miro y hago una pausa. Todos tenemos derecho a un redoble de tambor de vez en cuando.

—Y tú irás con ellas.

Carla alza la cara bruscamente.

—¿Yo? ¿Mañana?

Le ha desaparecido la sonrisa. Cenicienta debe volver a las faenas que ensucian las manos. Me parece extraño que una mujer que acepta acostarse con Daytona por cuatro perras tenga escrúpulos, pero el mundo es muy raro. Lo hacen así los seres humanos.

Asiento.

—Sí, mañana. Por si te interesa, te embolsarás dos millones cien mil liras.

—¡Jolines!

En esta exclamación instintiva están todos los años vividos en casas de vecinos, en las auténticas, no en las del casco viejo convertidas en pisitos románticos para ricos. Casas con alquileres y facturas de la luz y del gas que llegan mucho más puntuales y regulares que el dinero para pagarlas. Casas que empujan a los pobres hacia las afueras con mano inexorable y constituyen la frontera entre la vida y la supervivencia.

A mí esto nunca me ha importado. Pero en el caso de Carla es distinto. No sé por qué y prefiero no preguntármelo. Quizá es que soy un hombre enfermo y mis arrebatos sentimentales adolecen de la misma enfermedad.

Lucio, Carla, yo.

Tres seres humanos que se pasarán todo el tiempo que les quede destruyéndose y reconstruyéndose a sí mismos, día tras día, hasta que al final se vean sin fuerzas ni ganas para volver a unir los pedazos. Mientras nos dirigimos al coche, desecho estos pensamientos y sigo instruyendo a Carla. Es mejor que sepa lo que le espera y cómo deberá comportarse. Todos necesitamos consejo. Los que no lo necesitan son a veces personas muy desgraciadas.

—La situación en la que te encontrarás mañana es muy delicada. Habrá hombres importantes, quizá a algunos los hayas visto en la prensa. Pero para ti deben ser perfectos desconocidos, antes y después de estar con ellos. ¿Me he explicado?

Ella cabecea afirmativamente.

—Mi único fuerte es que siempre he podido garantizar a las personas que han recurrido a mí la discreción más absoluta. Esto quiere decir que en ciertos ambientes la cosa corre de boca en boca y el círculo de conocidos se amplía. Y eso significa dinero. Para ti y para mí.

Esto tenía que decirlo. Como otras cosas que le diré más adelante, mucho más crudas y pormenorizadas. De momento he tratado de expresarme de manera que no se sienta demasiado puta. La relación con lo que haga, Laura *docet*, es algo personal. Mi trabajo termina a este lado de la puerta de un dormitorio.

Porque además tampoco tendría mucho que hacer al otro lado.

La veo absorta. Mira fijamente al frente, viendo en realidad no se sabe qué. Si lo que leo en su semblante es indecisión, mejor dejar las cosas claras ya, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Dudas? ¿No estás segura?

Carla me mira con esa mirada que es como un vacío de aire.

—Sí, sí estoy segura. Lo que pasa es que estoy descubriendo un mundo que no me esperaba, Bravo. No es limpio, no es honesto, no tiene justificación. Pero te reporta en una noche lo que antes ganaba en un año. Y yo estoy cansada de llevar zapatos remendados, de que me corte el pelo la vecina del tercero, de vivir en una casa en la que el tufo a comida parece impregnar las paredes.

En su voz están todas esas cosas y me parece verlas y olerías mientras habla.

—Quiero una casa de verdad, ropa, un coche, certidumbres. No importa lo que tenga que hacer a cambio. Ya tendré tiempo de soñar. Ahora sólo tengo necesidades y cosas que olvidar. Y es mi intención olvidarlas todas, una tras otra.

Me sonrío. Pero no hay alegría en sus labios, sólo vestigios de pesar.

—Hoy, gracias a ti, he comprendido tres cosas. La primera es que yo también puedo ser bella. La segunda, que para bien o para mal puedo elegir cómo será mi vida. La tercera...

Calla. Yo la apremio. No por curiosidad, sino por una extraña y sádica forma de

eutanasia personal.

—¿La tercera?

Ella sonrío de otra manera y se me acerca. Deja las bolsas en el suelo. Se yergue y con los tacones es casi tan alta como yo. Levanta la cara, me abraza y junta los labios con los míos. Cierra los ojos. Permanece así eternamente, luego se retira y el tiempo vuelve a la normalidad.

—La tercera, si no te importa, por ahora me la guardo.

Coge las bolsas y echa a andar, dejándome plantado en la acera, solo como no creía que podía estar. La sigo y le doy alcance, porque no puedo hacer otra cosa. Caminamos en silencio uno al lado del otro, mirando el mundo y dejando que el mundo nos mire, hasta que llegamos al coche. Abro el maletero y bolsas y paquetes se reúnen con los que ya hay dentro. Si puedo considerarme un hombre de negocios, todo eso es como una inversión de futuro.

Subimos al coche y dejamos atrás la Galería del Corso y la Crota Piemunteisa, un bar en el que me habré comido por lo menos dos toneladas de bocadillos de salchicha con chucrut cuando llegué a Milán.

Para descargar la atmósfera, llevo la conversación a cosas terrenas.

—¿Tienes hambre?

—Un hambre canina. ¿Dónde cenamos?

—En un restaurante al que hay que ir de vez en cuando. He quedado allí con Cindy y Barbara, las chicas de las que te he hablado.

Le sale de dentro una pregunta.

—¿Es caro?

Lo ha dicho con tanta angustia que esta vez soy yo quien se echa a reír.

—No te preocupes. Yo invito. Y, por cierto, te permito pensar que la época de los bocadillos caseros se ha terminado para ti.

Le doy tiempo a asimilar lo que acabo de decirle. Es importante que se convenza. El futuro seguro hace brillar los ojos y da una fuerza que Carla necesita en estos momentos. La seguridad fascina y la fascinación domina.

Y el dominio es dinero.

Le hablo de cosas prácticas para conjurar recuerdos y melancolías.

—Por lo que he entendido, no quieres volver a tu casa. Hasta que encuentres algo mejor, puedes alojarte en el aparta-hotel de via Principessa Clotilde. Es de lo mejorcito, lleno de modelos. Buen escaparate, para lo que tenemos que hacer.

Me anticipo a cualquier nuevo análisis económico.

—Y no me preguntes cuánto cuesta. Te aseguro que podrás permitirte.

Ella me mira. No consigo descifrar su expresión.

—¿Puedo pasar esta noche también en tu casa?

Quizá tardo en responder más de lo necesario. Y quizá respondo lo que no debo.

—¿Para qué?

—Para nada. Es sólo que no me apetece estar sola. Han pasado muchas cosas y muy rápidas.

Mi voz me sorprende concediendo lo que, en otro caso y a otras personas, nunca habría concedido.

—Bueno. Mañana, mientras tú trabajas, yo te busco un sitio.

Carla se relaja y sonrío.

—Tengo hambre, y esta noche, ya que pagas tú, quiero soltarme el pelo. ¿Sabes que nunca he bebido champán?

Nos reímos de eso e imagino que vistos desde fuera debemos de parecer una pareja normal, que se ha pasado toda la tarde de compras y lleva el coche lleno de paquetes. Lo que de verdad somos está encerrado dentro y tenemos toda la noche para tratar de olvidarlo. A todo esto el tráfico fluido nos permite recorrer vial Ripamonti y pasar el cruce con via Antonini. Llegamos al final y tomamos una bocacalle a la derecha. Poco después nos encontramos ante un caserío reformado en el que hay un letrero que nos confirma que se trata del restaurante Ricovero Attrezzi. Los coches que se ven aparcados en la penumbra son casi todos de gran cilindrada. Puede que alguno de ellos vaya pronto a ocupar una penumbra parecida en el aparcamiento de alguna timba de Opera. Puede que sea el del Charly Max o puede que se quede en segunda fila a las puertas del Nepentha, con buena propina al del aparcamiento para que lo aparque debidamente en cuando quede libre un sitio.

Meto mi mísero Mini entre dos vehículos serios y doy mil liras a Niño, el aparcacoches, para que le eche un vistazo.

En cuanto entramos en el local, Carla se queda parada. Su aparición ha sido como lanzar una bola. Si no ha derribado todos los bolos, poco ha faltado. En un instante se ha visto mirada por decenas de ojos.

Yo estoy acostumbrado.

Ella no.

La tomo del brazo y la noto un poco tensa. Le sonrío y ella percibe el buen humor en mi voz.

—Es todo como te había dicho, ¿no? Tienes que acostumbrarte. Ven. Barbara y Cindy ya han llegado.

Las chicas están sentadas en el saloncito trasero, que se entrevé en diagonal desde la entrada. Carla me sigue. Entre miradas y cubiertos, atravesamos la sala principal del restaurante, decorado acorde con la antigüedad e índole del edificio. Madera, luces ambarinas, revoque bruto de color amarillento, mesas de roble. Como en todos los sitios muy concurridos, se come mal y se paga una fortuna. Magias de la Milán nocturna, extrañas alquimias que transforman en oro la comida pésima. Quizá en otro tiempo esto era lo que su nombre indica, un lugar donde se guardaban herramientas,

pero el que lo reformó ha hecho un lugar para gente con pasta. Bien pensado, a muchos de ellos se los puede considerar simples instrumentos. Por lo que, en cierto sentido, se ha respetado el uso original.

Mientras nos acercamos, veo a Cindy y a Barbara que desnudan a Carla y le calculan el bolsillo.

Cuando nos sentamos ya ha sido catalogada como una rival temible, aunque no lo admitirían ni bajo tortura. Pero en este caso la referencia soy yo y ninguna de ellas ha salido nunca decepcionada, ni en el amor propio ni en el bolsillo. Conque ciertos celillos de circunstancias pueden aguantarse, sobre todo cuando van acompañados de champán y caviar.

Hago las presentaciones.

—Carla, ellas son Cindy y Barbara.

Barbara es morena, hija predilecta del Mediterráneo, de ojos negros y piel olivácea. Tiene un pecho espléndido, que muestra con desenvoltura, y un carácter alegre. Cindy es todo lo contrario. Más bien alta, delgada pero con las curvas necesarias, piel clara, una melenita rubia y los ojos azules. Algo atormentada, algo introvertida, pero, según me dicen, el no va más en la cama.

Voz del pueblo, voz de Eros.

Las dos me miran con una expresión muy parecida, que encierra una pregunta. Las saco de dudas terminando las presentaciones.

—Chicas, ella es Carla. Desde hoy trabaja con nosotros.

Las veo en parte aliviadas. Eso significa que se podrá hablar libremente de lo que sea. No hay tiempo de añadir nada más. Un camarero acude puntual y deja en la mesa cuatro carpetitas de cuero en las que va la carta. Antes de que se vaya pido agua y una botella de champán, como prometí. Carla observa cómo se comportan las otras y obra en consecuencia. Y ahí tenemos a tres mujeres enfrascadas en la lectura para decidir si carne o si pescado. El restaurante es uno de los pocos donde puede saberse a ciencia cierta cuándo es una cosa o la otra.

Mientras las chicas estudian la carta, yo estudio la sala. Hay un par de personajes de la televisión, algún que otro protagonista del ambiente milanés más característico y mucha gente anónima, quizá venida de provincias simplemente por figurar.

Al fondo hay dos mujeres cenando solas. Una está de espaldas. La otra tiene el pelo gris, es guapa, de unos cuarenta y cinco años muy bien llevados y muy bien enfundados en un vestido negro que debe de haber costado un ojo de la cara. Su tez delata máscaras de belleza y sol caribeño. Se llama Margherita Boni y la conozco bien. Significa un marido casi siempre ausente por trabajo y un montón de pasta con que matar el tiempo. Me hace una seña y mira hacia los servicios, que quedan a mi derecha. Entonces se levanta, toma un bolso de mano de la silla de al lado, cruza la sala y entra en el cuarto de baño.

—Elegid lo que queráis, pero nada con ajo y cebolla. Mañana tenéis que tener el aliento fresco. Luego os lo explico todo. Yo tomo una chuleta muy poco hecha y una ensalada.

Me levanto y me reúno con Margherita en el servicio. Está esperándome ante los lavabos, mirándose un maquillaje que no necesita ningún retoque. No creo que me haya llamado para una raya de coca. Sabe que no tomo. El motivo lo sé enseguida y es el que me esperaba.

—¿Quién es esa chica?

Sé a quién se refiere, pero esta noche me siento inspirado y pienso que una presa está cayendo en la trampa. Trampa tendida ni más ni menos que en su cuenta corriente.

—¿Qué chica?

—No seas tonto. La chica con la que has venido.

Me pongo a su lado y empiezo a lavarme las manos. Nuestra conversación continúa entre imágenes reflejadas.

—Se llama Carla.

—La quiero.

Margherita es lesbiana y varias veces le he proporcionado juguetes con los que satisfacer esta inocente peculiaridad de su persona. Para mí trabajan no pocas chicas que lo mismo comen plátano que tortilla. Pero con Carla aún no he aclarado hasta dónde está dispuesta a llegar.

Le comunico mi propia perplejidad.

—Es nueva y aún no la conozco mucho. ¿No te gusta Barbara, la morena? Ella es bisexual.

—Las otras son putas baratas. Aunque son guapas, lo llevan escrito en la frente. Carla es un sueño y yo quiero que se realice.

Los preliminares se han acabado. Ahora pasamos al negocio.

—En caso de que sí, es cara.

—¿Alguna vez ha sido problema el dinero?

—No, la verdad.

—Muy bien. Espero tus noticias en el número de siempre.

Coge el bolso del lavabo y sale, y yo me quedo solo mirándome la cara en el espejo.

Me veo en el eterno conflicto entre ser y tener.

Un día alguien redujo drásticamente mi posibilidad de ser. Lo que me queda es la posibilidad de tener. Es un triste sucedáneo, si no se posee medio mundo. Pero también en este caso encuentra uno tarde o temprano al que posee la otra mitad, y mal asunto. Yo me siento propietario de esa línea sutil que marca el límite y me basta, por ahora.

Algún día tendré todo lo que quiero y entonces, de algún modo, podré volver a ser.

Me seco las manos y arrojo la toallita al recipiente de metal bruñido. En un rincón hay un teléfono para uso de clientes. Introduzco una ficha y marco el número de Remo Frontini. Lo busqué en la guía y me lo aprendí de memoria, como todos los demás.

Contesta al tercer toque.

—¿Diga?

—¿Señor Frontini?

No debe de estar acostumbrado a que lo llamen así porque responde dubitativo.

—Sí..., ¿quién es?

—Soy Bravo, su vecino. Nos vimos la otra tarde, ¿se acuerda?

—Sí, claro.

—Muy bien. Quería decirle que la operación debería hacerse pasado mañana. ¿Algún problema por su parte?

Vacila. Hace una larga pausa. Creo que le he quitado el sueño a este buen hombre, metiéndolo en algo que considera que lo supera. Debe de estar bastante asustado, porque además yo he insistido en el hecho de que echarse atrás podría tener consecuencias desagradables.

Trato de tranquilizarlo, en lo posible.

—No se preocupe. Todo irá bien y usted dejará de ser una persona con dudas.

—Bien. ¿Qué debo hacer?

—Hacia las once esté en la puerta del banco donde tiene la caja fuerte, con una fotocopia del boleto ganador, para demostrar que efectivamente está en su posesión. A cambio recibirá el dinero acordado. Cuando haya comprobado que es la cantidad justa, entrará en el banco, depositará el dinero en la caja fuerte y sólo entonces cogerá el original de la quiniela y me lo entregará. ¿Le parece suficiente garantía?

La voz que me llega después de las debidas consideraciones me parece de alivio. Quizá también él estaba pensando cómo evitar malas pasadas y esta solución seguramente supera sus expectativas.

—Creo que sí. El banco es el Credito Romagnolo, en via Roma, en Cesano Boscone.

Estoy por colgar pero siento que debo decirle algo más que podrá serle útil.

—Otra cosa, señor Frontini.

—Diga.

—Le ha caído encima una fortuna. No la derroche. Gaste con conocimiento. No cambie su vida de golpe. Espere un tiempo, deje que el mundo olvide y luego váyase a otra parte, a otra ciudad, por ejemplo. Esa cantidad puede significar un buen presente para usted y su mujer pero también un buen futuro para sus hijos.

Reflexión breve y silenciosa al otro lado de la línea.

—Creo que he entendido.

—Eso espero por su bien. Buenas noches, señor Frontini. Duerma tranquilo. Pronto será un hombre rico.

Cuelgo y una pizca de remordimiento viene a dar un negro aletazo a mis certidumbres. No me ocurre a menudo, pero esta persona, en su desarmada humanidad, me ha caído bien desde el principio. Me comprometo por él, ante mí mismo y ante los demás, a que nada se tuerza.

Salgo del baño y vuelvo a la mesa. Aquí me recibe la mirada apurada de las tres chicas y la expresión un tanto burlona del hombre que está sentado en mi silla. Es un tipo de estatura mediana, delgado, con una chaqueta y una camisa oscuras que están pidiendo a gritos que las laven y las planchen. Tiene la piel un poco picada de acné juvenil, la nariz aguileña, la boca ancha y de labios finos que a la menor sonrisa semeja la del Jolly Joker. También a él lo conozco bien, por varios motivos.

El primer motivo es el trabajo al que yo me dedico, el segundo el trabajo al que él se dedica.

Es Stefano Milla, inspector de policía de la comisaría de via Fatebenefratelli.

Cuando llegamos al Byblos, Lucio está tocando.

Lleva las gafas oscuras y barba de varios días, como siempre. Está sentado en un taburete en medio de una tarima, de espaldas a la pared, bajo una serie de luces que no puede ver. Siempre me he preguntado si la iluminación de un escenario tiene por objeto polarizar la atención sobre el protagonista u ocultarle una sala vacía o llena. Imagino, como persona que vive en una tranquila penumbra, que ambas cosas pueden ser fuente de angustia. En cualquier caso, Lucio es el menos indicado para resolverme esta duda. Creo que su relación con el público es más olfativa que visual.

En el suelo, detrás de él, hay una guitarra española sobre un soporte. La que él tiene en el regazo en este momento es una Martin acústica, con la que está interpretando una notable versión personal de *John Barleycorn* de los Traffic.

Lucio toca muy bien, tiene técnica y corazón. Su voz, aunque no es canónica, es capaz de transmitir las emociones que en un local como éste pueden acallar muchos rumores.

Para no molestar, Carla y yo nos quedamos de pie en el bar hasta que la canción termina y al artista se le tributan los merecidos aplausos. Luego nos dirigimos a una mesa libre que está más o menos en medio de la sala, la frontera entre los que escuchan la música y los que están tomando algo y hablando de todo sin saber que en realidad no hablan de nada.

Pregunto a Carla.

—¿Te parece bien ésta?

Ella se limita a asentir con la cabeza y se sienta. Tiene los ojos fijos en el escenario. Se conoce que la música le encanta. He visto la expresión con la que escuchaba la canción cuando estábamos en la barra.

Sin decir nada, Lucio cambia la guitarra acústica por la clásica y empieza a tocar una pieza de José Feliciano, *La entrada de Bilbao*. Los dedos de Lucio pulsán y atormentan el nylon y el cobre y las notas brotan y resuenan. Me siento tranquilamente y espero a pedir. Escucho la música, miro a Carla y procuro poner un poco de orden en todo lo que ha ocurrido en el restaurante.

El local desaparece junto con la música y todos los espectadores.

Conocía a Stefano Milla desde hacía tiempo. Mi relación con él no era de amistad sino de colaboración profesional, si puedo llamarla así. La relación que puede haber entre alguien como yo y un policía dispuesto a hacer la vista gorda. Y, en caso necesario, a sugerir a otros que lo hagan. No lo que se dice corrupción, sólo un providencial cinturón de seguridad para caso de choque frontal. Que tampoco podía ser muy peligroso para ninguno de los dos, porque yo siempre me he movido a poca velocidad. A cambio le ofrecía cada tanto una compensación económica o salir con

una de mis chicas.

Nunca he sabido qué tipo de retribución le agradaba más.

Pero encontrármelo en el Ricovero Attrezzi fue una sorpresa. Que me esforcé por disimular mientras me acercaba a la mesa.

Milla se levantó.

—Tengo que hablar contigo. ¿Te parece que salgamos un momento?

Por el tono supe que el Joker no me traía buena suerte.

—Bien.

Carla me lanzó una mirada en la que había varios signos de interrogación. La tranquilicé con un rápido gesto de la cara. Me excusé con Cindy y Barbara y seguí la nuca de mi visitante hasta la calle.

A la luz incierta del aparcamiento caminamos un trecho en silencio para alejarnos del oído del aparcacoches, que estaba fumándose un cigarrillo apoyado en la pared de nuestra derecha. A la altura de mi coche, Milla habló.

—Tú y yo tenemos que hacer una cosa juntos.

—¿Qué cosa?

—Eso lo sabes tú. Yo sólo tengo que escoltar una maleta y asegurarme de que cierto sobre llega al destino debido.

La cosa me pilló más bien por sorpresa. No sabía que Stefano Milla estuviera en el talonario de Tano Casale, ni que pudiera admitirlo tan abiertamente.

Quizá todo esto se me vio en la cara. El policía debió de confundir mi sorpresa con un juicio sobre su persona. Entonó una clásica justificación que nadie le había pedido, y que sólo demostró lo mal compañero que es el sentimiento de culpa en ciertos viajes.

—No te extrañes, Bravo. Y no me eches un sermón. Eres la persona menos indicada hasta para pensarlo.

Encogí un hombro y encendí un cigarrillo.

—Lo que hagas es asunto tuyo. Yo ni quiero complicaciones ni las creo.

—Muy bien. Sabia política. Bueno, ¿qué hacemos?

—Preséntate pasado mañana a las once en via Roma, en Cesano Boscone, ante la sucursal del Crédito Romagnolo.

—¿Y ya está?

—Ya está. Yo tengo que ver a una persona y luego podrás hacer la entrega que tienes que hacer. ¿Algo más?

Él dejó pasar un momento antes de contestar. Comprendí que no era pausa de vacilación, sino de estudio. De estudio del semblante que pudiera yo poner tras la pregunta que iba a hacerme.

—Puede. ¿Te has enterado de lo de Salvatore Menno?

Era la segunda persona que me hablaba del tema el mismo día y casi con las

mismas palabras. Sólo que no supe en calidad de qué planteaba Milla la cuestión, si de representante de la ley o de hombre pasado al otro bando por interés. Levanté la cara para oler el aire y lo que olí no me gustó nada.

—Claro. Lo han dicho por la tele.

—He sabido que tú y él tuvisteis algunas diferencias hace poco.

Una voz socarrona remontó rápidamente los recuerdos para resonarme en la cabeza, como si tuviera al Tulipán delante de mí en lugar de a Milla.

Cava. Aunque se te estropeará un poco el bonito traje. Si quieres te lo mando lavar cuando termines.

Y luego aquellos ruidos atenuados

pfft... pfft... pfft...

que cambiaron la muerte por la vida, una en lugar de la otra, como dos peones de damas.

—Ese tío era un psicópata cabrón. No sé quién hizo el servicio pero debía tener un móvil más que plausible.

—En eso estoy de acuerdo.

Milla se detuvo un momento. Cuando siguió andando, su rostro picado, visto en la penumbra, hizo más inquietantes sus palabras.

—Pero igual que han llegado a mis oídos ciertos rumores, podrían también llegar a los de quienes están investigando el caso.

Sean quienes sean, me dije.

Pensar que estaban siguiéndome los pasos la pasma y Tino Casale a la vez no me tranquilizaba nada. Evité entrar en detalles y dije una media verdad, que en cuanto tal me daba media seguridad.

—Yo no tengo nada que ver.

—Eso sólo lo sabéis el Tulipán y tú. Por desgracia, él ya no puede confirmarlo.

—¿Y entonces qué tengo que hacer?

—Por la estima que me mereces, mejor será que tengas una buena coartada que explique lo que hiciste anoche.

La voz de Carla nos sorprendió a los dos.

—Y la tiene.

Dimos media vuelta y nos la encontramos enfrente, bella y nítida pese a la poca luz. Los ojos le brillaban como con luz propia.

Se nos acercó.

—Anoche estuvimos juntos. Toda la noche.

Milla la estudió antes de contestar. En su tono había consideración por las palabras y por el aspecto de Carla.

—Señorita, si en caso necesario estuviera usted dispuesta a jurarlo ante un juez, para Bravo no habría problemas.

—Claro que estoy dispuesta.

—Muy bien.

Milla levantó un brazo y retiró el puño para mirar la hora.

—Temo que debo dejar tan grata compañía. En cuanto a usted, señorita...

—Carla. Carla Bonelli.

—Hay muchas personas que estarían dispuestas a matar por tener un garante como usted. Adiós.

Sin esperar nuestra despedida, dio media vuelta y echó a andar hacia unos coches que había aparcados en la carretera, bajo las farolas. A los dos pasos se detuvo, se volvió y con una frase selló nuestros documentos de viaje.

—A veces sólo los tontos y los inocentes carecen de coartada.

Y se fue, convertido sucesivamente en el ruido de una portezuela que se cerraba y en el del motor de un coche que arrancaba y se alejaba. Carla y yo nos quedamos solos en medio de automóviles brillantes y situaciones poco claras.

Sobre un par de ellas Carla podía arrojar luz.

—Hay un par de cosas que debes explicarme.

Carla esperó con expresión atenta a que yo continuara.

—Una: ¿por qué me has seguido? Dos: ¿por qué has mentido?

En su voz sonó un eco de desafío, no sé hasta qué punto deliberado.

—Te he seguido porque ese tío no me gusta. He mentido porque tú me gustas. Y confío en ti.

Consideré oportuno ponerla al corriente de la realidad de los hechos. Directamente. No por honradez, sino por un torvo interés personal.

—Se trata de un homicidio.

A su vez, también ella estuvo directa. No me dejó opción: o blanco o negro.

—¿Has sido tú?

Declaré mi color.

—No.

—¿Lo ves? Entonces no pasa nada si decimos que hemos pasado la noche juntos.

Se volvió y se dirigió sin prisa hacia el local, de cuya puerta salía una luz incapaz de ahuyentar ciertas sombras. La alcancé y en aquel corto trayecto me sentí por primera vez en mi vida parte de algo. Pensé en el psicólogo que me atendió un tiempo después del accidente. Entonces no me sirvió de nada porque sólo tenía ganas de huir. Me pregunté en qué podría ayudarme ahora que esas ganas, como por arte de magia, habían desaparecido.

Volvimos a la mesa, donde Cindy y Barbara daban cuenta del primer plato. La mitad del champán ya había volado. La chuleta se había enfriado y el vinagre había mustiado mi ensalada. Lo que quedaba del arroz a la milanesa de Carla se había transformado en un bloque amarillo y compacto.

Cindy, que conoce a Stefano, alzó hacia mí sus ojos azules. Su acento americano hizo que la pasta con tomate y albahaca que estaba tomando pareciera un poco menos italiana.

—¿Problemas?

Le sonreí, falso como Judas.

—Ninguno.

Barbara se limpió las comisuras de la boca con la servilleta.

—Bueno, ¿vas a decirnos eso que es tan importante?

Me senté y me incliné hacia ellas, bajando un poco la voz.

—Mañana tenemos un compromiso en un lugar donde tú y Cindy ya habéis estado. En Lesmo, en la villa de Lorenzo Bonifaci.

Dejé que Carla se hiciera cargo de aquel nombre. Por su semblante conocí que sabía quién era y estaba no poco impresionada.

—Tenéis que estar mañana a las tres en piazza San Babila, preparadas para pasar la noche fuera. Os recogerá un coche que os llevará a destino. Las condiciones son excelentes: tres millones por cabeza. Deben de ser los mismos de la última vez, porque han pedido expresamente que seáis vosotras.

—¿Y Laura?

—Ella ya no trabaja con nosotros. Ha elegido una vía alternativa.

Para evitar un posible efecto dominó, me interrumpí antes de decir que había elegido el amor. Mejor no desencadenar curiosos mecanismos mentales en los que las mujeres son maestras. Barbara y Cindy me parecían bastante inmunes al tema, pero Carla era todavía una incógnita que debía ser protegida.

De sí misma, por mí.

—Por eso he tenido que elegir yo otra vía también. Carla la sustituye. Creo que es mucho mejor. Es su primer trabajo, luego confío en que la ayudéis.

Barbara se echó a reír. Sofocó su hilaridad con la servilleta.

Carla se puso un poco seria.

—¿De qué te ríes?

Barbara hizo un ademán, como quitando importancia.

—De nada. Es que la última vez había uno que estaba deseando... entrar por la puerta de servicio, no sé si me explico. Mejor que estés preparada, por si te toca.

El chiste habría sido de pésimo gusto... si hubiera sido un chiste. Pero era la realidad pura y dura y como tal había que afrontarla. Miré a Carla esperando su respuesta. Ella se tomó su tiempo, mirando primero a una y luego a la otra.

—¿Vosotras lo hacéis?

Contestó Cindy por las dos.

—Yo nada de látigos ni golpes, pero por lo demás, por esa cantidad, sin límites.

Carla hizo un leve movimiento de cabeza. Una pequeña señal para una mujer, un

gran paso para mis finanzas y las suyas.

—Pues entonces yo también.

Apuré el champán que le quedaba en el vaso y me lo tendió vacío.

—Muy bueno. ¿Puedes servirme otro poco?

El aplauso estruendoso que estalla al final de la interpretación me devuelve al Byblos y borra el resto de una velada pasada con tres bellas muchachas tratando de que sean colegas, ya que amigas sería mucho decir.

Luego la luz del escenario se apaga y se encienden las de la sala, más tenues. Los altavoces del local empiezan a emitir una música grabada, para mi gusto, algunos decibelios más alta de lo necesario. El espectáculo ha terminado. Lucio se levanta del taburete, y enseguida acude un técnico que lo ayuda a guardar la guitarra y a bajar de la tarima.

Carla se vuelve hacia mí.

—Me gusta cómo toca.

Antes de que conteste se nos acerca un camarero y pedimos lo primero que se nos ocurre, aunque no nos apetece nada. Como caballero anticuado que soy, enciendo el cigarrillo que Carla se lleva a los labios. Le pongo la mano en el hombro.

—Perdona un momento.

Sorteo las mesas y me acerco a Lucio. Como prueba de mi presencia le comunico la solución del enigma de la tarde.

—Última proyección de *Fantasía*. Confieso que la pista de la cursiva ha sido decisiva.

Al oírme, Lucio se vuelve en mi dirección sin extrañarse lo más mínimo.

—Sabía que lo resolverías. Contigo casi no tiene gracia.

Se agacha y comprueba que los estuches de las guitarras estén bien cerrados. Como todos los músicos, cuida muy celosamente de sus instrumentos. Buena parte de sus economías y de sus afectos están metidos en esas fundas rígidas.

—¿Llevas aquí mucho?

—No, sólo hemos oído las dos últimas canciones, lástima.

—¿Hemos?

—He venido con Carla.

—¿De veras?

Esas dos palabras contienen muchas más. Todo un mundo. Quizá Lucio está tratando de imaginarse la cara de una mujer de la que sólo conoce la voz.

—La chica de la piel que huele bien.

Sonrí. Quizá tenía razón cuando pensé lo de los sentidos de Lucio. Cuando uno de ellos falta, los otros cuatro lo suplen como por acuerdo tácito.

—Ahora no la reconocerías. Hemos añadido un buen perfume.

—¿Francés?

—Sé que es bueno. No he mirado el pasaporte.

—Necio. Soy amigo de un necio.

Lucio se levanta y alarga la mano en busca de mi brazo. Me encuentra y se encomienda a mí.

—Sólo hay dos medios para rehabilitarte a mis ojos.

—¿Cuáles?

—El primero, darme un par de ojos. El segundo, llevarme a saludar a esa divina criatura.

A veces me sorprendo pensando que si Lucio hubiera conservado la vista, el mundo se habría perdido su maravillosa y amarga ironía. Pero, dadas las circunstancias, creo que él habría prescindido con gusto de compartir este don con la humanidad.

Lo conduzco a la mesa donde Carla espera. Lucio busca a tientas una silla.

—Hola, Lucio. Has estado fantástico.

—Hola, chica. Tenía razón Bravo.

—¿Al decir que no eras bueno?

—No. De música no tiene ni puñetera idea. De perfumes, en cambio, sí entiende. El que llevas es excepcional.

—Me lo ha comprado él, junto con muchas otras cosas.

Mientras ellos hablan, yo miro alrededor, extrañado de no ver a Chico, el muchacho que suele acompañar a Lucio.

—¿Esta noche no está tu álter ego?

Mi amigo se hincha y ahueca la voz.

—Mi chófer, querrás decir. No, le he dado la noche libre.

—¿Y quién te lleva a casa?

Lucio se pone serio.

—Chico me ha traído pero no puede venir a recogerme. Me he puesto de acuerdo con el dueño del local para que me lleve él.

Carla se anticipa.

—Te llevamos nosotros.

Yo insisto, aunque con menos convicción.

—Tendrás que acomodarte, llevamos el coche lleno de bolsas y paquetes, pero ya haremos sitio.

—Vale. Iré como sardina en lata. ¿Me queréis tal cual o en escabeche?

Carla se ríe y nos levantamos. Comunicamos el cambio de planes al dueño, que parece aliviado de no tener que chuparse el trecho de carretera hasta Cesano Boscone a esa hora. Como la noche siguiente Lucio toca de nuevo allí, le confía sus guitarras, rogándole que cierre bien con llave el lugar donde las deje.

Salimos, dejando a clientes y personal a vueltas con los últimos retazos de vida

nocturna milanesa. Subimos al coche y poco después somos tres personas distintas en el mismo camino. Conduzco y fumo en silencio todo el trayecto. Escucho a mis dos pasajeros hablar de música, una vez que Carla ha referido excitada su recién pasada tarde de compras.

El tráfico nocturno nos abre los brazos, las señales nos indican el camino y en menos tiempo del previsto el Mini se halla ante mi casa. Cogemos los paquetes y, aun con las manos ocupadas, conseguimos, entre risas, encaminar a Lucio hacia la entrada, abrir la hoja y subir las escaleras.

Abro mi puerta y por fin dejamos en el suelo toda nuestra ligera pero costosa carga. La voz me sorprende antes de pulsar el interruptor.

—¿Queréis un café?

Me vuelvo y veo a Lucio en el umbral de su casa.

Carla y yo nos miramos. Sabemos perfectamente que el café es un pretexto. La verdadera razón, que ni siquiera está muy oculta, es diluir la soledad con unas cuantas cucharaditas de azúcar. Si yo no fuera yo, estaría deseando hallarme a solas con Carla. Pero a veces, en la vida, no podemos elegir. Lo único que podemos es decidir con quién compartir la jaula.

—Venga ese café.

Nos reunimos con él en el apartamento de enfrente. Al oírnos entrar, Lucio alarga la mano y da la luz. Se me encoge el corazón al pensar que lo hace por nosotros. No debe de gastar mucho en luz. Carla mira a un lado y otro sin disimulo. Observa las paredes desnudas, los colores que no pegan, acaso sacando las mismas conclusiones que yo saqué en su día. Aquí todo está pensado para que sea práctico y no tenga esquinas. El aspecto estético es un lujo al que Lucio se ve obligado a renunciar. Y, como todos los lujos, se ha revelado superfluo.

Nuestro anfitrión se dirige a la cocina.

—Sentaos mientras lo preparo.

Carla lo detiene.

—No, yo lo hago.

—Pero...

—Nada de peros. Tú esta noche has trabajado, y yo me he divertido toda la tarde. Siéntate y deja que te sirva. Por una vez soy yo quien lo decide y esto es nuevo para mí.

Lucio se rinde y se sienta a la mesa. Carla desaparece en la diminuta cocina y la oímos abrir los armarios en busca de la cafetera y de la materia prima. Yo me he quedado de pie en medio de la estancia, ante un mueble con puertas y cajones sobre el que se ve el teléfono, la radio y un recipiente de cristal con llaves, papeles y monedas.

Al lado hay unas fotos. Las miro y reconozco a Lucio, unos años más joven, con

otros muchachos en un escenario. Están posando, como cumple a los músicos, y rodeados de instrumentos musicales, micrófonos y amplificadores. En la caja de la batería se lee el nombre del grupo, en caracteres góticos: Les Misérables.

—No me habías dicho que tocabas en un grupo.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Por estas fotos que hay aquí.

Mi amigo resuelve un pequeño misterio.

—Se las he enseñado a Chico antes de irnos. Se ha olvidado de guardarlas. Tendré que cambiar de mayordomo.

—¿Duró tanto? El grupo, me refiero.

Lucio hace una mueca.

—No. Probamos un tiempo, pero sólo éramos buenos, no muy buenos. Además, los demás tenían otros proyectos que no incluían la música.

—¿Y tú?

Por primera vez desde que lo conozco, deja traslucir cierta nostalgia.

—Yo seguí solo, pero no con la fuerza necesaria. Cuando nos hicieron esas fotos, aunque no se nota, yo ya casi no veía.

Vuelvo a mirar las imágenes. Lucio es el único que no sonrío. Las dejo en el mueble y me siento a la mesa, frente a él.

—Bravo, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—Tú ya sabes lo que hago. Ahora incluso conoces mi pasado. Pero ¿a qué te dedicas tú?

Ya es difícil definirlo en general. Hacerlo en particular es muy difícil ante alguien con la penetración de Lucio.

—¿Podemos decir que soy un hombre de negocios?

Él sonrío y otorga.

—Tengo la sensación de que si te preguntara qué tipo de negocios, no me darías una respuesta exacta.

Quito importancia con el tono de voz, ya que no puede ver mis gestos instintivos.

—Los negocios son todos iguales. Tienen por única finalidad ganar dinero. Y nada de lo que tiene que ver sólo con el dinero merece la pena.

Carla llega con el café e interrumpe nuestras confidencias. Nos ha oído sin duda, pero no retoma ninguno de los dos temas. Nos pone una taza delante a cada uno y luego vuelve a la cocina por la suya y el azúcar.

—¿Y tú, Carla, a qué te dedicas?

Carla vuelve, deja el azucarero y las cucharillas en la mesa y se sienta con la taza en la mano. Yo sirvo el azúcar, como de costumbre. Dos para Lucio y media para mí. Carla lo toma sin azúcar.

—Hasta ayer trabajaba en una empresa de limpieza. Ahora estoy buscando otra cosa.

—¿Tú mujer de la limpieza? ¿Con ese perfume? No me lo creo.

—Pues así es. O, mejor, así era.

El café, caliente y aromático, nos hace callar un rato. Guardamos silencio, bajo esta luz que cae de lo alto, cada uno imaginando cómo sería su vida si las cosas hubieran ido de otro modo. Construyendo una alternativa ficticia e ilusoria, que por eso no es posible endulzar.

Lucio habla el primero.

—Carla, ¿puedo tocarte la cara?

Ella parece pensárselo. Tengo tiempo de encenderme un cigarrillo antes de que conteste.

Pero cuando lo hace, la voz no suena dubitativa.

—Claro.

Carla deja su sitio y se coloca frente a Lucio. Él siente su presencia y se pone en pie. Levanta las manos y lentamente le pasa las yemas por la cara. Enreda el pelo con los dedos, recorre la frente, la nariz, palpa la piel. La explora con el cuidado y la atención del experto que descifra un documento antiguo.

—Dios mío, eres guapísima.

La piedad acude volando de lejos a la cara de Carla. Se vuelve hacia mí con una pregunta en los ojos. Yo hago una seña de asentimiento con la cabeza.

Entonces ella le toma las manos y las lleva a los pechos. Las mueve lentamente, para que Lucio conozca también esa parte de su cuerpo. Luego se le acerca y lo besa.

Primero junta los labios con los suyos y los retira. Un simple intercambio de alientos. Pero un instante después, que parece pender de la luz, Carla se le acerca otra vez y lo besa de verdad, con lengua y saliva, única pluma y única tinta capaces de escribir el perfecto mensaje de amor entre un hombre y una mujer.

Carla retira la boca de nuevo, da un paso atrás y toma a Lucio de la mano. Sin decir nada, se lo lleva hacia la puerta del pasillo, más allá de la cual supone que debe de estar el dormitorio.

Yo me quedo solo.

En un mundo al que ya no soy capaz de poner un límite.

Me termino el cigarrillo y enciendo otro, y voy a reunirme con ellos. La habitación no tiene más luz que la que llega del salón a través del corto pasillo.

Me siento en una butaca que hay junto a la pared del fondo y observo a Lucio y a Carla haciendo el amor. Sin darnos cuenta, los tres entramos deslizándonos en una noche falsa, provisional, en la que nada pertenece a nadie. Los dos cuerpos desnudos se entrelazan y se mueven en la cama, ofreciéndose mutuamente toda clase de venenos y su exacto antídoto. Yo permanezco sentado mirando, y procuro, como una

planta, absorber oxígeno de sus alientos. Inmóvil, hecho del mismo mármol que las estatuas, ante ese acto sexual ejecutado por quien no puede verlo en el lugar de quien ya no puede hacerlo.

A mediodía, cuando me despierto, Carla sigue durmiendo.

No cerré la puerta con llave, aunque supuse que pasaría la noche con Lucio. Pero no: en mitad de la noche la noté meterse en mi cama sin decir una palabra. Se tumbó de espaldas y buscó el contacto de mi cuerpo. Yo me quedé de nuevo dormido como si fuera normal que se acostara en mi cama.

Enciendo la lámpara de la mesita y la observo. Yace de costado, desnuda, cubierta sólo en parte por la sábana. Alargo la mano y le acaricio la piel, siguiendo la línea suave de las caderas. Se vuelve gimiendo y ofrece a la caricia la gracia de sus senos. Luego me rodea el cuello con los brazos y sin abrir los ojos hunde la cara en el hueco de mi hombro.

Su aliento es caliente y huele a sueño.

—Bravo...

No sé si eso es mi nombre o una apreciación de la calidad de mis caricias. Opto por lo primero.

—Dime.

—Contigo todo es bonito.

Conozco esas palabras. Las he oído otras veces. Pero sólo en una ocasión me llegaron así, listas para ser acogidas y con la posibilidad de hacer daño. Otros tiempos y otro lugar, cuando yo era distinto del que soy y la mujer que me las dijo era otra mujer.

Cuando los dos creíamos ser mejores de lo que éramos en realidad.

Pero si hay momentos que no se olvidan, Carla acaba de regalarme uno, termine cuando termine este segundo. No sé qué futuro comenzará en el instante siguiente, pero sé que será un futuro en el que podré intentar olvidar y sustituir.

Pero no ahora.

—Tengo cosas que hacer. Y tú también.

—Sí, lo sé.

—De esto hablaremos luego.

—Vale.

Ella se separa y reposa la cabeza en la almohada, sin abrir los ojos. Quizá por eso me salvo y consigo levantarme de la cama incólume, quizá por eso consigo meter mi cuerpo inútil en la ducha con la tentación de frotarme hasta arrancarme la piel.

Permanezco en el baño largo tiempo, afeitándome y pensando. Sigo dándole vueltas a lo del Tulipán. Estoy razonablemente seguro de haber hecho las cosas bien y de no haber dejado huellas. El hecho, además, de que nadie nos viera cuando me secuestró en la puerta del Ascot, si entonces fue mala suerte, ahora es otro afortunado detalle a mi favor. Esto en lo que respecta a la policía, por si de algún modo llegaran

hasta mí. En cuanto a Tano, el asunto se complica. Si decidiera aclarar las cosas, podría usar métodos poco ortodoxos. Me pregunto hasta qué punto me creería si le contase la verdad pura y simple.

A veces sólo los tontos y los inocentes carecen de coartada...

Mientras me aplico loción para después del afeitado, poso la mirada en el ejemplar de *La Settimana Enigmistica* que hay sobre el cesto de la ropa sucia. Pienso sonriendo cuánto se parecen a la vida esos rompecabezas, incluso desde el punto de vista estético.

Cuando nacemos nos echan a suertes. Es puro azar en qué página vamos a caer. Desde ese momento hay blancos y negros, espacios vacíos que resolver, letras susceptibles de cualquier caligrafía, cada una en su casilla y todas creyéndose importantes. Hasta que luego se dan cuenta de que no son nada sin las otras.

En realidad, no somos más que eso: palabras horizontales y verticales. Una serie de actitudes y de posturas, palabras que se cruzan mientras caminamos, dormimos, jugamos, hacemos el amor, volvemos a casa con escalofríos y nos metemos en la cama enfermos. Hasta que un día todo se iguala y nos damos cuenta de que el enigma, el enigma que llevamos tanto tiempo tratando de resolver, nunca podrá resolverse.

El resto del tiempo es una larga línea horizontal.

Oigo que llaman a la puerta del baño.

Salgo de la piel de Zarathustra y me hallo en mi viejo albornoz, viendo a Carla hecha un mosaico a través del cristal esmerilado de la puerta, y oyéndola preguntar si se puede.

—Entra.

Asoma la cabeza por la puerta entornada. Sus ojos son madera clara del Árbol del Bien y del Mal.

—He hecho pasta, si te apetece.

Ignoraba que tenía algo comestible en casa. Lo único que aquí pongo al fuego es café. Espero que no haya hecho pasta con café.

—¿Pasta con qué?

—Con lo poco que he encontrado. Aceite, sal y una lata de tomate. Tienes la despensa bastante desabastecida.

—Dame un segundo.

Espero a que se vaya y salgo al pasillo. Cojo del armario empotrado unos pantalones deportivos y una camisa. Voy al dormitorio, donde encuentro la cama hecha sin una arruga.

Cierro la puerta y me visto.

Ya me ha visto una vez desnudo y los dos estamos pagando las consecuencias.

Cuando voy al salón veo que Carla sólo viste la camisa que yo llevaba. En ella

parece un traje de noche. Está sentada a la mesa ante un plato de espaguetis. Hay otro plato donde ella ha decidido que sea me sitio.

Me siento y los pruebo.

—Buenos.

Soy sincero. Están buenos de verdad.

Carla me sonrío.

—No son la cena de anoche.

—No. Pero tienen el sabor de la novedad. Creo que es la primera vez que como en casa.

—Yo siempre.

Estas dos simples frases dicen de nuestra vida mucho más que mil palabras. Seguimos comiendo en silencio, seguros de la presencia del otro. Ninguno de los dos mencionamos lo que pasó anoche con Lucio.

Acabo los espaguetis el primero y cuando también ella termina me pongo en pie.

—Yo recojo la mesa. Tú ve a prepararte.

—Vale.

Se levanta también y desaparece por el pasillo. Yo dejo los platos en el fregadero, encomendándolos al futuro cuidado de la mujer de la limpieza. Me enciendo un cigarrillo sin ceder a los halagos del café. Porque además no me apetece nada hacerlo.

Mientras Carla se ducha y se pone guapa, yo despacho algunos asuntos. Concierto un par de citas para viejos clientes, dóciles y nada problemáticos, que piden el tipo de compañía que por sí solos no pueden procurarse. Un chollo, para mí y para ellos. Un treinta por ciento de mí es sumamente comprensivo. El restante setenta por ciento es asunto entre esos hombres, su conciencia y las chicas.

Bip.

Mi mayordomo portátil me avisa de que me buscan. Recibo de la centralita de Eurocheck un número sin nombre del encoñado de turno. Lo llamo. Me contesta una voz masculina, algo titubeante, con un leve acento extranjero que no reconozco. Me presento según la probada fórmula. En realidad es como si abriera un telón.

—He recibido una llamada de este número.

—¿Es usted Bravo?

—Sí. Diga.

—Me ha dado su número un amigo. Me ha dicho que es usted una persona seria y digna de toda confianza.

Muy amable, pero no basta. Necesito una o dos referencias, si las tiene.

—¿Puedo saber quién es ese amigo?

—El doctor Larsson.

Recuerdo el nombre. Es un cirujano plástico sueco que viene a Milán con cierta

frecuencia y no desdeña la compañía femenina. Con su séquito de humo y polvo. Un fanático de Betsy, una guapa moza mulata. Normal para un escandinavo. No creo que a ella la opere con anestesia. Con todo, decido tender una trampa a mi posible cliente, sólo por asegurarme.

—Ah, ya, el doctor Larsson. Uno de los mejores dentistas de Goteborg.

Mi interlocutor no se da cuenta de que el error es deliberado. Pero me corrige enseguida y pasa el examen.

—No, se equivoca. El doctor Larsson es cirujano y ejerce en Estocolmo.

—Claro, claro. Perdone. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Pues me preguntaba si...

Muchos vacilan y se sienten cohibidos la primera vez. Espero a que encuentre las palabras. En cuanto al valor, o se tiene o no se tiene. Pero él muestra un razonable sucedáneo.

—Me preguntaba si podría usted ofrecer chicas muy jóvenes.

—Todas las chicas que trabajan conmigo son muy jóvenes.

La voz al otro lado de la línea pasa de equívoca a alusiva.

—No, quiero decir chicas muy, muy jóvenes...

Deja la frase en suspenso y yo comprendo. Y obro en consecuencia. Las mallas de mi código moral son más bien anchas, pero hay cosas tan gordas que no pasan. Contesto silbando como una serpiente. Supongo que es el único lenguaje que ese cerdo entiende.

—Escúcheme, hijo de puta. No sé quién es usted, pero sé quién soy yo. Si vuelve a llamarme con sus guarrerías, lo busco y le rompo los brazos y las piernas. Y no se atreva a seguir buscando en Milán. Me enteraría y el tratamiento sería el mismo. ¿Me ha entendido?

—Sí, pero yo...

No le dejo acabar.

—¡Ni yo ni nada! Que le den, cerdo.

Cuelgo el teléfono con tanta violencia que temo romperlo. Cojo papel y bolígrafo y apunto el número al que acabo de llamar. A la primera ocasión se lo paso a Milla y le digo que investigue a este maldito pedófilo.

La voz de Carla es un golpe de efecto.

—Yo estoy lista.

Me vuelvo y me quedo... no sé cómo, no encuentro palabras para describirlo.

Carla se ha puesto uno de los vestidos que le compré ayer, una prenda ligera color gris rosáceo, a tono con sus ojos. Lleva encima una chaqueta con estampados jacquard, sobre fondo del mismo color que el vestido. Los zapatos, aunque de tacón no muy alto, la realzan hasta hacerla llegar a la cima del K2.

Se vuelve sonriendo, con esa brizna de vanidad que le concedo y se merece.

—¿Cómo estoy?

—Preciosa.

Carla se pone seria.

—Para ti quiero estarlo siempre.

Me mira y se acerca hasta juntar su cuerpo con el mío. Luego me desliza los brazos por el cuello y nos besamos. Su lengua sabe a dentífrico de fresa y a algo que no recuerdo. Me hallo de pronto ante una puerta abierta, pero sé que, por mucho que me esfuerce, no podré franquearla. Y, sin embargo, allí sigo, correspondiendo a ese beso como si fuera el primero o el último de mi vida. Después seguimos abrazados. Ella apoya la cabeza en mi hombro.

—Bravo...

—¿Qué?

—Pase lo que pase, gracias.

La aparto. Levanto el brazo y miro la hora. La voz con la que hablo no me pertenece del todo.

—Es tarde y tenemos que irnos. De aquí a San Babila puede haber un largo viaje, si hay tráfico.

—Sí, entiendo.

Ella parece decepcionada. Yo estoy cabreado. Conmigo, con ella, con Lucio, con nuestros estúpidos enigmas, con nuestro ilusorios juegos de adultos, con el mundo entero. Salimos y nos encaminamos al coche en silencio. Han ocurrido muchas cosas en las que pensar, cosas difíciles de traducir en palabras. Por eso vamos callados, por eso los dos tenemos miedo.

Llegamos al coche, abro el maletero y meto la maleta de Carla. Subimos, introduzco la llave en el contacto, la giro y el motor arranca. Meto la marcha pero no salgo. Apago el motor y miro alrededor. El volante, los asientos, las alfombrillas, los objetos que hay en la guantera y en el asiento trasero. Todo como ayer. Y, sin embargo, hay algo que no cuadra. Podría llamarlo, lo que haría mucha gracia a Lucio, un *déjà-non-vu*, y parecería la solución de uno de nuestros acertijos. Pero aquí no hay palabras en torno a las cuales hacer progresos. Sólo tengo esta sensación extraña, que no consigo definir.

—¿Pasa algo?

—No, nada.

Arranco el motor y salgo. La respuesta no debe de haber sido muy convincente. Durante todo el trayecto a San Babila, en el que por enésima vez explico a Carla lo importante y exclusivo del lugar al que tendrá acceso, ella me mira como tratando de descifrar en mis gestos y palabras un mensaje oculto más complejo.

Cuando llegamos al centro, Barbara ya está allí, de pie ante el Gin Rosa, con una maletita al lado. Paro a su altura y, mientras Carla se apea, un taxi se detiene detrás.

Se abre la portezuela y aparecen las largas piernas de Cindy.

Baja y se acerca con un bolso de Vuitton. Alta, bella y sin límites. En otro caso, ¿cómo podría pagarse ese bolso y esa ropa de marca que lleva? Se reúne con el grupo.

Sonríe, entusiasta de la vida.

—No estaba mal el taxista. Guapo de verdad. No me ha cobrado. Le he dado mi número de teléfono. Si me llama, lo mismo le hago yo un servicio también gratis.

Barbara ríe pero Carla se ensimisma. Quizá está pensando en lo que me dijo cuando nos conocimos.

Contigo me iría gratis...

Quizá, pero no hay manera de saberlo.

Una concentración de chicas de este calibre no pasa inadvertida. El caso es que tampoco yo paso inadvertido, y eso ya no me gusta tanto. Tengo ganas de irme lo antes posible, ganas de quedarme solo con mi coche.

—Adiós, chicas. Suerte. Llamadme cuando volváis.

Recibo los saludos de Barbara y Cindy y evito la mirada de Carla, que observa cómo subo al coche.

Aprovecho que el semáforo está en verde para tomar Corso Venezia en dirección Buenos Aires.

La tarde se presenta larga y llena de interrogantes. Decido que es un buen momento para ir al cine Argentina, ubicado, con gran imaginación, en la plaza Argentina. Lo digo porque no creo que la plaza haya tomado el nombre del cine. En un local que vivió mejores tiempos hacen ciclos de ciencia ficción, de terror, del Oeste, dedicados a este o a aquel actor, y todos los días cambian de película.

El mejor sitio para pasar un par de horas.

Conduciendo en el tráfico de Milán sigo observando el interior del coche, porque la sensación que tuve antes ha vuelto con fuerza. Llego a las inmediaciones del cine y busco aparcamiento. Cuando lo encuentro apago el motor y enciendo un cigarrillo. Con la primera bocanada de humo caigo en la cuenta.

No es que haya nada nuevo en el coche, es que falta algo viejo.

El olor a humo.

Abro el compartimento de delante del asiento del pasajero y me digo que no me perjudicará lo que me dispongo a hacer, porque estoy solo. El papelón de arteriosclerótico quedará para mí. Saco la documentación del coche y tiro de la palanca del capó. Voy, lo levanto y lo sujeto con la varilla correspondiente, como dicen las instrucciones. Y cotejo el número de chasis con el que figura en la documentación.

La arteriosclerosis se me pasa de pronto, sustituida por la idea de ser un subnormal. Los dos números no coinciden. Los cotejo un par de veces pero son

distintos, como una frase en dos lenguas.

No sé qué pensar.

Por lo general, cuando me pasa esto, no pienso. Uso esta pequeña técnica cuando no puedo resolver un acertijo. Me tomo una pausa, hago otra cosa, espero a que la parte autónoma de mi cerebro trabaje por su cuenta. Y la solución acaba presentándose, con su cola de «¡Pues claro, cómo no se me ocurrió antes!».

—Eh, mamón, ¿tú crees que éste es sitio para cambiar el aceite?

Me vuelvo hacia la voz y me encuentro a un paso de Daytona. Ha venido por la acera a mi derecha. Absorto en mi arcano, no lo he oído ni visto llegar. Trae una cara impecablemente desenchajada y un traje azul oscuro muy arrugado, como siempre.

Escondo el carné que aún tengo en la mano.

—Hace un ruido extraño. Espero que no sea la correa.

Daytona pone una sonrisilla de las suyas, que hacen que parezca un personaje de dibujos animados. Señala mi coche, sin saber que no hace ningún ruido y que la correa de transmisión funciona perfectamente.

—Más vale que vayas pensando en comprarte un carro como Dios manda y tires este trasto. Tú tendrías que ir por ahí con un cochazo, no con este cochecillo que parece una nuez.

Saco la varilla del soporte y cierro el capó.

—A ver si te decides a vender tu Porsche, que te lo compro. Si es que para entonces, de puro viejo, no ha caído en manos de Patrimonio Cultural.

Picado, Daytona me descalifica enseguida.

—Mi coche es para señores. Tú no das la talla. Si se sienta un pobre diablo como tú, cuando lo arranca explota.

Lo dejo correr porque la escaramuza podría no tener solución. Paso a las formalidades de marras.

—¿Qué haces por aquí? Creía que a estas horas estarías aún durmiendo.

Daytona señala un punto que podría ser cualquier parte de la ciudad.

—Eso quisiera. Tenía una cita de trabajo en una calle aquí cerca. Una operación muy interesante.

Siempre me ha costado mucho asociar la palabra trabajo a la figura de Daytona, que por los excesos lleva a veces un careto del color de un batido de la casa Viel. De plátano o de fresa, según. Por no echar leña al fuego, le comento mis planes:

—Yo voy al Argentina.

—Para los que no tienen nada que hacer. Cine por la tarde.

Provocado, respondo a la provocación. Con mi mejor aire socarrón:

—¿Y tú? ¿Qué tienes tú que hacer hoy?

—Nada. Como que voy yo también. ¿Qué película echan?

—Ni idea. Pero basta con andar cien metros y lo sabremos.

Nos encaminamos al cine. Habría preferido estar solo, pero no he encontrado una razón válida para rechazar su compañía y su palique. Espero que por lo menos durante la proyección esté callado. Si no, tendré una buena razón para pedirle que se calle.

Cuando llegamos al cine vemos por los carteles que están dedicando un ciclo a Paul Newman y que la película del día es *El golpe*. Él me mira, dubitativo.

—Yo no la he visto. ¿Y tú?

Me encojo de hombros. A mí lo mismo me da una película que otra, yo he venido a pasar el rato en un lugar tranquilo y discreto en el que poder pensar en mis cosas.

—Yo sí, pero no me importa verla otra vez.

Tenemos suerte. Cuando entramos, en el aparato que cuelga de la pared sobre la ventanilla se enciende la señal de la primera parte. Compramos los billetes y la cajera nos informa de que la película justo acaba de empezar.

Entramos en la sala envuelta en una cambiante penumbra. Sitio podemos elegir el que queramos. En total habrá unas diez personas. Alumbrados por la luz de la pantalla, nos sentamos en dos butacas que quedan hacia mitad del pasillo.

Daytona se ha sentado a mi izquierda y se arranca con una brillante disertación sobre la película que quedará sin duda esculpida en el mármol de la cinematografía mundial.

—Bien, Robert Redford.

Yo temo lo que sigue, pero Daytona se calla y a los pocos minutos me hace feliz. Inclina la cabeza, el labio superior se le descuelga y su emparrado pende patético en el vacío. Se duerme y ronca quedamente como un gatazo ahíto.

Me reclino en la butaca, sigo la acción de la pantalla y pienso. Los dos protagonistas, listos como estrellas que son, tratan de estafar a un capo mafioso de Chicago de los años treinta. La historia novelesca de estos dos timadores se mezcla con mi vida y en algún rincón de mi cabeza tengo una intuición.

Más que una intuición, es una sugestión. Pero yo la elevo a la categoría de idea.

Me levanto y me dirijo a la salida, dejando a Daytona entre los brazos de Moira Orfei, como dice un cómico del Ascot. Salgo al vestíbulo, donde hay un teléfono en un nicho. No me sé de memoria el número al que quiero llamar y tengo que buscarlo en la guía.

Una ficha y mi voz queda autorizada para viajar por la ciudad.

Mi amigo responde con un sonoro acento lombardo, después de una larga serie de toques.

—¿Diga? ¿Quién?

—Pino, soy Bravo.

—Bravo pajillero, querrás decir. ¿Cuánto hace que no sé de ti?

Pino le da algo a la lengua pero es persona dignísima y un mago en lo suyo. Su

mujer cocina de maravilla y tienen una hija más fea que Picio. Nuestro trato, que ya era escaso, cesó casi por completo el día que comprendí que querían endosarme a la muchacha. Y que ella no tenía inconveniente.

—He estado fuera. Últimamente he estado muy ocupado.

—Digamos que te creo. ¿Qué quieres?

—Necesito una cosa. Y la necesito para mañana por la mañana como mucho.

—¿Me tomas por el mago Merlín?

Tocado en lo vivo, alza la voz. Cosa de esperar, conociendo a Pino. Me lo imagino, menudo y delgado, en camiseta imperio, agarrado al teléfono de pared del pasillo, poniéndose medio de puntillas al decir eso.

Le halago el amor propio.

—No, te tomo por un mago y punto. El nombre lo eliges tú.

—¿Qué quieres?

Le explico lo que necesito. Él expresa sus previsibles dudas a propósito de lo que pido.

—Te meterás en líos. No lo conseguirás.

—No debo conseguir nada. Sólo lo necesito para una especie de broma.

—Pues cuidado, que ciertas bromas llevan a veces derecho a la cárcel de San Vittore.

No puedo decirle que eso es exactamente lo que espero.

—Tranquilo. Sin problemas para mí ni para ti. ¿Qué me dices?

Parece reflexionar sobre plazos y proceder. Al cabo cede.

—Puede hacerse. Pásate mañana por la mañana a partir de las nueve. Pero ojo, que te costará caro.

—¿Cómo cuánto de caro?

—Un kilo.

—¡Joder! Un kilo. No eres el mago Merlín, eres Arsenio Lupin.

—Pues búscate a otro.

—De acuerdo, un millón. Hasta mañana.

—¿Te quedarás a comer?

—No puedo. En otra ocasión.

—Hasta mañana, pues.

Cuelgo y vuelvo a la sala. Daytona sigue durmiendo, y sólo ha cambiado la posición de la cabeza. Apuesto a que se despierta cuando enciendan las luces. Lo que puntualmente sucede cuando Paul Newman y Robert Redford han dado por culo al malo de Doyle Lonnegan.

Abre los ojos y mira a un lado y otro con cara de no saber dónde está ni por qué.

Al cabo cae en la cuenta y aventura una apuesta.

—Buena película.

Yo decido seguirle la corriente. Es más, redoblo, sólo por el placer de tomarle el pelo... del emparrado. Estoy eufórico por la idea que he tenido y me apetece.

—Muy buena. Estupenda la escena de Robert Redford en el caballo.

Él ve en la oscuridad. Y queda fatal.

—Sí. Ya te digo, un actor de primera.

Entretanto nos hemos levantado y recorreremos el pasillo entre las butacas. Le doy un empujón por atrás.

—¡Venga, hombre! No hay ninguna escena con caballo. Has estado toda la película durmiendo como un tronco.

Él trata de justificarse, con los ojos enrojecidos por haber dormido incómodo.

—Estoy un poco cocido. No he dormido mucho últimamente. Tengo entre manos negocios muy delicados.

No quiero saber qué clase de negocios. Estoy seguro de que, si corriera la voz, no tardaría en presentarse un coche de policía en la dirección a la que aludía Pino antes. Daytona es así: o lo tomas o lo dejas. De hecho, muchos y muchas lo dejan.

Salimos al vestíbulo y él ve el teléfono.

—¿Me esperas, que debo llamar a alguien?

Salgo afuera, al otro lado del cristal, y espero fumando y observando a la ciudad que va y viene, ya atenta a la hora punta pero pasando de mí, de Daytona y de cualquiera que gaste tiempo, neumáticos y pasos por aceras y calzadas.

Mi amigo sale del Argentina algo alterado. Y, conociéndolo, algo preocupado.

—¿Qué pasa?

—Pasa que estoy en un aprieto. Esta noche tengo que estar en dos sitios a la misma hora. Y no puedo faltar ni en uno ni en otro, sobre todo en uno.

Mira a un lado y otro como si el mundo circundante pudiera ofrecerle una solución. Y así ocurre, sólo que no para mi agrado. Ni mucho menos.

—Al otro puedes ir tú.

—¿Estás loco?

—No es nada. Debo hacer una entrega por donde tú vives.

—¿Una entrega? Tú has perdido la chaveta. Yo no hago de mensajero por nada. Ni por ti, ni por nadie.

Él finge ofenderse.

—Oye, ¿por quién me tomas? No es droga. Yo no trato en ese ramo.

Se busca en la chaqueta y del bolsillo interior saca un sobre abultado. Se acerca y lo abre, de modo que yo pueda ver lo que contiene y lo tapen nuestros cuerpos. Está lleno de billetes de cien mil liras.

—A medianoche tengo que entregar este dinero a unos tipos a los que se lo debo. Vienen de fuera y si no me presento se cabrean. Y son gente a la que es mejor no enfadar.

A nuestro lado pasa un tío y él, por exceso de prudencia, vuelve a guardarse el sobre en la chaqueta. El hombre pasa de largo. Seguimos uno enfrente del otro.

Lo miro. Me mira.

—Va, hazme este favor. Te garantizo que no es ninguna estafa.

Parece que llevar dinero se ha convertido en mi trabajo principal. Esta noche por Daytona, mañana por Tano Casale.

—Bueno, vale. ¿Adónde hay que ir?

—Al salir de Trezzano, en la carretera de Vigevano, hay un restaurante que se llama La Pergola. A las doce y media en el aparcamiento. Yo les digo que irás tú en mi lugar. En cuanto lleguen, les das el sobre y te vas.

Yo bajo la cara, aún indeciso. Cuando vuelvo a mirar a Daytona, ha sacado el sobre y está lamiéndolo para cerrarlo. Me lo tiende.

—No me fío un pelo.

—Estoy dándote millones... de pelos. Fíjate si no es confianza...

Cojo el sobre y me lo guardo en el bolsillo del chaleco.

—De acuerdo. Pero te recuerdo que me debes una.

—Yo tengo el cerebro de un elefante, no lo olvido.

Me choteo. Se lo merece y me lo debe.

—Como sigas metiéndote en líos, pronto tendrás también el cuerpo de un elefante.

Nos despedimos y vuelvo al Mini, que me aguarda con su pitagórico misterio sin resolver.

En espera de que la intuición me proporcione alguna clave, subo al coche y empiezo a rodar por la ciudad, como se hace cuando el tiempo se vacía y se convierte en un saco flácido difícil de llenar.

Primero voy al Duomo y escucho la charla en constante devenir de un grupo de personas que se reúnen siempre ante la Rinascente. Luego me paso por el Jamaica, donde me tomo una cerveza con unos artistas calaveras, tan divertidos como pintorescos. Luego ceno en la Torre Pendente, donde me encuentro con gente y consigo un par de trabajos para mis chicas. Luego voy a Budineria, por via Chiesa Rossa.

Al final me hallo en un aparcamiento en las afueras, sentado en un coche sospechoso, con el bolsillo lleno de un dinero que no me pertenece, esperando a que aparezcan los tipos a los que pertenece. El restaurante está cerrado y estoy solo en esta superficie de tierra a la vera de la carretera. Los vehículos que pasan me regalan luz y enseguida me la quitan, y prosiguen expeditos para jugar al mismo juego más adelante.

Yo fumo y pienso.

Mi existencia ha cambiado de algunos días a esta parte. Carla, el Tulipán, Lucio,

Daytona: una cara nueva y rostros conocidos, pero con distinta expresión. La muerte, que vino de la oscuridad y trajo oscuridad. La vida, que quizá aún existe.

Pensamientos, pensamientos, pensamientos...

Y el tiempo va pasando y no aparece nadie.

El reloj marca la una y cuarto. La deuda que Daytona tiene conmigo está aumentando en proporción exponencial. A las dos decido que el precio ha superado las cotizaciones de bolsa y lo mando todo a tomar por culo.

Arranco el coche y vuelvo a casa, que por suerte queda realmente cerca, porque si no tendría cabreo suplementario por cada kilómetro, más el parámetro coche-aceite-gasolina-ruedas.

Llego a casa, me desvisto y dejo el sobre en el mueble que tengo al lado del teléfono. Se me ocurre una cosa. Mañana debo darle a Pino un millón. Sobra decir que ha de ser en metálico, porque siempre es mejor no entregar cheques a cierta gente. Tengo dinero en casa, en un lugar seguro que me he creado. Pero no quiero tocar esa reserva para casos de emergencia. Cuando lo guardé ahí me impuse hacer como si no existiera.

Decido coger dinero del sobre, así me evito tener que pasar por el banco antes de ver a Pino. En parte por comodidad, en parte por desquitarme del plantón que acaban de darme. Si Daytona se atreve a enfadarse porque he tocado el dinero, lo corro a patadas en el culo.

Cojo el sobre, introduzco el meñique bajo la solapa y lo deslizo hacia un lado. El papel se rasga de manera irregular y parte del contenido del sobre cae sobre el tablero del mueble con un susurro. Me quedo mirándolo como lelo sin dar crédito a lo que ven mis ojos. El sobre está lleno de recortes de periódico del tamaño de billetes de cien mil liras.

Estoy aparcado en via Roma, ante la sede anónima de un banco, sentado en el coche de los misterios. Esta mañana me levanté temprano y salí sin ducharme ni afeitarme. Decidí que las personas a las que iba a ver debían aceptarme en la versión desaseada.

Al salir del piso me encontré con Lucio que, con su bastón blanco y sus gafas oscuras, subía el último trecho de escalones. Llegó al rellano y se quedó parado. El ruido de la puerta que se abría y se cerraba lo advirtió de mi presencia.

—Madrugador estás.

—Y tú, ¿no?

Él se llevó la mano al bolsillo y sacó la llave de casa. Tentando la puerta, la introdujo en la cerradura.

—Anoche hice un turno en un estudio de grabación en el castillo de Carimate. La cosa se alargó y me quedé a dormir. Esta mañana, para volver, he tenido que aprovechar el único viaje disponible. Casi al amanecer, como ves.

Abrió la puerta y se guardó la llave.

—Te tengo preparada una nueva.

Yo no tenía tiempo ni ganas de adivinanzas. Traté de decírselo sin ofenderlo.

—Siento que no sea el momento, Lucio. Tengo muchísima prisa.

Él no se dio por vencido.

—Siempre es momento para hacer funcionar el cerebro. Una sencilla. Escucha: Mirar calladas, 8. ¿Captada?

—Captada.

Empecé a bajar las escaleras pero su voz me detuvo.

—Bravo, sólo otra cosa.

—Dime.

—Gracias por lo de la otra noche. Por lo de Carla, me refiero. No sé qué relación hay entre vosotros, pero estoy seguro de que si pasó fue gracias a ti.

Por un instante la imagen de sus cuerpos en la cama se superpuso a lo que me rodeaba. Luego volví a ser yo.

—Descuida, artista. Ahora tengo que irme.

Oí la puerta cerrarse cuando enfilaba el último tramo de escalera. Hice todo lo que debía hacer con la máxima velocidad que me permitía un tráfico clemente: banco, un millón en caja, luego corriendo a casa de Pino, en Cormano. Recogí el producto de su arte, esquivando las miradas de su hija, sus invitaciones y sus buenos consejos, fruto de una sabiduría antigua que sin embargo no le ha impedido entrar y salir varias veces de la cárcel.

Y ahora estoy esperando al que debe llegar, confiando en que no pase lo de anoche.

Un Simca 1000 verde claro me pasa y se detiene un par de plazas más allá. Instantes después se apea Remo Frontini. Lleva una chaqueta azul oscuro que ha visto mejores días y un par de pantalones comprados sin duda en las rebajas de alguna tienda no precisamente céntrica. Bajo del coche y me acerco. Por su aspecto sé que no ha dormido mucho esta noche. Por otras razones, lo mismo me ha pasado a mí. Esta extraña coincidencia aumenta más la simpatía que le tengo y por lo tanto mi amabilidad. Quizá por esa despechada atracción que la honradez inspira instintivamente a personas como yo.

—Buenos días, señor Frontini.

—Espero que lo sean.

—Lo serán. Tranquilo. Confíe en mí.

Quizá piensa que no tiene ningún motivo para confiar en mí y ése es el motivo de su inquietud. Aturdido, con el aire de quien está deseando que acabe todo, busca en el bolsillo y me tiende una hoja doblada por la mitad, formato papel de carta.

—Esto es lo que me pidió.

Lo abro y observo la fotocopia. Se ve perfectamente nítida. Saco del bolsillo de la chaqueta un recorte de periódico con los datos de la quiniela ganadora. Los cotejo varias veces. Por lo menos estos números sí coinciden.

—Muy bien. Ahora no queda más que esperar.

Él no me pregunta a quién.

Le ofrezco un Marlboro. Rehúsa con un simple movimiento de cabeza. Yo enciendo uno y fumo sin disfrutar. Lo ocurrido me ha dejado un mal sabor de boca. No sentirme dueño de mi vida es algo a lo que no estoy acostumbrado. Tengo la sensación de que gravita sobre mí una amenaza, algo inminente que no sé qué es ni, sobre todo, de dónde viene. No es un estado de ánimo agradable, porque, por más que me esfuerzo, no le veo explicación.

Los recortes de periódico hallados en el sobre sólo pueden significar una cosa, a primera vista: que Daytona quería darles gato por liebre a sus acreedores y pensó usarme como mensajero y quizá como chivo expiatorio. Pero me parece una idea tan estúpida que hasta el cerebro atrofiado de ese subnormal habría comprendido sus límites. El hecho de que los otros no acudieran no sé dónde encaja. ¿Un golpe de suerte para mí o la pista de que hay que buscar en otra dirección? El problema es que no tengo la más remota idea de en qué dirección.

Y luego está el detalle nada desdeñable de lo del número de chasis del coche. Éste no es un inocente duelo de enigmas entre Lucio y yo. Una de esas sensaciones sin nombre que nos hacen acertar el caballo vencedor o evitar el caballo perdedor me sugiere que la cosa no es tan sencilla. Se trata de un enigma más complejo, lleno de números y letras que no sé combinar.

Por más que me esfuerzo no consigo entender. Y cuando no entiendo me siento

burlado y eso me cabrea.

Veo un Giulietta color crema acercarse por la derecha y reconozco al volante a Stefano Milla. Aparca a cierta distancia. Como no viene, voy yo. Está sentado en el coche, fuma y me espera. Abro la portezuela y ocupo el asiento del pasajero. Sin ceremonias. Él toma una maletita de skai marrón oscuro del asiento trasero. Me la pone en las rodillas.

—Entrega efectuada.

—¿Tú vienes?

Milla sacude la cabeza.

—Prefiero que no me vea. Yo no soy más que un escolta. Tano me ha dicho que el responsable de esta operación eres tú. Para bien y para mal.

Por experiencia sé hasta qué punto podría ser para bien y para mal. Cojo la maleta, salgo del Alfa y me reúno con Frontini, que parece estar más en vilo que nunca. Lo invito a tomar asiento en mi coche. Compruebo que no haya nadie en las inmediaciones, abro la maleta y le muestro el contenido.

—Aquí está.

No sabría describir la expresión que pone el hombre. No es avaricia, es maravilla. Es la cara de un niño ante el tesoro de los piratas, ante algo que creía que solamente podía existir en la fantasía y no en la realidad. Aquella maleta contiene la certidumbre de una vida nueva e inesperada y yo lo miro y me siento feliz por él.

—Cuéntelo. Tiene que haber cincuenta fajos de diez millones cada uno. En total, quinientos millones. Exactamente la cifra que pactamos.

Le pongo la maleta en las rodillas.

—Tómese su tiempo.

Él cuenta tres o cuatro fajos al azar y luego los cincuenta fajos. Al final cierra la maleta y se asegura de que queda bien cerrada.

—Parece que está todo.

—Perfecto. Ahora vaya por la quiniela.

Por si acaso, le hago notar que lo de para bien y para mal que decía Milla se refiere también a él. La experiencia me dice que nunca se sabe, aunque con Frontini he contravenido esta regla más de una vez.

—Debo hacerle una última precisión. Sé que no es necesario, pero me veo obligado a insistir en que cualquier incorrección por su parte podría traer consecuencias poco agradables.

Sorprendentemente, sonrío.

—A estas alturas, si no lo supiera, sería un idiota.

Baja del coche, con su maleta de las maravillas en la mano. Cuando está fuera, se inclina, apoya el brazo en la portezuela y mete la cabeza por la ventanilla abierta.

—No hace falta que vaya.

Se lleva la mano al bolsillo interior de la chaqueta y saca un sobre. El mismo gesto que hizo Daytona ayer para sacar su pequeño caballo de Troya lleno de papel de periódico. Pero esta vez hecho por un hombre distinto. Muy distinto.

—La quiniela.

Abro el sobre y cotejo el boleto con el recorte y con la fotocopia. Todo corresponde: fecha, resultados, barras de validación, número del despacho. Lo miro y esta vez es él quien me sorprende. Remo Frontini me sonrío de nuevo.

—Bravo, yo creo que soy una persona honrada. Y piense lo que piense de sí mismo, estoy convencido de que usted también lo es. Le agradezco sus consejos y, si me permite, le daré yo uno.

—Dígame.

—Es lo contrario del que me ha dado usted. Yo esperaré para cambiar de vida. Usted cámbiela cuanto antes. Se merece algo mejor. Que tenga un buen día.

Y sin darme tiempo a responder se yergue y echa a andar a buen paso hacia el banco, a poner su dinerillo a salvo de ojos indiscretos y manos rapaces. Yo me quedo solo, con el sobre en las manos.

Es una suerte inesperada. Puedo hacer lo que me he propuesto hacer con toda tranquilidad. Saco del bolsillo interior el producto de los recientes desvelos de Pino, uno de los mejores falsificadores en activo. Le he encargado un boleto falso, que no pasaría nunca el examen de los expertos de la compañía, pero que es perfecto para hacer creer a Tano Casale que se trata de la quiniela ganadora. Si intenta cobrarla mañana por la mañana, es probable que por la noche yo me vea en el fondo del Ticino con una piedra atada a los pies y aprendiendo el idioma de los peces. Pero cuento con su codicia para que esto no ocurra. Voy a hacerle una propuesta que debería cubrirme las espaldas algún tiempo.

El tiempo necesario...

Meto el boleto falso en el sobre y un segundo después Milla se materializa junto a la ventanilla.

—¿Todo bien?

—Todo bien.

Le doy lo que tengo en la mano.

—Toma. Esto se lo das a Tano.

—Se lo darás tú mismo. Me ha dicho que le gustaría hablar contigo. Así que creo que tendrías que acompañarme.

Su cara de Jolly asoma de entre un fajo de cartas revueltas y esta vez no sonrío. El tono es de quien no querría estar en mi lugar. Lo cierto es que tampoco quisiera estar yo. Él no puede saber que ésta no es sino una incógnita más que se suma a todas las otras.

—Bien. Ve delante. Te sigo.

Se va y al poco su coche me adelanta. Salgo del aparcamiento y sigo al Giulietta. Por culpa de los semáforos, estamos a punto de perdernos un par de veces saliendo de Cesano.

Observo la nuca de Milla mientras conduce. No sé qué puedo esperarme de él. Antes podía considerarlo una especie de protector, por lo que pudiera valer su colaboración en un mundo en el que al menor olor a chamusquina cualquiera está dispuesto a echar a su madre al mar. Ahora que se ha quitado la careta y resulta que es un hombre de Tano, no dudo de qué parte se pondría en caso de que tuviera que elegir. Lo que no sé es hasta qué punto está implicado y por tanto hasta dónde está dispuesto a llegar.

Salimos a la circunvalación a la altura de mi casa y seguimos hacia el sur. A mi coche le cuesta un poco seguir al Alfa. Los dos boletos son como yunques en mis bolsillos. Si por alguna razón que no quiero ni imaginar, Tano Casale decidiera registrarme, puede que el baño en el Ticino se adelantara a esta noche.

Procuro distraerme y pienso en Carla.

El hecho de que en este momento podría estar en la cama con uno o más hombres no me pone celoso ni me humilla. Cuando una cuchilla de afeitar me alejó definitivamente de ciertas prácticas, de algún modo alejó también las emociones anexas. El estímulo no. El estímulo permanece. Para resarcirme de un deseo a veces desgarrador, de un impulso que nunca podrá satisfacerse, he convertido a las mujeres en un instrumento de comunicación con el mundo.

Las mujeres por un lado, los varones por el otro.

Y yo en el medio, marcado aún por las cicatrices de mi uretrotomía perineal, la operación a la que tuve que someterme para poder tener una relación menos caótica con mi cuerpo cuando me hallo en la necesidad humana de mear.

Carla es una de las pocas personas en el mundo que lo saben. Y que entiende. Lo entendió cuando me pidió permiso para hacer el amor con Lucio y al mismo tiempo me lo ofreció como regalo. Lo entendió luego, cuando se metió en mi cama y buscó mi contacto.

El coche de Milla toma la salida de Opera. Supongo instintivamente que nos dirigimos al desguace en el que estuve con Micky, y que por la noche se convierte en un local de juego. La imagen de la piedra en los pies y la zambullida en el Ticino deja paso a la de mi cuerpo metido en el chasis de un coche y transformado en un cubo. No es lo más agradable que se puede pensar en un viaje, sobre todo si hace un bonito día de sol que, como dice la canción de Battisti, «evoca agua que salpica y tu risa».

Pero no: el Giulietta sigue recto y a los pocos kilómetros se desvía por un camino a la derecha que unos cien metros después desemboca en el aparcamiento de un merendero. Es una construcción baja, con ventanas con verjas que quieren parecer artísticas. Las paredes, que en su tiempo debieron de ser color ladrillo, ahora son

rosadas y están manchadas por la intemperie. En la parte trasera hay una pérgola con una enorme glicina, bajo la que se supone que en verano se cena al aire libre.

Aparcamos entre los pocos automóviles que hay, nos apeamos y sin hablar nos dirigimos a una puertecilla de madera, sobre la que hay un letrero que promete cocina casera de Jole. Dentro, las ventanas no conceden mucha luz a los pocos clientes, y hay algunas lámparas encendidas. Un camarero desganado no se digna mirarnos y una señora rubia, rechoncha y sudada, quizá la Jole del letrero, se entrevé por la puerta abierta entre los vapores de la cocina.

Milla se dirige sin dudarle a un pasillo que conduce a una salita apartada, en la que encontramos a Tano Casale y a su guardaespaldas sentados a la única mesa que hay ocupada. Nos acercamos. El capo está comiéndose un plato de espaguetis. Su secuaz, que lleva el mismo traje que llevaba la primera vez que lo vi, está librando una ruidosa batalla con un plato de sopa.

Tano, sin hablar, me indica la silla que hay delante de él. Mientras me siento, hace un gesto a Milla y al hombre que tiene a la derecha. Éste se levanta sin decir una palabra y desaparece con el policía camino de la sala grande.

Nos quedamos solos. No sé si es una buena señal o no.

—¿Quieres comer algo? Aquí la pasta a la carbonara es excelente.

—No, no tengo hambre.

Traga el bocado, se limpia con la servilleta y extiende la mano hacia mí.

—Creo que tienes algo que me pertenece.

Saco el sobre del bolsillo y se lo doy. Él lo abre, saca la quiniela y la observa largo rato. A lo mejor no acaba de creerse que ha comprado ese rectángulito de papel por un pastón. Al cabo me mira de nuevo con una expresión indefinible.

—Eres un tío listo, Francesco Marcona, nacido en Solano, provincia de Perugia, en noviembre de 1943, hijo de Alfonso y de Marisa Giusti, emigrantes en Australia. Pero que muy listo. Creo que has dado un gran paso, con esta idea que se te ha ocurrido.

Sonríe viendo mi expresión de sorpresa.

—¿Creías que te encargaría una operación como ésta sin informarme sobre ti? Para algo tendrá que servir tener untado a un inspector de Piesse.

Acepto el hecho como obvio.

—Es comprensible.

Tano mira de nuevo el boleto. Luego lo deja en la mesa ante sí, como para tenerlo controlado.

Me habla con esa voz que conozco.

—Queda pendiente el asuntillo de la muerte de Salvo. Me gustaría que me dijeras lo que sabes y verte mientras me lo dices.

Por fuera parezco tranquilo. Por dentro no lo estoy.

—No sé absolutamente nada. La noche que ocurrió yo estaba con una chica.

Me mira atento. Para él aún no he acabado.

Sólo los estúpidos y los inocentes carecen de coartada...

Apoyo los codos sobre la mesa y me inclino hacia él.

—Tano, si puedo ser benévolo conmigo mismo, te diré que soy más un diplomático que un hombre de acción. Nunca he empuñado un arma y nunca lo haré. Cuando he tenido alguna diferencia con Menno, he venido a verte y he procurado resolverlo como si fuera una transacción de negocios. Tranquila, pacífica, rentable para los dos. La prueba la tienes delante de los ojos.

Señalo la quiniela, para reforzar el argumento y para preparar lo que me dispongo a añadir.

—Y creo que podemos seguir adelante. Si te parece, tengo otra propuesta que te permitiría doblar la cifra en cuestión de una hora.

Una luz se enciende en sus ojos. Los espaguetis se han acabado pero el interés por este nuevo negocio no ha hecho más que empezar. Después de todo, una pizca de crédito me he ganado. Tano bebe un sorbo de vino.

—Te escucho.

—¿Alguno de tus clientes trabaja en la banca? ¿Alguno que tenga el vicio del juego, que a lo mejor te debe un montón de pasta?

Lo descubro curioso por saber cómo acaba la historia.

—Puede ser. Sigue.

Tratando de ser lo más convincente posible, le explico la idea que he tenido. Es un poco más arriesgada que la que le ha puesto delante una quiniela de cuatrocientos noventa millones, un poco más difícil de realizar, un poco más para hombres con lo que hay que tener. Subrayo esto, en lugar de minimizarlo. Por alto que haya llegado, por astuto que sea, Tano no deja de ser un hombre de la calle, alguien que ha hecho carrera con cuantos medios han puesto a su disposición el valor y la falta de escrúpulos. Su carácter es el de un hombre que acepta un desafío.

Como que lo hace.

—Puede funcionar. Vaya si puede funcionar.

Sonríe y apura el vino de un trago, un poco eufórico y por tanto un poco bravucón ante la perspectiva que mis palabras le han abierto.

—Se la quiero meter bien por el culo a estos idiotas. Cuatrocientos noventa millones de pichas por el culo.

Cuando deja de acariciar la idea, se acuerda de mí.

—¿Tú quieres participar?

Sacudo la cabeza.

—Te lo repito. Yo no soy un hombre de acción. Yo soy un pez pequeño y quiero seguir siéndolo.

Tano replica con una expresión que parece pintada por lo ineluctable.

—Me temo que esta vez tendrás que crecer un poco, pececito.

Me mira con sus ojos oscuros, en los que hay cierta benevolencia. No sé si verdadera o fingida.

—Me gustas, Bravo. Quiero que te ocupes tú. Tienes una cabeza de primer orden.

—Te lo agradezco. Pero preferiría conservarla pegada al cuerpo. Por eso prefiero quedarme fuera.

—En este mundo no siempre puede uno echarse atrás.

En otras palabras: estás dentro. Y debes estarlo en serio.

Lo miro. Que me implicaran en el asunto era exactamente el objetivo que me había fijado. Pero no podía pedirlo abiertamente. Quería que fuera él quien me metiera. Con todo, aún no he conseguido disipar una sombra de sospecha. Temo que con alguien de su mentalidad no sea fácil para nadie. Pero me he ganado su favor y esto es un gran paso adelante.

Se inclina levemente hacia mí.

—¿Estarás a la altura?

Bajo la cabeza y finjo reflexionar, como si estuviera aún indeciso. Luego la levanto convencido.

—Creo que sí.

—¿Tienes a los hombres adecuados? ¿Gente de fiar?

—Sí, conozco a las personas idóneas. Decididas y discretas, cuando hace falta.

Se relaja. No se da cuenta de que también yo me relajo.

—Pues entonces tú ocúpate de ellos. De lo otro me encargo yo.

Añado algunas palabras que corroboran mi concurso.

—Entonces así quedamos. Me pongo en marcha y te aviso cuanto esté listo.

—Excelente. Y, ahora, ¿seguro que no quieres comer nada?

Esto es una invitación o una despedida, de mí depende. Y yo prefiero que el encuentro acabe aquí, en espera de los acontecimientos.

Me levanto.

—Gracias, pero tengo que irme.

—Como quieras.

Dejo la salita, en la que acabo de dar un timo mortal a un hombre muy peligroso, contento de irme sin escolta y sin una pistola apuntándome por la espalda. En la sala grande encuentro al matón sentado en silencio en una silla. Quizá está pensando que se le ha enfriado la sopa. Quizá no piensa nada y sólo espera las órdenes de quien piensa por él.

Ni me despido ni se despide.

Stefano Milla está hablando por el teléfono de contador que hay junto a la caja. Me dirige un ademán de despedida. Se lo devuelvo, contento de no tener que hablar.

No tendríamos nada que decirnos. El sutil hilo que nos unía, que nos hacía cómplices más que nada por diversión, se ha roto. He visto que mete el pie en varios zapatos y el mío ya no es de su número.

Salgo y respiro.

Fuera luce un sol audaz y el cielo, barrido por una brisa que se ha levantado del norte, es de un azul como sólo la primavera puede pintarlo. Llego al coche y siento no estar de humor para apreciarlo en su justa medida.

Han pasado muchas cosas y todas a la vez.

La muerte del Tulipán, que Carla haya entrado en mi vida, lo del número de chasis del coche, Tano Casale con esa voz que conozco y su boleto falso. Y lo de los recortes de periódico de Daytona, de los que tengo intención de pedirle explicaciones en cuanto vea un teléfono o lo pille por banda.

Salgo en dirección a Milán, a mi casa. Necesito tumbarme unas horas en la penumbra, con la televisión encendida. Poner un poco de orden en todo este caos. Hacer unas llamadas. Esperar noticias de las chicas.

Recorro en sentido contrario el camino de ida. Cuando uno tiene la cabeza puesta en otra cosa, y no está pensando obsesivamente en el lugar al que se dirige, los viajes suelen hacerse cortos.

Es mi caso.

En un momento estoy en Cesano. A esta hora sobran sitios donde aparcar. Dejo el coche, bordeo el césped en el que hay unos críos jugando y chillando, dejo morir la mirada de un par de madres.

Un instante después cierro la puerta de mi casa dejando fuera al mundo y llevándome dentro lo estrictamente necesario para mantener a raya lo que me persigue. La casa huele a ambientador y las persianas están medio bajadas. La señora Argenti debe de haber estado poniendo un orden que siento que trastornaré pronto.

En cuanto entro, corro al teléfono y marco un número esperando que la persona haya llegado ya al trabajo. Por una vez, responde él directamente.

—Biondi. ¿Con quién hablo?

—Ugo, soy Bravo.

—Estoy ocupado. Habla rápido.

Por el tono algo alterado sospecho que ha recibido a una de sus clientas particulares, a la que ahora tiene sentada encima.

—Necesito un permiso especial para ver a Carmine.

—¿Cuándo?

—Lo antes posible.

—No es buen momento para hacer visitas a San Vittore.

—Ya imagino. Pero tengo que verlo.

—Vale. Te llamo en cuanto sepa algo.

Y corta la comunicación sin darme tiempo a despedirme.

Con el teléfono en la mano veo el rostro de un hombre en el locutorio de la cárcel. Con una expresión cada vez más apagada. Quizá lo que iré a proponerle la ilumine un poco.

Y paso a considerar mi situación. Estoy bailando un zapateado sobre un campo minado. Si doy un paso en falso, de mí no quedarán ni los añicos.

Cuelgo con cuidado el teléfono, como si estuviera también minado.

Saco la quiniela de mis dolores del bolsillo y arrojo la chaqueta sobre el sofá. Me quito los mocasines y voy al dormitorio. Guardo el boleto en mi escondite. Luego enciendo el televisor. La pantalla se ilumina al tiempo que me tumbo en la cama.

No llego a posar la cabeza en la almohada.

El aparato está puesto en la Primera, que emite una edición especial del telediario. La cara de Bruno Vespa es adecuada, su voz inexorable, cuando lee un comunicado que Paolo Frajese le pone delante.

«... sí, acaba de confirmarse que también el diputado Mattia Sangiorgi, hermano menor del senador Amedeo Sangiorgi, se encuentra entre las víctimas de la matanza perpetrada en la villa de Lorenzo Bonifaci, quien ha sido asimismo hallado cadáver. Aún no se conoce el nombre del resto de las víctimas, como tampoco el móvil de este horrible crimen, pero por los primeros testimonios parece que ninguno de los ocupantes de la villa ha salido con vida, incluidos los guardias de seguridad, hombres adiestrados y capaces que el empresario había contratado para garantizar su integridad y la de sus invitados, integridad que por desgracia no ha podido salvaguardarse. Conectamos con nuestro enviado especial, que se halla en Lesmo, cerca de Monza, en el lugar de los hechos».

Las imágenes del plato dejan paso a las de una toma exterior en directo. En primer plano se ve la cara de un reportero y en segundo plano una verja entre dos pilares de ladrillo rojo. A izquierda y derecha se extiende un muro que rodea un parque, por encima del cual se ven árboles de gran porte.

La imagen deja entrever un coche de policía aparcado junto a la entrada, bloqueando el paso a la multitud de periodistas de prensa y televisión que han acudido en busca de noticias.

Ni siquiera oigo lo que dice.

De pronto me siento respirando un aire cargado y viciado, como si una brisa maligna hubiera entrado en el cuarto. Sentado sin voz ni rostro, controlo imágenes que no veo y voces que no escucho, sabiendo una sola cosa que se ha grabado a fuego en mi mente.

Mi tiempo, el tiempo que conocía, el tiempo en el que me movía, ha terminado para siempre.

El timbre suena con el estruendo de una explosión y hace trizas el tiempo cristalizado en el que estoy confinado. Apago el televisor y me levanto con la sensación de que las piernas sobre las que me muevo no son mías. Llego a la puerta convencido de que al otro lado de la hoja voy a encontrar a Lucio, que viene a preguntarme si he solucionado su última charada o a invitarme a un café.

Pero quien aparece delante de mí es Stefano Milla con la cara seria. Con él hay dos policías de uniforme. Uno de ellos lleva de la correa un perro, un mestizo que debe de ser hijo de un pastor alemán. El inspector tiene una expresión neutra que resulta muy profesional. Yo no soy dueño de la mía en este momento. Nos encontramos de nuevo uno delante del otro, pero ahora somos dos personas distintas. Yo soy el que ha abierto la puerta y se ve jodido, y él es un representante de la ley.

Mete la mano en el bolsillo, saca un papel y me lo tiende.

—Hola, Bravo. Me temo que hemos de entrar. Tenemos una orden de registro.

Ni siquiera compruebo el documento. Estoy seguro de que todo es legal. Él se lanza derecho por el campo más que trillado de las formalidades.

—Te informo de que tienes derecho a exigir la presencia de un abogado durante el registro. ¿Tienes intención de llamar a alguno?

Sacudo la cabeza y me hago a un lado para dejarle entrar. Milla desfila ante mí seguido de los dos agentes. Se detienen en medio del salón, mirando a un lado y otro, evaluando el recinto en silencio. El perro está tranquilo y a una orden del policía que lo lleva se sienta en la moqueta.

—Puedes ayudarnos a agilizar los trámites. ¿Tienes sótano o terraza?

—No.

—¿Tienes en casa armas o drogas?

—No.

—¿Tienes caja fuerte?

Me da por reír, inquieto. Le hago un ademán elocuente.

—¿Para guardar qué?

Veo que uno de los agentes se echa a reír. Se vuelve para disimularlo. Milla no se da cuenta y se dirige a sus hombres en la actitud más oficial que el grado le permite.

—Bien. Proceded.

Sin una palabra, los dos hombres desaparecen por el pasillo. Los sigo con el pensamiento y cierto temor. Ahora tendré ocasión de comprobar si mi escondite secreto, que siempre me ha parecido ingenioso, está hecho a prueba de registros.

Milla tiene una expresión desolada. No sé hasta qué punto sincera.

—Lo siento. Te dejaremos la casa un poco patas arriba.

—¿Tengo alternativa?

—Creo que no.

Resignado, voy a sentarme en el sofá y espero. Stefano empieza a buscar en los cajones. No sé qué puedo esperarme de él. Yo estoy en una situación privilegiada, porque conozco algunos de sus puntos débiles. ¿Es esto una ventaja? No lo creo, ya que hablar de él y de Tano Casale es hablar de mí y de Tano Casale.

Quizá Stefano está pensando lo mismo, porque mientras va y viene entre el salón y la cocina, buscando y revolviendo, no cruzamos ni una mirada ni una palabra. Creo que la presencia de los dos agentes en las otras estancias basta para disuadirnos de cualquier comunicación.

El registro parece eternizarse. Me revuelven literalmente la casa, abriendo los cajones, examinando todos los papeles, descolgando los cuadros de las paredes, quitando la funda al sofá y a los cojines.

Al final terminan los tres de pie en medio del salón. Tres hombres, por no hablar del perro, como en la novela de Jerome. Sólo que ésta no es una historia que haga mucha gracia y la barca hace aguas por todas partes.

Milla me mira.

—Todo parece en orden. Pero la cosa no acaba aquí. Tienes que acompañarnos.

—¿Estoy arrestado?

—Si lo estuvieras ya te habríamos puesto las esposas. En la comisaría necesitan cierta información.

Me levanto de la silla en la que me he sentado cuando me ha echado del sofá. Cojo la chaqueta y las llaves.

—Pues andando.

Salimos al rellano y poco después estamos al pie de la escalera. Fuera no se ve un alma. Trato de calcular cuántos pares de ojos nos observan desde las ventanas y cuántos «Ya decía yo que...» se elevan hacia el techo. Luego convengo conmigo mismo en que en realidad no me importa. Es sólo curiosidad que se suma a curiosidad, suposiciones que se suman a suposiciones.

Ante la verja hay un coche patrulla y un furgón de la unidad canina.

El can desaparece de un salto por la trasera de su vehículo y a mí me conducen hacia el Alfa Romeo de servicio. El agente me abre la portezuela de la derecha y Milla sube por el otro lado. Cuando hemos montado todos, el coche arranca sin el insulto de la sirena, dejando atrás esa parte del mundo honrado que nunca hará un viaje como el mío.

El coche recorre las calles de Milán. Fuera hay ruidos y sonidos. Dentro no hay sino silencio. Milla y yo vamos sentados al lado y absorbemos los baches del asfalto sin mirarnos. Los dos pagaríamos por conocer lo que el otro piensa. Los dos mentiríamos si nos preguntaran qué pensamos.

El viaje termina en la comisaría de via Fatebenefratelli. Superamos el portal y

paramos en medio del patio. Bajamos del coche y nos dirigimos a una escalera que hay enfrente. Dos tramos de escalones gastados y una pared de revoque sucio, un pasillo que resuena con nuestros pasos y al final una puerta de madera.

Milla llama y cuando oye la palabra mágica que lo autoriza a entrar, empuña la manivela y crea el vacío donde antes había una hoja. Entro en un despacho que parecería de policía incluso a quien se hallara de repente allí sin haber pasado por la entrada. Por los muebles desordenados y los papeles en la mesa y los simulacros de cuadro de las paredes. Pero sobre todo por la cara de las dos personas sentadas allí. En el rincón de la izquierda, en una silla de brazos, hay un hombre de unos treinta años, de cara oscura y curtida, pelo largo y barba de varios días. Viste de forma anónima, lo que quizá en la calle lo camuflaría a la perfección. En este cuarto se ve a la legua que es un agente secreto.

Milla se dirige al que está sentado a la mesa.

—Buenos días, comisario. Es él. Por lo demás, todo negativo.

—Bien. Puede irse.

Mientras el inspector sale, el comisario me señala una silla ante él.

—Siéntese.

Obedezco y quedamos frente a frente. El comisario es mayor que el agente secreto y viste de una manera más formal, con camisa azul celeste, traje gris y una corbata por la cual habría que arrestarlo. Tiene el pelo corto y de color castaño, cara chupada y mirada indescifrable tras los cristales de las gafas.

Lo miro y espero.

—Soy el comisario Vincenzo Giovannone, dicho sea como presentación.

Del otro, del que está sentado en silencio en el rincón, nada dice. Hombre sin atributos ni identidad. En mi cabeza pasa a ser el Innominado.

El comisario abre un expediente que tiene delante sobre la mesa.

—¿Es usted Francesco Marcona, también conocido con el sobrenombre de Bravo?

—Sí.

—Veo que ha sido detenido una vez por proxenetismo.

Previsible. El baile comienza conforme a los cánones. Respondo como manda el guión, aunque tengo la sensación de que a partir de cierto punto habrá que improvisar.

—Verá también que la cosa no tuvo consecuencias y que ni siquiera fui procesado.

—Ya.

Giovannone levanta por fin los ojos del expediente. Me concede y se concede una mirada directa. Los ojos son claros, agudos. Son los ojos de un hombre que sabe lo que hace.

—¿Usted conoce a tres jóvenes que se llaman Cindy Jameson, Barbara Marrano y Laura Torchio?

—Sí.

—¿Sabe que anoche se hallaban en la villa de Lorenzo Bonifaci, en Lesmo, cerca de Monza?

Un mal presentimiento me revuelve a la vez la cabeza y el estómago. Tengo la desagradable sensación que se experimenta cuando se sueña que se cae. En esa serie de nombres hay algo absurdo y equivocado. Yo mismo acompañé a Carla a San Babila. No me quedé a esperar que el coche enviado por Bonifaci las recogiera en el lugar de la cita, pero la presencia de Cindy y de Barbara en aquel maldito lugar tendría que confirmar también la suya.

¿Qué coño pinta Laura?

El tono rudo del comisario me arranca de estas reflexiones.

—Bien, ¿lo sabe o no?

—Sí. Sé que estaban invitadas a una fiesta.

Muy a mi pesar, la voz con la que contesto no es la de antes. Es la voz de alguien que de pronto se ha quedado sin palabras. El comisario lo nota.

Me apremia.

—¿Sabe que las tres han sido asesinadas?

Hago un movimiento de cabeza afirmativo.

—Sí. O, mejor dicho, lo supongo. Cuando han llegado los agentes estaba viendo el telediario. Era una edición especial dedicada a lo ocurrido en la villa de Bonifaci.

—Hablemos de usted, pues. ¿Conocía a Lorenzo Bonifaci?

—No en persona. Quiero decir que nunca nos vimos. Con él sólo he tenido conversaciones telefónicas.

El comisario pone cara de estupor, como si le tomaran el pelo.

—Me dicen que era un hombre muy reservado, casi inaccesible. ¿Cómo es posible que tuviera esa relación privilegiada con alguien como usted?

Me trago la provocación del «alguien como usted». Hago un gesto que procuro acompañar con un tono inocente.

—Yo trato a mucha gente en Milán. Sobre todo del mundo de la moda. Cuando tenía huéspedes me llamaba para invitar a chicas, modelos y demás, a sus fiestas.

—¿Fiestas o festines?

—Eso no lo sé. No he estado en ninguna.

El comisario Giovannone pasa repentinamente a otra cosa.

—¿Conocía a un tal Salvatore Menno, un delincuente conocido también por el sobrenombre del Tulipán?

—Sí.

—¿Sabe que también él ha sido hallado cadáver, con tres impactos de bala, en una

cantera cerca de Trezzano?

Desde luego que lo sé.

pfft... pfft... pfft...

—Lo he leído en los periódicos.

—¿Y en qué circunstancias lo conoció?

—Lo veía a veces en el Ascot Club, en via Monte Rosa. No teníamos ningún tipo de relación, aparte de vernos en alguna ocasión por ser clientes del mismo local. Luego le pedí una explicación a propósito de cierta amiga mía con la que tenía atenciones demasiado atrevidas.

—¿Y cómo se llama esa amiga?

—Laura Torchio.

—Ya.

Este breve monosílabo es largo como una novela y dice muchas más cosas. Malas cosas. El comisario se levanta y se acerca a la ventana. Se para y mira en silencio. Cuando habla, pasa del usted al tú. Esto, en vez de sonar familiar, suena a amenaza.

—Mira, Bravo, hay elementos en esta maraña de historias que son muy curiosos.

Lo oigo caminar a mis espaldas. Resisto la tentación de volverme.

—Las personas con las que tratas tienen la preocupante tendencia a acabar mal. Un hombre al que le pides una explicación, como tú dices, aparece cadáver. Lo mismo pasa con tres chicas de las que eras un buen amigo, junto con un pez gordo del mundo empresarial con el que mantienes contacto, en una villa en la que se comete una matanza.

Comprendo que se aproxima el mazazo. Y llega.

—Lo curioso es que la pistola que mató a Salvatore Menno es una de las armas usadas en los homicidios de la villa de Bonifaci. ¿Tienes idea de cómo es esto posible?

No es una pregunta que espere respuesta. Al menos no una respuesta que el comisario esté dispuesto a creer, salvo que sea mi confesión. Es una noticia que me escupe a la cara para ver cómo reacciono. La advertencia de que, ahora que dispone de un informe balístico hecho en un tiempo récord, yo soy sospechoso.

—Ni la más remota idea.

Giovannone vuelve a sentarse frente a mí. El Innominado no ha cambiado de postura ni de expresión en todo el interrogatorio.

—¿Puedes decirme dónde pasaste la tarde de ayer y esta noche?

—Cené en la Torre Pendente, en via Ravello. Luego fui a la Budineria, en via Chiesa Rossa. Y a medianoche volví a mi casa y allí he estado hasta esta mañana.

No menciono a Daytona ni lo de la entrega del dinero. Un pensamiento molesto se ha insinuado en mi mente. Una desazón que se nutre de las palabras que la otra noche dejó caer Stefano Milla durante la conversación.

Sólo los tontos y los inocentes carecen de coartada.

La mía, para la noche en que mataron al Tulipán, era Carla, pero Carla está desaparecida. Y tampoco para la noche de la matanza tengo coartada, pues estaba sentado como un gilipollas en mi coche, esperando a unos desconocidos que no vinieron a recoger un sobre lleno de recortes de periódico.

—¿Hay alguien que pueda confirmar lo que dices?

¡Dios, no! Ni siquiera Lucio estaba en su casa. Estaba en el castillo de Carimate tocando sus guitarras de mierda. Siento una extraña rabia que me ahoga.

—No.

Mi respuesta ha sido seca, desabrida.

—Ese «no» puede costarte mucho. Y el modo como lo has dicho, aún más.

El comisario simula estar cabreado. Yo lo estoy de veras. Lo miro y por una vez hago yo las preguntas.

—¿Estoy detenido? ¿Debo llamar a un abogado?

—No, no estás detenido. Con los elementos que tengo, cualquier deficiente en primer curso de derecho te sacaría en menos de una hora.

Me relajo y me envalentono un poco.

—¿Puedo irme, entonces?

—Sí. Pero antes no te importará que te hagamos la prueba de la parafina, ¿verdad?

Está jugando conmigo. Y ni siquiera lo disimula mucho. Sabe que un lavado cuidadoso borraría cualquier rastro de partículas moleculares de las manos. Lo único que quiere es tocarme las bolas y dejarme claro quién tiene la sartén por el mango. No lo ha dicho pero estoy seguro de que conoce la naturaleza de mi relación con Laura, Cindy, Barbara y demás chicas. Los policías sienten un sano desprecio por quienes se dedican a cierto tipo de tráfico, a todos los niveles. Aunque luego, como Stefano Milla, se aprovechen de su condición para mojar en el plato.

—Hágamela si quiere. En mi vida he disparado un tiro con un arma.

—Hay gente que nunca lo ha hecho pero es más culpable que el que aprieta el gatillo.

Giovanzone hace una pausa. Cuando habla, su voz rebosa desprecio.

—Tú eres un mierda que gana pasta a costa de chicas tan estúpidas que se fían de ti. No eres más que un pelagatos que no tiene agallas para ir más allá. Tu lema: el mínimo resultado con el mínimo riesgo. Si la mediocridad fuera delito, merecerías cadena perpetua.

Me sonrío. Aunque sólo con los labios.

—Esta vez sospecho que te has pasado de la raya y has pisado una mierda del tamaño de Lombardía. Con todo lo que ya había en el ambiente, no tienes ni idea del escándalo que ha desatado esta historia. Y yo sé que de algún modo tú estás

implicado.

Hace la pausa justa para dejar de sonreír.

—Si es así, lo descubriremos. Te aseguro que, en ese caso, todos esos años de cárcel no serían resultado de una hipótesis imaginaria, sino una flagrante realidad que morderé con el mismo placer con que muerdo el pan recién hecho todas las mañanas.

Pulsa un botón del teléfono.

Un instante después se abre la puerta y aparece un agente de uniforme.

—Alfio, acompaña al señor al laboratorio. Y pídele perdón si la parafina le mancha un poco el bonito traje de marca.

Levanto el culo de la silla antes de que se vuelva eléctrica y sigo al policía. Cuando abandono la estancia, ante la indiferencia de ambos, tengo la satisfacción de ver levantarse al Innominado. Por lo menos sé que posee la función motora. Tengo también la certeza de que no estaba allí solamente para completar su instrucción.

Cuando salgo de la comisaría, después de que una larga serie de hechos y conductas me hayan tocado las pelotas, son las ocho. La ciudad que encuentro fuera no me parece la misma que era un día antes, cuando creía que el rincón de sombra que quedaba entre las luces bastaba como escondite. Quiero ser franco conmigo mismo. Estoy metido en la mierda hasta el cuello. Y lo peor de esto es la sensación de que el nivel de la mierda aún subirá más.

Me encamino a piazza San Marco, donde sé que hay una parada de taxis. Siento en el aire la presencia de un peligro inminente, algo que nunca había notado porque de día duermo y de noche frecuento un ambiente que es impermeable a todo lo que no sea la búsqueda obsesiva del placer. Cada paso es una cavilación, una pregunta sin respuesta, la nueva versión de un mal presentimiento.

Me doy cuenta de que tengo hambre. No he probado bocado en todo el día: las carreras antes del intercambio con Frontini, la conversación con Tano Casale, la noticia de la matanza, la llegada de la policía.

Muchas cosas, poco tiempo. Cada vez menos, me temo.

Paso ante un quiosco que está cerrando. Hoy los periódicos deben de haberse vendido como rosquillas. Compró uno de los últimos ejemplares de *La Notte*, dedicado casi enteramente a la matanza de Lesmo, como reza el titular de portada. Entro en un restaurante y me siento, después de cerciorarme de que no hay ningún conocido entre los presentes. No tengo ganas de escuchar el montón de mierda que cierta clase de personas suelta por la boca cuando quieren parecer interesantes o divertidas.

Mientras espero al camarero abro el periódico. El artículo deja suponer mucho más de lo que afirma, lo que significa que el periodista debe de haber hecho malabarismos con las pocas noticias de que se dispone. Que consisten sobre todo en el nombre de las víctimas. Lorenzo Bonifaci, empresario; Mattia Sangiorgi, diputado

democristiano; Ercole Soderini, constructor inmobiliario, con las correspondientes fotos de archivo.

Siguen los nombres de las tres chicas, entre los cuales se empeña en no aparecer el de Carla. Admiro la habilidad del que escribe para dar pábulo a la imaginación del lector acerca de lo que la presencia de tres hombres y tres mujeres pueda significar, sin por ello decir nada que pueda dar pie a una querella.

Pocas palabras relativas a los guardias de seguridad, cuyo nombre ni siquiera consigna. Quizá por distracción, quizá por no unirlos a tanta inmundicia.

Por último, el artículo dedica amplio espacio a juzgar la situación por la que está pasando el país, y se pregunta si puede haber algún nexo entre el secuestro de Moro, el juicio a Curcio y compañía y estos nuevos crímenes que de momento nadie ha reivindicado.

Si así fuera, si la matanza tuviera un móvil abiertamente terrorista, no me habrían dejado salir tan fácilmente de la comisaría. En el caso de presuntos terroristas, la praxis policial se muestra menos inclinada a respetar las reglas y los procedimientos.

Sigo en el restaurante pensando, releendo el artículo un par de veces como si los hechos pudieran cambiar de una vez a otra, comiendo un alimento cuya materia acepto pero cuyo sabor no acabo de percibir. Dos preguntas me martillean el cerebro.

¿Por qué Laura y no Carla?

¿Por qué un sobre lleno de recortes de periódico en lugar de billetes?

La respuesta no llega. Lo que sí llega es la cuenta, sin que la haya pedido. El local está cerrando. No es de los que ofrecen hospitalidad y comida hasta tarde, como casi todos los de la zona.

Vuelvo a estar en la calle, sin que nada haya cambiado ni dentro ni fuera de mí. Sólo se ha sumado una determinación. La de tratar de aclarar lo que está pasando antes de que lo haga otro y tome lo que parece por lo que es.

Me dirijo a la parada de taxis. Al lado hay una cabina telefónica. Entro, inserto una ficha y marco el número de Daytona. A esta hora incluso me arriesgo a pillarlo en casa. El teléfono suena y suena y nadie contesta.

Subo a un taxi y digo que me lleve al Ascot Club.

El taxista no habla ni yo tampoco: el perfecto conductor y el perfecto pasajero. Me deja en destino sin enunciar más que el precio de la carrera.

Via Monte Rosa vive una de sus habituales tardes de tráfico, de coches aparcados y de mujeres paradas en la calle. Me apuesto al pie de una planta en la esquina con via Tempesta, de manera que puedo vigilar tanto la entrada del Ascot como la del edificio de la Costa Britain.

No sé cuánto tendré que esperar, pero no me apetece hacerlo en compañía de ningún entrometido asiduo del club. A esta hora todos saben lo que ha ocurrido. Los que conocen a Laura, Cindy y Barbara y la relación que tienen conmigo darían

cualquier cosa por tener noticias de primera mano. Aunque el espectáculo empiece a las once y antes de esta hora no es probable encontrarse con alguien, prefiero que no me vean el pelo. Ésta ha sido siempre mi norma de vida, aunque no puedo decir que haya servido de mucho.

Espero paseando y fumando hasta que mi constancia se ve recompensada. Al otro lado de la calle veo a dos mujeres que caminan en mi dirección. Cuando me alcanzan, una de ellas me reconoce. Es la que me miraba con una cara llena de suposiciones la mañana que abordé a Carla.

Me acerco y las paro.

Son dos mujeres del montón, de la misma estatura y de edad indefinible, de aspecto acaso valorizado por la penumbra. Por lo parecidas que son podrían ser hermanas. A lo mejor son sólo pobres desgraciadas y esto las asemeja más que el parentesco. Se detienen en seco y quedan juntas como para respaldarse, con la sospecha de que las haya tomado por prostitutas.

Me dirijo a la cara conocida.

—Perdonen, ¿me darían cierta información?

—Diga.

—¿Ustedes trabajan limpiando el edificio de la Costa?

—Sí.

—Hay una chica que trabaja con ustedes, una tal Carla Bonelli. ¿Por casualidad tendrían su dirección y su número de teléfono?

Las dos se miran. Al cabo aquélla a la que me he dirigido contesta por las dos.

—¿Qué nombre ha dicho?

—Carla Bonelli.

El veredicto llega de inmediato, sin vacilación.

—Con nosotras no trabaja ninguna chica que se llame así.

No sé cuánto terreno piso, pero siento que cede bajo mis pies.

—¿Está segura? Una chica alta, muy guapa, con el pelo castaño y los ojos color avellana. La vi salir con ustedes hace unos días.

—Sí, me acuerdo de esa muchacha. Pero estaba ya en la calle, junto a la puerta, cuando salimos, no venía con nosotras. Y también lo recuerdo a usted. Perdona, pero pensamos que la chica era de ésas y usted era...

Se interrumpe antes de decir lo que piensa que yo era.

Y yo comprendo lo que pasó realmente. De hecho, no vi a Carla salir con las otras. Fue Daytona quien me la señaló. Fue él quien me desafió a conseguírsela, sabiendo que aceptaría el desafío. Fue él quien...

Doy media vuelta y me alejo sin dar las gracias a las mujeres ni despedirme. Eso me da igual. Ahora tengo algo más importante que hacer. Me encamino a paso ligero hacia la parada de taxis de piazza Amendola. Me atenaza, como si fuera una camisa

de fuerza, la necesidad de tener dos palabras con Paolo Boccoli, más conocido por el sobrenombre de Daytona.

La madre de Daytona vive en la Isola, en via Confalonieri, cerca de la Stecca degli Artigiani. Cruzó los jardines camino de la casa preguntándose si no estaré haciendo una tontería. Considero que es muy posible, pero cuando uno se ahoga, hasta una esponja que flota parece un salvavidas.

Ayer me pasé la tarde visitando los lugares a los que mi amigo suele ir, sin encontrarlo. En las Scimmie, en los Navigli, me encontré con Matteo Sana y el Godie, que al verme no se comportaron como me esperaba. Pensaba que me llevarían aparte y me acribillarían a preguntas. Pero no: fingieron no verme. Esto me dio la exacta medida de mi situación actual. Soy una persona con la que no es conveniente juntarse. En este caso concreto, quizá fue lo mejor. Eché un vistazo por todo el local, que estaba repleto, buscando la cabeza con doble emparrado de Daytona.

No la encontré.

Pensé que podía estar en un montón de sitios: en la timba de Tano, o en cualquier otro lugar donde se juegue, o en la cama con alguna puta. O metido en un agujero, como una gran rata asustada, royendo su trozo de queso y esperando a que las aguas se calmen.

En cualquier caso, lugares ilocalizables o inaccesibles.

En el taxi camino de casa, recordando lo que Daytona dijo en una situación casi idéntica, se me ocurrió una idea. Pobre, desesperada y patética, pero la única a mano. Y ahora estoy aquí, con una voluminosa agenda de piel bajo el brazo y un pesado sobre amarillo formato A4 en la mano, que por ironía del destino está lleno de recortes de periódico. Mientras los metía no pude menos de sonreír pensando en lo que podría llamarse la ley del ojo por ojo, diente por diente... y recorte por recorte.

Seguro que Lucio apreciaría también lo irónico del caso.

Pero no me ha parecido oportuno ponerlo al corriente de mis aprietos para obtener el premio.

Llego al portal de un edificio cualquiera, hijo de un urbanismo popular. En él vive la madre de Daytona, que es el único asidero que me queda. El mierda tiene una relación muy estrecha con la procreadora de sus tristes días, como suele ocurrir con los puteros redomados. Si ha puesto pies en polvorosa, seguro que su madre sabe dónde está. Pronto, con un poco de suerte y mucha cara dura, espero saberlo yo también.

Me acerco al interfono y pulso el timbre que corresponde al nombre Boccoli-Crippa. Pasa un momento, que me imagino empleado por la mujer en arrastrar los pies por el pasillo sobre paños de encerar. La voz que se oye es dulce y agradable.

—¿Sí?

Cruzo los dedos y me presento.

—Buenos días, señora. Soy Rondano, el agente de seguros de Paolo. No lo encuentro en su casa. ¿No estará con usted por casualidad?

—No, no está en la ciudad, se ha ido unos días por trabajo.

Todo como estaba previsto. Esta pobrecilla es la única persona en Milán que asocia a su hijo con la idea de trabajo. Si es verdad que el amor es ciego, el amor de madre lo es de nacimiento.

—Lo suponía. El caso es que pasaba por aquí y, como me tiene que firmar unos documentos, he pensado que podía dejárselos a usted. Se trata de un dinero que le devuelven. Si me permite subir, se lo dejo a usted, y así cuando él llegue puede firmarlos. Cuanto antes los firme, antes le reembolsan el dinero.

Ella se queda indecisa. Lo noto por el silencio que sigue a mis palabras. Al final, el temor a perjudicar al hijo o incluso a provocar sus iras triunfa sobre la prudencia.

—Segundo piso.

La puerta se abre con un sonido seco y metálico. La palabra dinero es una ganzúa capaz de forzar muchas puertas, tanto físicas como mentales. Subo la escalera de colores claros que huele a comida y a lejía. La mezcla no me entusiasma. Pero no estoy ahí para comprar un piso, sino para robar una información.

La madre de Daytona me espera en la puerta. Es una mujer de media estatura, con la cara curtida y aire indefenso. Lleva un vestido de estar por casa y un mandil. A lo mejor estaba preparando la comida, quizá más por costumbre que por hambre. Por lo poco que sé de su vida, creo que lo único bueno fue la muerte prematura del marido, que la trataba peor que a un perro. Por desgracia, el destino, en compensación, le tenía preparado un hijo como Daytona, que la llama mamá y debe de ser el responsable de la mitad de los cabellos blancos que tiene en la cabeza.

Hay personas a las que parece que no les está permitida un poco de paz.

Me saluda con esa voz dulce que por el interfono me había hecho imaginar un aspecto muy distinto. Fantasía por la radio, realidad por la televisión.

—Buenos días.

—Buenos días, señora...

—Crippa, Teresa.

Pese al estado de ánimo en que me hallo, me enternece esta presentación formal, con el apellido antes del nombre. Le tiendo la mano con la mejor de mis sonrisas. Me la estrecha temerosa, como si no se sintiera a la altura de la persona con la que habla.

—Mucho gusto. Soy Marco Rondano.

Le doy el sobre.

—Tenga, señora Teresa. Dentro están los documentos que le digo. Diga a Paolo que firme donde vea una cruz a lápiz.

Ella repite, para asegurarse de que ha entendido.

—Que firme donde vea una cruz a lápiz.

—Eso es. Muchas gracias, señora.

Doy dos pasos atrás, como si me fuera. Me detengo e interrumpo su saludo de despedida levantando el brazo y mirándome el reloj. Pongo la cara de preocupación de quien acaba de recordar algo importante.

—¿Puedo pedirle un favor?

—Diga.

—Tengo que ponerme en contacto con una persona y tiene que ser ahora porque si no, no la pillo en el despacho. ¿Me permite hacer una llamada? No es interurbana.

Muchas personas de cierta edad miran mucho la cuenta del teléfono. He añadido este comentario para que sepa que el favor que le pido no le costará nada.

—Si es a la ciudad, bueno. El teléfono lo paga Paolo y no quisiera que gastase mucho.

Podría decirle que su hijo pierde jugando en cinco horas lo que a ella le pagan de pensión en cinco años. Pero sería una maldad inútil y una pérdida de tiempo: hay mitos imposibles de destruir.

La señora Teresa me deja paso y entro en un pasillo que parece pintado de puro limpio. Flota un leve olor que recuerda el de las pastillas Valda. Hay muebles viejos pero brillantes, que probablemente son los de cuando se casó. En las paredes, cuadros ordinarios, comprados en la feria o ganados en una rifa de beneficencia. Una foto de su hijo con sus compañeros de escuela, con un paspartú de ganchillo, cuelga sobre el teléfono. Hay un bordado que dice: «Tercer curso de secundaria». No sabía que la instrucción de Daytona hubiera llegado tan lejos. Cuando veo el aparato, doy un suspiro de alivio. Es de los negros, con disco de agujeros. Está sobre un mueble no mucho más identificable, que consiste en dos tableros superpuestos y dos puertecillas en la parte inferior.

Dejo la agenda sobre el tablero de abajo.

Marco el número de mi casa y finjo hablar con un cliente inexistente, dejando en el contestador un mensaje que se prolonga más allá del pitido que indica el fin del tiempo. Concluyo dando a entender que las palabras de mi interlocutor me han puesto en un apuro.

—No se preocupe, en diez minutos estoy con usted. Piazzale Maciachini, ¿verdad?

Hago una pausa para escuchar una respuesta que nunca vendrá.

—Número seis, muy bien. Nos vemos ahora.

Me vuelvo a la pobre señora Teresa, que ha seguido la conversación desde la cocina, en cuya mesa se ven las verduras cortadas y por cortar de una futura menestra. Receta laboriosa pero sana y, sobre todo, barata. Simulo que llevo mucha prisa.

—Listo. Muchas gracias. Me voy corriendo. Dele recuerdos a Paolo y dígame que

me llame.

Ella da un paso hacia mí.

—No se moleste, conozco el camino. Adiós, señora.

Su «Hasta la vista» me llega cuando ya estoy al final del pasillo. No se imagina hasta qué punto ese deseo va a hacerse realidad. Si todo va bien, volveremos a vernos dentro de un cuarto de hora.

Cierro el batiente y salgo veloz, temiendo que la puerta se abra y su voz me llame de vuelta. Por suerte no ocurre. Me meto en el primer bar que veo. Tomo un café y me fumo un cigarrillo, repasando el *Corriere della Sera*, que cojo de la nevera de los helados, donde está también *La Gazzetta dello Sport*.

En las páginas hay palabras y fotos. Todas dedicadas a lo que ha ocurrido en una lujosa residencia de Lesmo, cerca de Monza. Hechos y conjeturas, historias de personas, caras sonrientes de chicas guapas, caras serias de hombres en ocasiones oficiales, cuerpos tendidos en el suelo cubiertos con sábanas empapadas en una sangre que el blanco y negro ha transformado en mancha. Fuera cual fuere la calidad de esa sangre, es un adiós a la vida y a esa poca intimidad que por lo menos la muerte debería conceder.

Nada se dice de una mujer de ojos color avellana que tendría que haber estado en esa casa y no estaba. No estaba en ninguno de los lugares en los que me dijo que había estado. Ni en ninguno de aquéllos en los que me dijo que estaría. Sólo en mi casa y en mi piel, por momentos.

Miro el reloj. Han pasado veinte minutos. Creo que son suficientes.

Unos segundos después estoy otra vez tocando el timbre de poco antes. La voz tarda el mismo tiempo en llegar.

—¿Quién es?

—Señora, perdone, soy yo otra vez, Rondano. Me he olvidado la agenda. ¿Puedo subir por ella?

La puerta se abre. Entro y subo a escape la escalera. Ella me espera en la puerta con el objeto de mi olvido deliberado.

—¡Qué despistado soy! Esta mañana no doy una a derechas. Como dice el refrán, quien no tenga cabeza, que tenga pies.

Recibo de sus manos el volumen encuadernado y cerrado por un cierre.

—Pesa lo suyo.

—Es por estas tapas de piel. Es un regalo de mi novia, si no ya la habría cambiado.

Nos despedimos de nuevo y ahora bajo la escalera con una prisa que no es falsa. En cuanto salgo a la calle, saco una llavecita de latón del bolsillo de la chaqueta y abro la cerradura de la agenda. Lo que veo dentro me llena de satisfacción. En el espesor del papel he excavado un nicho del tamaño justo para que quepa una

grabadora portátil que, ante mis ojos, sigue girando. Pulso sucesivamente la tecla de STOP y la del rebobinado rápido. Silbando, la cinta se coloca al principio. Espero a llegar al coche para escucharla y nunca me parecieron tan largos trescientos metros.

Me siento al volante y cierro la portezuela. Exhalo un suspiro que equivale a cruzar los dedos y pulso el PLAY. Al principio se oye, débil pero inteligible, la conversación entre la madre de Daytona y yo. Toda mi comedia hasta que nos despedimos y salgo de escena.

Luego, lo que me interesa.

En el silencio de la casa, el ruido del dial del teléfono que gira. Fuerte y claro. Pese a que se interpone la tapa de la agenda.

trrr... trrr... trrr...

Luego la voz de la señora Teresa.

—Hola, hijo, soy yo.

Silencio.

—Sé que no debo llamarte, pero ha venido buscándote tu agente de seguros, con unos documentos de un reembolso que tenías que firmar.

Silencio.

—No lo sé. Están en un sobre.

Una pausa. La mujer se apura al declarar su inutilidad.

—Ya sabes que yo no entiendo de estas cosas. Lo llevo a tu habitación y cuando vengas lo abres tú.

Otro breve silencio. Esta vez no para escuchar sino para armarse de valor.

—¿Que vienes ahora mismo?

Me imagino a Daytona oculto en algún sitio, inquieto y nervioso, con el empujado deshecho y la cara roja como un tomate. Imagino la cara de su madre mientras da crédito a las mentiras del hijo. Pienso que si hubiera decidido abrir el sobre, se habrían descubierto mis propias mentiras.

—Bien, hijo. Pero ten cuidado. Y llama de vez en cuando.

El ruido del auricular puesto en la horquilla y luego de pasos que se alejan. Hacia la cocina, supongo.

Detengo la grabadora. La breve conversación que he registrado me confirma dos cosas. La primera es que, esté pasando lo que esté pasando, el subnormal de Daytona está metido hasta el cuello. La segunda es que quizá pueda averiguar dónde se esconde.

Rebobino la cinta hasta el punto en el que la señora Teresa marca el número. Tomo un papel e inicio un proceso de identificación que espero que resulte eficaz. Voy anotando números según los saltos del dial. El sistema es más bien empírico y he de repetir la operación varias veces antes de obtener un resultado fiable. Si hay un dios que protege a los hijos de puta, le ruego que quite la mano de la cabeza de

Daytona y la ponga sobre la mía.

trrr... trrr... trrr... trrr... trrr... 5
trrr... trrr... trrr... trrr... trrr... trrr... trrr... 7
trrr... trrr... trrr... trrr... 4
trrr... trrr... trrr... trrr... trrr... trrr... 6
trrr... trrr... trrr... trrr... trrr... 5
trrr... trrr... trrr... trrr... trrr... 5

Tengo un número: 574655.

Y ahora que lo tengo, necesito una dirección. De las personas que conozco, sólo puedo dirigirme a una. Arranco el coche, avanzo un trecho y me detengo en la primera cabina telefónica que encuentro. Podría llamar a al servicio de abonados, pero temo que sólo funciona si se llama desde el teléfono de casa. Tengo una sola alternativa. No puedo decir que marco con dedo perfectamente firme el número de la comisaría de Fatebenefratelli.

Pido al operador que me pase con el inspector Stefano Milla. Me deja en espera y unos instantes después oigo su voz.

Muy profesional, luego irritada lo justo.

—Inspector Milla.

—Soy Bravo.

El salto de tono es brusco. Imagino que corresponde a un salto en la silla.

—¿Cómo me llamas aquí, loco?

—Lo siento, pero tengo problemas.

—Ya sé que tienes problemas. ¿Quieres que los tenga yo también?

—No, si me ayudas.

Esto suena a chantaje. Quizá lo es, quizá no. Lo importante es que Milla lo crea.

—¿Qué quieres?

—Tengo un número de teléfono. Quiero saber a qué dirección corresponde.

—¿Por qué?

—Es una historia larga y poco clara. Pero en cuanto aclare algo serás el primero en saberlo.

—Bravo, no hagas tonterías.

—Precisamente es lo que no quiero hacer. Por eso necesito esa dirección.

Al final cede. En parte por miedo y en parte por esa curiosidad innata que transforma a un hombre en policía.

—Bueno. Dame el número.

Le dicto las cifras lentamente, para que le dé tiempo a apuntarlas.

—¿Cuándo lo tendrás?

—Cuando lo tenga. ¿Dónde te localizo?

—En mi casa. Si no estoy, déjame un mensaje en el contestador.

—Es un poco arriesgado.

—Lo borro en cuanto lo escuche.

El silencio que sigue significa incertidumbre. Indudablemente está sopesando la entidad del lío en el que se mete por ayudarme. Las consecuencias no es preciso que las examine: las conoce de sobra. Siempre hay que saber contar los pasos cuando se baila con otros zapatos.

Trato de inclinar la balanza a mi favor.

—Stefano, no sé lo que está pasando, pero yo no tengo nada que ver. Mandé a Bonifaci tres chicas, como he hecho tantas veces. Eso es todo.

De momento no considero oportuno ponerlo al corriente de nada más. Hay cosas que debo saber y averiguar yo antes de contárselas a nadie. Bailo en la cuerda floja y no tengo ninguna intención de dar a nadie ocasión de hacer que caiga definitivamente.

Al final Milla cede.

—Haré lo que pueda.

Le doy las gracias, por lo que pueda valer. Cuelgo y me veo solo, esperando la dirección en la que reside mi última y débil esperanza. Miro alrededor. El tiempo en esta época del año parece clemente con los hombres. Sol y cielo azul de primavera, viento fresco que limpia la atmósfera. La gente trabajadora va y viene, los calaveras siguen en la cama durmiendo la mona. Si fuera un día normal, a lo mejor también yo estaría en la cama. O estaría deambulando por la ciudad, vagueando y traficando en mis cosas, y comería en Santa Lucia o un bocadillo de Bagi.

Pero no es así. No puede ser así.

Han muerto varias personas. A tres de esas personas yo mismo las metí en un coche y las envié al matadero. Me correspondía el treinta por ciento de las ganancias. Tengo la sensación de que estoy cargando con el cien por cien de la culpa.

Miro a un lado y a otro.

Conduciendo al azar veo que he flanqueado el Cementerio Monumental y he llegado a viala Ceniso. A cien metros del lugar en el que he aparcado está Pechino, un restaurante chino al que voy a menudo y en el que se comen los mejores raviolis a la plancha de Milán.

Con la poca hambre que tengo, decido que lo mismo da un sitio que otro. Camino del restaurante empiezo a sentir malestar en el bajo vientre, un picor sutil que conozco. Dada mi condición anatómica, sufro a menudo inflamación de las vías urinarias. Siento también escalofríos, no sé si por el estrés o por alguna décima de fiebre.

¡Tac, pillado! Huyendo y con fiebre.

Esto diría el Godie poniéndome los dedos en el cuello como si fueran unas tijeras. Pero esos tiempos ya han pasado y no sé si volverán. Llevo demasiada prisa como para sentirme mal, para compadecerme. Por fin me he puesto al paso de la ciudad que me circunda, en el que la prisa es por definición reina, y todo el mundo corre hasta para irse a la cama. En medio de este frenesí colectivo, mi vida está en juego. Ahora sólo tengo que esperar ansiosamente que un policía corrupto me dé la información que necesito para ir a aclarar un par de cosas con un amigo.

A cincuenta metros del restaurante hay una farmacia. Tras el mostrador encuentro a una mujer en bata blanca, con gafas y cara granujienta de empollona. La molestia va en aumento pero no me apetece comentar mi caso con nadie, menos aún con una mujer. Pido una caja de Furadantin, que al final convengo a la farmacéutica de que me venda sin receta.

Salgo y trago una pastilla a palo seco. No quiero que me vean tomando ciertos fármacos sentado a una mesa. Una manía ilustrativa del pudor del tullido. Abro la puerta del Pechino y me encuentro de inmediato en el pequeño restaurante, decorado con luces rojas y demás futesas chinas, que a mediodía no suele estar muy concurrido. De hecho en ese momento sólo hay una mesa ocupada.

El dueño, que me conoce bien, acude a recibirme. Es un tipo listo y risueño, sujeto anómalo en la comunidad china de Milán, por lo general cerrada y poco comunicativa. Habla un italiano perfecto y un milanés no menos perfecto. Resulta muy gracioso ver emparejado el dialecto local con su rostro exótico. Parte del éxito del restaurante se debe a su simpatía, aparte de los indudables méritos de la cocina.

Nos saludamos y creo que se me nota en la cara que no estoy de humor, porque no se extiende conversando. Me acompaña a la mesa, toma nota de la única cosa que pido y se va hacia la cocina, donde tiene a la mujer.

Me siento perpendicular a la barra, que está a mano derecha nada más entrar. Un muchacho chino trajina con la máquina del café y mira un televisor portátil que tiene puesto sobre el tablero de mármol, con el volumen muy bajo.

Dan el telediario local e imagino el esfuerzo de los periodistas por atender al alud de noticias que llegan de todas partes. Pero el asunto de máxima actualidad en estos momentos son los crímenes de Monza. Desde donde estoy alcanzo a ver bastante bien la pantalla, en la que desfilan imágenes más o menos como las de las fotos de los periódicos.

Me levanto y me acerco al televisor.

El muchacho, al que nunca he oído hablar, sigue con su tarea y no me pregunta nada. Soy yo quien le pregunta si puede subir un poco el volumen.

Me complace y hasta gira el televisor hacia mí.

En la pantalla aparece un hombre al que, en cuanto se apea de un largo coche oscuro, rodean unos agentes de policía para protegerlo del asalto de los periodistas.

Más allá del grupo de personas se ve el Hotel Príncipe de Saboya, en la plaza de la República. El centro de la atención es un hombre alto y fornido, con el cabello espeso y sienes entrecanas, que tiene la expresión decidida de quien sabe adónde va y cómo ir.

Lo conozco.

Todo el mundo lo conoce.

Es Amedeo Sangiorgi, siciliano, jefe de grupo en el Senado y un punto de referencia en su partido y en la vida política italiana. Su hermano Mattia, mucho más joven que él, es uno de los hombres hallados muertos en la villa de Bonifaci. Era diputado y una de las nuevas figuras de la Democracia Cristiana, para muchos futuro presidente del gobierno.

El hecho de que hayan encontrado cadáver a su hermano junto con otros dos hombres de su misma clase social y tres chicas jóvenes y guapas no parece inmutar a Amedeo Sangiorgi. Seguro que en su fuero interno hierve de rabia por el modo como este aspecto del caso ha llegado a ser del dominio público, en vez de quedar escondido entre los pliegues del secreto de sumario. Pero es un hombre demasiado hábil y experto como para dejar traslucir sus emociones e ignorar que vivimos en un país extraño, en el que ciertas debilidades se perdonan y olvidan con suma facilidad. Con alguna ayudita de los amigos, como decían aquéllos. Estoy seguro de que, después de las primeras conclusiones, Cindy, Barbara y Laura, con las debidas presiones en los debidos lugares, se convertirán en tres diligentes y desdichadas secretarias que pagaron caro el error de hallarse presentes en una cena de trabajo aquel día en aquel lugar.

Un cronista de la RAI se acerca a Amedeo Sangiorgi con un micrófono en la mano, seguido de un operador con la cámara al hombro. El senador hace una seña al policía que se dispone a cerrarle el paso y acepta hacer lo que comúnmente se llama una breve declaración.

Cosa que hace con voz profunda, empañada de pena e indignación.

—Este acto es producto de una barbarie inaudita, que es la que lleva a despreciar por completo la vida humana. Nos deja conmocionados, y preguntándonos qué clase de personas son capaces de cometer tales atrocidades. Nos deja llorando a hermanos, maridos, hijos. En momentos así parece faltarnos la esperanza y la confianza en las instituciones, además de las palabras. Pero precisamente entonces es nuestro deber y nuestro derecho reaccionar. De una cosa podemos estar seguros. Cualesquiera que sean los autores de este vil ataque, terroristas o criminales organizados, no saldrán impunes. Las fuerzas del orden están trabajando para que los culpables sean entregados a la justicia y condenados a la pena que merecen.

La voz le tiembla un poco, al final de la declaración. Por un instante el pesar le ensombrece el rostro. Es la perfecta representación de lo que la gente espera de un

hombre de su posición: una dignidad y una firmeza que se sobrepongan a las emociones.

La conexión vuelve al estudio, donde el locutor, a partir de la información de que dispone la prensa, empieza a examinar la cuestión de cuántos hombres podían integrar el comando que llevó a cabo la operación en la villa de la matanza, como ya todos la llaman.

Me acuden a la mente las palabras del comisario Giovannone.

No tienes ni idea del escándalo que ha desatado esta historia...

¡Desde luego que la tengo! Un político de la categoría de Aldo Moro en manos de las Brigadas Rojas, otro envía do al mármol de un depósito de cadáveres por manos desconocidas. Además de la tensión por los juicios en curso y el velo helado del miedo que cubre a personas y cosas.

En este momento deben de estar movilizados todos los agentes de policía, los carabineros, los servicios secretos y todos los demás. Y los altos cargos de los ministerios deben de mesarse los cabellos preguntándose qué diablos ocurre en este país, y moviendo a unos hombres siempre insuficientes de un sitio a otro del mapa, como soldaditos en tiempos de guerra.

Veo al dueño del restaurante traerme de la cocina el plato de raviolis que he pedido y dejarlo en la mesa. Vuelvo a sentarme y como en silencio, con el escozor del bajo vientre intensificándose en vez de disminuir. Me obligo a acabarme la comida, por la misma lógica que manda introducir combustible para producir energía.

Miro la hora. A lo mejor Milla ya ha obtenido la información que necesito. En cualquier caso, ya no tengo paciencia para esperar pasivamente los acontecimientos, sintiendo que he dejado de ser dueño de mi existencia.

Pago la cuenta, salgo del restaurante y vuelvo a la cabina telefónica junto a la que tengo aparcado el coche. Meto una ficha y marco el número de mi casa. Escucho mi voz diciendo que no estoy e invitando a dejar un mensaje. Espero al final y pronuncio la secuencia vocal que activa el aparato a distancia.

Tras emitir chasquidos y susurros, el contestador desgrana la serie de mensajes. Un par de llamadas de clientes que no saben en qué lío podrían meterse por quedar grabados en esa cinta. Sandra, una de mis chicas, que me dice que la llame. La llamada de alguien que ha colgado sin dejar mensaje. Mi conversación con la nada desde la casa de la señora Teresa Crippa. Y, por último, la voz de Stefano Milla, que sin más comentarios me deja dicha la dirección que le pedí.

En cuanto subo al coche la apunto, aunque sé que no la olvidaré. Me incorporo al tráfico pensando que me espera un largo viaje hasta San Donato Milanese. El dolor, entretanto, se ha convertido en un alambre candente que alguien me retuerce en el bajo vientre y el estómago.

Mi pequeño automóvil azul oscuro se dirige a la máxima velocidad permitida hacia esa localidad que todo el mundo conoce con el nombre de San Donato Milanese, y que desde hace dos años puede preciarse del título de ciudad. Ciudad satélite, con todo lo que eso implica. Es un lugar extraño, reino indiscutible del ENI, la empresa energética que da trabajo a gran número de sus habitantes. Dos realidades en una. Mitad ciudad de fábricas y oficinas, mitad ciudad dormitorio, con todos los servicios que esa condición requiere. Un clásico ejemplo de la industriosisidad lombarda, que yo no acabaré nunca de entender del todo.

Mientras conduzco, sigo vagando con la mente por las vías tortuosas que alguien ha decidido que recorra. Los personajes que pueblan esta historia, cuyo principio no alcanzo a entender ni cuyo fin a ver, los llevo a todos sentados al lado en el coche.

Tano Casale, con esa voz que conozco, esperando a cobrar una quiniela falsa y duplicar su capital gracias a una brillante idea mía. Laura, que debía vivir libre y feliz con su cómico de cabaret y ha acabado muerta en un sitio en el que no debía estar. Carla, que sí debía estar en ese sitio, y que se ha desvanecido como un fantasma después de hacerse pasar por quien nunca ha sido y quizá con un nombre que nunca ha tenido. Daytona, que hizo todo lo posible porque la conociera y que, después de lo ocurrido, se ha escondido. Y, por último, yo, que soy uno de esos tontos o inocentes que se encuentran metidos en un lío sin una coartada.

Siento escalofríos de fiebre. El dolor del bajo vientre se ha estabilizado en un grado soportable pero nada agradable. Salgo de la circunvalación y enfilo via Rogoredo. Sigo recto un trecho, flanqueando fábricas que surgieron como excrescencias en una zona que era predominantemente agrícola. Continúo hasta que encuentro una explanada donde aparcar el Mini.

Me tomo otra pastilla y busco la dirección que me ha dado Milla en el mapa de Milán y alrededores que siempre llevo en el coche. La casa en la que está instalado el teléfono al que llamó la madre de Daytona se encuentra en via dei Naviganti Italiani número 106, y la línea telefónica está a nombre de un tal Aldo Termignoni, nombre que es la primera vez que oigo. Aunque, dadas las muchas actividades a las que mi amigo se dedica, sería difícil conocer a todas las personas que trata.

Procedo por etapas, parándome a menudo a comprobar la dirección que el mapa me indica. Guiado por las señales, salgo de la ciudad y me encuentro en las afueras, donde aún se ven restos de vida agrícola. Conjuntos de edificios que forman un cuadrado, últimos baluartes contra la invasión del progreso y el asalto de la construcción urbanística. Conduzco oyendo sobre mi cabeza el zumbido de los aviones que se disponen a aterrizar en el aeropuerto de Linate y sobrevuelan la población a baja altura.

Por fin tuerzo en la calle que busco. Me hallo en medio de un conjunto de viviendas en una calle que desemboca en una arboleda que se ve al fondo. Miro el número de la última casa de la izquierda y veo que es el lado de los impares. Continúo despacio hasta que encuentro otra serie de casas. Los números de éstas parece que van saliendo uno a uno como números de tómbola.

No se ve a nadie. Los coches están aparcados en los patios o junto al bordillo y la gente está en su casa. En un jardín veo a un niño jugando, solo. No sabe lo grande que, con el tiempo, puede hacerse esa soledad. Gestos, palabras, vida de todos los días. Un despertador que suena, un hijo al que hay que llevar a la escuela, el 27 del mes que nunca llega, quince días al año de vacaciones pagadas, el baile en las verbenas, el sexo en el coche mientras se espera a que la novia se convierta en esposa.

Para los que tienen menos suerte, una puta de cinco mil liras en la Paullese.

El dolor del bajo vientre y los escalofríos no remiten. Ahora los acompañan también las náuseas. Pasada la arboleda, me encuentro en lo que podríamos llamar pleno campo si en el horizonte no se alzarán, sobre un trigal, los bastiones de la enésima fábrica. Quizá por un sitio como éste pasearán algún día el Viejo y el Niño de la canción de Francesco Guccini.

Llego a un caserío aislado que conoció días mejores y que pese a los años transcurridos es aún de posguerra. El aspecto es ruinoso y la era parece más el almacén de un ropavejero que el de una casa de campo. Hay un frigorífico herrumbroso apoyado contra un árbol, el chasis de un coche sin matrícula ni ruedas descansa sobre cuatro pilas de ladrillos. Una de las persianas se ha descolgado de un lado y la ventana parece el ojo de un perro con el párpado caído. En la trasera se entrevé una especie de cobertizo hecho con chapas oxidadas clavadas a palos hincados en el suelo.

La mala hierba ha crecido en profuso desorden y uno de los lados de la casa sólo es accesible a través de una verdadera plantación de ortigas. Un letrero escrito con torpe pincel y pintura negra en una de las dos columnas que se alzan a los lados del camino de entrada me confirma que he llegado a mi meta.

Detengo el Mini en el patio. Quizá tendría que haber pasado de largo, aparcado lejos y venido a pie. Pero me siento muy mal y tengo mucha prisa.

La puerta de la fachada principal está cerrada con un candado y una cadena que pasa por dos agujeros hechos en las hojas. Las persianas de la planta baja están cerradas. Rodeo la casa hacia la parte trasera. Una acera de cemento descantillado recorre el edificio a todo lo largo. Por la puerta semiabierta del cobertizo, que no se veía desde la carretera, asoma el culo naranja del Porsche de Daytona. Recorro la acera, paso ventanas con rejas y llego a una puerta de madera.

Está entornada.

Empujo la hoja con el temor instintivo de que chirríe.

Me digo que soy estúpido.

Bastante ha anunciado ya mi presencia la llegada del Mini. Entro y me encuentro en un ambiente oscuro y sucio, aparentemente deshabitado. Echo un vistazo a la planta baja. No hay más que cuartos desnudos, con papeles por el suelo, una manta polvorienta, una pila de platos desportillados en lo que parece ser la cocina. Por todas partes huele a humedad, a polvo y a salitre. Me pregunto quién puede vivir en una pocilga como ésta. Pero alguien vive, porque ese alguien paga facturas de teléfono y de luz.

Empiezo a subir la escalera que hay frente a la entrada y lleva al piso superior, según la arquitectura típica de estas casas rurales. Cuando llego arriba veo que esta parte está algo más cuidada, y este asomo de aseo revela la presencia del hombre. Un pasillo recorre todo el lado largo de la casa, y a él dan las puertas abiertas de las habitaciones, como bocas asombradas.

La parte de la derecha parece más descuidada y tomo pues la parte izquierda. Paso primero un cuarto en el que se ven dos camastros con un colchón desnudo, luego una puerta cerrada de cristal esmerilado que podría ser el baño, y otra habitación con la puerta semiabierta, por la cual se entrevé una cama de matrimonio con las sábanas revueltas.

Por último franqueo un umbral y entro en la última estancia de esta ala.

El primer vistazo da la idea del lugar. En las paredes se ven tramas pintadas con rodillo, hay sillones desfondados, periódicos y vasos en una mesa, latas de conserva en un estante, platos sucios en un cubo, un hornillo conectado a una bombona, un teléfono fijado a la pared.

Subiendo me preguntaba cómo no había salido nadie a ver quién venía.

Ahora que estoy aquí sé por qué.

Daytona yace en el suelo, de costado, con la cabeza apoyada en el brazo extendido. La delantera de la camisa se ve roja de sangre. A consecuencia de la caída, el emparrado que se componía con tanto celo se ha dividido en dos. Una parte ha caído sobre la manga enrollada y la otra le cuelga tapándole la oreja, y la calva que trataba por todos los medios de ocultar queda totalmente a la vista. Al oír mis pasos, gira los ojos sin mover la cabeza. Me reconoce y la alarma de su mirada se diluye en alivio.

—B... avo.

Lo ha dicho con un hilo de voz, de manera que he adivinado más que oído mi nombre. Me arrodillo a su lado. Respira con esfuerzo, con un jadeo silbante que parece venir de un lugar que no es este cuarto.

Llora, no sé si de dolor o de pena. Un sollozo se trueca en un flujo de espuma rojiza que sale por la boca a ver el mundo. Resbala por la comisura y cae al suelo

como una roja lágrima de desengaño.

—P... d... me.

El perdón no es de este mundo. Pero tengo la impresión de que dentro de poco tampoco lo será él, por lo que no me cuesta otorgarle lo que me pide.

—Claro que te perdono, pobre idiota.

Como al conjuro de las suyas, también a mí se me saltan las lágrimas: por él, por mí, por todos los estúpidos como nosotros, por todos aquéllos a los que un dios imperfecto ha relegado fuera de estas ventanas de cristales sucios. Por todos aquéllos que nos han hecho ser como somos, por nosotros, que se lo hemos permitido. Por este dolor que me tortura las entrañas, que debe de ser como el que siente Daytona.

—¿Qué ha pasado?

—Dado... cuch... lladas.

Decir cada palabra parece costarle un esfuerzo infinito. Ha llegado al final y lo sabe. Cuenta las veces que respira esperando la última, la que nadie podrá grabar en la memoria porque después ya no hay nada. Quizá está preguntándose por qué ha llevado una vida tan miserable, creyendo que era mejor que una vida honrada, para obtener a cambio esta recompensa: morir solo como un perro en el suelo sucio de un lugar perdido en el culo del mundo, dejando por herencia la nada que ha sido su existencia.

—¿Quién ha sido?

Levanta con trabajo la mano y trata de atusarse el mechón de pelo con un último y torpe impulso de vanidad. Alargo la mano y lo ayudo a arreglar esa greña que reluce de tinte y brillantina.

Repito la pregunta.

—¿Quién ha sido, Daytona? ¿Dónde está Carla?

Él me mira sin verme. Parece revivir una escena que yo no he presenciado. Quizá la escena en la que lo han matado. Quizá, como muchos dicen, repasa toda su vida. Luego cierra los ojos.

—Co... bianchi.

Es su última palabra.

Un espasmo me sacude el estómago y me sube a la garganta. Me levanto, me alejo un paso y doblo el tronco con la brusquedad de una hoja de navaja que se cierra. Vomito.

Arcadas dolorosas que se prolongan y parecen partirme el estómago y la cabeza. Cuando acaban me noto envuelto en un sudor frío. Lamento que mi elogio fúnebre a Daytona consista en un vómito que ha vuelto a traer al mundo los raviolis chinos transformados en una papilla ácida.

Cojo el pañuelo y me limpio la boca.

Veo que sigue llevando en la muñeca su precioso Daytona de oro, el reloj que ha

marcado las fases alternas de su existencia y lo ha identificado más que el nombre y apellido en el padrón de cierto ambiente milanés. Se lo quito, pensando que lo único que ahora late en ese cuerpo es el reloj, y me lo guardo en el bolsillo de la chaqueta. En cuanto pueda se lo entregaré a su pobre madre, con la que tengo en común una desagradable fatalidad: llegar a saber quién era en realidad su hijo de la peor de las maneras.

La poca presencia de ánimo que me queda me dicta que huya de ahí cuanto antes. No puedo menos de pensar que si hubiera llegado un poco antes, ahora podría estar tirado en el suelo junto a Daytona, perdiendo lentamente calor y color. Echo un último vistazo al cadáver de un hombre al que creía un amigo, sin recordar que en realidad nadie es amigo de nadie. Un pobre delincuente de tres al cuarto pero que, pese a todo, quizá no merecía lo que le ha pasado. Me voy y lo dejo en el suelo de este sitio de mierda, reabsorbiendo su sangre con la ropa. Esta noche será quizá la primera en muchos años que no trasnoche hasta el alba.

Y la primera vez que no se despertará al día siguiente por la tarde.

Bajo las escaleras y desando el camino hasta el Mini. Subo al coche, arranco y dejo atrás esta casa que huele a abandono, a tiempo perdido y a muerte. Los escalofríos han aumentado, el ardor sigue quemándome el bajo vientre y haber vomitado no ha hecho que se me pase una náusea que parece llenarme el estómago de espuma.

Me llevo una mano a la frente. La noto ardiendo. Quizá es la sugestión, o la fiebre, o la reacción de mi cuerpo a la agonía de Daytona. El precio de la angustia, de moverme a tientas, sin comprender lo que está ocurriendo a mi alrededor.

Esto no es uno de los juegucitos de Lucio y míos, el intercambio de una lima entre dos mentes prisioneras de unos cuerpos que los albergan sin querer. Tengo la sensación de que éste es un enigma terminal, cuya solución puede ser peor que el enigma mismo.

Soy un guerrero de medio pelo, solo y asustado, que tiene miedo de morir en la oscuridad.

Salgo a la circunvalación siguiendo el camino que he llevado y no entro en la ciudad. Por precaución prefiero no pasar dos veces ante las mismas ventanas y los mismos patios. El resto del trayecto hasta casa no dejo de darle vueltas a la última palabra de Daytona, susurrada con una voz que ya no era la de un ser vivo.

Cobianchi.

¿Qué tiene que ver el Cobianchi?

El Cobianchi es un hotel de día, una especie de baños públicos que hay al final de via Silvio Pellico, en Gallería del Duomo. Hay otro en piazza Oberdan, en Porta Venezia. Es un establecimiento donde dispone uno de ducha y baño, barbero, manicura, teléfono, bar y consigna. Forma parte de una cadena de locales parecidos

que abrió un empresario en la primera mitad de los años veinte en muchas grandes ciudades italianas como Milán, Bolonia, Turín, Roma, Nápoles, aprovechando que por entonces no todas las casas poseían cuarto de baño. Sin embargo, los materiales de lujo y la decoración cuidada hacían de ellos un lugar refinado, que frecuentaba también una clientela más exigente que viajaba por placer o por negocios.

Me pregunto qué puede significar en todo este asunto una institución que, por la evolución de las costumbres y los medios económicos, está destinada a desaparecer, algo que en el futuro quizá no sea más que un vestigio, un resto de arqueología social que dará testimonio de un estilo de vida y de una época desaparecidos.

¿Qué tiene que ver un local visitado a diario por cientos de personas con el homicidio de una decena de seres humanos en una lujosa villa de Lesmo? Me parece poco probable que un lugar tan abiertamente público pueda servir de escondite para nadie. ¿O quizá me equivoco y la respuesta a esta paradoja está en ese viejo dicho según el cual el mejor modo de esconder algo es dejarlo a la vista?

Tomo la salida de la Vigevanese rumbo a mi casa. Al otro lado de la rampa hay edificios de oficinas y naves industriales. En lo alto de uno de esos edificios se ve el letrero de una empresa de desratización. Una vez, pasando por aquí con Daytona y el Bistec, después de no sé qué noche en vela, oí a este último que decía desde el asiento de atrás:

—*Ehi, chì ciapen i danee per masà i ratt.*

Recordando que yo no soy de Milán, repitió la frase en italiano, para mi ilustración.

—Estos cobran por matar ratas.

Se quedó pensándolo una fracción de segundo, ese minúsculo intervalo de tiempo que necesita el genio para traducir en palabras una intuición.

—¿Sabes cuál es el eslogan de esta empresa?

Prosiguió sin esperar mi respuesta.

—¡Roedores!

Reímos como descosidos al oír aquella palabra que pronunció imitando a la perfección el grito de míster Jinks, el gato de los dibujos animados de Hanna-Barbera. Chistes, gestos y carcajadas que parecen a años luz de distancia, cuando atravesábamos nuestro tiempo sin comprender lo que ocurría a nuestro alrededor.

«Todos a la cama después de *Carosello*».

Sólo que veinte años después ese programa de televisión ya no se emite, lo que nos ha dejado sin referencias y con las largas horas vacías de la noche por delante. Durante el viaje en coche con el Tulipán recuerdo que pensé, mirando las luces de la ciudad, que para muchos sería un feo despertar descubrir que la fiesta prometida en realidad ya había acabado. No pensaba que ese momento llegara tan pronto. No pensaba que llegaría para mí.

Una especie de rabia me endurece las mandíbulas y aumenta la sensación de náusea.

Me pregunto qué comentarán quienes conocían a Daytona cuando se descubra el cadáver. Me pregunto qué pensará y hará el inspector Stefano Milla cuando se entere de que han encontrado muerto a un hombre en la dirección que me proporcionó bajo cuerda. Una cosa está clara: no puedo quedarme como un tonto sentado en el sofá de mi casa, esperando que venga a pedirme explicaciones, de manera oficial o no.

Esta vez franqueo la verja con el coche y me detengo delante de la puerta de entrada. Tendré que salir enseguida con un bolso y me siento demasiado mal para cargar con él un largo trecho.

Subo a mi casa, confiando en no encontrarme con Lucio. No ocurre y lo celebro. Me siento mal de varios modos y por varias razones. No me apetece verme metido sin querer en una lucha de frases agudas y adivinanzas que con el tiempo se ha convertido en una costumbre y ha eliminado cualquier otra forma de comunicación entre nosotros.

Ahora que me juego mucho más, todo me parece estúpido e infantil. La muerte es una *prima donna*, tiene la capacidad de monopolizar la atención. Y la atención es tanto mayor cuanto más extrañas son las circunstancias en que se presenta. Al mismo tiempo, de un modo u otro, nos hace protagonistas. Lo estoy descubriendo a mi costa, ahora que allí donde miro veo cuerpos ensangrentados tendidos en el suelo. Y por lo que parece, todos me señalan a mí.

Llego a casa a tiempo para correr al baño y vomitar otra vez. Con la prisa me salpico la chaqueta. Me la quito y la echo al cesto de la ropa sucia.

Me lavo la cara y me miro en el espejo.

Lo que veo no es el rostro del hombre que conocía. Tengo ojeras, la tez amarillenta, los labios secos y algo despellejados. Llevo restos de telarañas en el pelo, que deben de haberseme pegado mientras exploraba el caserío.

El guapo mozo inútil al que las mujeres decían «Contigo me iría gratis...» y que pese a su cinismo y su presunción no se daba cuenta de que le mentían, parece haberse quedado tirado en el suelo junto a Daytona en aquel lugar perdido. El que me mira es un hombre distinto. Ahora me toca a mí averiguar hasta qué punto, antes de que me lo revelen otros.

Me quito la camisa y la arrojo con la chaqueta. Cojo una limpia del armario del pasillo y saco un bolso. Lo dejo en la cama y enciendo el televisor. Repaso los canales buscando un noticiario. Primera y Segunda Cadena, Telemilán, Antenna 3, más alguna que otra cadena de lo que la prensa llama ámbito local. No encuentro más que programas infantiles y chorradas.

Apago el inútil aparato y enciendo el radio despertador de la mesita.

Empiezo a llenar el bolso con la ropa y las cosas necesarias para un viaje corto.

Por el minúsculo altavoz Claudio Baglioni me habla todo el tiempo de Túnez y me invita a irme lejos. Me gustaría que estuviera cantando allí mismo, para explicarle lo muy a gusto que me largaría.

Cuando tengo el bolso lleno y empieza a sonar una vieja pieza de los Dik Dik, me dispongo a abrir mi caja fuerte, la que los policías no encontraron cuando registraron la casa.

La cama es de hierro forjado y tiene cuatro patas redondas, que son más altas y gruesas de lo normal y rematan en sendas bolas de latón. Me agacho junto a la primera y giro trescientos sesenta grados un aro que hay en la base, y que a primera vista parece un adorno. Con eso desbloqueo el bolo, que ahora puedo desenroscar aunque sólo girándolo en el sentido de las agujas del reloj, o sea, el contrario al normal. Sencillo pero, vistos los resultados, eficaz. Dentro hay un ligero recipiente de plástico transparente, atado al bolo con un cordel. Lo saco y lo destapo. Lo pongo sobre la cama y vacío los rollos de billetes que contiene. Repito la operación con las otras tres patas, y recupero todo el dinero contante que tengo más los cuatrocientos noventa millones que de momento representa un boleto de quiniela.

Siempre he pensado que era mejor no meter en el banco todo mi dinero. Primero porque un flujo constante y significativo de él, sin justificación verosímil, podría ser comprometido en caso de control. Y segundo porque podría haber casos en que no fuera aconsejable sembrar cheques o recibos de tarjetas de crédito.

Los acontecimientos han legitimado mi prudencia, que a veces he juzgado excesiva. Pero bien dice la sabiduría popular que por mucha prudencia nunca ha muerto nadie, y siempre he preferido no contradecirla.

Meto el dinero en el bolso y me guardo la quiniela en el bolsillo. Dejo en la mesita el buscapersonas, que podría resultar un arma de doble filo. Cojo el bolso con el entusiasmo no del emigrante sino del perseguido. Acaba el programa musical de la radio y empieza un noticiario. Preparado para un viaje que no sé lo que durará ni si volveré, me paro en medio del cuarto a escuchar.

Apago la radio sin esperar a que el noticiario termine.

La voz del locutor ha irrumpido en mi casa y palabra tras palabra ha hecho añicos el mundo que me rodea. Cuando salgo por la puerta, impulsado ya no por la prisa sino por la furia, me pregunto si bastará lo que me queda de vida para recomponer los trozos.

Detengo el Mini con el morro dirigido hacia una verja con la pintura desconchada, en via Carbonia, Quarto Oggiaro. Me apeo y tardo un poco en encontrar la llave correcta en el manojo de llaves. Tras varios intentos consigo abrir la cerradura. Abro las hojas y vuelvo al coche. Franqueo la verja y tengo que parar y apearme de nuevo para cerrarla. Presa de la ansiedad, hago las cosas deprisa, como si la luz fuera mi enemiga y todo el mundo me mirase por la calle.

He venido de Cesano aquí dando un montón de vueltas, girando a derecha e izquierda y vigilando por el retrovisor si me seguían. Cuando me pareció que no había peligro, que ningún coche me seguía, paré un momento en un quiosco. Compré la prensa vespertina, unas revistas y algunos pasatiempos. Reanudé la marcha y encendí la radio, buscando, entre voces rápidamente apagadas y música rápidamente truncada, algún noticiario que confirmase las noticias que acababa de oír, con ese sutil masoquismo que acompaña a la angustia en las personas amenazadas.

Al final sintonicé una edición especial del noticiario de la RAI, dedicada enteramente al caso Bonifaci. Empezaban informando de que, hacía un par de horas, la agencia de prensa ANSA había recibido la llamada de un desconocido cuya procedencia estaba comprobándose. El hombre dijo telefonar en nombre de las Brigadas Rojas y reivindicó la autoría de los crímenes de Lesmo, describiéndolos como una nueva y victoriosa acción de la guerra armada contra el Estado y sus representantes, éxito que se sumaba al del secuestro de Aldo Moro y asesinato de sus escoltas. Seguía una declaración grabada del ministro del Interior, que subrayaba la extrema gravedad de la situación y al mismo tiempo la firmeza de las instituciones ante la amenaza terrorista. El gobierno estaba reunido en sesión extraordinaria.

Esto lo había ya oído más o menos en casa. Es lo que me resolvió a huir antes de que Giovannone o alguien en su lugar decidiera que había elementos más que suficientes para detenerme hasta averiguar mi implicación en el asunto.

Luego el locutor anunció una novedad que podía representar un giro de ciento ochenta grados en el curso de las investigaciones. Algo que por un lado me abrió una rendija de luz y por otro me precipitó en un lugar oscuro y viscoso. Un testigo ocular, un muchacho que volvía de una discoteca la noche de los hechos, vio dos automóviles ocupados por varias personas salir de la villa de Bonifaci. Un gran Volvo familiar y un pequeño utilitario azul o negro que el testigo reconoció como un Mini o quizá un 127.

La noticia me dejó de piedra. Los escalofríos se convirtieron en un temblor incontrolable, al punto que tuve que pararme y esperar a que se me pasara. Luego me entró este frenesí de rata por llegar al sitio al que iba, por saber si la sospecha que se me había despertado tenía o no fundamento. La confirmación no resolvería nada: sólo

transformaría una serie de ominosas preguntas en alarmantes respuestas.

El bocinazo de un coche que espera detrás de mí me devuelve al aquí y ahora.

Unas decenas de metros más adelante hay una rampa que conduce a una fila de garajes construidos en los subterráneos. La enfilo, dejando paso al otro coche, que se dirige al aparcamiento al aire libre que hay en el patio del edificio. Cuando llego al final, tuerzo a la derecha y llego ante el garaje marcado con el número 28.

A la claridad incierta que se filtra por las rejillas de lo alto, aparco el Mini paralelo a la larga serie de persianas metálicas. Me apeo y abro la del garaje que me interesa. Dentro hay un Fiat 124 color avellana. Un vehículo anónimo, por modelo y por color. El que me conviene en estos momentos. Subo al coche y encuentro las llaves en la visera. El motor arranca casi enseguida, y expulsa un humo denso por el tubo de escape. Me doy las gracias por haber recargado periódicamente la batería, permitiendo este pequeño milagro. Con este nuevo medio de locomoción vuelvo al aire libre. Dejo el 124 aparcado en una de las áreas asfaltadas que rodean el complejo.

Cada vez que me encuentro al aire libre vuelve esta sensación de amenaza, que las precarias condiciones físicas en las que me hallo intensifican sobremanera. Regreso a la penumbra y al fresco del subterráneo.

Subo al Mini y lo meto en el garaje, donde cabe de sobra. Cierro la persiana y enciendo la bombilla que cuelga del techo, que crea más sombra que luz en este espacio angosto. Añado la luz de los faros que se refleja en las paredes desvaídas. Cojo una linterna del maletero. Vuelvo a sentarme al volante y abro la guantera. Saco la documentación del coche y acciono la palanca del capó.

Al bajar del coche me repito que soy un idiota, que lo que estoy pensando es un disparate, que no es posible que nadie...

Sucede pocas veces, pero hay certidumbres que, cuando llegan, son más devastadoras que cualquier ignorancia. Es lo que pienso, es lo que siento, en el momento de alumbrar con la linterna y comprobar que el número de chasis sí corresponde esta vez con el que figura en la documentación.

De golpe me llega a la boca un sabor rancio y mi aliento parece infectar el poco aire húmedo que contiene esta caja de cemento, este reducto para coches que ahora parece haberse transformado en la celda de la muerte para un ser humano.

Empiezo a registrar cuidadosamente el Mini. Desplazo los asientos, saco las alfombrillas, inspecciono los bolsillos laterales y el contenido de la guantera, vacío el maletero. Y entretanto me digo que no es tan fácil. Si lo que sospecho es verdad, quien ha montado todo esto ha tenido sin duda más celo e imaginación.

Cojo un par de tijeras de electricista y un destornillador de la bolsa de instrumentos. Empiezo por el maletero, quitando la rueda de recambio de su soporte y levantando el revestimiento de la plataforma. No veo nada raro. Paso al habitáculo. Abato los asientos delanteros y con las tijeras empiezo a cortar la funda del asiento

trasero, primero dejando al descubierto el relleno fibroso y luego sacándolo.

Así vacío por completo el respaldo y el asiento propiamente dicho, sin ver nada anormal. Estoy sudando. La cabeza me bate y siento como si los ojos trataran de saltarme de las órbitas empujando por dentro. El dolor ha vuelto a ser una llama que arde en mis entrañas.

Paso a los asientos delanteros.

Corro el del conductor hasta sacarlo de las guías. Lo dejo en el suelo ante los faros encendidos del coche y lo someto al mismo metódico castigo que al trasero, también sin resultado. Vuelvo al habitáculo y enfoco el piso con la linterna. Sobre la plataforma se extiende, como una burla, una mancha de color rojo oscuro. No hay que ser médico para saber lo que es. La sangre presenta una tarjeta de visita que no es preciso leer. No sé a quién pertenece, pero estoy seguro de que un técnico, en un laboratorio, podría confirmar que el grupo sanguíneo corresponde al de una de las víctimas de villa Bonifaci.

Continúo como un poseso, oyendo voces que me susurran al oído palabras incomprensibles. O quizá están sólo en mi mente y las hacen tan reales la fiebre y el ansia.

Corto, rasgo, desmonto. Y al final descubro.

Sujeta con cinta adhesiva en el interior de la portezuela del pasajero hay una pistola con silenciador. La encuentro de pronto como una amenaza a la luz blanquecina de la linterna. Un polizón tranquilo e inerte pero al mismo tiempo siniestro y amenazante. Tampoco en este caso lo dudo: es el arma que una noche, en pleno campo, abrió tres orificios en el cuerpo de Salvatore Menno, alias el Tulipán, con un ruido como de tres flechas que dan en el blanco.

pfft... pfft... pfft...

Aun sin la ayuda de un informe pericial, estoy igualmente seguro de que ha cumplido su deber en otro sitio, concretamente en una villa en Lesmo, cerca de Monza.

La despego de su alojamiento forzado y la sopeso. Es una Beretta, aunque no sabría decir qué modelo. Entiendo algo de armas porque mi padre tenía un par. Nunca disparé con ellas pero lo observé manejarlas muchas veces. Saco el cargador y lo miro. Está lleno de proyectiles.

Quien la puso ahí quería hacer las cosas bien, no dejarme indefenso. O hacer creer al que la descubriera que yo era un tipo duro y dispuesto a todo.

Compruebo que tiene el seguro puesto y la guardo en el bolso. Estoy convencido de que es un error, pero en este momento me siento más protegido llevándola conmigo. Quien la escondió en el coche lo hizo para metérmela por el culo. En caso de que nos viéramos las caras, prefiero no tener las manos vacías. No pienso dejar que me jodan sin plantar resistencia.

Levanto la persiana y una ráfaga de aire fresco me permite respirar de nuevo bien, después del calor húmedo del garaje. Cojo el bolso y cierro el nicho en el que dejo los restos de mi coche. Me encamino al ascensor, que está empotrado en una pared de cemento sin enlucir al otro lado del carril de acceso a los garajes.

Pulso el botón del cuarto piso, esperando no encontrarme con nadie. El edificio en el que me hallo es una especie de colmena en forma de C, en las afueras de la ciudad y de la ley. Quarto Oggiaro es un barrio en el que la delincuencia se ha establecido prósperamente, un lugar que es mejor no frecuentar y en el que más vale no meterse en asuntos ajenos.

Como siempre, el diablo no es tan feo como lo pintan y la situación en Quarto no es tan terrible. Pero, dadas las circunstancias, me conviene así: es el lugar idóneo para refugiarme, sobre todo ahora que tengo a ese diablo pisándome los talones y sí me parece mucho más feo de lo que lo pintan.

El ascensor se detiene. Dejo las pintadas de las paredes que cuentan a la posteridad y a los transportados que Luca es un maricón y Mary una puta. Con sendos números de teléfono. Otra, medio borrada con mano presurosa por una opinión contraria, afirma que el Inter es una mierda. Estos modestos vandalismos, que antes veía con cierta irritación, ahora me parecen un testimonio de normalidad, de vida con tiempo que perder, sin preocupaciones, salvo la de su misma trivialidad.

Salgo y me encuentro en un pasillo. Largo y silencioso, de paredes que desprenden un leve olor a humedad. La primera puerta a la izquierda es la del apartamento al que voy. Cuando por fin me hallo dentro, exhalo un instintivo suspiro de alivio.

Suelto el bolso y me apoyo en la hoja.

La cabeza me late. El dolor de ojos se ha calmado. El ardor no.

Saco del bolsillo de la chaqueta el Furdantin y me meto entre los labios otra pastilla. La trago, a palo seco también. Luego me agacho y saco del bolso un estuche con medicamentos. Buscándolo, he topado varias veces con el metal inerte de la pistola. En lugar de inquietarme, me ha dado seguridad. Voy a la cocina y tomo un vaso del armario que hay sobre el fregadero. Lo enjuago y vierto Novalgina, que combate tanto la fiebre como el dolor de cabeza. Añado un poco de agua y bebo, aceptando el sabor amargo de la medicina, que mata el regusto a hiel que tengo en la boca.

Vuelvo al salón y de un vistazo me hago cargo del lugar en el que me encuentro. El piso es un poco más grande que el mío, con una cocina donde se puede comer y una habitación más. Está amueblado como cabe esperar en un edificio y en un barrio como éstos.

Muebles vulgares, cuadros vulgares, tejidos vulgares.

Huele a cerrado y a abandono. Sobre todas las cosas se ha depositado una capa de

polvo que no tengo ninguna intención de quitar. Tampoco voy a llamar a nadie para que lo haga por mí. Aquí vivía, hasta hace año y medio, una persona que actualmente se encuentra en San Vittore.

Carmine Marrale es uno de los hombres más feos del mundo y al mismo tiempo uno de los hombres con la picha más gorda del mundo. Conozco el primer aspecto de su anatomía porque tengo ojos, el segundo porque me lo ha dicho una de mis chicas, la única que aceptó unirse carnalmente a él después de que rehusaran hacerlo, horrorizadas, otras dos.

Lo conocí en circunstancias particulares, la clase de circunstancias que cuando se dan entre dos seres humanos o los separan para siempre o crean un lazo, independientemente de lo que suceda a continuación. Concretamente él y yo somos los protagonistas de una historia clásica, la historia de quien tiene pan pero no tiene dientes.

La ironía de la vida al poder.

Estaba yo en un restaurante campestre cerca de Motta Visconti, en las afueras de Milán, conocido y concurrido por sus platos a base de ancas de rana. Tortilla de ancas de rana, arroz con ancas de rana, ancas de rana fritas. Para los amantes del género, un lugar que valía la pena visitar. Por entonces estaba de moda sentarse a aquellas mesas espartanas, comer lo que servían y beber vino peleón directamente de la botella. No era raro ver allí a gente importante de Milán o que se creía importante. Yo había ido con un grupo de personas cuyas caras y nombres no recuerdo, y de las que no he vuelto a saber nada. Lo único que recuerdo es una chica que me gustaba y mi malhumor, que lentamente se transformó de deseo físico en deseo de ser otro y estar en otra parte. Cuando me cansé, me levanté decidido a hacer realidad el cincuenta por ciento de ese deseo.

Me detuve en la puerta y encendí un cigarrillo. Del aparcamiento que había detrás del local salió a toda pastilla por mi derecha un coche con tres personas. Me quedé mirando las luces traseras alejarse y desvanecerse en la oscuridad, difuminadas por la nube de polvo que se había levantado del camino. Por uno de esos extraños juegos del azar, de los ojos y de la mente, se me quedó grabada la matrícula.

Eché a andar en dirección a mi coche, que estaba aparcado al final del aparcamiento. A mitad de camino percibí, más que vi, la figura de un hombre tendido en el suelo.

Yacía de espaldas y trataba de volverse de costado, sin conseguirlo. Me incliné sobre él. Lo ayudé a sentarse, oyéndolo mascullar blasfemias a media voz. No hacía falta mucha luz para ver que le habían dado un buen repaso.

Tenía la nariz reventada y un labio partido. La penumbra, con todo, no me permitió contar los moratones del rostro. Imaginé que el cuerpo no había salido mejor parado que la cara. Una vez de pie, la sangre que le chorreaba por la barbilla empezó

a caerle en la camisa. Me saqué un pañuelo del bolsillo y se lo pasé.

—¿Nada roto?

Movió las piernas y me contestó, apretándose el pañuelo contra el labio:

—Creo que no.

—¿Qué ha pasado?

—Me han sacudido. Los muy cabrones eran tres.

—¿Los conocías?

—Llevaban pasamontañas. Mierdas sin valor.

—¿Llamo a una ambulancia? Podrías tener alguna lesión interna.

—No, nada de ambulancias. Nada de urgencias.

Leyendo entre líneas, esta última afirmación tenía otro significado: nada de policía.

—¿Podrás conducir?

Antes de contestar hizo un rápido análisis estadístico de sus energías.

—No.

Se quedó mirándome.

—Te doy cien mil liras si me llevas a casa.

Contesté prontamente.

—Doscientas mil.

Contestó no menos prontamente.

—Tú eres tonto.

—Sí. Pero soy un tonto que puede conducir. O llama a una ambulancia.

—Que te jodan. Ayúdame a levantarme.

Lo sostuve mientras se ponía en pie y tuve que oír otra imaginativa letanía de cosas relacionadas con la religión. Lo metí en el coche y puse rumbo a su casa, a la dirección que me dio. En el trayecto no lograba apartar los ojos de su rostro tumefacto, iluminado por la luz intermitente de las farolas. Recuerdo su media sonrisa, que enseguida la herida del labio trocó en mueca de dolor.

—No hace falta que me mires. Te aseguro que antes de la paliza era aún más feo.

Lo traje aquí, al apartamento en el que ahora me hallo. Lo ayudé a limpiarse un poco y a acostarse. Lo vi buscar la mejor posición que el cuerpo podía ofrecerle sin que le costara mucho dolor. Le dejé en la mesita una botella de agua y unas aspirinas que encontré en el baño.

—¿Quieres que llame a alguien?

—No.

—Perdona que te lo recuerde, pero me debes doscientas mil liras.

Me indicó sin hablar el cajón de la mesita de noche que había a mi lado. Lo abrí. Dentro había billetes. Cogí lo que me debía y me lo guardé en el bolsillo.

El comentario a este gesto no se hizo esperar.

—Eres un buitre.

—Puede. Pero además del transporte te hago un regalo.

Me saqué un bolígrafo del bolsillo interior de la chaqueta y escribí una letra y un número en una revista que había junto a la lámpara.

—No sé si te servirá, pero ésta es la matrícula de los que te han zurrado.

Un par de meses después me lo encontré en el Negher de Milán, un local que hay en los Navigli. Fue él quien me abordó. Me invitó a una copa dejando claro que no lo hacía por darme las gracias, ya que le parecía que las doscientas mil liras que me había embolsado eran más que suficientes. Era que quería celebrar el buen resultado de una expedición de castigo contra los tres quinquis que le habían pegado, y a los que localizó gracias a la matrícula que le dejé.

Nos hicimos amigos, en la medida en que pueden serlo dos ratones pillados en la misma trampa. Conocí su historia, que se parece a la de tantos que entran y salen de la cárcel sin casi solución de continuidad. Una juventud callejera, bravuconadas y pequeños hurtos. El paso siguiente a los golpes en pisos y luego al robo a mano armada. Con algún que otro intermedio de camello, como se llaman en la jerga los traficantes de drogas, para ganar unas liras en los momentos de apuro. La mujer lo dejó cuando se dio cuenta de que nunca cambiaría y se quedó embarazada. Un día Carmine volvió y se encontró la casa desierta, los armarios vacíos, el poco dinero que tenían en un cajón, desaparecido.

Y una nota en la cama.

En esa nota su mujer le decía que no estaba dispuesta a permitir que su hijo se criara con un padre como él. No volvió a verla. Un día recibió una carta de Alemania en la que sólo había una foto de un niño de dos años. Detrás, escrito con bolígrafo, un nombre: Rosario.

En el último robo que intentó murieron dos personas. Un policía de paisano que intervino y una clienta del banco. Lo arrestaron a raíz de un sople y lo condenaron a veintidós años de cárcel. Yo decidí seguir pagando los gastos de su piso, para poder disponer de él, y del coche, en caso de necesidad. Ahora sé que no tiré el dinero y que, al menos por un tiempo, la casa de Carmine constituye un refugio seguro. Por lo menos mientras la causa de los familiares de las víctimas no se lo quite. Fue un acuerdo entre él y yo y nadie lo sabe. Los gastos de la comunidad los pago enviando un giro postal a su nombre y siguen llegando como si fuera él quien los pagara. Lo mismo con las facturas.

Cojo el bolso y voy al dormitorio. Lo dejo en una silla. Por suerte mi amigo tiene mis mismas costumbres. Ante la cama hay un mueble con un televisor Saba y un vídeo. Los delincuentes siempre están a la última en materia de tecnología. Al lado, en un estante, hay pilas de videocasetes, por desgracia para mí, casi todos porno.

No es un tipo de espectáculo que me divierta.

Me acuerdo sin gracia de una ocurrencia de Giorgio Fieschi: el sexo es como el deporte, lo importante es participar.

Enciendo el televisor y compruebo que funciona. Lo dejo puesto en la Segunda Cadena con el volumen al mínimo. Voy al baño, me quito los pantalones y me siento en el retrete. Se me escapan un par de votos que podrían competir con los del amo de la casa. Parece que meo fósforos encendidos.

Pulso el botón que enciende el termo y mientras espero a poder ducharme me tumbo en la cama. Retiro la colcha que cubre el colchón y los cojines sin funda. Me quito los zapatos sin desatarlos. Veo las imágenes del televisor desenfocadas y las palabras se me antojan en un idioma incomprensible.

Me encuentro fatal.

Cojo una especie de manta de dudosa limpieza y me la echo por encima, como un patético personaje de *El padrino* cuando hay guerra entre familias y «se va a los colchones». Siento un cansancio repentino que me impide reflexionar y me hace olvidar que, cuanto más logro entender, menos puedo creer.

El sueño me parece el único refugio.

Duermo.

Me despierto con los ojos legañosos.

Aunque nunca la he probado, tengo la impresión de que la boca me sabe a mierda de conejo. Me siento un poco mareado pero el ardor ha pasado casi por completo y la noche de sueño plomizo me ha devuelto a la comunidad de los humanos. El pensamiento llega enseguida para recordarme la precaria situación en que me encuentro. Los seres humanos no han visto sus casas registradas y pueden pasear por la calle sin ningún temor. Hacen lo que les viene en gana sin tener que mirar atrás ni temer que a su lado se pare en seco un coche de policía.

Los seres humanos caminan, no escapan.

Me levanto de la cama y compruebo que sigo teniendo huesos en las piernas y que la cabeza no me da vueltas. Me desnudo y arrojo la ropa a la cama. Esta vez no evito mirarme al espejo del armario. Mi cuerpo desnudo es un chiste anatómico y llegará el día en que tendré ánimo para reírme. Pero en este momento mi mutilación es mi único recurso, la única fuente de rabia verdadera de la que sacar energía para reaccionar a lo que me está pasando.

A lo que alguien está haciendo que me pase.

Voy al baño.

El recinto es un triunfo de marrones, con azulejos de dibujos geométricos que dan una sensación sombría perfectamente acorde con mi estado de ánimo. Es un aviso de que, se esconda uno donde se esconda, no puede escapar de los azulejos marrones.

Aquí, como recompensa, me espera otro espejo, más pequeño.

Ofrece el detalle de la cara, con la barba larga, los ojos legañosos y el pelo sucio y revuelto. Quizá no esté del todo bien de la cabeza, pero me hace reír una idea. Pensar que esta superficie, acostumbrada a reflejar los rasgos de ogro de Carmine, experimenta una especie de alivio al reproducir un rostro que, aunque algo demacrado, pertenece a un hombre normal.

Un rostro del que, deliberadamente, no existen casi fotografías. Siempre que me he visto ante una cámara de fotos, como sucede a veces en sociedad, he procurado cubrirme o volver la cara para no salir de frente. En mis cajones, a diferencia de los de Lucio, no hay imágenes de mi vida pasada. Vida que he procurado olvidar y que he conseguido borrar junto con mi nombre.

Observo mi aspecto físico y discurro qué puedo hacer con él.

Decido dejarme la barba. Me crece pronto y en un par de días será un camuflaje aceptable. El pelo largo y ondulado es bastante reconocible, pero a esto puedo poner remedio rápidamente. Empiezo a abrir los cajones de los muebles de formica y en medio de objetos de distinto tipo, algunos claramente femeninos, encuentro lo que necesito. Pienso que Carmine, después de que lo abandonara su mujer, no tuvo valor

para deshacerse de lo que ella olvidó en el baño. Cojo un elástico, una peine de púas estrechas y un par de tijeras de peluquero. No creía que un hombre como Carmine fuera tan vanidoso que se cuidara tanto el bigote. Estoy seguro de que él, si supiera el lío en el que estoy metido, pensaría que no me creía tan estúpido como para complicarme la vida de esta manera.

Abro el grifo, inclino la cabeza y me humedezco el pelo. Me lo peino hacia arriba y me lo cojo con la mano formando una especie de coleta en medio de la cabeza. Lo sujeto con la goma, a la que doy varias vueltas, y luego corro hasta la base.

Me miro. Con la barba sin afeitar y esta mata de pelo a lo huno parezco el figurante de un peliculón mitológico de los años sesenta. La cosa tendría gracia si mi situación no fuera tan desesperada.

Con las tijeras hago un corte limpio dos centímetros por encima de la goma. Cuando lo suelto, el pelo cae escalado y no queda mal del todo. Doy las gracias a mi amigo Alex, que me enseñó este truco. Doy otros cuantos tijeretazos aquí y allá, ayudándome de un espejo de mano que he encontrado en otro cajón.

Al final observo el resultado. Ahora soy un hombre con el pelo corto y escalado, cuyo peluquero deja bastante que desear y al que no le vendría mal afeitarse, pero ciertamente distinto del que era antes.

Recojo el pelo que ha caído en el suelo y en el lavabo y lo tiro al váter. Quizá, en su día, Dalila hizo lo mismo. Aprieto el botón y la descarga de agua se lo lleva, junto con mi fuerza.

Cojo de un mueble unas toallas que parecen aceptablemente limpias. En mi situación no puedo andarme con remilgos. Entro en la ducha y no salgo hasta que he gastado toda el agua caliente del termo. Entonces estoy de nuevo en posesión de mis facultades físicas y mentales, sean las que sean y cuantas sean.

Con la toalla arrollada a la cintura, calzado con unas zapatillas de estar por casa un número pequeñas, voy a la cocina. He ido abasteciendo la despensa de pasta y comida en conserva. El frigorífico está lleno de agua mineral y hay aceite, vinagre, sal y azúcar.

Y sobre todo café.

Preparo la cafetera y la pongo al fuego, después de abrir la llave del gas. Me siento a esperar el borbollar del café. Mientras, pienso en todos los elementos de esta historia enrevesada. En todos los personajes que veía moverse a mi alrededor como marionetas sin saber que en realidad la marioneta era yo.

Todo empezó con Carla y todo vuelve a ella. Alguien, en alguna parte, debió de saber que yo tenía una relación privilegiada con Lorenzo Bonifaci y que era uno de los pocos que podían introducir personas en su villa.

Chicas guapas, concretamente.

Ese alguien se ganó a Daytona, con el halago del dinero, sin duda. Conociéndolo,

no creo que se dejara embaucar por cuestiones ideológicas. Mi desdichado amigo se las arregló para hacerme conocer a Carla, aprovechándose de mi amor propio. Me desafió a convencerla de que fuera a la cama con él y yo, como tonto, caí en la trampa. Luego me encareció la belleza de la chica y la calidad de sus prestaciones. Y dio además a entender que le interesaba el dinero, al mencionar que le había pedido más por volver a verlo. Cuando rechacé el número de teléfono que me dio al salir del garito de Opera, no por casualidad me dejó en piazza Napoli. Enseguida avisó a Carla de mi poco interés y ella decidió pasar a la acción esperándome ante el Ascot Club.

Sabía muy bien que iría.

Me vigilaron en todo momento. Quien lo hacía vio al Tulipán secuestrarme apuntándome con una pistola. Nos siguieron hasta Trezzano y a mis ángeles custodios debo el no haber acabado en una fosa sin nombre en el campo, cerca de una cantera. Aunque tuvieron que mandar a los infiernos a Menno para evitar ver hecho trozos su salvoconducto hacia Lorenzo Bonifaci. Me vieron dejar el coche del muerto y dirigirme a pie a via Monte Rosa. Fui yo, al final, quien se entregó. Yo quien le dio las llaves de mi coche a Carla, pidiéndole que me llevara a casa y permitiéndole que entrara en mi vida por la puerta principal.

En este punto, pródiga y no casual, sobrevino la deserción de Laura. Carla había salido de su capullo bellísima y yo había mostrado cierta debilidad por ella. Puesto en apuros, mandarla a ella en lugar de Laura era algo que estaba cantado, lo único que podía hacer.

Pero era necesario que la noche fatídica yo no tuviera coartada. Por eso Daytona, al que, mira por dónde, me encontré delante del Argentina, me mandó con un sobre lleno de recortes de periódico a una cita a la que sabía perfectamente que no iba a acudir nadie.

Vino luego el juego de prestidigitación del coche cambiado. Usaron el mío para el atentado en Lesmo, reemplazándolo por uno igual y cuidando los detalles para que yo no lo notara. Aunque, por desgracia para ellos, sí lo noté. Hecho el trabajo, mancharon de sangre la plataforma de mi Mini, escondieron la pistola en la portezuela y lo devolvieron a su sitio.

En teoría muy complicado, en la práctica muy simple.

Tengo también otra razonable certeza.

Cuando la policía empezara a buscarme, no llegaría a capturarme. Me encontrarían en algún piso franco de las Brigadas Rojas preparado ad hoc para despistar, con una bala en la cabeza y un arma en la mano. Y una nota delirante al lado en la que confesaría ser el autor de los crímenes y expresaría mi negativa a dar al Estado, tan dura y victoriosamente golpeado, la satisfacción de capturarme vivo.

Fin de la historia.

Lo que no comprendo del todo, y sólo puedo suponer, es el porqué de la presencia

de Laura entre las víctimas del atentado. Si también ella estaba implicada, la mandaron allí por dos motivos. Uno, para eliminar a una testigo a la que de todas maneras tendrían que eliminar, como han hecho con Daytona. Dos, para equilibrar lo que a todos los efectos era un encuentro sexual: tres hombres y tres mujeres.

Las cuentas salían y la presencia de Carla en el lugar de los hechos se borraba. Eliminada mi persona y por tanto mi versión, aunque de algún modo se hubiera visto implicada, habría pasado simplemente por una pobre chica a la que yo había atraído y que había escapado llena de horror al descubrir que lo único que quería era prostituirla.

Sopeso mi situación.

Si mi razonamiento es correcto, no sólo tengo persiguiéndome a la pasma, sino también a los que han organizado la bromita. Podría elegir el mal menor e ir a la policía, pero no creo que sea buena idea. Me meterían en una celda de aislamiento y tirarían la llave hasta que comprobaran mi historia. Que nadie dice que se confirmase, después de todo. Sea como sea, significaría pasarme entre rejas un tiempo indefinido, dada la gravedad de los cargos y la poca simpatía de policías y jueces por los que se dedican a lo que yo me dedico.

La única solución que me parece aceptable, ahora que más o menos lo sé todo, es tratar de descubrir al verdadero culpable. Debo hacerlo yo y debo hacerlo pronto, antes de que Tano Casale, viendo los líos en que ando metido, vaya a cobrar la quiniela falsa que le endosé. Entonces tendría yo los problemas no por partida doble, sino triple. A menos que decida recorrer solo el camino que yo le marqué, lo que me daría cierto respiro.

La cafetera silba y me avisa de que el café está listo. Me sirvo una taza y me la bebo, aunque sabe a rayos, porque la cafetera lleva tiempo sin usarse. Tendría que obligarme a comer algo, pero no puedo. Un levantador de pesas me tiene apretado el estómago y no hay manera de que lo suelte.

Me levanto y vuelvo al dormitorio. Saco ropa del bolso y empiezo a vestirme. Encuentro un escondite pasable para mi dinero y el boleto, confortado por el hecho de que los ladrones no roban en casa de ladrones.

Tras reflexionar, quito el silenciador a la pistola y me la meto en el cinturón.

Quizá es un error, pero prefiero no salir desarmado. El ambiente en el que hasta ahora he vivido me ha enseñado que hay casos desesperados en los que la única solución es llevarse a alguien al otro mundo. Siempre he juzgado necia esta escuela de pensamiento, pero he de decir que las contingencias me han hecho revalorizarla no poco.

En estos momentos sólo tengo una cosa a la que aferrarme y tratar de comprender.

La última palabra que pronunció Daytona: Cobianchi.

No tengo ni la menor idea de qué puede pintar el Cobianchi en toda esta historia.

No tengo la menor idea de si se refiere a algo o a alguien que se encuentra dentro de los baños públicos o en la zona. Además, en Milán hay dos Cobianchi, aunque el más famoso y concurrido sea el de Galleria.

Decido empezar por éste.

Me pongo unas gafas de sol y veo qué aspecto tengo en el espejo. Quienes me conocen como Bravo tardarían un poco en asociar mi nombre con esta nueva imagen. Quienes van a mi caza menos de un segundo. Espero no encontrarme ni con unos ni con otros.

Salgo de casa, sin cerrar con doble vuelta de llave.

El pasillo está desierto y en el ascensor Luca sigue siendo un maricón y Mary una puta. La pintada sobre el Inter la han borrado completa y definitivamente. Milagros de la fe futbolística.

Salgo a la calle y me dirijo al 124 que dejé aparcado. Es la hora de comer y no se ve a nadie. Mi estómago empieza a gruñir y puede que sea hora de echarle un bocadillo cuando llegue al centro. Subo al coche, arranco y me dirijo a la entrada de vehículos.

La verja está abierta y no tengo que apearme a trajinar con llaves y cerraduras.

Cuando salgo a la calle me da un ataque de agorafobia. Tengo que esforzarme por seguir y no ceder a la tentación a dar media vuelta, dejar el coche donde sea y correr a encerrarme en casa. Me digo que no es más que un momento de ahogo, parecido al del buzo cuando siente que el oxígeno de las bombonas no le llega a los pulmones. Poco a poco se me pasa y sigo el tráfico hacia la primera estación de metro que encuentro.

Hoy es sábado y debe de haber un río de gente yendo al centro. Mejor para pasar desapercibido. Por mi excesiva prudencia habitual, también esta vez doy unos cuantos rodeos por las calles de Milán, para asegurarme de que no me siguen.

Decido coger el metro en la parada de QT8, en piazza Santa Maria Nascente, donde hay además un aparcamiento cerca. Está bastante lejos de Quarto Oggiaro y, en caso de que alguien me reconociera luego, creería más bien que vivo en la zona. Todos estos razonamientos, todas estas cautelas a las que me veo obligado, estos rituales de persona obsesivo-compulsiva, me ponen furioso.

Me digo que quizá ya lo era antes. Los acontecimientos en los que me hallo enzarzado no han sido sino una lente que lo ha magnificado todo. Una lente con el retículo de una mira. Me han manejado como a un títere, me han movido de aquí para allá como un objeto de adorno, me han dado por el culo sin el beneficio de la alegría, con el preciso objetivo de destruirme. Me han sacado de mi indiferencia hacia el mundo y hacia mí mismo como se saca una muela.

Ahora que me he convencido y he aceptado los hechos, me hallo en posesión de un arma y cabreadísimo. Y decidido a ir hasta el final. Quizá en ese final está mi

tumba pero no me importa.

Ahora quiero conocer un nombre. Quiero ver ante mí una cara.

Lo que luego ocurra es algo que, por ahora, no me planteo.

Dejo el 124 en el aparcamiento y me dirijo a la estación de metro, marcada con la señal roja y las conocidas siglas blancas.

MM.

Estas dos letras fueron en el pasado objeto de imaginativas interpretaciones por parte de todos. Daytona, el Bistec, el Godie, los artistas del Club. Ahora me parecen el acrónimo de Mi Muerte.

Bajo al subterráneo y descubro con placer que no hay tantísima gente. Mejor así. Me dirijo al quiosco a comprar los billetes y cuando llego me quedo de piedra.

No es Sodoma y Gomorra en llamas lo que veo, sino una edición especial de *Il Giorno* en cuya portada se ve un retrato robot terriblemente parecido a mí.

El titular, en mayúsculas, es significativo.

CUIDADO CON ESTE HOMBRE

Por suerte en el dibujo llevo el pelo largo y la cara afeitada, por lo que me acerco confiado al quiosquero y le pido un ejemplar. Compró también el nuevo número de *La Settimana Enigmistica*. El hombre me lo alarga y toma el dinero sin mirarme a la cara. Nunca como hoy me complace tanto comprobar la poca atención que nos prestamos unos a otros.

Doy media vuelta y me voy por donde he venido.

Mierda.

Era lo que faltaba. Pensaba que contaba con cierta ventaja. No me sorprende que hayan dado conmigo. Los responsables de esta maquinación han demostrado que no son estúpidos. Tampoco los de la policía lo son, sobre todo cuando se hallan ante una serie de indicios tan bien preparados.

Ahora no sé qué hacer.

Quizá ir al centro, con unos quioscos llenos de periódicos con un dibujo tan fidedigno de mi rostro, no es buena idea. No sé en qué punto está la investigación, pero si por algún otro conducto se ha conocido la implicación del Cobianchi en el asunto, ir a pasearme por allí no me parece oportuno.

La poca luz que se encendió ha resultado ser la de un cabo de vela que enseguida se ha apagado. Ahora se ha hecho de nuevo la oscuridad más completa y yo vuelvo a tantear en ella.

Decido volver al coche y leer el artículo.

Cuando abro la portezuela me embiste una bocanada de aire caliente. Me siento en el habitáculo sin abrir las ventanillas, como si esos cristales me protegieran de las

amenazas del mundo exterior.

Empiezo a leer. Al mismo tiempo empiezo a sudar pero no me doy cuenta.

La investigación de lo que ya se conoce con el nombre de la Matanza de Lesmo, que las Brigadas Rojas han reivindicado con una llamada que en estos momentos está comprobándose, parece haber dado un giro, al contrario del caso Moro, que sigue en punto muerto. Los crímenes de Monza parecen ser obra de una persona concreta, con nombre y rostro. Se trata de Francesco Marcona, más conocido con el nombre de Bravo, que actualmente se halla en paradero desconocido. Un registro efectuado en su vivienda de Cesano Boscone, en via Fratelli Rosselli, 4, no ha revelado la presencia de elementos o material que lo relacionen explícitamente con tramas subversivas. Tampoco se han encontrado fotografías que faciliten su imagen exacta. Sin embargo, los investigadores han hallado, en el bolsillo de una chaqueta apresuradamente abandonada en la fuga, un reloj de oro que, según se ha averiguado, pertenece a Paolo Boccoli, apodado Daytona en razón precisamente del reloj. Boccoli ha aparecido muerto en un caserío semiabandonado de las afueras de San Donato Milanese, como consecuencia de varias puñaladas. La muerte violenta de este destacado exponente de la delincuencia urbana se suma a la de Salvatore Menno, otro conocido malhechor, asesinado poco antes con un arma que luego fue usada en los crímenes de la villa de Lorenzo Bonifaci.

Todo esto hace sospechar la presencia de un comando de simpatizantes que...

Este destacado exponente de la delincuencia urbana...

Constato con amargura que la definición otorga a Daytona un rango que nunca en la vida llegó a alcanzar. Sigo leyendo el artículo, que no añade nada nuevo y se limita a recapitular los hechos, reconstruye de manera aproximada el mecanismo de los crímenes, pondera la personalidad de las víctimas y hace conjeturas, con algún que otro guiño, sobre lo que la presencia en la villa de las chicas puede significar.

Cierro el periódico, abro la ventanilla y enciendo un Marlboro.

Noto cómo el sudor gotea por los sobacos. El de la frente es como una corona de espinas.

No pensé que me vería tan enredado ni tan deprisa. Todas mis buenas o malas intenciones se han venido miserablemente abajo. La pistola que llevo encima ya no es una seguridad, sino sólo un objeto que oprime el cinturón y se me clava en la cadera.

Decido volver a la casa de Carmine confiando en que nadie me reconozca. Me digo que en Quarto la gente se ocupa de sus asuntos, pero es consuelo volátil, que se va por la ventana junto con el humo del cigarrillo.

Arranco y doy otros cuantos rodeos mirando por el retrovisor con más atención aún. Lo mejor que podría hacer sería llamar a mi abogado, Ugo Biondi, y en su

compañía ir a entregarme, esperando que se crean mi historia. Aparte del hecho de que hoy no lo localizaría, hay otro aspecto de la cuestión que me frena. Temo que esa iniciativa podría considerarla la policía un medio para complicar el caso y crear más confusión en un asunto ya de por sí muy confuso.

En cualquier caso las consecuencias serían las mismas. Mientras no se demuestre lo contrario, se cree en una acción terrorista y a mí me detendrían como principal sospechoso hasta que se probara mi inocencia.

Lo que podría no suceder hasta pasados meses y aun años. O quizá nunca.

Vuelvo a ver la forma familiar del edificio en el que me he refugiado. Franqueo la verja y dejo el coche en el patio. Hay personas en la parte ajardinada, pero están lejos y no prestan atención. Entro en el vestíbulo y me siento, sin haber combatido, superviviente de una batalla: tomo desesperanzado el ascensor en el que antes bajé lleno de orgullo y seguridad en mí mismo.

Esta vez no miro las pintadas.

Entro en casa y cierro la puerta justo cuando en el pasillo se oye el chasquido de una cerradura que se abre. A lo mejor una mujer que saca a pasear al perro o un niño que baja a jugar. Pero celebro haber entrado sin ser visto.

Ahora la casa en la que soy huésped forzoso me parece más desnuda y triste. Doy un par de pasos, me quito la chaqueta y voy a sentarme en un sofá cuyos respaldo y asiento están aún envueltos en plástico transparente. La funda importuna se pega al instante a mi espalda y le transmite un calor pegajoso. Reclino la cabeza y levanto la vista al techo rosa, color que sin duda eligió la mujer de Carmine.

Mil pensamientos llegan y al punto se van, desplazados por otros mil pensamientos. En cierto momento, quizá para devolverme a la tierra, mi cuerpo me recuerda que también soy un organismo vivo con necesidades biológicas bien precisas.

Cojo el ejemplar de *La Settimana Enigmistica* y voy al váter. Hay gestos que, repetidos cierto número de veces, se convierten en un reflejo condicionado. En el baño se ven las huellas de mi ducha y de mi corte de pelo. Aquí no hay ninguna señora Argenti que me ordene las cosas y me barra el suelo cuando no estoy.

Me bajo los pantalones y me siento en el retrete. Enciendo un cigarrillo y cojo la revista. La abro por la Página de la Esfinge, en la que hay una adivinanza que no intento resolver. No leo más que los chistes y las curiosidades. Llego a una sección llamada El Edipeo Enciclopédico, una serie de preguntas sobre temas varios con las que el lector puede poner a prueba su cultura.

Las leo rápidamente, mirando a la vez las respuestas que figuran al final de la página. Las registro como simples datos, sin mayor interés. Cuando voy como por la mitad, leo una pregunta que me llama la atención. Miro la respuesta y, como siempre ocurre con las intuiciones felices, la solución llega con la velocidad de la que sólo el

pensamiento es capaz. En mi mente todas las letras del Scrabble están de pronto sobre el tablero y componen palabras con sentido.

Dos palabras.

Un nombre y un apellido.

Pulso el botón y un timbre suena dentro. Es un sonido familiar. Al cabo de un tiempo que me parece eterno, se oye una voz tras la puerta. También es una voz familiar.

—¿Quién es?

—Soy Bravo.

La puerta se abre deprisa. En la cara de Lucio se pinta una expresión de alarma. Las lentes de las gafas oscuras reflejan la lámpara del rellano. A tientas busca mi brazo y me entra de un estirón. Cierra la puerta como si quisiera evitar que pasara el diablo. Su tono es el de quien, pese a todo, está convencido de que el diablo ha conseguido entrar.

—Pero ¿estás loco? ¿Qué haces aquí? Te busca toda la policía de Milán. Hasta han venido a interrogarme a mí.

—Lo sé. Pero necesito tu ayuda.

Lucio da un paso atrás.

—Dios, ¿quieres meterme en líos?

—No. He tenido que aprender a ser prudente. He dado todas las vueltas y he tenido todo el cuidado necesarios antes de venir. Tranquilo, nadie me ha visto.

Se relaja, pero no tanto como para que se disipe la tensión. Quizá, como ya pasó con Laura, también a él le doy miedo.

Está brusco, expeditivo.

—¿Qué quieres?

—Simplemente que me ayudes a resolver un enigma.

Maravilla. Resentimiento. Rabia.

—¿Cuál? ¿Mirar calladas? ¿Y te arriesgas y me arriesgas a ir a la cárcel por esa tontería?

—No, no me refería a ese enigma. Ése es fácil. La solución es Bermudas. Hasta me había olvidado. Me refiero al otro, al que llevas planteándome todo este tiempo y era mucho, mucho más difícil de descifrar.

—No te entiendo.

—Lucio, ¿desde cuándo eres de las Brigadas Rojas?

Se dirigía a la mesa. Detiene el paso incierto y se vuelve hacia mí con una sonrisa desarmada e incrédula.

—Bravo, ¿pero has perdido la chaveta? ¿Yo de las Brigadas Rojas? ¿Pero cómo podría, en este estado...?

Lo interrumpo con la voz y con un ademán. De manera que pueda oírme y verme.

—Tú no estás ciego, Lucio. Nunca lo has estado.

Permanece callado. Me observa por las lentes. Ahora sé que puede.

Voy y abro el cajón de las fotos en las que se ve a Lucio con su fantasmal grupo

de músicos. Ahora me pregunto si existió alguna vez un grupo llamado Les Misérables. Saco las fotos y miro las figuras impresionadas en el papel opaco. No para comprobar nada, porque no lo necesito, sino para reafirmarme en la idea de que todas las astucias, incluso las más sutiles, acaban pagándose, tal vez con un viaje de veinte años para volver a Ítaca.

O con veinte años de cárcel.

Arrojo esos rectángulos de colores sobre la mesa, a su lado.

—Las fotos que dejaste que viera. Las fotos de cuando tocabas, de cuando según dices ya estabas ciego.

Instintivamente lo señalo con la mano.

—En la foto tienes los ojos rojos. Y tener el punto rojo en una foto significa que todo está bien, que al ojo no le pasa nada. Y que sepas que, por ironía del destino, la solución la he encontrado en una revista de enigmas.

Lucio se queda un momento pensativo.

Luego sonrío.

Y entonces, con ademán resignado, se quita las gafas y deja al descubierto unas pupilas estridentemente blancas. Se pone la mano ahuecada bajo un ojo y deja caer la primera lente de contacto. Hace lo mismo con la segunda. Parpadea un par de veces, liberado. Deja sobre la mesa ese recurso que le ha ofrecido tanto refugio.

Como si un destino impuesto sincronizara nuestros movimientos, saco la pistola, a la que he vuelto a poner el silenciador.

Quizá por eso Lucio la reconoce enseguida. Y comprende que, llegado el caso, estoy dispuesto a usarla.

—Ah, la has encontrado.

Lo dice tranquilo, sin miedo, como haciendo una simple constatación. Y no se inmuta viéndose encañonado por un arma. Es un ser de sangre fría. No podría esperarse reacción distinta.

—Sí, ya ves, la he encontrado.

Se sienta y cruza las piernas. Sus movimientos son más sueltos ahora que ha acabado la farsa. Ahora que puede mirar a la realidad a la cara, sin tener que ocultarse.

—¿Cómo lo has sabido?

Me encojo de hombros con modestia.

—Por una serie de detalles. Pequeños olvidos. Errores marginales, si quieres, pero que, sumados, se han convertido en garrafales.

—¿Por ejemplo?

—El cambio del coche fue una idea genial. Pero el nuevo no olía a tabaco. Y habría tenido que ser mi coche a todos los efectos, el coche de un fumador. Comprobar entonces el número de chasis, me lo reconocerás, fue una idea genial por

mi parte.

Me lo reconoce sin hacer ningún comentario. Su ironía, la ironía que era como la coraza de un hombre indefenso, parece haber desaparecido por completo.

Tengo delante a un hombre duro, sin emociones, sin piedad.

Un asesino.

—Sigue.

—Error número dos: en el sobre que Daytona me pidió que entregara sólo había recortes de periódico.

Lucio se levanta de un salto con expresión crispada, revelando que posee nervios.

—Ese ratero era un necio mezquino y ávido. Debía haber dinero de verdad en el sobre. Lo birló creyendo que nadie lo descubriría.

Con el cañón de la pistola le indico que vuelva a sentarse. Cuando posa el culo en la silla, ha recuperado la calma.

—Lo mataste tú, ¿verdad?

La calma se vuelve naturalidad.

—Sí. Con cierto gusto, debo admitirlo. Ese mierda era un peligro para todos. Llegó a serlo para sí mismo.

Lo imaginaba. Tendría que haber comprendido enseguida que el Cobianchi no pintaba nada. El pobre estaba agonizando. Cuando le pregunté quién había sido, cuando le pregunté dónde estaba Carla, Cobianchi fue la palabra que pudo articular. Lo que quería decirme era: el hombre con los ojos blancos^[1].

O algo parecido.

Oír a Lucio hablar así de Daytona me cabrea. Pensar que es culpable de la muerte de tres chicas jóvenes y guapas, me cabrea. Pensar que mató a los hombres de la escolta, que no tenían más culpa que la de hacer su trabajo, me cabrea. Pensar que se ha reído de mí, me cabrea. De lo que tengo ganas es de apretar el gatillo y meterle una bala en la cabeza, dos, tres...

Con la tranquilidad del silenciador, que puede transformar tres disparos en tres vuelos de flecha.

Quizá lo haga. Pero no ahora. Aún hay cosas que debe explicarme.

Y él lo sabe.

La ironía vuelve, aunque ahora con los tintes lívidos del escarnio.

—Es difícil resistir, ¿eh?

—¿A qué?

—Es difícil resistir a la tentación de apretar el gatillo cuando tienes delante a alguien a quien odias.

—¿Tú qué haces?

—El único modo de librarse de una tentación es caer en ella.

—Oscar Wilde.

Me mira, sorprendido de que conozca al autor de la cita. Sus ojos son oscuros y parecen querer penetrarme.

—¿Quién eres, Bravo?

—Alguien que quiere saber y que tiene delante a la persona que le puede explicar. Le regalo una pausa, para que se entere bien de qué papel tiene cada uno.

—Ahora te diré cosas. Interrúmpeme cuando me equivoque.

Le refiero paso a paso mi reconstrucción de los hechos, tal como la imaginé en casa de Carmine. El papel de Carla, de Daytona, la muerte del Tulipán, la deserción de Laura, la maniobra para impedirme una coartada, la eliminación de los testigos hasta mi suicidio final como epílogo a una historia delirante de principio a fin.

Llego al final sin que me interrumpa una sola vez.

Entonces me concede el lujo de su consideración.

—Eres más listo de lo que creía.

—No soy más listo de lo que creías. Tú eres menos listo de lo que pensabas.

—¿Dices?

—Digo.

—Veremos.

Me sonrío y por un instante veo la expresión de Lucio cuando decía una de sus ocurrencias. Dura sólo un segundo y desaparece, como todos los recuerdos agradables cuando los sustituye el presente.

Luego mira un punto detrás de mí.

—Desármalo.

En el momento en que pronuncia esta palabra, noto un objeto pequeño, redondo y duro en la nuca. Poco me cuesta adivinar que se trata del cañón de una pistola. A mi espalda se oye una voz que no admite réplica.

La voz de Chico.

—Tira la pistola en el sofá. Y levanta las manos.

Luego se oye otra. También la conozco.

—Y no hagas tonterías. Somos dos.

Arrojo la pistola al sofá con la esperanza de que se dispare y se cargue a alguno. Por lo idiota que me siento, no me importaría ser yo. La regla era registrar la casa y yo no lo he hecho, ansioso por disfrutar de mi estúpido triunfo.

Mierda. Mierda. Mierda.

La presión en la nuca afloja.

—Ve hacia la pared.

Me muevo en la dirección que me ordena. Giorgio Fieschi entra en mi campo visual y llega al sofá. Coge la Beretta y me apunta también con ella. Encontrarlo allí, no sé por qué, no me sorprende tanto.

—¿Conque tú también?

—Ya ves.

Del muchacho educado e ingenuo que iba al Ascot Club no ha quedado nada. Tiene una expresión determinada y se mueve como un profesional. Hoy es el día de las revelaciones, de las transformaciones. Lo miro y me lo represento en el escenario. Joven, lleno de talento, amo del mundo. Si es verdad lo que creí, que los demás artistas temían su talento, pienso en lo estupefactos que se quedarían si supieran cuánto más temible es en realidad.

Me percató con sorpresa de que yo no lo temo. Sólo me siento desengañado. Como ante una ocasión perdida.

—Eres bueno. Genial, diría. Podías hacer cosas importantes.

Él me mira como se mira a un idiota.

—Las estoy haciendo.

—¿Laura era una de ellas?

Se encoge de hombros con displicencia.

—Laura era una puta. Una puta que se vendía al mejor postor. Exactamente como tú. Estamos en guerra y para alcanzar nuestro objetivo resultó un peón sacrificable.

Lucio interviene. Ha permanecido sentado, sin moverse de la silla, observando inexpresivo cómo sus cómplices me hacían pasar de amenazante a amenazado. También yo he tenido mi pequeña transformación.

—Como habrás comprendido, tú eres otro peón sacrificable.

Espero el resto en silencio.

Se levanta y da un paso hacia mí. Nos miramos a los ojos, cosa que podríamos haber hecho mucho antes si yo no fuera yo y él no fuera él.

—Bravo, no creo que, por mucho que te lo explique, entiendas lo que está pasando en este país. Tú perteneces a la categoría de las personas ausentes. Las que son capaces de ir a tomarse una copa a las Tre Gazzelle cruzando un campo de concentración sin darse cuenta de sus horrores. Mientras dormíais de día y creíais vivir de noche, el mundo ha cambiado y no os habéis dado cuenta. El sesenta y ocho, el setenta y siete, la lucha de clases, la lucha armada. Cosas todas sin sentido, para vosotros. Peor aún, cosas todas desconocidas. No sois más que niebla sutil, ese trecho de nada que separa el bien y el mal.

—Doy por hecho que el mal son las personas que secuestráis, herís y matáis. Doy también por hecho que tú te crees el bien.

Sacude la cabeza con amargura.

—No. Sólo su brazo armado, que tiene el valor de parecerse al mal para tener la fuerza de derrotarlo.

—Tú eres un loco.

Me contesta como si fuera la verdadera solución de todos los enigmas.

—No, Bravo. Yo soy un hombre muerto. Exactamente como tú.

Chico tercia e interrumpe esta especie de confesión.

—¿Qué hacemos ahora?

Lo miro. Es un muchacho joven, de estatura más baja de la media, con un pelo rizado y unas patillas que le hacen parecer un hippie en el concierto de Woodstock. El buen voluntario que guiaba a un ciego ha puesto sobre la mesa la parte práctica de la cuestión.

Giorgio Fieschi opina, con cierto tono de impaciencia.

—Tenemos que irnos de aquí. Y rápido. No estoy tranquilo en este sitio.

—Hay un coche con dos agentes de paisano vigilando la entrada. ¿Cómo lo sacamos sin que lo vean?

Chico confirma un problema que yo ya me planteé y resolví al aproximarme al edificio. Al amparo de unos árboles, salté la valla por la esquina del lado largo, opuesto al edificio, que da a un campo de matorrales. Luego seguí el muro agachado, evitando que me vieran los dos tíos sentados en el Alfa sospechoso.

Contaba con el hecho de que vigilarían sin mucho empeño, suponiendo que no sería yo tan tonto como para volver a mi casa. Pero está claro que el mismo trayecto no puede ser recorrido más de una vez y por más de una persona.

Lucio me estudia como si no me hubiera visto hasta ese momento. Luego la mirada sigue fija en mí, pero la mente vuela a otra parte. Cuando vuelve trae la chispa de la intuición.

—Tengo una idea. Esperad aquí.

Lucio desaparece por el pasillo.

Nos quedamos solos los tres, en ese salón sin esquinas ni aristas, cada cual con una certeza inquebrantable. Ellos, la de hacer lo justo. Yo, la de haber llegado al final del camino. Esta vez no habrá ángeles custodios que me salven, como cuando el que me apuntaba era el Tulipán. Ahora la amenaza son esos ángeles custodios.

Esperamos en silencio, porque todo lo que podíamos decirnos en la misma lengua ya ha sido dicho. Hablar no sería más que un inútil viaje a Babel.

El ruido de pasos anuncia la vuelta de Lucio. Trae una guitarra. Se ha afeitado la barba de varios días. Lleva puesta una peluca de pelo largo y castaño y unos bigotes del mismo color. No parecen muy reales pero fuera está oscuro y puede contar con que de noche todos los gatos son pardos.

Sonríe al ver mi cara.

—Todos tenemos que ser un poco actores, ¿no crees?

Va a la percha y coge su chaqueta y el sombrero que suele llevar. Me los arroja, obligándome a atraparlos al vuelo.

—Has facilitado las cosas cortándote el pelo y dejándote la barba. Eso nos hace muy parecidos, dado que tenemos más o menos la misma complexión. Los agentes de ahí fuera esperan ver salir a un músico ciego con su acompañante habitual. Y eso es

exactamente lo que les daremos, sólo que esta vez habrá un fan más.

Chico ha comprendido y sonrío. Tiende la pistola a Lucio, que la convierte en parte de su mano con la mayor naturalidad.

—Acercó el coche. Luego subo por ti y por las guitarras.

Sale abriendo la puerta justo lo necesario para pasar. Giorgio Fieschi pide instrucciones.

—Yo he venido en moto. ¿Qué hago?

—Tú espera un cuarto de hora cuando nos vayamos. Luego reúnete con nosotros donde ya sabes.

Lucio tiene la seguridad del jefe y la transmite a sus hombres. Estoy seguro de que todo este camuflaje lo divierte, además de inyectarle adrenalina en la sangre. Cuando ve que sigo quieto en medio de la estancia con las prendas en la mano, hace un gesto de impaciencia. Me dirige una seña con la pistola, la misma seña que le hice yo para intimarlo a sentarse.

—¿A qué esperas? Vístete.

Me pongo la chaqueta y el sombrero de Lucio. Él se acerca a la mesa, toma las lentes de contacto, las guarda en su estuche con una media sonrisa y se mete el estuche en el bolsillo. Coge las gafas oscuras y me las lanza. Me las pongo, perdiendo luz y detalles. No hay espejos donde comprobar el resultado, pero estoy seguro de que la regla de los gatos y la noche vale también para mí, además de para Lucio.

Él mismo me lo confirma.

—Estás perfecto. No hay tiempo para darte unas clases de guitarra, pero tampoco tendrás que tocar.

El coche tenía que estar muy cerca, porque han pasado un par de minutos cuando oímos llamar a la puerta. Giorgio acude y le abre a Chico, después de asegurarse de que era él abriendo con cautela una rendija.

—Podemos irnos.

Chico se me acerca y me coge del brazo, teniéndome a su izquierda. Su voz no suena bondadosa como cuando hacía lo mismo con Lucio. Sus gestos son bruscos y vigorosos. Con la mano derecha me oprime el cañón de la pistola en el costado.

—Camina con calma y dando pasos cortos. No mires donde pisas sino al frente. Yo te llevo.

Para confirmar la orden me clava el cañón en las costillas.

—¿Entendido?

Contesto con un gesto de asentimiento.

Giorgio abre la puerta. Bajamos primero Chico y yo. Lucio viene detrás con las guitarras. La noche es muy fresca y fuera no hay nadie. Un avance de invierno poco propicio para charlar al aire libre. El coche, un Opel Kadett blanco, está aparcado justo delante de la puerta.

Colocan una guitarra en el maletero, la otra en el asiento trasero, detrás del conductor, junto a la que se sienta Chico. Yo subo delante, en el asiento del pasajero. Un arma me apunta en todo momento. En cuanto Lucio arranca, siento de nuevo en la nuca el cañón de la pistola.

Partimos.

Dejamos atrás sin contratiempos el barrio Tessera, con todas sus vigilancias y todas sus indiferencias. Me pregunto si Lucio podrá recuperar esta parte de su vida. Lo miro mientras conduce en silencio, curioso de verlo hacer algo que creía que le estaba vedado.

Le sorprendería saber lo parecidos que somos, cuánto tiempo hemos pasado los dos escondiéndonos, fingiendo ser lo que nunca hemos sido, en espera de entender lo que nunca llegaremos a ser.

Pero ahora creo que es tarde y no cambiaría nada. Ahora que han caído todas las caretas, Lucio sólo puede dedicarse a una cosa. A eso que le endurece la mirada, que lo ha convencido de abandonar las palabras y los diálogos y empuñar las armas. Todas las revoluciones tienen sus víctimas y sus mártires. Yo sospecho que me iré sin saber qué papel me han asignado a mí.

Cuando salimos a la circunvalación en dirección este, me quito las gafas y por la ventanilla observo las luces de Milán. No me han vendado, lo que significa que a mis carceleros no les importa que vea el lugar al que vamos. Lo mismo da, porque se descubrirá muy pronto, en cuanto escenifiquen lo que tienen intención de hacer conmigo. Al fin y al cabo, todo es espectáculo. Aunque esta vez no se dará más que una función, pues la muerte no admite repeticiones.

Dejamos la circunvalación por la salida de viale Forlanini, camino de Linate.

Lucio conduce, con el rostro iluminado a trechos por la luz de faros y farolas, con los ojos fijos en la carretera. Se ha quitado la peluca y el bigote y ha vuelto a ser él mismo. O sea alguien a quien en realidad no conozco. Ha encendido un cigarrillo y eso me ha dado la medida de su frialdad y de su dominio de sí. En su casa jamás percibí el menor olor a humo, el menor rastro de este vicio. Lo que significa que tampoco fumaba cuando estaba solo.

Me pregunto lo que habría sido su vida si hubiera dedicado tantas dotes y tanta determinación a algo constructivo y no destructivo. Me respondo que quizá lo intentó, siguiendo un ideal que día tras día se redujo a una idea, hasta que la música dejó de ser un refugio y se transformó en un escondrijo. Me respondo que quizá también él, con otras palabras y por otros motivos, se pregunta lo mismo sobre mí.

Llegamos al final de la avenida y un semáforo en verde nos facilita la marcha y nos permite girar a la izquierda, en dirección al Idroscalo. Dejamos atrás el aeropuerto, donde a estas horas de la noche hay pocos pasajeros y pocos vuelos. El zumbido de un avión que despegue promete un horizonte y sin embargo no es sino otro viaje más hacia situaciones idénticas y personas distintas. La ilusión dura el intervalo que media entre un despegue y un aterrizaje, con el único consuelo de un sueño intermitente en un asiento incómodo. Pasamos ante el parque de atracciones. Las barracas de tiro al blanco tienen las persianas bajadas y los esqueletos de los tióvivos están sumidos en la oscuridad y los platillos volantes han sido cubiertos con lonas. Las vueltas y las carreras han terminado por hoy y hay que esperar al día siguiente para intentar el tiro que derriba todos los blancos.

Hemos guardado silencio todo el trayecto. Chico, en el asiento de atrás, se ha relajado y la presión del cañón de la pistola en mi nuca ha desaparecido. Pero estoy seguro de que el arma sigue en su mano, apuntándome a la cabeza. Un movimiento equivocado por mi parte, una ligera presión sobre el gatillo y...

pfft...

con un ruido de rifle de aire comprimido mi cráneo saltaría hecho pedazos como una diana de yeso de tiro al blanco. Lo que he sido quedaría reducido al rojo de mi sangre salpicada en el parabrisas como si fuera una macabra pintura de aerógrafo.

Y sin embargo me siento extrañamente frío y distante.

No he tenido valor para preguntar las únicas cosas que realmente quería saber. ¿Por qué hacer preguntas que me habrían hecho más vulnerable e indefenso?

¿Qué ha sido de Carla?

¿Qué papel ha desempeñado en todo este asunto?

No me la imagino empuñando un arma y disparando contra personas a las que un

credo erróneo señala como enemigos. Disparando contra unas chicas con las que pocas horas antes había reído y bromeado, disimulando su desprecio y sus intenciones. No me la imagino viendo alrededor cadáveres tendidos en charcos de sangre y encontrando normal lo que acaba de hacer.

Quizá porque, cada vez que lo intento, a estas imágenes se superponen las de sus ojos, tan bellos que no pueden ser verdaderos, tan bellos que no pueden ser falsos. Quizá porque, pese a todo lo que ha ocurrido, sigo clavado en una acera recién amanecida envuelto en el calor de sus palabras.

Contigo mi iría gratis...

Miro a Lucio y recuerdo su cuerpo entrelazado al de Carla. Y me recuerdo sentado mirándolos como si el placer de ellos fuera mi placer. De pronto siento rencor y lástima de mí mismo. No porque esté prisionero, no porque vaya a morir. Sino porque, después de todo, lo único que de verdad querría saber es si aquella noche, en un apartamento anónimo de Tessera, aquel acto de amor me lo regaló a mí o se lo regaló a él.

Proseguimos por la Rivoltana, pasando Segrate. En cierto punto giramos a la derecha. Dos kilómetros más adelante llegamos a un chalé aislado. Un portón, una tapia baja rematada por una verja de barrotes metálicos, una superficie de césped con arbustos dispersos de cotonastro y un pino al fondo.

No se ve luz en las ventanas.

Lucio baja a abrir el portón. Aún me impresiona verlo moverse tan libremente.

A la luz de los faros que se proyecta hacia delante conforme las hojas se abren como un telón, se ve una casa normal y corriente, blanca, de dos pisos. La casa que los niños dibujan en las páginas del cuaderno de la escuela, más un cobertizo anexo a la derecha. El camino de entrada lleva ante una persiana metálica bajada.

Lucio vuelve al coche y llegamos ante la compuerta de chapa verde, que refleja y tiñe la luz de los faros. Avisado por el ruido del motor, alguien sube la persiana desde dentro.

Entramos y paramos junto a un Volvo 240, mientras de la oscuridad exterior asoman el rumor y el ojo de cíclope de una moto.

Una Kawasaki 900 se detiene junto al Kadett. Con un mismo movimiento, Giorgio Fieschi baja del sillín y pone el caballete. Se quita el casco, dejando a la vista su cabeza de pelo rizado, que si fuera más largo parecería el de Angelo Branduardi. Se baja la cremallera del chaleco de piel y podría ser un muchacho cualquiera que acaba de dejar a la novia si del cinto no sobresaliera la culata de una pistola.

Lucio se apea del coche. En su voz no hay ansiedad, sino la seguridad de quien está acostumbrado a ver que sus planes salen bien.

—¿Todo en orden?

—Todo en orden. Al salir de tu casa me he quedado un rato vigilando en la calle.

Ningún movimiento sospechoso.

—Muy bien.

Lucio se dirige a una de las dos personas que había en el garaje, la que subió la persiana. Es un hombre bajo y rechoncho, de unos treinta años, de cejas pobladas, labios carnosos y huesos anchos. La cabeza, que sobresale de un jersey de cuello alto, parece pegada directamente al tronco.

—Sergio, cierra el portón y vigila que no nos hayan seguido.

Sin decir una sola palabra, el hombre sale y cojeando ligeramente se dirige a cumplir las órdenes. Por la expresión que tiene no debe de ser una mente brillante, sólo un cerebro adoctrinado y un brazo fiable.

Yo miro alrededor, a la luz de los fluorescentes del techo. El garaje es en realidad casi una nave. Dentro se ve todo lo que puede esperarse que haya en un sitio como éste.

Una bicicleta colgada, un banco con un torno arrimado a la pared de la derecha, un panel en el que hay enganchados un taladro y otros instrumentos de trabajo. Un cajonero metálico que debe de contener llaves inglesas y demás utensilios. Un estante lleno de cajas. Un viejo par de esquís apoyados en una esquina, junto a un ciclostil. En el suelo una pila de octavillas impresas con el escudo de las Brigadas Rojas. Estoy seguro de que también en el resto de la casa hay elementos que la identifican como un piso franco.

El escenario está listo y el guión lleva tiempo escrito. El protagonista ha llegado.

¡Clac! Se rueda.

Lucio se dirige a la otra persona, un muchacho alto y joven con aire de estudiante universitario. Viéndolo, uno se lo imagina en la puerta de una facultad, con libros bajo el brazo, hablando con un amigo o con una chica. Y, en cambio, seguramente es uno de los pasajeros del coche que iban a cometer una matanza, convencido de que aquellos asesinatos no eran un crimen sino un acto de justicia.

—¿Qué tal por aquí?

—Todo tranquilo. Estamos preparados.

—Perfecto.

Lucio me mira. Tengo la impresión de que quiere ver si la demostración de su autoridad me ha hecho efecto. Todos tenemos nuestras flaquezas, nuestras pequeñas o grandes vanidades. Si me hallo aquí y en esta situación es porque también yo he cedido a las mías.

Pregunto.

—¿Crees de verdad que todo esto cambiará algo? ¿Que traerá algo realmente nuevo?

—No lo sé. Lo que sí puedo decir es que llevo años viviendo en lo viejo y no me gusta.

Giorgio interviene.

—No pierdas tiempo con este chuloputas. ¿Cómo va a entender en diez minutos lo que no ha entendido en una vida?

Lo miro. Lo recuerdo en el escenario, regalando al público uno de los obsequios más bonitos que un hombre puede regalar a otro: una carcajada. Recuerdo su cara desolada y tierna cuando decía la frase final.

Y nos arruinó la infancia...

Fuera lo que fuere lo que arruinó su infancia, ahora es demasiado tarde para poner remedio. O quizá eso no son más que tonterías de psiquiatras y no existe un motivo verdadero. Quizá la naturaleza es la única responsable y él no es más que una manzana podrida en un cesto de manzanas sanas.

Hay quien sabe ver la manzana podrida y la tira.

Hay quien sabe verla y la usa.

Le contesto con el mismo tono de voz.

—Una cosa sí he entendido en todo esto.

—¿Qué?

Se me encara, mientras espera. Arrogante, en actitud de desafío.

—Unos ponen bombas porque creen. Otros las ponen porque les gusta oír la explosión y los gritos de los heridos.

Dejo que asimile la idea.

—¿Tú a qué categoría perteneces?

La rabia lo acomete desde muy cerca, porque en un instante la tiene en los ojos. Se saca rápidamente la pistola del cinto y me la pone debajo de la barbilla, obligándome a levantar la cabeza.

—Cacho cabrón de mierda, yo te...

No llego a saber lo que me, porque interviene Lucio.

—¡Giorgio, basta ya! Guarda esa pistola.

La presión del cañón disminuye, la furia no. A regañadientes, obedece al que manda. Lucio es como Tano Casale, Giorgio es como el Tulipán. Por si fuera necesario, es la confirmación de que siempre es lo mismo.

Es la ilusión del avión. Lo que cambia son los lugares. No las personas.

El arma vuelve al cinto y él da un paso atrás.

Sergio, el que ha ido a cerrar la verja, se reúne con nosotros en el cobertizo. Baja la persiana y deja fuera el fresco de la noche. Ahora estamos encerrados dentro de esta caja de ladrillos, tejas y chapa metálica, bajo luces despiadadas, cada cual prisionero a su modo.

La puerta que hay en lo alto de la corta escalera de la izquierda se abre.

Sale Carla y se queda en el rellano mirando a los hombres que tiene abajo, y que instintivamente han vuelto la cara hacia ella. Desciende con su andar indio y a mí me

parece que ese movimiento de pocos escalones se produce en cámara lenta, para darme tiempo a revivir cada una de las horas pasadas juntos. Todas sus expresiones, todas sus transformaciones. De mujer de la limpieza a muchacha ignorante de su belleza, de muchacha ignorante de su belleza a mujer consciente de su poder sobre los hombres y decidida a comerse el mundo. Para acabar, en la Carla de ahora, una desconocida de mirada fría y rostro duro.

Ni siquiera la luz de los fluorescentes hace mella en su belleza. Ni los vaqueros y el jersey de baratillo que lleva.

Ni la idea de que se acercó a mí con el preciso designio de involucrarme en algo de lo que no saldría vivo.

No hace caso de Giorgio ni de Chico, que sigue a mi espalda, un paso y un cañón de pistola más atrás. Se dirige a Lucio, le rodea la cintura con el brazo y junta sus labios con los de él. Luego me señala con la cabeza.

—Veo que tenemos compañía. ¿Cómo lo has encontrado?

Lucio me mira con una media sonrisa. Su ironía, sin embargo, ya no me divierte.

—Bravo ha hecho honor a su nombre. Por desgracia para él ha sido bravo pero no muy bravo. Ha descubierto solo casi todo, aunque ha cometido el error de entregarse a mí en lugar de a la policía.

Carla no hace comentario y se vuelve hacia mí.

No hay halago en sus ojos.

—Aquí estás.

Una sencilla constatación. Lo dice como si fuera natural encontrarnos uno frente a otro en esta situación, con un arma en la mano de Chico que no deja de vigilar mis pocos movimientos.

—Sí. Aquí estoy.

¿Qué puedo añadir que no haya sido ya dicho o que no sea inútil decir? ¿Me queda alguna emoción por expresar que ella no haya ya visto pintada en mi rostro o en mis gestos?

La miro y me mira. También en este caso, como con Lucio, yo sigo siendo el mismo.

Ella no.

Y, por si hiciera falta, me lo demuestran sus palabras.

Secas, precisas, sin absolución.

—Me das asco, Bravo. Tuve ganas de decírtelo desde el primer momento en que te vi. Por lo que eres. Por lo inútil que eres. Por el mundo podrido que representas y al que sirves rastreramente.

Sólo puedo decir una cosa. Y la digo.

—Yo no he matado a nadie.

—Yo tampoco. Sólo a personas que lo merecen. Y ésas no cuentan.

Los demás han escuchado en silencio este intercambio de frases. Es fácil saber de qué parte están y a quién, en su fuero interno, dan la razón.

Lucio interviene.

—Es esto lo que nunca entenderás, amigo mío. Nosotros no tenemos adversarios, sino enemigos. Los adversarios los dejamos como tapadera a la política, que con esta definición enmascara toda una serie de chanchullos y connivencias, desmanes, asesinatos de Estado. Tanto que la palabra adversario se ha convertido en sinónimo de cómplice. Lo que nos sostiene es la firme convicción de que nada es inamovible, ineluctable, insustituible. Es creer en algo que hace que pase a un segundo plano no sólo la vida de los demás sino también la nuestra. Carla ha aceptado, como han aceptado otros compañeros, rebajarse a cosas que la asqueaban, con tal de alcanzar el objetivo que nos habíamos fijado. No ha cerrado los ojos, sino que los ha tenido abiertos mirando lejos, mientras follaba contigo.

Le acaricia el pelo. Le sonrío.

—El mundo de mañana le debe mucho.

Carla me observa. En su rostro veo una expresión que confirma las palabras de hielo que me ha dicho primero. Pero yo sólo pienso en una frase de Lucio.

Mientras follaba contigo...

Eso quiere decir que no le ha hablado de mí, de mi patética mutilación, que habría creado un caos de comentarios y risas si la hubiera arrojado como una bola entre los bolos del Ascot Club. Que habría suscitado sarcasmo y mofa incluso en estos hombres capaces de truncar vidas en nombre de la nada para desaparecer luego en esa nada.

Ha dejado que creyera que ella y yo...

—Creo que es hora de moverse.

El muchacho con aire de estudiante interrumpe este momento. Palabras dichas en voz alta porque así es la vida y palabras calladas porque así son los hombres.

Todas importantes, todas inútiles.

Lucio empuña de nuevo las riendas. Le pasa a Carla la pistola que encontré en la portezuela del Mini.

—Toma, déjala en el banco. Ésta tienen que encontrarla en la casa. Deja también un par más de las que usamos en Lesmo, dará más fuerza a la puesta en escena.

Carla toma la pistola como si no hubiera hecho otra cosa en su vida. Está tranquila, es fuerte, es mentirosa. Vuelvo a preguntarme por qué ha mentido también sobre nosotros. Temo que nunca sabré la respuesta. Mientras tenga tiempo, sólo puedo intentar imaginar una.

Lucio señala con la cabeza la puerta de la escalera.

—¿Está arriba?

—Sí.

—Perfecto. Hablo con él, cogemos las cosas y nos vamos.

Nos vamos.

Me acuerdo de Daytona y de las bromas que le hacía con el plural. Esta vez me gustaría estar incluido en él. Pero dudo que sea así.

Chico vuelve a hacer oír su voz. Noto de nuevo el cañón de la pistola en las costillas.

—Por ahí. Andando.

Seguimos a Lucio hacia la escalera. Cuatro escalones nos permiten franquear el umbral. Al otro lado encontramos un pasillo con empapelado de dibujos geométricos. Proseguimos en fila india, hombre, hombre, pistola, hombre, hasta llegar a un salón cuyo empapelado entra en conflicto con las cortinas, que deberían ser lavadas, puestas a secar y olvidadas para siempre. La parte de la derecha la tapa una estantería que hace las veces de pared divisoria. A la izquierda hay unos muebles de nogal, con un sofá y dos sillones de piel de imitación dispuestos frente a un televisor. En el suelo, junto al sofá, unos bolsos con asas, el equipaje de los que huyen.

Sentado en uno de los sillones está Gabriel Lincoln. Sólo lo he visto una vez en mi vida, pero es una de esas personas que no se olvidan, por aspecto y circunstancias.

—Buenas tardes, míster Bravo.

Su italiano perfecto y su acento inglés son tan reconocibles como su perfume. Es un hombre de certidumbres, un conservador. En este ambiente de comunes mortales, la elegancia de su ropa chirría como un tenedor en un plato.

—Como ve, el mundo es pequeño. Y malo, diría yo.

No sé por qué, pero no me ha sorprendido. Gabriel Lincoln es una respuesta lógica, una pieza que encaja perfectamente en toda esta historia. El hombre siempre un paso por detrás o dos pasos por delante, el colaborador fiel, el Judas de muchos denarios depositados en una cuenta en el extranjero.

—No puedo decir que sea un placer verlo.

—Sinceramente, tampoco yo. Gajes del oficio, digamos. Para desgracia de usted, esta vez no se trata de su oficio, sino del mío.

—Por simple curiosidad, ¿es usted de los servicios secretos?

Sonríe y parece rechazar el cumplido. No creo, sin embargo, que la modestia sea una de sus cualidades.

—Esa definición parece mucho de James Bond. Pero digamos que me muevo en el mismo terreno.

—¿Por qué yo? Usted tenía la confianza de Bonifaci. ¿Qué necesidad había de recurrir a mí?

Se levanta y se alisa los pantalones de gabardina.

—Por desgracia, Lorenzo me apartó de su lado hace unos meses. Un lamentable incidente. Sabía todo de él pero dejé de poder tratarlo. Villa Bonifaci me quedó

vedada.

Hace un ademán que lo explica todo. También el motivo por el que dentro de poco me meterán una bala en la cabeza.

—La única persona a través de la que podíamos entrar en esa casa y en esas circunstancias era usted. No es nada personal, sólo cuestión de oportunidad.

Hace una pausa. Luego me obsequia con su compasión.

—Lo siento.

Por el pasillo se oye la puerta que da al garaje. Ruido de pasos y poco después aparece Carla. Lleva una pistola en la mano. La sigue un olor extraño. Tardo un momento en reconocerlo, cosa que hago en el momento exacto en que el olor ahoga el perfume francés de Gabriel Lincoln.

Es olor a pólvora.

Lucio da un paso a un lado.

—¿Hecho?

Ella hace dos cosas casi al mismo tiempo. Primero asiente con la cabeza, luego alza la mano derecha y...

pfft... pfft...

Del pecho de Chico brotan salpicaduras de sangre que manchan el traje de mister Lincoln. Lucio es veloz, como si mentalmente ya tuviera previsto lo que va a ocurrir. Antes de que el cuerpo de Chico se desplome le arrebató la pistola de la mano.

Ésta no lleva silenciador. El disparo retumba en el angosto recinto y en el silencio de la noche como una explosión. En medio de la frente de Gabriel Lincoln se hace un agujero. Una milésima de segundo después su sangre y su cerebro salpican las cortinas de la ventana que tiene detrás.

Cae de espaldas con la expresión de quien no entiende por qué muere. Ninguna de las personas a las que matan lo entiende nunca de verdad. Su cuerpo sin vida está hecho de líneas trucas y forma una extraña geometría con el de Chico.

Carla se nos acerca y contempla los dos cadáveres. Quizá pasó lo mismo en Lesmo. Con esa mirada fría se aseguró de que todos los cuerpos que yacían en el suelo estuvieran bien muertos, dispuesta a rematarlos si no era así.

Lucio pregunta.

—¿Y los otros?

Carla responde.

—Despachados.

—Coge las maletas. Yo termino aquí.

Carla sorteó corriendo el sofá y se dirige a una puerta que hay al fondo. Por la hoja abierta, cuando enciende la luz, se ve que es un dormitorio. Desaparece dentro y en la estancia los únicos vivos que quedamos somos Lucio y yo.

Él levanta la pistola y me apunta a la sien.

—Lo siento, Bravo. El verdadero enigma era mucho más complicado de como lo has resuelto.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que encontramos en esa casa nos ha hecho cambiar de planes. Ahora ya no se trata de los compañeros, la lucha, la victoria que quizá no llegue nunca. Ahora se trata de Carla y de mí.

Unas cuantas palabras secas de Carla interrumpen una inútil pregunta mía.

—Temo que en tus planes hay un nombre de más, Lucio.

Los dos giramos la cara hacia ella. A tiempo para

pfft

ver salir del cañón de la pistola con la que Carla nos apunta una llamita que se lleva por delante un trozo de la cabeza de Lucio. Un poco de sangre salpica también mi chaqueta y mi cara. La presión del cañón en mi sien desaparece. Un cuerpo se reúne con otros dos en el suelo.

Carla me apunta con el arma. Me señala con ella un rincón.

—Ponte allí y no te muevas, si no quieres acabar igual.

Se mueve veloz. Del bolsillo trasero de los vaqueros se saca un paño y limpia la pistola con la que ha disparado a Lucio. Luego, sosteniéndola por el cañón con el paño, se inclina junto al cuerpo de Gabriel Lincoln y le hace empuñar la culata y el fuste para que queden impresas sus huellas dactilares.

Deja el arma en el suelo y se levanta. En todo momento ha estado mirándome. Y yo, desde donde estoy, he estado mirando la pistola que asoma por el cinturón de sus pantalones.

Me mira. No hay ansiedad en su voz, sólo la urgencia que lo práctico impone.

—¿Has tocado algo?

Niego con la cabeza.

—Muy bien. Espera aquí.

Desaparece de nuevo en la habitación y vuelve arrastrando dos maletas. Deja una a mi lado.

—Lleva ésta. Tenemos que darnos prisa. Alguien puede haber oído el disparo.

Todo ha ocurrido rápidamente y sin explicaciones. Rayos, truenos, granizo, y el temporal ha acabado antes de que me diera cuenta de que caía agua. Sólo que no era agua, era sangre. Estoy aturdido por el ruido y el olor de los disparos, por el alivio de no ser uno de esos cuerpos que yacen inertes en el suelo.

Lo único que sé seguro es que estoy vivo.

Volvemos a recorrer el pasillo. La puerta sigue abierta, el empapelado sigue siendo feo, el olor acre a cordita sigue siendo fuerte. Cuando llegamos al rellano puedo ver al primer vistazo lo que ha pasado en el garaje. Giorgio yace junto a su moto, con la pechera de la camisa ensangrentada, el chaleco de piel desgarrado a la

altura del corazón. El estudiante está tendido de costado, con los ojos abiertos. Su cabeza reposa en medio de un charco de sangre. Parece que mira fijamente a Sergio, que yace boca abajo y parece aún más rechoncho y torpe en su poco elegante modo de estar muerto.

Carla ni los mira, como si fueran parte de algo que su mente ha registrado como ocurrido y rápidamente ha olvidado. Bajamos veloces los escalones. Mi maleta pesa. No sé qué diablos habrá dentro pero pesa. Estoy ya jadeando.

Carla es más seca, más fuerte, más tranquila, más eficiente.

Me viene a la mente la palabra letal, pero enseguida la desecho.

Llegamos al Opel Kadett y ella abre el maletero. Saca un par de guantes de trabajo y me los lanza uno tras otro.

—Póntelos. Levanta un poco la persiana y vigila que no haya nadie. Luego ve a abrir la verja.

Lo hago mientras ella coloca las maletas. Salgo afuera, al aire insípido de la noche, que en sí mismo es ya una bendición. Recorro el camino de cemento hacia la verja, guiado por la claridad violácea de la ciudad al fondo.

En cuanto abro las hojas de metal, el motor del Opel arranca y el coche sale marcha atrás. La luz de los faros ilumina un instante los cuerpos tendidos y se retira, como dando un respingo. Sólo quedan los fluorescentes del techo iluminando la escena.

El coche llega a la carretera y se detiene con el morro apuntando en la dirección de la que, minutos u horas antes, he llegado. Por un instante he tenido la sospecha de que no pararía, de que me quedaría allí solo, en el patio de esta casa llena de cadáveres, preguntándome lo que ha ocurrido y cómo explicarlo a quien me pidiera cuentas.

La portezuela del pasajero se abre. A la luz del salpicadero veo un gesto de Carla invitándome a montar. Con un suspiro de alivio me siento junto a ella, y permito por fin a mis manos y mis piernas que tiemblen. Avanzamos veloces hacia la nacional y doblamos a la izquierda. Pasamos de nuevo el parque de atracciones, el Idroscalo, Linate. En el semáforo, mientras giramos a la derecha en dirección a la ciudad, reparo en un muro de paneles de cemento que flanquea vial Forlanini. Alguien, con un aerosol de pintura negra, ha hecho una pintada.

¿Qué coño hace Nelson en nuestra nave?

Aparcamos ante la casa de Carmine. Más allá de los tejados hay una promesa de luz. Está rayando otra alba y Carla y yo estamos de nuevo juntos. Me permito el lujo de una quimera, lo único que me está permitido en este momento. Quisiera poder volver atrás a una mañana como ésta y que me dijera por primera vez

Contigo me iría gratis...

Y pensar que todo es verdad y contestar que sí, Dios mío, sí, desde ésta a la última luz que pueda ver, sí, por lo que soy y por lo que no soy, sí, maldición, sí, donde sea, sí, como sea, sí...

En cualquier mundo sí, pero no en éste.

La mano de Carla gira la llave y para el motor.

Le he dado la dirección de la casa de Quarto Oggiaro cuando ha subido al coche después de llamar por teléfono.

Hacia el final de viale Forlanini paró ante una cabina telefónica. Se apeó y la vi pasar ante el capó por el parabrisas y por la ventanilla levantar la mano e introducir la ficha, marcar un número y esperar respuesta. Luego la vi hablar con alguien, un diálogo breve, durante el cual me pareció que rebatía órdenes que llegaban del otro lado de la línea.

Colgó y volvió al coche. Arrancó con calma. Siguió conduciendo con los ojos fijos al frente. Tan fijos que adiviné que estaba decidiendo qué hacer.

No qué hacer conmigo.

Qué hacer de mí.

Fui yo quien rompió el silencio. Tenía muchas preguntas. No sabía a cuántas podría responder. Empecé por la primera, la que no nacía de la curiosidad sino de la sorpresa.

—¿Por qué no me has matado a mí también?

Enseguida volví la cara y miré yo también al frente, por miedo a leer en su rostro que también se lo preguntaba ella.

Seguí, desafiando sus intenciones y su silencio.

—Todo habría sido perfecto. Todo habría estado en su lugar. Según la lógica de esta historia, yo soy el único que falta en esa casa, en medio de esos cuerpos.

Carla buscó en la guantera. Me dio un paquete de pañuelos de papel.

—Límpiate la cara. Y quítate la chaqueta, la llevas manchada de sangre.

Comprendí que no era sino una de las muchas formas que tenía a su disposición para eludir la respuesta. O para darme a entender que no habría respuesta. Me quité la chaqueta y la eché al asiento de atrás. Orienté el retrovisor hacia mí, encendí la luz interior y empecé a limpiarme la cara de los rastros de la sangre de Lucio.

—¿Dónde te has escondido estos días?

Contesté sin mirarla.

—En un sitio.

—¿Es seguro?

—Sí.

—Vamos allí.

Apagué la luz y dejé que Milán iluminara a Carla. Ella tomó mi silencio por vacilación.

—He parado en la cabina a llamar a la policía. Les he dicho que he pasado delante de la casa y me ha parecido ver cuerpos tendidos en el suelo del garaje. Me he hecho pasar por una ciudadana asustada que cumple su deber pero no quiere verse implicada.

Me miró.

—Necesitas un lugar donde estar hasta que la policía encuentre los cuerpos y reconstruya lo ocurrido. La presencia de Gabriel Lincoln, colaborador de Bonifaci echado a patadas, y descubrir que Lucio no estaba ciego, como había hecho creer a todos, reforzarán la hipótesis de que en todo este asunto tú no has sido sino la víctima de un complot.

—Quedarán muchos puntos oscuros.

—En casos como éste siempre quedan. Oscuros u oscurecidos.

—No. Serán otros momentos para los que yo no tengo coartada. Y todo lo que pueda decir o mostrar sólo parecerá un intento de inventarme una.

Carla guardó silencio. A lo mejor había pensado lo mismo y mis palabras no hacían sino confirmarlo. Por las ventanillas del coche se veía desfilan una ciudad que hasta pocos días antes yo tenía el valor de considerar una especie de propiedad privada. Sin darme cuenta de que en realidad nadie posee nada. Solamente podemos elegir a qué pertenecer. La capacidad y la suerte pueden ayudar a decidir.

El amor hace lo demás. Ese amor que a veces engaña pero que no se compra ni se vende.

Nunca.

Le dije la dirección y me recliné en el asiento. Hasta que llegamos no añadí nada, y estuve repasando mentalmente la sucesión de acontecimientos. Me dije que en pocos días había tenido dos tremendos golpes de suerte. Uno cuando me salvaron del Tulipán. El otro cuando salí vivo de una casa dejando atrás seis muertos. Temo que he agotado todo mi crédito con la buena suerte.

No aventuré ninguna hipótesis sobre los verdaderos motivos de aquel lío. El Estado, los servicios secretos, las Brigadas Rojas, los ideales, la lucha de clases, la lucha armada no eran sino indicios sin sentido. Sabía que pese a la imaginación y a la costumbre de resolver enigmas, éste era demasiado difícil para mí. La clave de todo la llevaba sentada al lado. Y aún no sabía si Carla me daría una explicación o un tiro

en la cabeza.

Bajamos del coche. Tiro la chaqueta manchada a la papelera. No creo que Lucio tenga una sepultura mejor. La espalda me duele y los ojos me escuecen. Vamos a la trasera y dejamos las maletas en el suelo. Carla saca también del maletero un bolso de viaje.

Señalo el Kadett con un ademán.

—¿Es prudente dejar aquí el coche?

—Sí, está limpio.

Echo a caminar delante y llegamos al ascensor. Las maletas se me antojan aún más pesadas. Aunque quizá sólo sea que mi cansancio y el manto negro que envuelve mi futuro hacen la carga más pesada.

Mientras subimos, mis ojos recaen en las pintadas. Ahora me parecen tranquilizantes testimonios de vida, una broma gastada al tiempo más que a los hombres. Me digo que Mary y Luca, cuando yo salga de la cárcel, serán adultos y yo seré un viejo. Se me escapa una sonrisa tan amarga que da pena, y que mi acompañante no advierte.

Cuando llegamos al piso, Carla deja el bolso en el suelo y mira alrededor. Nada ha cambiado, salvo en un detalle. La fealdad la ha borrado por completo la sensación de seguridad.

—No es el Grand Hotel.

—No, no lo es. Pero es un sitio donde de momento no nos buscará nadie.

—¿Quién vive aquí?

Conjugo el verbo en el tiempo correcto, para su tranquilidad.

—Quien *vivía* aquí está en San Vittore. Es la casa de un amigo al que le han caído veintidós años.

Ella asimila la información sin más comentarios. Mueve la cabeza, como para chascar las vértebras.

—Necesito darme una ducha.

Le señalo el pasillo.

—El baño está por allí. Yo, mientras, preparo café.

Carla pone una cara extraña, como si le desagradara lo que va a decir.

—Preferiría que estuvieras conmigo.

Comprendo y esbozo una sonrisa. La sonrisa de antes, en el ascensor, es un terrón de azúcar comparada con ésta. No hay morbo ni exhibicionismo en lo que acaba de proponerme. Ninguna concesión a mis ojos. Lo único que quiere es tenerme controlado en todo momento, porque no se fía. La regla de quien mata es no dar nunca, a nadie ni por ningún motivo, ocasión de que lo maten.

En silencio, la precedo hacia el baño. Me pregunto cuándo llegará el momento de las palabras entre nosotros. Las palabras que recorren velos oscuros y dejan entrar

un poco de luz.

Abro un armario y le dejo un par de toallas sobre el lavabo, junto a la ducha. Ella se saca la pistola del cinturón y la pone encima. El negro de la pistola destaca como un insulto sobre el blanco del tejido de algodón.

Me siento en el retrete y me concedo un cigarrillo.

Carla empieza a desnudarse. Sin picardía. Es sólo una persona que se despoja de la ropa con gestos resueltos, asexuados. Se quita el jersey y veo que no lleva sujetador. Los pechos son firmes, plenos. Los pezones están túrgidos por el roce con la lana. Se apoya en el lavabo y se quita una tras otra las botas camperas que le di en mi casa. Se desabrocha el cinturón y con un solo movimiento sale de los vaqueros y de las bragas.

Es una mujer desnuda.

Es una mujer bellísima.

Es una mujer que ha matado.

Sólo entonces me mira. Sus ojos están llenos de algo que no sé definir. Pesar, pena, quizá sólo cansancio. Sea lo que sea, lo eclipsa otra mirada, la mirada torva de una pistola que me observa a pocos centímetros de su mano.

Dura poco, después Carla se vuelve para abrir el grifo. Sus nalgas y sus caderas tienen la forma de la perfección, aun con la leve señal que han dejado el cinturón de cuero y la rígida tela vaquera.

Regula la temperatura y entra al fin bajo el chorro de agua que llueve de arriba. No corre la cortina. Empieza a lavarse y el agua que resbala por su cuerpo ya no es un vulgar producto de presión, tuberías y mecánica sino lluvia que cae del cielo y desdibuja y confunde la belleza para devolverla intacta después del abrazo. La observo hasta que cierra los ojos y levanta la cabeza. Se echa hacia atrás el pelo y deja que el agua le enjuague la espuma.

Luego se acerca al borde del plato y me hace un gesto. Unas cuantas gotas de agua caen de su mano al suelo.

—Ven.

El deseo es una mano suave que se mueve dentro de mí. Me levanto sabiendo que se convertirá en garra y que con sus uñas afiladas me hará daño. Pero no me importa. Por primera vez en mucho tiempo me quito la ropa delante de otra persona por decisión y voluntad propias. Olvido mi cuerpo mutilado. Sólo me fijo en el suyo.

Doy unos pasos y estoy bajo la ducha con ella.

Me abraza y me ciñe y el agua nos pega y encuentro su lengua y su boca. La busco con las manos. La encuentro y la abro y me acoge con un gemido. De algún modo ella me encuentra y estoy y existo y el agua corre y su placer me hace sentir algo que no sé describir y de pronto la garra ha desaparecido y el dolor también.

Después seguimos abrazados bajo el agua, que ha vuelto a ser el agua de una

ducha pero que es perfecta precisamente por eso. Lo que debía llevarse se ha ido por el desagüe y lo que debía evocar ha quedado grabado en nuestra piel.

Me separo yo. Ella cierra el grifo y al rumor del agua sigue el silencio. Salgo de la ducha, aparto la pistola y le tiendo una toalla. Se la pasa por el pelo y luego se la arrolla al pecho.

Yo no tengo valor para mirarla.

Hay demasiadas cosas que tengo miedo de ver en sus ojos.

Me paso deprisa la toalla por el cuerpo, cojo mi ropa y salgo del baño. Termino de secarme en la habitación y me pongo unos pantalones y una camisa limpios.

Voy a la cocina y empiezo a preparar el café. La cafetera borbolla cuando Carla entra en el salón. Va descalza y lleva todavía la toalla arrollada al pecho. Se agacha y busca en su bolso. Saca un mechero y un paquete de tabaco. Enciende un cigarrillo y aspira como si fuera una fuente de vida. Por último coge unas bragas, unos pantalones y una camiseta ligera.

Desaparece de nuevo por el pasillo. Vuelve vestida cuando yo acabo de verter el café en las tazas. Se inclina de nuevo sobre el bolso y veo que mete la pistola. Viene y se sienta conmigo a la mesa. No hablamos de lo que acaba de suceder. No sé lo que ha podido significar para ella. Para mí ha sido la respuesta a una pregunta. Y prefiero creer que es la que yo pienso.

Bebe un sorbo de su café sin azúcar. Después se queda mirando fijamente ese líquido negro y humeante. Ha llegado el momento en el que hay que decir cosas. Y ella también lo sabe.

Empieza a hablar sin levantar los ojos.

—Bonifaci era una persona muy poderosa. Más de lo que puede imaginarse. Con el tiempo había reunido documentos con los que tenía en un puño a buena parte del mundo político y económico de Italia. Fotos hechas en las fiestas que daba en su casa, documentos que demostraban conexiones con el crimen organizado, pruebas de corrupción y apropiación indebida de dinero público, financiación irregular de partidos...

Carla alza los ojos hacia mí.

—Tenía bastante material para meter en la cárcel a mucha, mucha gente. A media clase dirigente de este país. Bonifaci estuvo años manejando a todo el mundo como a marionetas. En provecho propio, naturalmente. Al final tiró tanto de la cuerda, que se rompió. Y alguien decidió que había que poner término a tanto poder.

—¿Cómo?

—Obvio. Recuperando los expedientes que tenía.

Apura el café y deja la taza en la mesa. No quedan posos en los que leer el futuro. El futuro es hijo del presente y para nosotros quizá no haya ya ninguno.

Pero no es éste el asunto.

Ahora sólo quiero conocer el pasado.

Carla lo sabe y en su interior ha decidido que es justo.

—Había muchísimo dinero y muchísimo poder aliados contra Bonifaci. A Gabriel Lincoln, su hombre de confianza, lo sobornaron con una cifra astronómica para que colaborara. Por desgracia Bonifaci lo echó. Quizá se olió algo. O quizá no fue sino una muestra de ese sexto sentido que algunas personas parecen tener.

—Esto lo entiendo. Lo que no entiendo es qué pintan las Brigadas Rojas.

—Para llevar a cabo la operación se necesitaba una tapadera. Las Brigadas Rojas están en una situación muy difícil. Están en el punto de mira por el secuestro de Moro y necesitan apoyo y dinero. A cambio podían proporcionar hombres. Quien organizó todo esto hizo contactos dentro de la organización. Prometió cosas a cambio de otras promesas.

—¿Quieres decir que hay dirigentes políticos que están dispuestos a abandonar a Moro a su suerte por recuperar esos documentos con la colaboración terrorista?

—Exacto. El resultado interesaba a ambas partes. Por un lado sería un nuevo éxito de los terroristas en su lucha armada. Por otro, eliminaba la amenaza que Bonifaci representaba para aquéllos que le temían.

Me levanto y enciendo un cigarrillo.

—¿Y quién les aseguraba que las Brigadas Rojas, cuando se apoderasen de los expedientes y conocieran su contenido, no los usarían como arma y los harían públicos?

—Yo.

Lo ha dicho con una sencillez desarmante. Como si fuera la cosa más natural del mundo.

—Entré en esta organización por dos motivos. Primero, porque formo parte de un sector del SISDE, que como sabrás es un cuerpo de los servicios secretos del Estado, y estoy adiestrada. Segundo, porque soy guapa. Estaba en contacto con las Brigadas Rojas y al mismo tiempo era la persona ideal para ganarme la confianza de la única persona que tenía acceso a la villa de Bonifaci.

—Yo.

También yo pronuncio el monosílabo con sencillez desarmante. Una inevitable consecuencia de la cosa más natural del mundo.

—Sí. Tú.

Carla se permite esbozar una sonrisa sin alegría.

—Cuando descubrí que eras vecino de rellano de Lucio no me lo podía creer. Eso no estaba planeado, fue pura y simple casualidad.

Hace una pausa, aún asombrada de comprobar hasta qué punto el caos y el azar gobiernan el mundo.

—La persona que nos era indispensable para llegar a Bonifaci vivía a unos pasos

de las personas encargadas de llegar a él.

Todo parece muy sencillo e inofensivo según lo cuenta tranquilamente Carla, ahora que ya no es vida sino historia. Pero está refiriéndome por qué ha dejado tras de sí una estela de muertes. En las palabras nunca hay sangre, sólo su descripción o su recuerdo.

—Sabíamos de tu existencia por Lincoln, y que periódicamente mandabas chicas a la villa de Lesmo.

—Y entonces captasteis al pobre desgraciado de Daytona.

—Sí. Nos pareció el mejor modo de hacerme entrar en tu círculo. Acceder a ti por medio de alguien de quien te fiabas. Desde ese momento has estado vigilado día y noche.

La interrumpo.

—Conozco esa parte.

Le explico brevemente cómo llegué a conocer la verdad. Que me salvaron del Tulipán, que ella me esperó delante del Ascot, que cambiaron el coche, que descubrí el escondite de Daytona, la pistola en la portezuela. Mientras se lo cuento me mira concentrada, atenta, como si estuviera intentando captar significados que van más allá de mis palabras.

Ella no lo sabe, pero hay muchos más de los que puede imaginar.

Pero eso es otra historia. Ahora hay otras cosas que quiero saber. Le hago la pregunta que más miedo me da, la que me atormenta desde que supe por la televisión lo del atentado. Sabiendo que, si hay una respuesta, me perseguirá hasta el fin de mis días.

—¿Qué pasó en la villa de Bonifaci?

Carla deja errar los ojos por la estancia. Quizá mide la diferencia entre el recinto desguarnecido en el que estamos y el lujo que encontró aquella noche. Quizá ve desfilar ante sus ojos imágenes que quisiera olvidar. Las que yo sólo puedo imaginar, para ella son recuerdos a los que deberá hacer frente mucho, mucho tiempo.

—¿Puedo tomar otro café?

Me levanto, voy a la cocina y empiezo a enjuagar la cafetera. Creo que sé por qué me ha pedido más café. Prefiere que no la mire a la cara mientras me lo cuenta.

Su voz me llega mientras lleno el filtro.

—Durante la fiesta yo había dejado abierta una ventana. Cuando Lucio y los demás llegaron con Laura, yo ya tenía controlados a Bonifaci, a sus invitados y a las chicas.

Aprieto el polvo marrón con la cucharilla.

Cuando Lucio y los demás llegaron con Laura...

Eso significa que los hombres de la escolta estaban ya muertos. Y que a esa pobre chica la llevaron a la fuerza para sacrificarla a la Razón de Estado. Quizá lo hizo

precisamente el hombre por el que había decidido cambiar de vida.

Carla prosigue. Yo enrosco la cafetera.

—Gabriel Lincoln nos había dicho que la caja fuerte estaba escondida en el sótano. Lucio y yo bajamos con Bonifaci. Él negó que hubiera ninguna caja fuerte y yo le disparé en una pierna para convencerlo de que la abriera.

Enciendo el fuego. La llama azulona envuelve el culo de la cafetera.

—Bonifaci cedió. Nos explicó dónde estaba la caja fuerte y nos dio la combinación. Cuando la abrimos, Lucio le disparó.

La llama se mueve y tiene un poder hipnótico, como las palabras de Carla que llegan del cuarto contiguo.

—Dentro encontramos lo que buscábamos. Cogimos los expedientes y volvimos arriba. Cuando llegamos, en el salón sólo había cadáveres.

He dejado abierta la tapa de la cafetera. Cuando veo que el líquido oscuro empieza a salir, la cierro. Espero a que borbotee por el pico. Apago el gas, cojo la cafetera y vuelvo al otro cuarto.

Carla está inmóvil, con los brazos apoyados en la mesa, la mirada fija al frente. Vierto café en su taza. Lleno también la mía.

—Chico y Sergio fueron directamente a cambiar tu coche. Los otros y yo volvimos a la casa de la Rivoltana con los expedientes.

Carla alarga la mano y toma la taza. Bebe un sorbo.

Yo me doy cuenta de que no me apetece café. Sólo quiero que Carla acabe de contar.

—Háblame de Lucio.

En realidad desearía preguntarle por aquella noche. La noche en que...

Su voz interrumpe mis pensamientos.

—Lucio estaba cansado. Supe que estaba harto de esa vida. De vivir escondido, de estar como en la cárcel, encerrado en su disfraz. Todos los discursos ideológicos eran para engañar a los demás, una pura y simple cortina de humo. La clandestinidad desgasta y antes o después se busca una alternativa. La que sea, al precio que sea, con tal de que sea a la luz del sol. Empecé a salir con él y me lo gané porque estaba segura de una cosa.

—¿De qué?

—De que una vez que tuviéramos en nuestro poder esos documentos, él vería en ellos la alternativa que buscaba. Así que fingí ser su cómplice.

—¿Su cómplice?

—Sí, planeamos quedarnos con ellos. Esos documentos nos darían el mismo poder que tenía Bonifaci. Nos garantizarían impunidad y una fuente inagotable de dinero.

Apura el segundo café. Yo me enciendo otro cigarrillo.

—El sueño de todo el mundo. Libertad, inmunidad, dinero.

Me mira.

—Sólo había un problema.

Espero en silencio a que confirme mi suposición.

—Yo estaba segura de que Lucio me usaría para deshacerse de los otros y de que, cuando consiguiera su objetivo, se libraría también de mí. Así que no tuve elección. O él o yo.

Sacudo la ceniza en la taza. Chisporrotea levemente al contacto con el líquido. Hay otra cosa que debo saber.

—¿Por qué aceptaste tomar parte en esto?

—Por la misma razón por la que todos hacen todo. Dinero. Promesas de poder. Dilo como quieras.

Se observa las manos.

—Cosas que ahora ya no tienen sentido.

Hace una pausa y al cabo vuelve a mirarme. No sé qué busca en mi cara. No sé qué está encontrando. Doy la última calada al Marlboro y lo apago en la taza.

Queda una última pregunta, la más importante.

—¿Qué piensas hacer ahora?

Carla se remueve nerviosa en la silla.

—No lo sé muy bien.

En silencio, la veo levantarse y acercarse a las maletas, que siguen en el suelo. Las señala con la mano.

—Pero sé que si entrego el material que hay ahí dentro a la persona que me mandó por él, una hora más tarde estaré muerta.

La miro. Me devuelve la misma mirada.

Es el momento de los espejos.

En sus ojos se lee el presagio de la única certeza que todo ser humano tiene. Se lee el cansancio y el desencanto de los supervivientes, de quien ha truncado vidas y se da cuenta de que todo ha sido inútil. Pero aún tiene que combatir por la propia.

Enseguida recupera el tono firme de quien ha tomado una decisión.

—Dame seis horas de ventaja y luego ve a la policía.

—¿Y qué cuento?

—Todo lo que ha ocurrido.

—No me creerán jamás. No tengo coartada ni una sola prueba.

—La tendrás.

Carla se inclina y hace saltar el cierre de una de las maletas. Está llena de carpetas de diverso grosor y color, todas ceñidas por una goma y con una etiqueta en la portada. Repasa unas cuantas y encuentra la que busca. La saca, la abre, revisa brevemente el contenido. La deja en el suelo. Cierra la maleta y coge una chaqueta de

su bolso. Cuando se levanta tiene la carpeta en la mano y la prenda puesta.

—Aquí dentro hay documentos y pruebas que imputan a la persona que lo ha organizado todo. Hay de sobra para clavarlo a la primera pared que tenga cerca. Será tu seguro de vida.

Da dos pasos y deja la carpeta en el mueble. Vuelve a las maletas.

—Lo demás será el mío.

—¿Adónde vas?

—Cuanto menos sepas, mejor.

Su rostro dice que el lugar adonde va es un misterio también para ella. Espero que sea un lugar de paz. Sé que no lo será.

—¿Tienes dinero?

—Sí. Había bastante en la caja fuerte de Bonifaci. Ese hombre no se fiaba de los bancos. Ni siquiera de los suyos.

No queda mucho que decir. Carla se me acerca y me besa en los labios.

—Me habría gustado ser distinta y haberte conocido de otro modo. Habría sido todo muy bonito.

Del perfume de su piel y del calor de sus labios nace espontánea una pregunta. De la que me arrepiento en el mismo momento de formularla.

—¿Volveré a verte?

Ella me pone el dedo en los labios, para impedir que diga nada más. Sus ojos son a la vez una esperanza y una condena. Por último da media vuelta, abre la puerta, coge el bolso y las maletas y las arrastra al rellano. La hoja se cierra ocultando gradualmente la figura de Carla hasta que no es más que un tablero de madera.

Me quedo solo.

El ruido del ascensor que llega al piso significa el comienzo de un viaje. Que en el caso de Carla será una huida sin fin, de las que convierten la vida en una experiencia maldita. Y yo soy más maldito aún, porque no me siento culpable de la piedad que me inspira una asesina.

El cansancio llega en el momento en que me doy cuenta de que todo ha acabado.

Estoy aquí, aún de pie, por fin inmóvil. La tensión, el miedo, la excitación han desaparecido de golpe y, ahora que el viento ha cesado, me siento hueco como una caña. En mis venas no queda un miligramo de adrenalina y acaso tampoco una gota de sangre. Sin duda mi sangre se ha derramado en algún sitio y yo, en medio de este cuarto, me creo que estoy vivo.

Por eso siento tanta necesidad de dormir. Porque el sueño es la condición de los muertos.

Miro la carpeta que Carla ha dejado en el mueble, llena de sus secretos. Ni siquiera siento curiosidad por abrirla y conocer un nombre. Los acontecimientos de estos días pertenecen al pasado y como todas las cosas del pasado estoy seguro de que no me enseñarán nada a mí ni enseñarán nada a nadie. Todo lo que sé es que he tenido una oportunidad y la he perdido.

El caos y el azar, ¿recuerdas?

Voy al dormitorio. Me tiendo en el colchón y meto la cabeza bajo un cojín sin funda. Me duermo prácticamente en el acto. Mi último pensamiento, antes de sumirme en el sueño, es que Carla me ha pedido seis horas.

Primera hora.

Yo duermo.

Carla recorre en coche las calles de Milán en una luminosa mañana de domingo. Mañana perezosa para el resto del mundo. Acuciante para ella. Aparca en cualquier sitio del aeropuerto de Linate. Sabe que nunca volverá para pagar la cuenta. No se molesta en borrar huellas. Tal como están las cosas, de nada sirve ya haber borrado las mías de la casa de la Rivoltana. A unos cuantos kilómetros de allí, en un chalé apartado lleno de cadáveres, unos fotógrafos toman fotos que impresionan en rollos de película la posición de los cuerpos. Los flashes son fogonazos que duran una fracción de segundo y buscan en vano un reflejo de vida en esos ojos apagados. Agentes de la policía científica están haciendo pruebas para averiguar qué disparó, cuántas veces disparó, desde qué punto disparó.

Segunda hora.

Yo duermo.

Carla coge un carro y carga las maletas, pensando que la supervivencia pesa, a veces. Entra en la terminal y se encuentra frente a un panel con los horarios de salidas. Buenos Aires, Río de Janeiro, Nueva York, Caracas. Lo mismo da un lugar que otro. No le importa saber adónde va, le importa saber cuándo se va. A unos kilómetros de allí, en un chalé apartado, llegan coches que escoltan otros coches que transportan peces gordos. Los que deciden sobre el terreno qué hacer, qué decir, qué

callar. Hay hombres que van y vienen, señalan, formulan hipótesis, examinan papeles, pronuncian nombres. Uno de ellos es mi hombre.

Tercera hora.

Yo duermo.

Carla ha comprado un billete de primera clase en el primer avión en el que ha encontrado plaza. Ha pagado en efectivo, algo que deberá seguir haciendo un tiempo. Quizá ha mostrado un pasaporte falso en el que de Carla Bonelli no queda más que la foto. Suponiendo que ése sea su verdadero nombre. Ha facturado sus valiosas maletas y ahora pasa el control con la tarjeta de embarque. Espera que las maletas no se pierdan. El riesgo existe, pero es parte de la vida. De su vida, en particular. Sube al avión, se sienta en su sitio y espera a que los demás pasajeros hagan lo mismo. En el bolso que tiene a los pies lleva ropa y dinero. La pistola la ha tirado a una papelería en el aparcamiento. A unos kilómetros de allí, en un chalé apartado, un forense autoriza el levantamiento de los cadáveres. Quedan en el suelo la silueta trazada a tiza de los cuerpos y las etiquetas que señalan los casquillos. Fuera se agolpan los periodistas. Como siempre, gracias a sus «fuentes de confianza», han oído la noticia y ahora quieren saber. Un mínimo, lo suficiente para activar esa bomba de carga personal que es la imaginación.

Cuarta hora.

Yo duermo.

El avión está en pista esperando permiso para despegar. Carla ha colocado el bolso en el portaequipajes, con la solícita ayuda de una azafata. Recibe la mirada insinuante de un par de pasajeros. Miradas en las que está la historia del mundo, pero no la de Carla. Si la conocieran, enseguida volverían a fijar los ojos en el periódico que están leyendo. Otros la ignoran, aunque de manera demasiado evidente. Quizá esperan llamar la atención precisamente así. A unos kilómetros de allí, en un chalé apartado, unos hombres quedan de guardia hasta que acordonen la zona. Los peces gordos se van, a informar a peces aún más gordos que a su vez se pondrán a las órdenes de peces enormes. El escalafón sube y sube, pero hay que tener cuidado con el último escalón porque después de éste viene el vacío. A unos kilómetros de allí, un delincuente llamado Tano Casale está dando vueltas en la mano a una quiniela de fútbol que cree premiada y se pregunta qué hacer. Mi propuesta lo ha seducido, excitado. Mi condición de buscado le ha hecho dudar, pero ha decidido esperar a ver cómo termina la cosa. Se dice a sí mismo que puede hacerlo todo solo, que en realidad no necesita a nadie. Total, es el amo del mundo y hasta de media Milán.

Quinta hora.

Yo duermo.

El avión es ahora un punto lejano, visto desde tierra. Una estela de humo en el despegue que será igual que la del aterrizaje, sólo que esparcida en otro cielo. Carla

siente leves escalofríos, provocados por la bajada de tensión y el cansancio. La mente está vacía y el cuerpo reclama reposo. Ha dejado para cuando llegue todos los planes, todas las perspectivas, todas las estrategias. Ha colocado el asiento del modo más cómodo, ha apoyado la cabeza en el cojín y se ha tapado con la fina manta que proporciona la compañía. Los motores zumban en la cola y es fácil abandonarse al sueño. A muchos kilómetros de allí se celebran reuniones para decidir cuál será la versión oficial de los hechos y cuáles serán las cosas que se callarán y se convertirán en un secreto personal o en un secreto de Estado. Un inspector de policía llamado Stefano Milla está pensando si será arriesgado comprarse ese Alfa Romeo Spider en el que se imagina sentado con el pelo agitado por el viento. Dinero tiene, y no siente el menor remordimiento por la manera como lo ha ganado. La única molestia que le causa es la de tener que justificarlo.

Sexta hora.

Carla duerme.

Yo me despierto.

El reloj de pulsera marca una hora que no me dice nada. Pienso en encender el televisor pero enseguida desecho la idea. Me encontraría en la pantalla con Corrado en *Domenica in* o a la banda de Arbore en *L'altra domenica*. A esta hora no hay telediarios. La gente quiere divertirse: unos deciden no saber y otros deciden olvidar. Es una aplicación humana de la propiedad comunicativa. Se elija lo que se elija, el resultado no cambia. Por otro lado, lo más que podría saber de cualquier fuente de información es lo parciales que son las noticias que yo conozco en su totalidad.

Me levanto y voy al baño. Hago cosas usuales, como si fuera un despertar más. Meo. Me lavo la cara. Me cepillo los dientes y, mientras, me digo que hace mucho que no como. La comida está hecha para los vivos y yo no tengo derecho a ella.

El caos y el azar. Ahora recuerdo.

Me miro, a la luz incierta que se filtra a rayas por las persianas. El espejo me devuelve una imagen que no me pertenece. Yo mismo no me pertenezco, porque llevo un nombre que ya no puede protegerme ni tiene remedio. Es como una camisa vieja y, como tal, hay que tirarla.

Salgo del baño y me dirijo al salón. Voy descalzo y noto el suelo frío y sucio. Las condiciones higiénicas de la clandestinidad siempre dejan mucho que desear. He visto la casa donde murió Daytona, he visto la casa donde han muerto Lucio y los otros.

En la villa de Bonifaci debía de ser distinto.

Pero todos han muerto del mismo modo.

Cojo la carpeta del mueble, me siento en el sofá, que me recibe con el ruido del plástico que lo envuelve. En la portada hay una etiqueta blanca. Una mano ha escrito algo con letra apresurada y una pluma negra.

Dédalo e Ícaro.

Lo pienso pero no me hace gracia. Quito la goma y abro la portada. Levanto las solapas. Dentro hay fotos y un legajo de documentos. Los saco y los ojeo, primero despacio, luego más y más rápido. Cuando llego al final vuelvo a empezar y lo miro todo con más calma. Esos papeles y esas fotos son la guía a un mundo subterráneo, un túnel excavado metro a metro por una completa falta de escrúpulos, guiada en la dirección debida por la ambición más desenfrenada. Uno lo recorre casi a costa de su razón, pues cuesta hacerse una idea de hasta dónde puede llegar la abyección del ser humano. En esos documentos hay pruebas suficientes para que un magistrado mande poner esposas, siempre que no se lo impidan.

Cierro la carpeta y me reclino en el sofá.

El techo es una pantalla en la que mi mente proyecta imágenes. Veo caras, lugares, colores. Son calles, personas, vistas de mar, juegos de niños, amores de adultos, escondites inseguros.

Y de pronto, sin querer, empiezo a reír.

Río por mí, por todos estos años pasados con una sospecha que ahora se ha convertido en una certeza. Río por aquella cuchilla de afeitar que me condenó de por vida a no ser más que un espectador, mientras en mi necesidad creía manejar al menos algún hilo. Río por Carla y por todos los aviones que primero despegan y después aterrizan. Río por los pechos de Barbara y la piel blanca de Cindy y por Laura, enamorada y traicionada. Río por Lucio y su música sin alma y sus inútiles años de fingimiento. Río por Giorgio Fieschi, que podría haber vivido en medio del fragor de los aplausos y ha muerto por el leve bufido de una pistola con silenciador. Río por Daytona y su reloj y su emparrado que, aun agonizando, quiso arreglarse. Río por Tano Casale y su voz que conozco. Río por los hombres que aceptaron defender a otros y no encontraron a nadie que los defendiera a ellos. Río por los ideales que matan y por la muerte de las ideas. Río porque sólo los estúpidos y los inocentes carecen de coartadas. Río porque el caos y el azar no están gobernando el mundo, están destruyéndolo.

Río, río, río.

Tan fuerte es la risa que los pulmones me duelen y me cuesta respirar. Tan fuerte que temo que alguien golpee en la pared para que cese el escándalo. Tan fuerte que me revuelco en el sofá y el plástico se me pega a la cara cubierta de lágrimas.

Cuando la risa cesa, sólo quedan las lágrimas.

Lágrimas de liberación, de pena, de adiós.

Me sobrepongo y me levanto. Sé qué hacer. Lo primero, localizar cuanto antes a Ugo Biondi, mi abogado. Llamo al bufete, por si acaso. Sé que es muy improbable que hoy lo encuentre allí, pero no puedo pasar por alto ninguna posibilidad. De hecho el teléfono suena y nadie contesta. Esperaba que estuviera en su despacho preparando una causa para el lunes, pero me equivoco. Ugo no es un estajanovista. El día que

instituyan el título de Caballero del Reposo, él será uno de los primeros a quienes se les otorgue.

Marco el número de su casa pero con el mismo resultado. Me imagino el teléfono sonando en una habitación vacía, rebotando contra las paredes. Contra los muebles y las lámparas y las alfombras y los libros de las estanterías.

Sólo hay otro lugar en el que puedo dar con él. Sé que tiene un chalecito en el lago Maggiore, en el que, putero como es, pasa muchos fines de semana con la cortesana de turno. A veces se la he procurado yo. *Gratis et amore Dei*, a cuenta de las relaciones públicas.

Creo incluso recordar el nombre del pueblo.

Marco el número del servicio de información de abonados. Pido al empleado el número de teléfono de Ugo Biondi en Arona. Mis dudas sobre el nombre de la localidad se disipan al instante cuando la voz me comunica el dato requerido.

Marco el número.

Todos los movimientos son enérgicos, precisos. Todos los sonidos son claros. El dedo en los agujeros del aparato, el ruido del dial que vuelve a la posición original. Ahora estoy lúcido y resuelto, como si hubiera esnifado una raya de coca.

El teléfono suena al otro lado de la línea. Largo rato, sin que nadie descuelgue el auricular. La respuesta me sorprende cuando voy a colgar.

—¿Sí, diga?

Jadea un poco, como si hubiera corrido para coger a tiempo el teléfono.

—Hola, Ugo. Soy Bravo.

Se queda sin habla. En su lugar, yo habría tenido la misma reacción.

—¡Cabrón! ¿Dónde estás?

—En un lugar.

Él lo dice más claro.

—En la mierda es donde estás.

—Ya no. Lo tengo todo resuelto.

—¿Todo resuelto?

—Soy inocente y puedo probarlo. Voy a entregarme y quiero que tú me defiendas. Creo que te dará bastante fama. Será algo complicado, pero ¿qué hay fácil en este mundo?

Un instante para reflexionar. Un segundo para responder.

—Estoy en el lago.

Sonrío. Mi llamada debe de haberlo sorprendido y desconcertado no poco, cuando dice tamaña tontería.

—Creo que lo sé, si te he llamado allí.

—Hombre, ya. Quiero decir que tardaré en llegar a Milán.

—Tarda lo que quieras. A ti no te persigue nadie.

Se hace otro breve silencio. Seguramente está preguntándose cómo me quedan ganas de bromear, dada mi situación. No sabe que voy a vivir uno de los momentos más bonitos de mi vida.

Aprovecho para seguir.

—¿Cuánto crees que tardarás, más o menos?

—Depende del tráfico. Hora y cuarto, hora y media.

—Nos vemos dentro de hora y media en tu despacho.

Cuelgo sin darle tiempo a replicar. Estoy seguro de que, si estaba follando, dejará a su bella en la cama a mitad de camino al paraíso, saltará dentro de unos pantalones y correrá a Milán todo lo rápido que le permita el coche que lleve.

Ahora debo confiar en tener otro golpe de suerte. Abro cajones y armarios hasta que encuentro una guía telefónica de Milán. Me apoyo en la mesa y busco el nombre de Stefano Milla en la lista. Podría estar de servicio, cosa muy probable dado la que está cayendo, pero prefiero dejar la llamada a la comisaria como último recurso.

Me contesta al sexto toque, con voz soñolienta. Probablemente ha estado de servicio toda la noche y lo he despertado. Sobra decir que me importa un rábano.

—¿Diga?

—Hola, Stefano. Soy Bravo.

Silencio. Sé que no da crédito a sus oídos. Al cabo oigo ruido de sábanas, como el que hace alguien al incorporarse bruscamente y sentarse en la cama.

—¿Diga?

—Digo que soy Bravo.

—Por desgracia te he entendido la primera vez. Es que quería asegurarme.

Emito por el aparato mi mejor voz de circunstancias.

—¿Cómo estás?

—Eres un capullo. ¿Te das cuenta de cuánta gente está buscándote?

No hay nada como un capullo para reconocer a otro capullo. Esto tengo que admitirlo.

—Lo sé. Pero no tendrán que molestarse más. He decidido entregarme. Pero antes necesito tu ayuda.

—¿Estás loco? Ya he corrido bastantes riesgos por ti.

—Te ofrezco dos alternativas. La primera es que haces lo que te digo, sacas un montón de pasta y te apuntas un tanto ante tus superiores.

—¿Y la segunda?

—Haces el tonto y vienes a la dirección que te dé con tus secuaces. Y en ese caso te aseguro que el viaje de vuelta lo hacemos los dos esposados. No sé si me he explicado.

Su voz cambia. Ahora pasa a ser el policía bueno. Quizá ya no es ni policía.

—Bravo, no puedes hacerme eso. Yo siempre he sido tu amigo.

—Tú no eres amigo de nadie, Stefano. Estoy seguro de que a veces no te soportas ni a ti mismo. El caso...

Dejo la frase en suspenso. Para tenerlo un poco en ascuas. Las ascuas queman y él me apremia.

—¿El caso...?

Le repito lo que acabo de decirle al abogado.

—El caso es que soy inocente, Stefano. Tengo pruebas. Y son una bomba que dejará un agujero como un cráter lunar.

—¿Cómo has podido meterte en este follón?

—Me han metido a la fuerza. Con la misma fuerza saldré. Si me ayudas, tú serás una de las personas que se llevará el mérito. Además de, insisto, una buena cantidad de pasta.

Mis últimas palabras parecen tranquilizarlo.

Estaría menos tranquilo si supiera quiénes son los de la carpeta. Si supiera lo que va a ocurrir con Tano Casale.

—¿Qué tengo que hacer?

—Espera en casa. Te llamo dentro de un rato y te digo adonde tienes que ir.

—¿Un rato cuánto?

—Cincuenta millones. ¿Te parece bien como hora aproximada?

También a él le cuelgo sin darle tiempo a rechistar. Estoy seguro de que hará lo que le digo, ahora y luego. En primer lugar porque está cagado de miedo, en segundo lugar porque cincuenta millones no los ha visto en su vida. No sabría siquiera escribir esa cifra, aunque sólo tuviera que copiarla.

No me queda más que esperar.

Me siento tranquilo ahora que el tiempo no corre en mi contra con riesgo de colisión frontal. En mi mente hay aún un avión que transporta a una mujer dormida, pero cada minuto que pasa está más lejos. Ahora es el momento de pensar en el avión que me llevará a mí. Adonde, lo decidiré también en el último momento.

Voy al baño y encuentro el ejemplar de *La Settimana Enigmistica* que dejé en el mueble de las toallas. El mismo gracias al cual desenmascararé a Lucio. Lo cojo y vuelvo al salón. Lo abro mientras me siento a la mesa y busco un enigma. Encuentro uno en la Página de la Esfinge.

Te tapa y rima. (2, 4 = 6)

Sonrío. El tema se adapta muy bien a las presentes circunstancias. La solución es una frase de cuatro y dos letras que, unidas, dan una palabra de seis. Enciendo un cigarrillo. Las tazas están todavía en la mesa. Una tiene en el borde el gusto de los labios de Carla. La otra está llena de café frío, que no bebí.

Me concentro en la adivinanza. Tardo un poco, pero al fin la resuelvo.

Es capa.

Escapa.

Tampoco era tan difícil. Todos los enigmas revelan su fragilidad, una vez resueltos. A veces basta leer una curiosidad en una revista de enigmas, a veces basta encontrar una pistola escondida, si se sabe dónde buscar. A veces basta abrir una carpeta de cartón. Por desgracia, en el camino se pierden muchas cosas y a muchas personas, que ya no vuelven.

Apago de nuevo el cigarrillo en el café. Ahoga el chisporroteo el ruido de una llave en la cerradura.

Me vuelvo hacia la puerta.

La cerradura cede y la hoja se abre. En el marco de la puerta aparecen dos personas y una maleta de tela puesta en el suelo. Una mujer con una chaqueta de paño me mira sorprendida y asustada. A su lado hay un niño pálido, moreno, de unos cinco años. El aspecto y la ropa son los de quien acaba de llegar de un viaje y no sabe qué es peor, si el lugar del que partió o el lugar al que llega.

Cuando llego al final de via Carbonia, veo el Giulietta de Stefano Milla aparcado en la acera de la derecha. A mi alrededor un barrio popular de Milán vive los últimos momentos de un domingo de primavera. El sábado es un recuerdo, el lunes una perspectiva deprimente. Pero aún quedan unas horas. El partido, la película, la pizza, el flipper, la música en locales y discotecas. Un hombre, una mujer, el asiento trasero de un coche, una cama, una paja en la oscuridad de un cine, besos casi sin lengua ni saliva de adolescentes. Un porro, una raya de coca, un chute, un vaso de pésimo vino, una Coca-Cola, un vaso de agua mineral con una rodaja de limón. Cada cual hace cola para pedir y tomar lo que más le va para ser o no ser.

¡Pelma de Hamlet!

Yo no tengo nada que compartir con los que me rodean. Ni el pasado, ni el presente, ni el futuro. Ni mi nombre oculto. Ni siquiera la cara puedo mostrar, tapada como la llevo por el cuello levantado, las gafas oscuras, la barba de varios días y un sombrero de Carmine que he encontrado en un armario. Mi «sábado de la aldea» ha estado salpicado de tiros y cadáveres en un chalé poco más allá de Segrate. La fiesta se acabó enseguida, como mandan los cánones. Aunque me la he lavado, aún siento en la cara las salpicaduras de sangre de Lucio.

Recuerdo lo que me dijo la noche en que fui a meterme en la boca del lobo.

No, Bravo. Yo soy un hombre muerto, igual que tú...

No, yo estoy vivo. Y espero no tener que lamentarlo.

Cruzo la calle. En la acera de enfrente me cruzo con un chico y una chica. Él es muy delgado, lleva el pelo largo y una chaqueta militar verde, justo sustituto del chaquetón con capucha para este tiempo. Ella tiene el pelo crespo y las mejillas granujientas y nunca será delgada.

Laurel y Hardy caminan abrazados.

Son preciosos.

Me los cruzo y llego al coche. Abro la portezuela trasera y echo el bolso en el asiento. Luego abro la delantera y me siento junto a Milla. Él vuelve la cara y observa mi nuevo aspecto, comparándolo quizá con un retrato robot que ya no corresponde a mi actual imagen. También él lleva un par de gafas. Está tenso, nervioso. Querría ser otro y estar en otro sitio y no lo disimula.

O quizá lo intenta y no lo consigue.

—Joder, Bravo, ¿te das cuenta del follón en el que estás metiéndome?

Sacudo la cabeza.

—No te meto en ningún follón. Al contrario.

Me quito el sombrero y lo arrojo al asiento trasero. Me paso las manos por el pelo. No estoy acostumbrado a llevarlo tan corto.

—Cuando todo haya acabado, para tus superiores serás el heroico inspector al que me he entregado. Y tendrás dinero. Y si haces lo que te digo, te verás incluso libre.

—¿Libre de qué?

—De tu romance con Tano Casale.

A su rostro llega algo que se va enseguida. Tan deprisa que no llego a saber qué es.

—No sé lo que tienes pensado, pero si se entera de que estoy conspirando a sus espaldas, soy hombre muerto.

Me quito las gafas y lo miro.

—Yo lo he sido un tiempo. Como ves, no es tan malo.

Él se decide y arranca.

—¿Adónde coño vamos?

—Piazza Amendola, número cinco. Ante la parada de taxis.

El coche se mueve. Yo me pongo de nuevo las gafas y me acomodo. Giramos a la derecha y tomamos via Arsia camino de la FERIA. Me repito que todo ha pasado. Que ahora ya nada puede herirme, hacerme daño. Con lo que llevo en el bolso, estoy en condiciones de hacer daño yo.

Y lo haré.

Paramos en un semáforo. Al lado hay una farmacia de guardia. Una mujer con una niña están entrando. El pensamiento vuelve a dos personas que acabo de ver en la puerta de un piso que por unos días ha sido un refugio seguro. Ahora sólo es otra dirección más en el plano de Milán.

En cuanto los vi aparecer me levanté y fui a su encuentro.

La mujer no se movió pero extendió la mano y atrajo hacia sí al niño. Vi que se ponía tensa. El temor y la sorpresa iniciales dejaron paso a la firmeza. La misma firmeza con la que abandonó al marido cuando comprendió que nunca cambiaría. Cuando decidió que su hijo no se criaría en la casa de un delincuente.

—¿Quién es usted?

Me detuve a un paso.

—Soy Bravo, un amigo de Carmine. Y usted supongo que es Luciana, su mujer.

La mujer no me hizo caso. Su mirada escrutaba el piso. Su condición de esposa de Carmine hace años que dejó de humillarla. Ahora no es más que un hecho fastidioso, como el polvo de los muebles y el mal estado del apartamento. Quizá está reviviendo momentos en los que aquellos muebles eran suyos, la casa estaba más limpia y su vida un poco más sucia.

—¿Le ha alquilado Carmine el piso? ¿Cómo es que no ha cambiado la cerradura?

Hice un ademán que abarcaba casas, cerraduras, decisiones.

—En realidad no lo tengo alquilado. Cuando a Carmine...

Observé al niño, que nos miraba alternativamente a su madre y a mí. A esa edad

son como esponjas. Comprenden mucho más de lo que parece. Y lo que no comprenden queda a veces impreso y oculto en algún sitio. Y con el tiempo a menudo hace mucho más daño. Por eso preferí no pronunciar delante de él la palabra «arrestado».

—Cuando a Carmine le pasó lo que le pasó, yo seguí pagando las facturas y los gastos de la comunidad.

—¿Por qué?

—A veces hay cosas que se hacen sin motivo.

—Aunque no lo parezca, siempre hay un motivo.

Me miró con ojos desencantados. Leí en ellos días pasados observando a las personas que conocía para ver si eran delincuentes como el marido o policías. Sin saber nunca cuál de las dos clases era más peligrosa. Pero con una certeza inquebrantable: las dos eran hostiles. Sólo una semana antes la habría puesto en el estante de los asuntos suyos y me habría ido. Ahora mis certezas presentaban profundas grietas y ese estante no era tan estable. Sus certezas, en cambio, parecían perdurar en el tiempo, porque tiempo y hechos las iban confirmando.

No me permitió añadir nada.

—¿Está usted escondiéndose aquí?

Sacudí la cabeza.

—Ya no. He tenido algún problema pero ya ha pasado. Estaba yéndome.

—¿Va armado?

—No.

Decidió que mi voz era sincera y mi mirada también. Por lo demás, también ella debía de tener por norma de vida no meterse en asuntos ajenos. Norma que por lo general es mitad decisión mitad imposición. Cogió la maleta y empujó dentro al niño. Se inclinó y empezó a quitarle la chaqueta, algo pesada para la estación del año.

—Lo siento, pero no tenía adonde ir. Acabamos de llegar de Alemania. Una vecina con la que he estado en contacto me ha dicho que aquí no había nadie. Siempre me he preguntado por qué no me deshice de la llave. Hoy lo he sabido.

El niño, liberado de la chaqueta, se sintió también libre para hablar.

—Mamá, tengo que ir al baño.

Ella se quitó la chaqueta y la dejó en el sofá. Llevaba una falda y una blusa cuyos colores hacían juego más por la falta de alternativas que por gusto personal. Me pareció algo regordeta pero bien proporcionada. Debió de ser una chica guapa antes de sufrir la terapia de choque que la existencia le tenía reservada.

—Ya vamos, ven conmigo.

Con el hijo de la mano se dirigió al pasillo. Esperé unos segundos, cogí la carpeta y me dirigí también al pasillo. Pero yo entré en el dormitorio. Oyendo el agua correr, me puse calcetines y zapatos y saqué la chaqueta de piel del bolso. Lo contrario hice

con todas las prendas que dejé esparcidas por el cuarto. Saqué el dinero y la quiniela de donde los escondí y metí el primero en el bolso y la segunda en la cartera. La carpeta completó mi equipaje. Cuando madre e hijo salieron del baño, pasaron por la puerta ignorando mi presencia. Eché un último vistazo por si me olvidaba algo. De mí no quedaba rastro, aparte de la huella de mi cuerpo en la cama. Pero también eso desaparecería.

Volví al salón y dejé el bolso junto a la maleta de Luciana. Unos llegan y otros se van. Lo de siempre. Con una diferencia. Las maletas del retorno son siempre más pesadas que las de la partida.

Me asomé a la puerta de la cocina. Luciana estaba dándole al niño un vaso de agua del grifo. El pequeño me miró con unos ojos sin brillo ni alegría. Parece mentira hasta qué punto la melancolía de ciertos viajes no perdona a nadie.

Me dirigí a la mujer.

—¿Habéis comido?

—Un bocadillo en el tren.

Le señalé los armarios y abrí el frigorífico.

—Aquí hay un montón de comida. Todo conservas, pero puede bastar para unos días.

Luciana empezó a abrir armarios y ver el contenido. El pequeño nos dejó y se fue al salón, a tomar posesión de ese nuevo recinto.

Terminada la inspección, Luciana me miró. Tenía un rostro agradable y unos ojos que alguna vez debieron de estar vivos.

—¿Tiene hambre? Si quiere puedo preparar un plato de pasta.

—No, gracias. Llevo un poco de prisa. Tengo cosas que hacer. Ya tendré tiempo de comer.

Del otro cuarto nos llegó la voz del niño.

—Mamá, me sale sangre de la nariz.

—Oh, Rosario, otra vez.

La mujer dio un paso al lado para sortearme. Acudió al niño, que tenía la cara alzada. Del orificio derecho de la nariz le salía un chorro de sangre. La mujer buscó en el bolso y sacó un pañuelo que ya estaba manchado de rojo. Se acuclilló y se lo apretó contra la nariz para detener la hemorragia.

Entonces se volvió a mí. Tenía los ojos arrasados en lágrimas. Las lágrimas inconfundibles de una madre que sufre.

—He vuelto porque el niño no está bien. Es hemofílico y en Alemania no podía curarlo porque el servicio sanitario no me cubría la terapia. Se necesitan inyecciones que son muy caras y yo no tengo para pagarlas.

Hizo una pausa. Su expresión era nuevamente de coraje.

—Pero lo tendré. Aunque tenga que obligar a Carmine a vender la casa.

Comprarla fue lo único sensato que hizo.

Otra pausa. Aquella época debía de ser difícil de borrar. Como tomar decisiones.

—Cuando me fui me dije que no quería nada de él. Pero ahora es distinto. Ahora tengo responsabilidades y ya no soy dueña de mi vida.

No tuve valor para decirle que la casa no podía ya venderse. Los familiares de las víctimas se han constituido en parte civil. El juicio por indemnización se prolongaría sine die, pero en la práctica la disponibilidad del piso quedaba congelada.

Luciana retiró el pañuelo para ver si la hemorragia había cesado. Limpió las últimas huellas de sangre de la cara de su hijo. Lo abrazó.

—¿Ves como ya ha pasado?

—Como siempre.

—Y ahora que estamos aquí te curamos para que no vuelva más.

Se levantó. Rosario siguió el movimiento con los ojos.

—Mamá, estoy cansado. ¿Puedo irme a la cama?

—Sí, ve. Duerme un poquito mientras mamá prepara la comida.

Luciana cogió al niño y los dos desaparecieron de nuevo por el pasillo. Antes de salir, el pequeño me miró abiertamente a la cara por primera vez. Luego, todo serio, me hizo un gesto con la mano. No entendí lo que me quería decir. Pero no siempre hay que entender ciertos ademanes, basta recibirlos.

Descolgué el teléfono y llamé a Milla. Le di la dirección y quedamos para una hora después. Colgué dejándolo lleno de temor e inquietud. Estaba harto de sembrar ese campo yo solo. En adelante lo haría acompañado.

Cogí el dinero del bolso y conté tres millones. Los dejé en el mueble, exactamente donde antes estaba la carpeta. Quizá Luciana torcería el gesto si supiera de dónde provenían mis ahorros. Pero no podía permitirselo, teniendo en cuenta para qué servirían. La voz de la mujer me sorprendió cuando aún estaba colocando los billetes.

—Pobrecito, se ha dormido ense...

Vio el dinero y enmudeció. Rápidamente me miró. El estupor contaminó pronto el recelo. También es posible lo contrario, no lo sé. Quizá era la primera vez que veía aquella cantidad junta. Desde luego había soñado con ella desde que supo que su hijo estaba enfermo.

—Debería bastar para empezar. Luego estoy seguro de que Rosario podrá curarse sin que tengáis que vender la casa.

Luciana estaba aliviada y temerosa a la vez. Como cualquier mujer que recibe un regalo de un hombre sin que le pida nada a cambio.

—¿Por qué lo hace?

Le sonreí.

—Es inútil que me haga esa pregunta. Ya estoy haciéndomela yo.

Ella cogió el dinero, lo dobló en dos y se puso a meterlo en el bolsillo de la chaqueta. Yo miré la hora. Había tiempo, todo el tiempo necesario. Y de pronto me entró hambre.

—Ahora, si la invitación sigue en pie, aceptaría con gusto ese plato de pasta.

Un frenazo me arranca de mis pensamientos. Un tío en bicicleta que iba delante de nosotros ha girado de pronto sin indicarlo con el brazo. Milla ha tenido que frenar en seco para no atropellarlo.

—¡Payaso!

Yo miro al payaso. Que ni siquiera se ha dado cuenta de que casi se deja la piel bajo las ruedas de un coche y sigue pedaleando tranquilo hacia el próximo frenazo y el próximo insulto.

—Bravo, ¿quieres explicarme lo que pasa? Han muerto muchas personas.

—Lo sé. Pero te juro que yo no he matado ni a una.

Él espera el resto. Yo no me veo con ánimos de contárselo.

—Por favor, Stefano. Es una historia larga y temo que tendré que contarla mil veces en la comisaría. Si tienes un poco de paciencia, creo que te cansarás de oírla.

—Dime por lo menos adónde vamos.

—A recoger a mi abogado. Quiero que alguien me acompañe durante el interrogatorio.

Eso parece tranquilizarlo definitivamente sobre mis intenciones. No está tan sereno en lo que respecta a otras cosas. Cosas de su vida, no de la mía. Sabe que tiene las pelotas en un cepo y yo puedo hacer saltar ese cepo. Conozco esa sensación y no es nada agradable.

A todo esto hemos pasado la Feria y hemos llegado a piazza Arriendola. Señalo el edificio y Milla para el coche delante del portal de madera de un edificio de época de seis pisos. En el segundo está el despacho en el que me espera mi abogado. Abro la portezuela y antes de apearme doy a Stefano las oportunas instrucciones.

—Espérame aquí. Tardo poco. Entretanto podrías hacer una cosa. Llama a Tano. Dile que mis problemas se van a acabar pronto pero que no me perderán de vista en bastante tiempo. Es demasiado peligroso para mí y para él que me vea implicado en primera persona en la operación que él sabe. Creo que estará de acuerdo conmigo.

—¿Nada más?

—Nada más. Él entenderá.

Saco una pierna y su mano me detiene cuando el pie toca el asfalto.

—Bravo, yo me estoy jugando el cuello por ti. ¿Qué me dices del dinero?

—¿Qué dinero?

—No te hagas el tonto. Mis cincuenta millones.

Le sonrío. La misma sonrisa que podría haberle puesto a un niño con la nariz sangrando.

—Aún no te los has ganado.

—¿Cómo que aún no me los he ganado? Estoy aquí, ¿no?

—Estar aquí sirve para comprar mi silencio. Ese dinero es para comprar el tuyo.

—Bravo, no entiendo.

—Por ahora no es necesario. Cuando llegue el momento, entenderás.

—¿Y quién me garantiza que me darás el dinero?

Pongo una cara que muestra lo incierto que es el futuro para todo el mundo.

—Lo siento, inspector. Temo que esta vez tendrás que fiarte.

Bajo del coche y cojo el bolso del asiento trasero. Cierro las portezuelas y dejo a Milla sentado a la vez en el asiento de un coche y en una alfombra de clavos. Doy unos pasos y toco el timbre del abogado Ugo Biondi.

La puerta se abre casi de inmediato.

Entro en el zaguán y lo cruzo. La luz se filtra atenuada por los cristales esmerilados de la puerta de la entrada. En la penumbra, la decoración de las paredes parece aún más austera. Subo unos escalones y me hallo en el rellano del ascensor. Dentro no hay pintadas. La madera está brillante y bien cuidada. Huele a cera y me hace sonreír una banqueta forrada de terciopelo en la que puede uno descansar del breve viaje.

Pulso el botón del segundo piso y me quedo de pie. Ugo me espera en la puerta.

—Hola.

—Entra, rápido.

Cierra la puerta y me conduce por un bufete que huele a papel, a tinta y a cuero. Sólo hay puertas cerradas, por lo que no consigo recordar a qué se dedican las diversas estancias que dan al pasillo. Pero aquélla en la que entramos parece sin duda alguna su despacho. Debo decir que mi abogado se trata bien y por tanto trata bien a sus clientes. Pocos de los cuales lo merecen realmente, siendo él abogado criminalista.

La mesa es una imponente pieza americana de principios del siglo xx. Los demás muebles y las librerías llenas de libros y códigos que cubren casi todas las paredes hacen juego con la protagonista de la decoración. Los cuadros tienen toda la pinta de no ser baratijas.

Ugo me señala uno de sus sillones Frau que hay ante el escritorio.

—Siéntate. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

El abogado se sienta en el lugar que le corresponde. Yo estoy ya sentado en el mío. Pese a todo, esto no es más que un ensayo general de lo que suele seguir a encuentros como el nuestro. Una silla para el acusado, un estrado para el juez.

Toma un lápiz. Empieza a jugar con él. Debe de hacerlo siempre que habla con un cliente. Las historias que un criminalista está obligado a escuchar deben de

poner muy nervioso.

Y él lo está, sin duda. Tiene delante al prófugo número uno. Y le importa reafirmármelo.

—Tú dirás. Te has hecho famoso. Pocas veces en mi vida he visto un follón tan grande.

—Piensa que yo lo he vivido desde dentro. Se ve de otra manera.

Apoya los antebrazos en la mesa.

—Te escucho.

—¿Por dónde empiezo?

—Empezar por el principio es siempre una buena táctica.

Le cuento todo. Mientras hablo me asombro de ser capaz de hilvanar un hilo tan complicado sin que se me líe. A cada palabra los ojos de Ugo se abren un poco más. Cuando acabo él ha dejado hace rato de jugar con el lápiz.

—¡Joder!

Considero oportuno ampliar el concepto para adecuarlo a los hechos.

—Y mucho. Pero eso no es todo.

Busco en el bolso que he dejado junto al sillón y arrojó la carpeta a la mesa.

—Echa un vistazo a esto.

Él la toma y retira la goma sin saber que está quitándole la lengüeta a una granada. Emplea un buen rato en examinar varias veces los documentos. Su expresión de estupor debe de ser más o menos la misma que puse yo cuando los vi por primera vez.

—Bravo, esto es una bomba atómica.

—Que podría acabar no explotando.

Los dos sabemos a qué me refiero. El asunto es de tal magnitud que no sería nada improbable que le echaran tierra. El secreto de Estado es una palabra mágica que cierra muchas puertas, en vez de abrirlas. También hay otra posibilidad. Él la expone el primero.

—O podría explotarnos en las manos.

Desde que ha visto esos documentos sabe que nuestras vidas podrían no valer un pimiento. Hay cosas que sólo parecen posibles en las películas. Nadie piensa que a veces salen en las películas precisamente porque han ocurrido en la realidad.

Decido tomar el toro por los cuernos.

—¿Tienes fotocopidora aquí?

—Sí.

Me mira. Quizá en su mente había empezado a formarse una idea. Ahora espera a saber la que ha concebido la mía.

—¿Tienes caja fuerte?

—Naturalmente.

Me corro al borde del sillón.

—Podríamos hacer lo siguiente. Preparar sobres con copias de los documentos, cada uno dirigido a la redacción milanesa de un periódico. *Corriere della Sera, La Repubblica, La Stampa, Il Giorno, La Notte*. Los metes en la caja fuerte y le dejas una nota a tu secretaria diciéndole que mañana por la mañana los entregue personalmente en la redacción de los periódicos.

Lo piensa un momento.

—Podemos hacer algo mejor.

Coge el teléfono y marca un número. La respuesta llega tras algunos toques.

—Buenas tardes, Federica. Soy Biondi. Sé que es domingo, pero necesito que me haga un gran favor. Se trata de algo de la máxima importancia.

Espera una respuesta afirmativa. Debe de haberla recibido, porque prosigue.

—Dentro de una hora habrá sobre mi mesa unos sobres con direcciones de Milán. ¿Sería tan amable de pasar a por ellos y entregarlos personalmente?

Al otro lado de la línea una lógica objeción, que intenta salvar lo que queda del día festivo.

—Preferiría que lo hiciera esta tarde. Ya le explicaré todo.

La persona que habla al otro lado de la línea debe de haber entendido que se trata de una cosa seria.

—Sabía que podía contar con usted. Por la molestia tiene usted un día libre esta semana, el que quiera. Y dos entradas para la Scala.

La conversación se termina con un saludo.

—Igualmente, Federica. Y gracias de nuevo.

Ugo cuelga. Señala el teléfono como si señalara a la persona con la que acaba de hablar. Aunque no se las pido, me da sus referencias.

—Federica Isoardi es mi secretaria. Lista, fiable y reservada. Es muy guapa, pero es tan buena en su trabajo que nunca he intentado nada, por miedo a perderla.

Me mira a los ojos de manera muy significativa, con las manos posadas en la carpeta.

—Será un exceso de prudencia, pero prefiero que este material no pase la noche en este despacho.

Suspira. El mundo es un sitio feo. Feo, sucio y peligroso.

Como si le costase trabajo, se levanta.

—Muy bien. A trabajar.

Me levanto también.

—Hay otra cosa que deberías hacer por mí.

—Dime.

Me meto la mano en el bolsillo y saco la cartera. La abro y cojo la quiniela y el recorte de periódico con los resultados de los partidos de aquel afortunado domingo.

—Cobrar esto cuando yo te lo diga.

La coge con dos dedos. La estudia intrigado.

—¿Qué es?

—Una quiniela premiada con cuatrocientos noventa millones.

Alza la cabeza de golpe. He de decir que el abogado Biondi es más bien monocorde en sus exclamaciones de sorpresa.

—¡Joder!

—Eso hay que evitar, que nos jodan.

Compara los resultados del recorte con los del boleto para cerciorarse de que coinciden. Sabía que lo haría. En parte por curiosidad personal, en parte por deformación profesional. Comprobaría el boleto aunque se lo hubiera dado su madre. Casilla tras casilla llega hasta el decimotercer resultado válido.

Y entonces deja escapar una exclamación.

—Cuatrocientos noventa millones. ¡Qué suerte!

Sosteniendo ese papelito como si fuera la cosa más frágil del mundo, Ugo se acerca a un cuadro que hay en la pared de mi izquierda. Lo abre como si fuera la puerta de un armario y detrás aparece una caja fuerte. Ni siquiera un abogado experto como él, con todos los buenos asesores que podría tener, ha discurrido un escondite menos trillado. Mete con cuidado el boleto dentro.

—Ya que estás, guarda también esto.

Me inclino y saco del bolso todos los billetes de banco que contiene. Doy dos pasos y se los pongo en la mano. Mi cada vez más atónito abogado guarda el dinero junto con el boleto multimillonario. Cuando cierra la puertecita, el cuadro vale bastante más que antes.

Volvemos a la mesa. Ugo toma la carpeta.

—Te haré un recibo por lo que me acabas de dar. Pero creo que ahora tenemos cosas más importantes que hacer.

—Estoy de acuerdo.

Lo sigo fuera del despacho hasta una especie de trastero en el que hay una fotocopidora. Trabajamos sincronizados, en silencio, hasta tener todas las fotocopias que necesitamos. Al final de la operación tenemos sobre la mesa una serie de sobres de papel marrón. Todos tienen escrita bien claramente una dirección.

Todos menos uno. El que yo necesito.

Volvemos al despacho y dejamos la carga sobre el escritorio. Ugo se sienta y a vuelapluma, en un folio, escribe unas líneas. Lo fecha, lo firma y me lo da.

—Tu recibo. Lo siento pero no soy capaz de escribir a máquina.

—Me conformaré.

Deja otro folio, con instrucciones para la secretaria, sobre la pila de sobres.

Nos miramos. Los dos sabemos que allí no queda nada que hacer.

Ugo se vuelve y coge un maletín de piel de una mesa que hay a su izquierda. Lo abre y mete la carpeta con los documentos originales. Luego se levanta con la mirada de un hombre dispuesto a luchar. Sólo en la refriega sabrá si es contra gigantes o contra molinos de viento.

Queda una cosa por decir. Y la digo.

—Ugo, abajo hay un policía esperándonos.

—¿Qué?

—Tranquilo. Lo he llamado yo, acordaremos una versión convincente de mi arresto. He querido que sea él quien nos lleve a la comisaría.

Ugo me estudia y de pronto se ha convertido en un hombre de leyes delante de un prófugo.

—¿Por qué él?

—Porque lo conozco y quiero que se lleve el mérito. Y porque es el único que antes de conducirnos a la comisaría aceptará pasar por otro sitio.

—¿Por otro sitio?

—Sí. Quiero decirle adiós a un viejo amigo.

Ugo, como ser humano y como abogado que es, no puede menos de hacer una pregunta instintiva.

—¿A quién?

Lo miro y le sonrío.

—A Francesco Marcona, más conocido como Bravo.

Doy media vuelta y me dirijo a la entrada.

El abogado Ugo Biondi, con su maletín de piel, en pie junto a su mesa de varios millones, en su despacho de profesional de éxito, está desconcertado.

Yo, con mi sobre marrón en la mano, estoy feliz.

El Giulietta recorre a velocidad moderada viale della Liberazione.

Milán se ha encendido y se apresta a celebrar un nuevo rito nocturno. Se verán los mismos personajes de siempre. Ricos, pobres, policías, delincuentes, artistas y putas. A veces las caras cambian, los papeles nunca, de modo que siempre cuesta saber quién es quién. Con una pequeña diferencia en lo que a mí concierne. Las cosas a mi alrededor han viajado a la velocidad de la luz. Para el resto del mundo no ha pasado más que una semana, para mí han pasado años.

Demasiada sangre, demasiados muertos, demasiada cruda realidad.

La realidad a la que voy a hacer frente.

Stefano Milla conduce de forma muy ortodoxa, como si tuviera miedo de cometer una infracción y que nos paren sus colegas. La presencia del abogado le aconseja no informarme sobre la llamada a Tano Casale. La etapa no prevista, que le he comunicado al subir al coche, no ha hecho sino ponerlo más nervioso.

Los clavos en los que estaba sentado se han convertido en espadas.

Enfilamos via Cartesio y nos detenemos en la esquina con piazza della Repubblica. A la derecha se alzan los árboles del parquecito que hay frente a la fachada principal del Hotel Principe di Savoia.

Abro la portezuela.

Desde el asiento trasero, Ugo expresa en voz alta lo que estoy seguro de que también está pensando Milla.

—Bravo, ¿estás seguro de lo que haces?

—Al cien por cien.

El porcentaje de seguridad que siento en mi fuero interno es mucho menor, en realidad. Pero hay cosas que esperamos toda la vida. A veces no basta una vida. Y cuando llegan no podemos sino seguir las. Ésta es una de esas cosas. Por lo demás, el futuro está en las manos de los dioses, lo que nunca ha sido una gran garantía.

Bajo del coche y subo sin prisa la rampa que lleva a la entrada del hotel. Cristal, madera, estuco. La luz de las lámparas de dentro reverbera en la explanada donde paran los coches y descargan equipaje. Se respira una atmósfera como de jauja y de perfumes. En lugares como éste, basta que se haga de noche para que se sienta uno en una perenne Navidad.

A ambos lados de la puerta hay dos coches de la policía, como siempre que algún personaje importante se aloja en el hotel. Los policías esperan sentados en asientos forrados de tedio. Cuando llego, un agente me mira por la ventanilla abierta, distraídamente, sin dejar de hablar con su colega.

Quizá están comentando los últimos acontecimientos que han movilizado a las fuerzas del orden de todo el país. O quizá simplemente están diciéndose que un mes

de su sueldo daría apenas para pasar un fin de semana en ese hotel.

Franqueo el umbral pensando que en la vida hay dos cosas difíciles de vencer: el aburrimiento y el miedo.

Llego a la recepción, donde un portero uniformado observa con preocupación mi ropa no precisamente impecable, mi chaqueta de piel y mi barba de varios días. Aun así, se muestra amable y correcto. No por consideración a mí, sino a sí mismo.

—Buenas tardes. ¿Puedo hacer algo por usted?

Le leo en los ojos lo que de verdad querría decirme.

¿Por qué no das media vuelta y te largas, piltrafa?

Es típico de las personas pequeñas investidas con un pequeño poder. Fuertes con los débiles, débiles con los fuertes. Se quedaría desconcertado si pudiera leerme el pensamiento y saber hasta qué punto lo mando a cagar. Pero también yo me muestro amable y correcto. Por ironía conmigo mismo, no con él.

—Sí puede hacer algo por mí. Sé que el senador Sangiorgi se aloja aquí. Debo entregarle un sobre. Personalmente.

Me observa como si le hubiera pedido que me tocara las pelotas.

—Lo siento, pero me temo que no es posible. Supongo que el señor entiende los motivos. Si quiere, yo mismo puedo hacérselo llegar. El senador tiene...

Lo interrumpo. Nunca sabré lo que el senador tiene.

—Llame al senador o a quien lo represente y dígame que Nicola Sangiorgi está en el vestíbulo y pide permiso para verlo.

El nombre le hace cambiar un poco de actitud. Con todo, existe la posibilidad de una trivial homonimia y él se protege contra esta eventualidad.

—¿Es usted pariente del senador?

—Bastante.

Hago una pausa de más de diez años.

—Soy su hijo.

Hace siglos que no pronuncio estas palabras. Las oigo como si cayeran retumbando en el piso de mármol. Creo que lo mismo le ocurre al portero, porque cambia la expresión.

—¿Me perdona un momento?

—Desde luego.

Se dirige a un extremo del mostrador. Descuelga un auricular, marca un número interno y habla con alguien. Debe de ser una persona importante, porque asiente sumisamente con la cabeza una y otra vez.

Cuando vuelve es sólo amable.

—¿Tiene la bondad de esperar aquí, señor Sangiorgi?

—Claro. Tengo la bondad de esperar aquí.

Creo que está tan pagado de sus buenos modales que no advierte que le estoy

tomando el pelo. Me alejo unos pasos. Flota en el aire un buen perfume, la calidez del terciopelo de los divanes, el esplendor de los dorados. Pero todo sigue dando esa impresión de provisionalidad que ni siquiera el mejor hotel del mundo puede borrar. Cuesten lo que cuesten las sábanas en las que dormimos, la madera de las sillas en las que nos sentamos, el champán que bebemos, la mujer a la que invitamos, una habitación de hotel no deja de ser una habitación de hotel.

Un hombre de mediana edad, no muy alto, con pelo y barba entrecanos y un traje marrón...

Dios, ¡cuánto odio el marrón!

... sale de detrás de una columna y me busca con los ojos. Me ve y viene hacia mí. Se cruza con un grupo de extranjeros que salen y les cede el paso. Las mujeres visten traje de noche y los hombres esmoquin. Van a la Scala o a saber dónde cojones. Me dan ganas de arrojarles un cubo de mierda tan grande que lo tiñera todo de marrón, incluida la cara del tipo que viene a mi encuentro.

Cuando llega a mi lado no puede menos de levantar la cara y mirarme. Y no parece que lo que ve le haga mucha gracia. Su voz tiene un acento siciliano con el que hace tiempo que no estoy acostumbrado a oír que pronuncien mi nombre.

—¿Es usted Nicola Sangiorgi?

—El mismo.

Me tiende la mano.

—Mucho gusto, yo soy Enrico della Donna. Su padre, el senador, me honra con su confianza.

Como si dijera: soy su secretario y le chupo el culo todas las veces que me lo pide.

Le estrecho la mano sin entusiasmo. Estoy seguro de que él siente aún menos.

—Está un poco distinto de las fotos que he visto en casa de su padre. Ha madurado, se ha hecho más hombre.

No creo que espere respuesta. En cualquier caso no se la doy.

—Si quiere seguirme.

Quiero seguirlo. Y lo hago.

Della Donna me precede por un pasillo enmoquetado. El papel de las paredes está impoluto, como cumple al lugar.

Él camina como un siervo. Yo camino como un prófugo que ya no tiene nada que temer.

—He sabido por el senador que trabaja usted en América Latina. Siempre merece encomio quien trata de abrirse camino con sus propias fuerzas. No muchos, en su caso, habrían escogido el camino más difícil.

Llegamos al final del pasillo. El hombre al que el senador, mi padre, honra con su confianza lleva a cabo una de sus importantes misiones. Pulsa el botón del ascensor.

Y sigue hablando.

—Imagino que ha vuelto a Italia al enterarse de la desgracia de su tío. Algo verdaderamente terrible. Nos hemos quedado aquí en Milán esperando a que los jueces den permiso para proceder al entierro. Si nos hubiera avisado, le habría enviado un coche al aeropuerto.

No sé cuánto sabe de mí ni de mi historia, porque no sé hasta qué punto llega la confianza depositada en él. La lógica de sus palabras hace aguas por todas partes, pero nadie como el secretario de un político para creer lo que le convenga.

Entramos en el ascensor y, por ese extraño rito que se oficia en todos los ascensores del planeta, se hace el silencio. Las paredes son de madera, con molduras más oscuras que parecen de raíz. Enfrente de la puerta hay un espejo que recibe y despide a la imagen de los pasajeros.

La cabina se detiene en el piso previsto.

Della Dona sale al pasillo para mostrarme el camino.

Yo sigo dentro. Le hago un gesto que pide venia.

—Perdone un momento.

—Desde luego.

Me meto la mano en el bolsillo y saco un mazo de llaves.

Elijo la más puntiaguda.

Y, con la máxima tranquilidad y con mano firme, grabo en la madera brillante dos frases.

Luca es un maricón.

Mary es una puta.

Quien lo lea tendrá que fiarse, porque no recuerdo los números de teléfono.

Della Donna no hace comentarios. Sin duda los hace en su cabeza. Es libre de hacerlo, no le cuesta nada. Si metiéramos en la cárcel a todos los que han soñado con matar a alguien, habría que transformar en prisión el país entero.

Avanzamos por el pasillo hasta que llegamos a una puerta sin número. Es lo que sucede con las suites. El hombre llama con discreción y no espera a que le contesten. Me abre la puerta, me invita a entrar. Enseguida la hoja se cierra, silenciosa y discreta.

Mi padre está en pie en medio de la estancia.

Es alto, bien plantado. Tengo delante a quien podría ser mi retrato cuando tenga su edad. Los ojos negros me miran sin curiosidad, la misma falta de curiosidad que siento yo. Debería sentir emociones, tener recuerdos que acuden, imágenes que vuelven. Debería tenderle la mano o escupir en la suya si él me la tiende. Pero no experimento nada. He visto demasiada sangre los últimos días y ya no siento su

llamada. No es un reencuentro de padre e hijo, sino el de dos personas que tarde o temprano tenían que verse.

Nos separan unos metros pero es una distancia enorme.

Su tono es el de siempre. No pregunta. Exige saber.

—¿Dónde has estado?

—¿Quiere hacerme creer que le importa?

He recobrado mi acento siciliano y lo trato de usted, como tantas veces me dijo que él trataba a su padre. No acusa ninguna reacción. Se acerca. Ahora está a un paso de mí. La bofetada llega sin avisar y me ocupa toda la cara. Pero ya no soy un muchacho y ahora no me hace daño.

Enderezo la cara, y finalmente sonrío.

—Es sumamente fácil esconderse de quien no te busca.

El senador Amedeo Sangiorgi no se descompone. Su actitud no ha cambiado. Su tono no ha cedido un ápice. Sigue exigiendo saber.

—¿Por qué te fuiste?

—Porque tenía miedo.

—¿De quién?

—De todo. Pero sobre todo de ti.

Encaja mis palabras impertérrito. Como si fueran una de las muchas críticas absurdas que le hace la oposición en el parlamento. Se acerca a una mesa en la que hay una cubitera con una botella de agua mineral. Se sirve un vaso. Lo apura y lo deja en el tablero de madera con cuidado, como si no estuviera seguro de su consistencia.

—Se sigue una pregunta lógica. ¿Por qué has vuelto?

—He vuelto para hablarte del caos y el azar.

Cuando alza la mirada hacia mí, hay un signo de interrogación en sus ojos. Pero aún no hay curiosidad. Está sólo preguntándose si su hijo no habrá perdido la cabeza. Va a sentarse a un sofá de terciopelo carmesí. Abre los brazos y los apoya en el respaldo.

Continúo. Ahora me toca a mí. Ahora soy yo quien exige que me escuche.

—He vuelto para contarte cómo estos dos factores han cogido de la mano a Nicola Sangiorgi y lo han transformado en otra persona.

Doy unos pasos por la estancia. Mi mirada se posa en un cuadro que cuelga de la pared, una copia notable de *Le Moulin de la Galette* de Utrillo.

Noto sus ojos clavados en mi nuca.

—Cuando me fui, me escondí en una pensión de mala muerte en Roma. Conocí a un pobre diablo que trabajaba en el registro civil de un pueblo de Perugia. Su mujer tenía cáncer y se había gastado todo lo que tenía en tratamientos. Éramos dos personas hechas para entenderse. Él necesitaba dinero, yo necesitaba un nombre. Así, yo le encontré el dinero y él me encontró el nombre.

Me vuelvo de manera que me vea la cara. Pero sobre todo para poder verlo yo. Es un espectáculo que no me perdería por nada del mundo.

—Me incluyó en el libro de familia de una pareja que había emigrado a Australia para reunirse con unos parientes. Desgraciadamente para ellos, poco después se mataron en un accidente de avión durante un vuelo interior. Como ves, el caos y el azar de los que te hablaba en perfecta armonía. Ironías de la suerte. Yo acababa de nacer y ya era huérfano. Y Marisa y Alfonso Marcona pasaron a mejor vida sin conocer a su único hijo, Francesco.

Tarda un poco en asociar el nombre y el apellido. Pero de pronto cae en la cuenta.

Los titulares de los periódicos, el retrato robot que sólo ahora advierte lo mucho que se me parece, los informes de la policía que me busca, informes que, dada su posición, ha leído sin duda.

—Tú eres ese...

No sé si le falla la voz o es que lo interrumpo.

—Sí. La persona utilizada para llegar hasta Bonifaci. ¿No te lo ha dicho Carla, suponiendo que se llame así?

Le doy tiempo a preguntarse lo que sé. Me reservo el placer de decirle que lo sé todo poco a poco.

—¿O acaso ha desaparecido, sin entregarte ni a ti ni a tus amigos lo que fue a buscar a la villa de Lesmo?

Se pone en pie. Sus ojos centellean. Pero son llamas fatuas, un fuego que sólo se quema a sí mismo.

—¿Mi hermano está aún caliente en el ataúd y tú me vienes con estas tonterías?

—A tu hermano lo has metido tú en el ataúd.

Mi tono es el tono con el que se le pidieron explicaciones a Caín.

Por primera vez en mi vida veo una espada traspasar la invulnerable coraza del senador Sangiorgi. Su voz suena un tanto cascada cuando se acerca al teléfono y levanta el auricular.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loco? Ahora mismo llamo a la policía y hago que te detengan.

—No hace falta. En cuanto salga de aquí iré a entregarme.

Lanzo el sobre de papel marrón sobre el sofá en el que estaba sentado.

—Pero primero quiero darte esto. Te lo has ganado.

Con los ojos ha seguido el vuelo del sobre. Cuelga torpemente el receptor, que queda torcido, y se dirige al sofá. Sus ojos no se apartan de ese envoltorio que descansa sobre el asiento de terciopelo como una joya sin valor.

Se sienta, lo coge y lo abre.

Dentro está todo.

Su historia y la de Mattia Sangiorgi.

Fotos de mi tío desnudo en la cama con una chica a la que no conozco. Documentos que demuestran su relación con la mafia, en la persona de Turi Martesano, el capo más poderoso de toda Sicilia. El apoyo que éste prestó para encumbrar a los dos hermanos en el mundo de la política. Concesiones amañadas, tráfico de influencias, sobornos, asesinatos de personas incómodas, elecciones fraudulentas.

Documentos que representan muchos años de vida y al mismo tiempo muchos años de cárcel.

Cuando ha terminado de examinar la carpeta, mi padre levanta la cara. Del hombre que ha sido hasta este momento no queda rastro. Eso hace que se pierda también todo rastro del hombre que he sido yo.

Sólo puedo hacer una pregunta.

—¿Por qué?

Me mira.

A mi mente acuden de pronto recuerdos que reclaman sus derechos. La casa de Mondello, el olor de la tierra, el azul del mar, los paseos por las calles de Palermo, el perro que venía corriendo a recibirme cuando yo volvía de la escuela, las cenas con los amigos de mis padres, a los que yo daba las buenas noches rodeando la mesa bien servida.

La figura inflexible de mi padre, las personas a las que recibía en su despacho, su cara cada vez menos presente en casa y más presente en los carteles electorales. La cara de mi madre, su diplomacia con su marido y su complicidad conmigo. Su entierro, al que no fui porque ya me había convertido en Bravo y me quería más a mí mismo que a la mujer que me trajo al mundo.

Todo gira y se confunde. Los rostros pasan a ser imágenes desdibujadas y luego sólo color, las palabras sonidos indistintos que se refugian en la pregunta que repito.

—¿Por qué?

Mi padre se levanta y va a asomarse a la ventana. Lleva una camisa blanca sin corbata, chaleco y pantalones oscuros. Antes era alto, caminaba erguido y transmitía una sensación de solidez. Ahora parece de pronto que la ropa le queda holgada. Se lo ve más cargado de hombros y su paso no es ya tan decidido. Ahora tengo delante lo que podría haber sido mi retrato si hoy no hubiera venido.

Su voz ha vuelto a la tierra. Ahora es la voz de un hombre.

—Cuando entré en política todo estaba claro. Había un punto de partida y un punto de llegada, y hacia ese punto debía ir, sin dudas ni concesiones. Tenía en mente mil programas, un millón de ideas. Proyectos importantes, de los que cambian el curso de la historia y la vida de la gente.

Hace una pausa llena remordimiento. O quizá soy yo, que lo creo capaz de eso.

—Pero luego se presenta la primera dificultad que no es posible vencer si no es

cediendo una pequeña parte de ti mismo. Es sólo una minúscula transacción. Uno se dice que es por el bien, que esa pequeña desviación sirve en realidad para alcanzar algo más significativo en el interés común. Pero una transacción es una transacción. No las hay grandes ni pequeñas. Sólo está la primera, que se acepta creyendo que es la última.

Se interrumpe, pensando en lo engañosos que son los números.

—Hasta que dejamos de contarlas.

Se vuelve. Estamos frente por frente. No hemos hablado tanto en toda nuestra vida.

—Se dice que el poder desgasta. No es verdad. Lo que desgasta es el miedo a perderlo. Una vez que se saborea es difícil renunciar a él. Sobre todo porque quien te ha ayudado a alcanzarlo no está dispuesto a renunciar a ti.

Se acerca a la mesa y se sirve otro vaso de agua.

—Son las personas como Bonifaci las que hacen de las debilidades humanas su fuerza.

Bebe un largo trago. Deja el vaso, esta vez sin cuidado.

—Ese hombre nos tenía en un puño. Un poder transversal enorme, que afectaba a gente de todos los partidos, representantes de las finanzas, incluso personalidades del Vaticano. Había que pararle los pies como fuera. Y al final encontramos el modo.

—Y no dudaste en sacrificar a tu hermano.

Se pasa la mano por la cara. También a él le pasa factura el cansancio acumulado en estos días.

—Mattia dio muestras de ceder. Dejó de ser fiable. Con todo lo que sabía, podría haber hecho tanto daño como Bonifaci, si hablaba. Cuando supimos que estaba invitado a la villa de Lesmo, comprendimos que era la ocasión de librarnos de dos peligros a la vez.

—¿Y todas las personas que murieron? ¿En éstas no pensasteis?

Me mira como se mira al sordo peor, al que no quiere oír.

—¿Aún no lo has entendido, Nicola? Ante intereses de esta magnitud no hay nadie que no sea sacrificable. Nadie.

Me acude a la mente una imagen. La de un hombre solo, secuestrado y encerrado en un cuarto, condenado por un grupo de terroristas y por la Razón de Estado.

—¿Eso también vale para Aldo Moro?

En sus ojos se lee la certeza de una sentencia antes de que la pronuncie. La voz es un soplo helado, y a mí me sorprende que no exhale vaho.

—Aldo Moro es ya un hombre muerto.

Quedamos en silencio. Un silencio afilado, puntiagudo, que hiere y hace sangrar. Es la hora de la verdad. Ahora que los pensamientos secretos se han convertido en palabras y las intenciones en acciones irreparables.

Con voz átona pregunta lo que en realidad da por hecho.

—¿Qué harás ahora?

—Te lo he dicho. Iré a entregarme. Daré a la policía los originales de los documentos que has visto. Y para evitar que se eche tierra al asunto, esta noche las redacciones de los mayores periódicos recibirán una copia.

Él se limita a asentir con la cabeza, sin hablar. Luego va a sentarse en el sofá. Se lleva las manos a la cabeza, apoyando los codos en las rodillas. Lo que veo es sólo su cuerpo, su mente ya no está aquí, en esta habitación de hotel ya inútilmente lujosa.

Pero aún hay una cosa que debo saber. Para completar el cuadro, para estar seguro de que nada de lo que he hecho o voy a hacer carece de justificación. Que todo tiene su destino preciso, porque todo ha tenido su punto de partida.

—Tengo una última curiosidad.

Espera en silencio. Ya no le quedan energías. Ni palabras, ni nada.

Mientras le hago la pregunta, no puedo evitar que mi corazón se acelere.

—Cuando Turi Martesano ordenó que me hicieran lo que me hicieron, ¿tú lo sabías?

El silencio que obtengo por respuesta es una escalofriante confesión. Respiro hondo, porque mis pulmones necesitan todo el aire que puedo inspirar. No sé cómo se siente ahora este hombre. Ignoro en qué recinto está encerrado, en qué lugar podrá refugiarse para que no lo sigan los fantasmas de las personas que han muerto por su culpa.

No lo sé y no me importa.

Salgo de esa estancia, dejando en el suelo los trozos del omnipotente Amedeo Sangiorgi.

Cuando cierro la puerta a mis espaldas, un pensamiento cruza amargo por mi mente.

Me pregunto si Dios sintió remordimientos cuando permitió que mataran a su hijo.

El taxi se dirige al aeropuerto.

Lo conduce una mujer, cosa bastante inusual. Es agradable, de unos cuarenta años, rubia y metida en carnes. Estaría mucho más guapa si se ayudase con un poco de maquillaje. Cuando vino a recogerme a Tessera, me observó de hito en hito mientras me acercaba al coche. Debí de aprobar algún tipo de examen, porque en el trayecto consideró oportuno contarme su historia. Quizá para justificar el hecho de que se halla al volante de un vehículo público. La enfermedad del marido, titular de la licencia, las estrecheces consiguientes, la decisión de sustituirlo al volante.

—No iba a ponerme a patear aceras, ¿no le parece?

—Desde luego que no.

Le contesté lo que quería oír. No le dije que una mujer como ella, moviéndose debidamente, habría podido obtener una respuesta mucho más rentable que al volante de un taxi. Quizá lo habría aceptado como una galantería algo atrevida, sin saber que se trataba de un lúcido análisis de mercado.

Ahora calla y a ratos me mira curiosa por el retrovisor. Por el modo como se ha curado en salud explicando la razón de su presencia en ese coche, no me parece que sea de las que acosan a los pasajeros. Supongo, pues, que la suya es simple curiosidad de un ser de sexo femenino por otro de sexo masculino al que considera de buen ver. También esto puede ser considerado un análisis de mercado, y me lo tomo como un cumplido. Si le contara mi historia, tendríamos que dar unas cuantas vueltas para que pudiera peinarse los pelos de punta.

Observo a la gente, los coches y este trozo de ciudad que hay al otro lado de la ventanilla. Hace poco hice el mismo recorrido con una pistola en la nuca, una noche en que creí que no vería amanecer. Me doy cuenta de que desde entonces cada respiración ha sido y será un regalo. Se lo debo a una mujer que ahora no sé dónde está y a la que conozco con el nombre de Carla.

Después de entregarme, mi calvario en la comisaría de Fatebenefratelli duró cuatro días. Milla nos acompañó a mi abogado y a mí todo ufano al despacho del comisario Giovannone. La versión acordada durante el trayecto desde el Hotel Principe di Savoia a la comisaría era muy sencilla y, por eso mismo, muy creíble.

En pocas palabras, ésta.

Yo había llamado a Milla, para su grandísima sorpresa, comunicándole mi intención de entregarme. Y enseguida él vino a detenerme al despacho de Ugo. Por la presencia del abogado y mi declarada voluntad de entregarme, no consideré oportuno esposarme. El abogado y yo lo confirmaríamos todo. Sabíamos, además, que lo que iba a ocurrir después de mi arresto relegaría a un segundo plano todo lo demás, incluido el hecho de que el inspector no hubiera dado parte a sus superiores.

El comisario Giovannone se quedó de estuco al verme. La compacidad del material en el que parecía esculpido pareció aumentar cuando oyó mi historia. Y se transformó definitivamente en piedra tras un somero examen a la carpeta que el abogado Ugo Biondi le puso sobre la mesa.

Creo que les pasó lo mismo a todos cuantos en lo sucesivo tuvieron esos documentos.

Repetí mi versión decenas de veces. Ante el comisario, ante el juez, ante los magistrados y ante altos cargos de las fuerzas de seguridad. Hasta el alcalde quiso ser informado. Luego tuve que rendir cuentas a personas que no declararon ni nombre ni título, pero que tenían toda la pinta de pertenecer a los servicios secretos. Se mostraron particularmente interesados en la figura de Carla y en todo lo que podía recordar de ella. Palabras, gestos, impresiones. Vino incluso un secretario de Estado, en nombre y por cuenta del ministro del Interior, al que daría parte personalmente, y quiso saber si existían más carpetas como las que puse en manos de las autoridades.

La primera noche la pasé en la celda de seguridad de la comisaría. Ugo Biondi quiso estar conmigo y se le permitió. Unas horas después se puso en marcha una enorme operación policial que llevó a la cárcel a un centenar de personas entre Sicilia, Roma y Milán. Políticos, mañosos, representantes de las instituciones. Una erupción volcánica de una potencia inaudita, provocada por una documentación sin precedentes. Las cenizas y pavesas seguirían cayendo durante mucho tiempo. Durante mucho tiempo la nube negra que se había levantado cubriría el mundo.

Al día siguiente sucedieron varias cosas.

Las portadas de los periódicos estallaron literalmente en grandes titulares. Tranquilizados por la cadena de detenciones y pertrechados de los documentos que poseían, *El Corriere della Sera*, *La Stampa*, *La Repubblica* y todos los demás periódicos rivalizaron en armar revuelo. En medio de aquel redoble de tambores y pitido de trompetas, la noticia del suicidio del senador Amedeo Sangiorgi no causó mucha sensación. A la opinión pública le pareció normal que se tirase por la ventana de su habitación de hotel para evitar hacer frente al escándalo que lo arrollaría. Nadie reparó en el hecho de que se quitó la vida muchas horas antes de que empezase la operación policial.

Me llevaron al chalé de la Rivoltana para una inspección sobre el terreno. Expliqué con detalle lo ocurrido. Quién disparó, desde dónde disparó y cuántas veces disparó. Creo que, mientras hablaba, se veía lo aliviado que estaba por no haber sido otro cadáver. Estoy casi seguro de que algunas personas a las que me dirigía hubieran visto esta eventualidad como caída del cielo.

El éxito en la lucha contra el terrorismo y el duro golpe dado al crimen organizado doraron una píldora amarga. Las autoridades no habían visto con buenos ojos que yo divulgara una información tan importante. Hubo una larga negociación

entre las fuerzas del orden, los representantes de la magistratura y del gobierno y Ugo Biondi para arreglar la cosa. Al final la versión acordada satisfizo a todos. Se decidió contar que los expedientes que habían incriminado a tantas personas fueron incautados en aquel chalé de las Brigadas Rojas. No se investigaría a la mujer rubia que entregó los sobres en las redacciones de los periódicos.

Esto protegía mi persona de posibles represalias de gente metida en la cárcel por culpa o por mérito mío, según se mire. Para muchos exponentes de ese ambiente, la venganza era un plato bueno. Que se consumiera caliente o frío no importaba.

Grosso modo, así sucedieron las cosas.

El hijo del senador Sangiorgi, en aquel follón, pasó casi desapercibido. Los periódicos no me siguieron. Había gente mucho más importante que yo a la que dar caza, a la que acercar el micrófono, a la que hacer preguntas. El presidente de la República, el primer ministro, ministros varios, y de ahí para abajo en la escala jerárquica. Yo por esa escala ni siquiera subí. También en este caso preferí quedarme en el sótano, donde viví tantos años.

Poco a poco los nombres de Francesco Marcona y Nicola Sangiorgi se borrarían de la memoria de la gente. Algunos de los que conocían a Bravo ni se darían cuenta de que eran la misma persona.

Una pequeña y significativa curiosidad. Además de los documentos que presenté, secundaron mi historia dos testigos. Las mujeres de la limpieza de la Costa Britain, las mismas a las que un día pregunté en via Monte Rosa, creyeron reconocermme por el retrato robot publicado en la prensa y acudieron a la policía. Contaron que me habían visto y que les había pedido información sobre una fantasmal colega de trabajo.

Una tal Carla Bonelli, creían recordar.

Apuesto a que añadieron que por mi cara se conocía que era un loco o un granuja. O las dos cosas.

Sonreí cuando lo supe y les mandé un espléndido ramo de rosas rojas a cada una. Es justo que todas las mujeres tengan un admirador secreto.

El taxi se detiene bajo la marquesina en la que dice «Salidas internacionales». Bajo del coche. Hace un buen día para irse. Irse con este buen tiempo de finales de primavera, llevándose el recuerdo del sol y del cielo azul, antes de que llegue el verano y lo estropee todo. Sabía que tarde o temprano llegaría este momento. El momento en el que me hallaría ante un panel de salidas. Al contrario de Carla, a mí las cosas se me presentan algo mejor. Nadie me sigue y no me veo obligado a coger la primera plaza libre en el primer avión que sale.

Estoy seguro de que con el billete me compraré una ilusión y que en el lugar al que vaya encontraré los mismos hombres y las mismas mujeres, aunque con caras e idiomas distintos. Pero no importa mucho.

Lo único que importa es despegar.

Lo que halle cuando aterrice será otra historia.

Mi taxista se apea y abre el maletero. Saco mi bolso de viaje, pago la carrera y le doy mil liras de propina. Antes de subir al coche me lanza una mirada elocuente. Quizá me he equivocado. Con esa pizca de vanidad y narcisismo que todos tenemos, me digo que no es de las que se insinúan a los clientes.

Aunque quizá a mí sí.

Entro en la terminal con un amago de buen humor. Localizo el panel negro del horario de vuelos. Me acerco y recorro con los ojos esa lista de letras, compañías aéreas y destinos.

Hay un vuelo de Alitalia para Río de Janeiro que parte dentro de tres horas. Me imagino en la playa de Ipanema, y visualizarme en ese sitio me place. Voy a la taquilla y le pido a la señorita un billete de primera clase para Brasil.

Hay plaza, sólo queda pagarla.

Lo hago en efectivo, sacando del bolsillo interior de la chaqueta un rollo de billetes. Me pregunto cuándo volveré a pagar algo en liras y si lo haré de nuevo. Me gusta esta incertidumbre, me gusta esta falta de pertenencia, esta posibilidad de decidir una cosa y un minuto después cambiar de idea.

Voy a facturar. Mi vuelo aún no está abierto.

Veo el quiosco y voy hacia él. Cojo un libro, dos periódicos y revistas. Mi mirada recae en unos ejemplares de *La Settimana Enigmistica* apilados junto a la caja.

Dudo un poco pero al final desisto. Basta de acertijos.

Ese tiempo se ha acabado. El último que he resuelto tenía la palabra Bravo como solución. Es un buen resultado y es mejor no pedir demasiado a la suerte.

Me siento, dejo el bolso al lado y abro *El Corriere della Sera*. Las primeras páginas siguen dedicadas al caso del que he sido testigo y protagonista. Leo aquí y allá, por la simple curiosidad de saber cuánto se ha contado y cuánto se ha callado, tergiversado, desfigurado en el nombre siempre bendito de la libertad de prensa.

Continúa el caso que tiene a toda Italia en vilo. Aldo Moro sigue en poder de sus secuestradores. Yo espero que entre las muchas mentiras que mi padre ha dicho en su vida, una sea la que se refiere al destino de ese hombre abandonado. Espero que las palabras que pronunció en su habitación de hotel no sean verdaderas, no sean sino una última muestra de su delirio de omnipotencia y omnisciencia.

Espero.

Sigo adelante. En la crónica de sucesos hay una noticia relacionada con Tano Casale. Un titular a media página.

EL 13 TRAE MALA SUERTE

Detenido un conocido delincuente milanés
al presentar una quiniela falsa

Sonrí. Ni siquiera tengo que leer el artículo. Sé perfectamente lo que ha ocurrido. Y no menos perfectamente lo que ocurrirá.

Cuando mi declaración fue escrita, controlada por una decena de personas y por último firmada, me dejaron libre. Ugo Biondi y yo, con la cara cansada y ojeras de caballo, nos despedimos en el patio de la comisaría.

Estábamos rendidos, destrozados, sin voluntad. Yo tenía la voz ronca de tanto hablar.

—Te llamo mañana por lo otro. Ahora necesito dormir.

Nos estrechamos la mano.

—Yo también. No sabes cuánto.

Por la puerta vimos llegar su taxi. Lo alcanzó corriendo y yo subí al Alfa de Stefano Milla. El inspector se había ofrecido a llevarme al motel de Settimo, donde decidí alojarme un par de días hasta que las aguas se calmaran. Me llevaba no por particular atención hacia mí, sino por tener ocasión de hablar en privado de lo que no habíamos podido hablar los días anteriores.

Debía de estar en ascuas. Aún no se había incorporado al tráfico cuando fue directamente al grano. Quería darme un mensaje que para él valía cincuenta millones.

—He hablado con Tano.

—¿Y qué dice?

—Que está de acuerdo. Te da las gracias por la idea pero es mejor que quedes fuera.

Si esperaba ver una reacción en mi rostro, quedó chasqueado. Me importaba un bledo estar dentro o fuera. El día que llevé el boleto a Tano le propuse un plan. Arriesgado pero factible. Se lo presenté como un desafío más, un nuevo modo de hacer lo que hacía todos los días: burlarse de la ley.

Por eso le pregunté si alguno de sus clientes de timba clandestina trabajaba en un banco. Alguien que le debiera mucho, al que pudiera imponer, más que proponer, una complicidad. Todo sería muy simple. El día que cobrase la quiniela iría a depositar el dinero al banco de su hombre, quien procedería a ingresarlo, firmando el recibo y tomando a cambio un maletín vacío. En ese momento una banda de ladrones asaltaría el banco, vaciaría las cajas y se llevaría el maletín.

Como un juego de prestidigitación.

Tano habría cometido el error de jactarse de su buena suerte, atrayendo la atención de los ladrones. Comprensible, ya que pocos resisten la tentación de exhibir su fortuna. Eso lo haría quedar un poco como un idiota, pero a cambio obtenía un recibo legal y los cuatrocientos noventa millones del premio, que seguirían escondidos bajo el colchón.

Sonrí recordando la cara que puso Tano cuando le expliqué el plan. La burla, el protagonismo, la adrenalina en la sangre. Cosas todas que conocía bien y a cuya

fascinación no había conseguido sustraerse. La codicia sobre todo, con la que yo contaba. Y la vanidad, mucho mayor en los hombres que en las mujeres. Yo estaba seguro de que actuaría por su cuenta. Que reclutaría personalmente a la banda de ladrones. Y si por prudencia no lo hacía, yo lograba mi objetivo en cualquier caso.

Que era ganar tiempo.

Milla me devolvió al presente.

—¿Qué idea? ¿De qué coño estamos hablando, Bravo?

Seguía llamándome así pese a que ya sabía todo o casi todo de mí.

Me volví hacia él.

—Tano será detenido.

En su réplica había un eco de alarma.

—¿Cuándo?

—Pronto.

Dirigió los ojos a la carretera. Sin duda veía que se acercaba algo malo, entre la cola de coches, los peatones, los semáforos.

—Dios, ¿qué has hecho? ¿Estás loco? ¿Quieres que nos liquide a los dos?

—No pasará nada.

Traté de hablar con una voz llena de seguridad. Se necesitaba mucha para quitarle el miedo. Para convencerlo de que era justo hacer lo que le proponía.

—Ahora te digo lo que harás. Te tomas quince días de vacaciones. Te vas a la playa, a la montaña o a un lago, o al culo del mundo, a donde quieras.

Dejé un momento que se imaginara a sí mismo de vacaciones.

—Cuando vuelvas, encontrarás un cheque al portador por valor de cincuenta millones en la mesa de mi abogado. Lo cogerás y olvidarás que esta conversación y mis encuentros con Tano Casale han tenido lugar.

—¿Y él?

—No te preocupes. De él me encargo yo.

Una voz por los altavoces me recuerda que me hallo en el aeropuerto de Linate con un billete de avión para Sudamérica en el bolsillo. Alzo la vista y veo que el punto de facturación está abierto. Me acerco y muestro el billete y el pasaporte a la señorita de uniforme.

—Buenos días.

Me mira y se congratula. Me congratulo yo también y le sonrío.

Lee mi nombre en el billete.

—Buenos días a usted, señor Sangiorgi.

Aunque podría pasar por equipaje de mano, decido facturar el bolso. Quiero estar libre, sin carga que llevar, aunque sea ligera. Con demasiado he cargado ya. Recibo la indicación de la puerta, la hora y la tarjeta de embarque. Me muevo siguiendo la cola de gente hacia el control de policía.

Me pasé varios días encerrado en ese motel, atontándome con telediarios y no saliendo más que a comer y a comprar periódicos. Vi cómo el incendio se convertía en pira. Me dije que con el tiempo se reduciría a una hoguera y que sólo los que se quemaron recordarían el calor de las llamas. También estaba seguro de que muchos de ellos saldrían ilesos.

El día en que decidí salir de mi guarida, me vi con Ugo en presencia del notario que tiene el despacho dos pisos más arriba. Le di instrucciones para que cobrara el boleto y me gané su gratitud con una minuta de cien millones, por lo que había hecho y por lo que haría. Obtuve la autorización para visitar a Carmine en San Vittore. Y por último dejé firmados en el notario todos los poderes que se necesitaban para la gestión de mi dinero.

Cuando salí de su despacho, Ugo me estrechó la mano y me hizo sonreír. Me preguntó lo mismo que yo le había preguntado a Carla.

—¿Volveré a verte?

No consideré oportuno besarlo y decirle que todo podría haber sido distinto. Me limité a hacer un gesto que comprendía lo posible.

—¿Quién sabe?

Un policía examina mi pasaporte sin estrenar, obtenido en tiempo récord, amable obsequio de la policía de Milán. Me lo devuelve, con la cara ya dirigida hacia el siguiente pasajero. Paso por delante de un duty free y decido comprar un cartón de tabaco. Lo necesitaré para el viaje, que se presenta largo y aburrido. Con mi provisión de Marlboros me acerco a la caja. Muestro la tarjeta de embarque y pago. Sigo sin prisa hacia la puerta en la que dice Río de Janeiro. Me siento en una butaca. El artículo que habla del arresto de Tano me recuerda mi último encuentro con Carmine, en el locutorio de San Vittore.

Llegué acompañado de un guardia, que se alejó para dejarnos hablar en privado sin perdernos de vista. Su aspecto físico no había mejorado. Seguía siendo una de las personas más feas que he visto nunca. Pensé que tampoco el otro detalle debía de haber cambiado. Supuse que en la cárcel le hizo ganar un montón de apuestas. Los hombres no dejan de ser niños por dentro. Ninguno puede evitar, en determinadas situaciones, apostar a ver quién la tiene más gorda.

Se sentó delante de mí. Su expresión era la que me esperaba de un hombre sin libertad.

—Hola, Bravo.

—Hola, Carmine.

Se volvió para asegurarse de que los oídos del guardia estaban lejos.

—Ha venido Luciana a verme. Me ha traído fotos del niño.

—Es un buen niño.

En su feo rostro había orgullo de padre cuando confirmó mis palabras.

—Sí, un buen niño.

Y se quedó callado. Seguro que estaba pensando en la enfermedad de su hijo. La mujer debió de ir a verlo a la cárcel sobre todo para informarlo del estado de salud de Rosario. Pero Carmine no lo mencionó, como si el hecho de no hablar de algo malo pudiera exorcizarlo un poco.

—También me ha dicho lo que has hecho por ellos.

—No es nada.

—No, sí, es mucho. Es lo que a mí me gustaría poder hacer, si no estuviera encerrado en esta puta cárcel.

Vi que la frustración y la impotencia se pintaban en su rostro. Era la mortificación por sus errores, que la enfermedad de un niño estaba haciéndole pagar de manera mucho más dolorosa que cualquier detención.

—Carmine, hay algo que puedes hacer por tu familia.

Tuvo un arranque de nervios, comprensible en un hombre encerrado.

—¿Qué coño quieres que haga aquí dentro?

Bajé el tono de voz, para inducirlo a que hiciera lo mismo.

—Tu hijo está enfermo. Necesita tratamiento. Y ese tratamiento cuesta mucho dinero.

Me sentí un bellaco por hurgar en la herida. Pero lo consideré necesario, en vista de lo que iba a decirle.

—Yo le entregaré a tu mujer un cheque al portador de doscientos cincuenta millones. Con esa cifra podrá pagar el tratamiento de Rosario y asegurarle un futuro. Sacarlo de ciertos ambientes, hacer que viva en un lugar sano, que estudie.

Me recliné en la silla, alejándome de él. En la medida en que era posible en aquel trance, lo dejé un poco solo, imaginando el porvenir de su hijo. La respuesta fue la de un hombre que nunca tuvo nada gratis.

—¿Qué tengo que hacer?

Bajé aún más la voz.

—¿Conoces a Tano Casale?

Ni siquiera respondió. Todo el mundo conocía a Tano Casale. En silencio esperó a que yo siguiera. Y lo hice.

—Dentro de poco lo arrestarán. Será por una tontería, pero la policía no dejará escapar la ocasión y lo encerrarán aquí.

Había curiosidad en su mirada, aunque quizá ya había entendido.

—¿Y bien?

Lo miré a los ojos. Pocas veces en mi vida he estado más tranquilo. Y feliz con una idea.

—Quiero que lo mates.

La voz de la azafata que anuncia mi vuelo se superpone a la de Carmine llamando

al agente de prisiones para que lo devuelva a su celda. Me levanto y me pongo en la cola de embarque. Observo la cara de las personas que me rodean. No conozco a nadie. Cuando llega mi turno, entrego la tarjeta a la señorita de uniforme y recibo a cambio un consabido y sonriente deseo de buen viaje.

Antes de dejar la sala y dirigirme al autobús que me llevará al avión, me vuelvo a mirar el lugar y la gente que dejo atrás. Estoy partiendo solo, una condición que a veces puede ser una carga, a veces una liberación.

Bravo ni siquiera ha venido a despedirse.

Mayo de 1988

EPÍLOGO

Pilar se mueve y durmiendo estira una pierna y me toca.

Me despierto y abro los ojos. La luz de la mañana se filtra por las rendijas de los postigos de las ventanas. En la penumbra giro la cara y la veo dormir, con la cabeza descansando en la almohada. La sábana ha resbalado a un lado y su cuerpo está completamente desnudo. Tiene el pelo corto y liso, los pechos pequeños, las nalgas bien dibujadas, las piernas largas.

Es alta, delgada y fuerte.

A mitad de la noche dejó en el otro cuarto al chico con el que acababa de hacer el amor. Yo me quedé un rato con ellos, sentado en un sillón a los pies de la cama, mirando esos cuerpos jóvenes y bronceados, portadores sanos de una edad que no me pertenece, mientras se entrelazaban y se daban placer. Cada vez que sucede no puedo evitar recordar, cada vez que recuerdo no puedo evitar que suceda de nuevo.

En cierto momento me levanté y volví a mi cuarto. Me quedé en la cama tendido boca arriba hasta que oí acercarse pisadas de pies desnudos. Poco después noté que retiraban la sábana y que Pilar se metía en la cama a mi lado.

Se me acercó y se deslizó entre mis brazos como arena de una clepsidra. Percibí en la mejilla su aliento cálido.

—¿Duermes?

—No.

Noté que subía la mano y me acariciaba la cara. Y me susurró al oído.

—Te quiero.

—También yo te quiero.

Con un movimiento fluido se tendió sobre mi cuerpo y empezó a moverse. Sentí el calor de su piel en la mía y sus pechos en mi pecho. Empezó a besarme y continuó moviéndose hasta que noté que algo que me oprimía el vientre se disolvía y se alejaba fluyendo como si no fuera a volver nunca más.

Me vuelvo de costado. En la penumbra alargo la mano y le acaricio el muslo. No para que sienta mi presencia, sino para estar seguro de la suya.

Anoche salimos solos por primera vez en mucho tiempo. Cenamos en un restaurante en Playa El Yaque, cerca de uno de mis hoteles. Luego, atraídos por las voces y la luz de una lumbre, acabamos en una fiesta de surfistas en la playa. Había guitarras, había chicos y chicas, había cerveza. Sentado en una roca, con una lata en la mano, vi a Pilar hablando con uno de ellos en el reflejo del fuego. Era un joven americano de pelo rubio y cara bronceada y pecosa. Reían y en el blanco encendido de sus risas comprendí que se gustaban. Entre el tremolar de las llamas vi que Pilar me miraba. Le sonreí y cuando volvimos a casa el muchacho venía con nosotros en el coche.

Salto de la cama. Voy desnudo. He aprendido a no sentir vergüenza de mi cuerpo. Reserva sí, vergüenza no.

No he considerado oportuno decirle a Pilar quién me lo enseñó. Hay cosas que me pertenecen y si las comparto con alguien tengo la impresión de que me pertenecen menos.

Le dejo a ella la misma libertad.

Descalzo, llego al baño. Abro el ventanal y salgo a la terraza a la que da también el dormitorio. Mi casa está aislada y no pueden vernos. Ante mí se extiende la gran ensenada de La Guardia, que permite explayar la mirada por el mar. Hoy el cielo está sereno y hay más azul del que un hombre puede concebir y recibir.

Una cálida brisa matutina me acaricia la piel.

Aún no estoy acostumbrado a esta sensación de paz.

Vuelvo al cuarto de baño, de paredes sin revocar y con decoración de reminiscencia árabe. Adosado a la pared hay un espejo de cuerpo entero en el que me busco y me veo y me acepto. Los ojos siguen siendo los mismos, aunque el pelo ha empezado a blanquear. He vuelto a hacer deporte con cierta frecuencia y mi físico ha mejorado mucho. Estoy lo bastante delgado y musculoso como para no parecer un hombre de cuarenta y cinco años.

Abro el grifo y me meto bajo la ducha. Me enjabono y dejo que con la espuma se vaya el olor a sexo. Permanezco bajo el agua hasta que de arriba no cae una gota de memoria más.

Entonces salgo de la cabina y me pongo el albornoz.

Vuelvo al dormitorio. Pilar sigue durmiendo, en la misma postura en que la dejé. Es una mancha de ámbar en el blanco de las sábanas. Esta cama es de hierro forjado y no tiene escondites en las patas. Hace tiempo que no necesito esconder mi dinero.

Entro en el vestidor y me pongo unos pantalones de lino, una camisa y un par de zapatos cómodos. Aquí en la isla todo está encaminado a la sencillez, a la comodidad personal, a la molicie. Con esta idea en el ánimo, me digo que estoy listo para empezar el día.

Salgo de la zona de noche y cruzo el gran salón, lleno de sofás y de mesas, que da a otra terraza, que lo es a la vez de la cocina. Feliciano, mi ama de llaves, ha puesto fuera la mesa del desayuno. Me siento a ella y me sirvo un vaso de zumo de naranja. Por esta parte, la vista es muy parecida a la que se goza desde el dormitorio.

El sol está subiendo y pinta minuto a minuto un espléndido día de mayo.

Aún no es la época de los aguaceros, sobre todo nocturnos, que caracterizan el clima de la isla de junio a agosto. Son chaparrones como deberían ser las adversidades de la vida.

Rápidos, violentos, inesperados.

Tras los cuales todo se despeja, incluida la mente.

Cuando dejé Italia, estuve viajando por el mundo. Sudamérica, Asia, Estados Unidos, Canadá. Tenía dinero de sobra. En mi familia la rica era mi madre. Aunque huí, aunque nunca la visité cuando estuvo enferma, me nombró heredero universal. Esto es y será siempre un remordimiento y un pesar a la vez. No lo supe hasta la muerte de mi padre y dejé encargado que se vendiera todo. Tierra quemada detrás, una alfombra florida delante. Me vi dueño de veintiocho mil millones. Era una buena cantidad, hace diez años. Sigue siéndolo.

El patrimonio de Amedeo Sangiorgi no lo he tocado. En el último encuentro en el despacho de Ugo Biondi, dejé mandado al notario que dedicara todo el dinero y las propiedades de mi padre a obras benéficas. Con particular atención a las víctimas de la mafia.

Feliciana llega de la cocina, con su andar silencioso. Es una mujer de mediana edad, robusta, con la tez característica de las mujeres latinas. Se ocupa de mí y de la casa desde hace siete años, ayudada por una muchacha del lugar que no vive con nosotros pero sube todos los días desde Piedras Negras. Tenemos también un jardinero, Cristóbal, que se encarga de los pequeños trabajos de mantenimiento que conlleva una villa tan grande. Es un hombre de edad indefinible, padre de cuatro hijos, marido de dos mujeres, siempre alegre y sonriente. Vive en La Guardia y un día sí y otro no sube con un furgón cargado de material. La boca le huele a menudo a vino, una boca a la que falta algún que otro diente.

Una sonrisa enigmática, como diría el Bistec.

Feliciana deja en la mesa un par de periódicos.

—Señor, los periódicos de Italia. Cristóbal los ha traído de Porlamar.

Alargo la mano y tomo un ejemplar de *El Corriere della Sera*, que ha recorrido un largo camino. Mientras lo abro, Feliciana me recuerda que también es cocinera, además de ama de llaves.

—¿Qué quiere desayunar hoy?

—Huevos revueltos y pan tostado. Café y un trozo de tu pastel de coco, si lo has hecho.

Feliciana me mira, picada.

—Claro que lo he hecho. El pastel de Feliciana nunca falta en esta casa.

Llevo viviendo aquí ocho años y mi español ha mejorado con el tiempo: de patético pasó a ser discreto y finalmente a lo que podría llamarse bueno. Mi incomparable criada, en cambio, no tiene la menor curiosidad por los idiomas extranjeros y no habla una palabra de italiano.

Lo entiende pero no lo habla.

Aunque, bien pensado, ¿por qué iba a hablarlo?

Se aleja, algo amostazada por la sospecha de que pudiera haber dejado de preparar su postre magistral. Yo me enfrasco en la lectura de hechos por los que

después de tantos años ya ni siento curiosidad. A veces tengo la impresión de que si cogieran los periódicos de hace diez años y cambiaran los nombres, podrían publicarse los mismos artículos. Políticos a la greña, el Sur que no despega, la clase obrera que no está en el Paraíso. Pero, pese a todo, soy y sigo siendo un emigrante. Un poco de nostalgia, no mucha, sigo sintiendo.

Aquí, en la isla Margarita, los periódicos italianos llegan siempre con un par de días de retraso.

Hoy es once de mayo.

La fecha del ejemplar que tengo en la mano es del nueve de mayo.

Hace diez años, este mismo día, el cuerpo sin vida de Aldo Moro fue hallado en el maletero de un Renault 4. Esa imagen desolada aparece en la tercera página, en medio de un artículo que refiere los pasos de su calvario.

Recuerdo unas frías palabras en una habitación de hotel.

Aldo Moro es ya un hombre muerto...

Los funerales de Estado tuvieron la resonancia que un personaje de su calibre, desaparecido en circunstancias tan trágicas, podía y debía tener. Los de mi padre y mi tío se hicieron con la misma prisa furtiva con que se mete la pelusa bajo la alfombra. A nadie interesaba mostrarlos y a nadie interesaba verlos. Ahora no son más que un nombre y una foto en una lápida y, en ciertos ambientes, un gran embarazo cuando se los recuerda.

Como en todo el resto del mundo, también en Italia a veces se recuerda. Otras se prefiere olvidar.

Los huevos y las tostadas llegan en el mismo momento en que Pilar sale en albornoz por el ventanal del salón.

Va descalza y lleva el pelo mojado, señal de que acaba de darse una ducha. Mira alrededor y se despereza antes de sentarse a mi lado.

—¿Cómo estás, mi guapo italiano^[2]?

Le tomo la mano y le beso la piel, que huele a gel y a mujer bella.

—Muy bien. Cómo no iba a estarlo.

Pilar le señala los huevos a Feliciano.

—¿Puedo desayunar lo mismo?

Mientras la mujer vuelve a la cocina, Pilar me roba una tostada del plato y empieza a masticarla como si fuera un hamster. Ríe, como siempre que lo hace. Se sirve un vaso de *coco frío* de una jarra.

—¿Qué haces hoy?

—Tengo que ir a El Pueblo del Viento. Hay una reunión para la apertura de un nuevo centro comercial y se preguntan si tengo el propósito de invertir dinero.

—¿Y lo tienes?

—¿El propósito o el dinero?

En lugar de comérselo, me tira el último trozo de pan.

—*Estúpido.*

Abro los brazos, como quien se enfrenta a lo obvio.

—El problema no son las ideas, es el dinero.

Se estira y me abraza. Junta la frente con la mía.

—Pobre amor mío sin dinero. Me han dicho que hay un ricachón suizo en un hotel de Pampatar que es muy generoso con las chicas guapas. Si quieres te consigo un poco.

Estas palabras me retrotraen en el tiempo. A cuando era yo quien las decía, a papeles invertidos. Pasa una nubecilla por el cielo de mayo y yo hago lo imposible porque Pilar no la vea. Sin conseguirlo.

—No creo que sea necesario.

Ella me mira sorprendida. Y suelta una carcajada.

—Estás celoso. *Madre de Dios*, estás celoso. *Guapo y celoso.*

Se levanta y viene a sentarse en mis rodillas. Me abraza.

Lo húmedo del albornoz, lo húmedo de su pelo, lo húmedo de sus labios.

—*Te quiero.*

—*Yo también te quiero.*

Es la segunda vez que nos lo decimos en unas horas.

Y la cosa no me molesta en absoluto. Pilar entró en mi vida como un regalo inesperado. Una turista sin problemas de dinero venida de España a Playa El Agua en busca de algo o huyendo de algo. Nos conocimos y decidió quedarse un poco más en la isla. Primero otro mes. Luego dos más. Luego se trasladó a mi casa. Por último dejó de pensar en cuándo volver. Le he dicho de mí lo que me apetecía decirle. Ella ha hecho lo mismo. Le he explicado lo que era, lo que no era y lo que nunca sería. Ella ha hecho lo mismo. Desde entonces nuestra relación continúa con recíproca satisfacción desde hace más de cinco años. Como en todas las cosas humanas, hasta no se sabe cuándo. Quizá no somos una familia. Pero es lo más cercano a eso que hemos podido formar.

El momento de unión pasa pero no tanto que se olvide.

Levanto a Pilar y la obligo a volver a su silla. Mis pantalones tienen una leve mancha húmeda donde ha estado sentada. Me sacudo unas migas de la camisa.

—Yo tengo que irme. ¿Tú qué haces?

Pilar me indica el interior de la casa.

—Howard me invitó a hacer surf con él esta tarde. Pensábamos bajar también a El Yaque. En cuanto se despierte.

Howard es el chico al que nos trajimos. Después de las fatigas de la noche, dudo mucho que se despierte antes de dos horas. Por la expresión de Pilar veo que también ella lo duda.

—Muy bien. Yo esta tarde, después de la reunión, me quedaré en el pueblo. Hay cosas que debo decidir con el director. Queremos reformar algunos bungalós.

Aborto cualquier posible reacción suya.

—Para tu tranquilidad, no hay problema de dinero. Así que no hace falta que llames a tu ricacho suizo.

Ella ríe de nuevo.

Yo doy media vuelta y me voy. Su voz me llega cuando me dispongo a bajar la escalinata que lleva de la terraza al piso de abajo, donde está la piscina y en la parte trasera el garaje.

—El Patrol lo necesito yo. Coge el Mercedes.

Sin volverme, le hago una seña con el puño cerrado y el pulgar erguido.

Bordeando la piscina, cuya agua clara refleja el azul del cielo que la tiñe, llego al garaje. El jardín está lleno de árboles y palmeras bajas, florido y bien cuidado, gracias a los buenos servicios de Cristóbal.

Junto a un Nissan Patrol hay aparcado un Mercedes berlina. Las llaves están puestas. Subo y arranco. Ruedo por el camino que me saca de mi propiedad. Entro en la avenida 31 de Julio y prosigo hasta llegar a la nacional que cruza la isla y llega a Porlamar. En un desvío tomo a la derecha la carretera que bordea el aeropuerto y baja a Playa El Yaque.

Cada vez que viajo por la isla no puedo menos de congratularme de mi decisión. Cuando llegué, después de un primer período de adaptación y estupor por la belleza del lugar, me di cuenta de que había un potencial turístico que sin duda estallaría en unos años. Cosa que ocurrió y sigue ocurriendo. Tenía la posibilidad de vivir en un sitio discreto sin sentirme un exiliado ni un prófugo. De trabajar llevando al mismo tiempo una vida relajada. Compré tres hoteles e invertí en diversas actividades: restaurantes, comercios, agencias de servicios para turistas.

No me va mal.

Enciendo la radio. De la carretera, asfaltada mal que bien, se levanta polvo y la estela que deja el coche parece moverse al ritmo de la música. Llego a la playa y aparco en el patio reservado al personal de El Pueblo del Viento, uno de los complejos hoteleros que posee.

Se trata de una serie de bungalós de madera y obra cuidadosamente concebidos para dar una impresión de austeridad con todo tipo de comodidades. Están dispuestos alrededor de un edificio que alberga la recepción, el restaurante y una serie de servicios que yo he sido el primero en introducir en el turismo de la isla, como los masajes y los tratamientos de belleza para el cuerpo.

El poblado se llama así porque está situado a dos pasos de una playa ventosa que en la isla Margarita representa uno de los paraísos del windsurf. De hecho, mis clientes son en su mayoría apasionados de este deporte, encantados con la posibilidad

que el lugar les ofrece de salir del cuarto, coger la tabla y lanzarse al agua y al viento. Está claro que todo esto tiene un coste. Pero como lo tiene todo, en la tierra de los hombres.

Las personas a las que debo ver han aceptado celebrar nuestro pequeño consejo de guerra en una sala de reuniones del complejo. Por consideración a mí y a mi comodidad, ya que creo que soy uno de los inversores más apetecidos en esta nueva aventura. Ante el dinero, los pantalones tienden a bajarse en todas las partes del mundo. Lo del dinero y las ideas no es exactamente como se lo dije a Pilar.

Culos siempre hay, lo que falta es el dinero. Ésta es la versión original.

El Godie *dixit*.

Me dirijo al edificio central y franqueo la puerta. Me hallo en un lugar muy amplio con forma pentagonal, iluminado por grandes ventanas en tres de los lados. A la izquierda está el bar, con espacio para conversar. A la derecha el restaurante, que tiene una terraza que mira a la playa.

Frente a la entrada está el mostrador de la recepción.

Un grupo de recién llegados espera de pie a que les asignen habitación. Han dejado en el suelo los bultos multicolores de su equipaje, que les llevará el personal encargado. Me acerco y veo al director, un tipo de mediana estatura con barba y calvicie avanzada, hablando con tres personas.

De perfil veo a un hombre alto y con entradas, de físico atlético y mandíbula cuadrada, que no necesita enarbolar la bandera estadounidense para delatar su nacionalidad. Junto a él, de espaldas, hay un niño de unos siete años y una mujer esbelta con el cabello color miel, que viste vaqueros y una camisa ligera del mismo tejido.

Me da la impresión de que reina cierta tensión. El director habla frotándose las manos, gesto típico suyo en momentos de dificultad. Cuando me ve pone cara de alivio y me hace señas. Los tres se vuelven casi al mismo tiempo, siguiendo su mirada.

La mujer es Carla.

Mi corazón se para un instante. Consigo que mis pasos no se paren también. Me reúno con ellos esperando que mi cara esté tan impasible como la de la mujer a la que vuelvo a ver después de tantos años.

—*Buenos días, Guillermo. ¿Qué pasa?*

—Debe de haber un error. Los señores McKay me dicen que hicieron una reserva que no figura en nuestro registro. Por desgracia estamos al completo y no hay modo de alojarlos.

El director lo ha dicho en inglés, para que todos lo entendamos. Mi hipótesis sobre el país de origen de la familia se confirma.

—Oh, papá, el sitio es tan bonito. Hay un montón de surfistas. Quiero quedarme

aquí.

Carla lo aparta del padre y lo atrae hacia sí.

—Paciencia, Malcolm. Estoy segura de que todo se arreglará.

Tiendo la mano al hombre. Me la estrecha con decisión y energía. Dado que la lengua oficial de la conversación es el inglés, me adapto.

—Señor McKay, soy Nicola Sangiorgi, el propietario del lugar. Veremos lo que se puede hacer para dar gusto a su hijo.

Carla ha tenido un imperceptible sobresalto. Sólo yo me he dado cuenta, porque sólo yo sabía que al oír mi verdadero nombre podría reaccionar.

Los dejo solos en ansiosa espera. Miro el registro de reservas y compruebo que Guillermo Castillos, el director, decía la verdad.

El complejo está completo.

En la lista de llegadas del día veo a una pareja de franceses, clientes habituales a los que puedo considerar amigos.

Pongo el dedo sobre sus nombres.

—Diga a los Tournier que ha habido un malentendido y que no podemos alojarlos aquí. Para que nos perdonen los trasladaremos a La Fortaleza y no les cobraremos nada.

La Fortaleza es el nombre de otro de mis hoteles. Está en Juan Griego y es sin duda el mejor de los que tengo. Los franceses no salen perdiendo con el cambio.

—Pero los Tournier...

—A los Tournier no les interesa el surf. Se alegrarán de pasar un tiempo gratis en un lugar que es incluso mejor que éste. Haga lo que le digo y verá como todo sale bien.

—Como usted diga, señor Sangiorgi.

Su expresión es tan elocuente que casi oigo lo que piensa.

Haz lo que te salga de las pelotas. Tú eres el amo, contento tú...

Yo estoy contento y por tanto también él debe estarlo.

El director vuelve a sus ocupaciones. Yo me reúno con los tres clientes, que siguen esperando. Les reitero el arreglo, que es lo que esperaban.

—Todo arreglado. En cuando se registren, el mozo les ayudará con el equipaje. Que se diviertan en El Pueblo del Viento, señores McKay.

El niño levanta los brazos en señal de victoria.

—¡Yupi!

El hombre sonrío. Una sonrisa que evoca partidos de béisbol, barbacoas con amigos, campamentos con la familia, un trabajo bien remunerado.

Un abogado, quizá. O un médico.

—Gracias. Permítame que me presente. Yo soy Paul McKay. A Malcolm, mi hijo, ya lo conoce.

Señala a la mujer que tiene al lado.

—Y ella es mi mujer Luisa. Italiana, como usted, imagino.

Estrecho la mano que Carla me tiende. En mi mente, Luisa es una desconocida.

—Mucho gusto, señora. He de decir que nuestro país está muy bien representado por usted.

Carla responde con un movimiento de cabeza y una sonrisa tirante.

Doy un paso atrás.

—Ahora, si me perdonan, tengo un compromiso que me espera.

Me alejo y me dirijo a la recepción.

Me pregunto cómo me siento.

¿Y quién puede decirlo?

No yo, cuando acabo de ver confirmado una vez más lo pequeño que es el mundo. Cuando el caos y el azar acaban de recordarme que nunca duermen y que la regla es la de siempre. Podemos intentar decidir qué hacer de nuestra vida, pero muy a menudo es la vida la que decide qué hacer de nosotros.

Llego a recepción. Pido el teléfono a una de las chicas y llamo a mi secretaria. Me contesta al primer toque.

—Rosita Seguro.

—Rosita, hágame un favor. Llame ahora mismo a Helizonto, Manzana, Cortes y Llosa y dígalas que he tenido un contratiempo. Pregunte si es posible aplazar la reunión de hoy y que nos comuniquen la fecha que mejor les venga.

—Ahora mismo, señor Sangiorgi.

Devuelvo el teléfono a la empleada y me dirijo al despacho que tengo en la parte opuesta a las cocinas. En cuanto entro y me hallo en seguro, me sirvo un vaso de agua.

Lo bebo de un trago. Recuerdo un largo trago de mi padre, hace mucho tiempo. Sigo sin entender a aquel hombre, pero comprendo la necesidad de beber agua en ciertos momentos. Me siento detrás de la mesa y me encomiendo a la comodidad del sillón de piel.

He aplazado la reunión porque estoy seguro de que no sería capaz de la concentración necesaria para hablar de negocios. No podría mirar a la cara a esos hombres, decir y escuchar palabras, estar con ellos en la habitación. No podría pocos minutos después de que el pasado haya venido a buscarme y de haberme encontrado cara a cara con Carla.

Contigo mi iría gratis...

Han pasado años y sin embargo todo está tan vivido en la memoria que parece que esté sucediendo aún. El emparrado de Daytona, la mañana fresca ante el Ascot Club, la linterna del Tulipán que vuela en la oscuridad, la voz de Tano Casale, las gafas de Lucio, la cara de Carmine...

No falta ni un detalle, ni una palabra, ni un color.

Y menos que nada el rojo de la sangre derramada.

En el silencio de los pensamientos, oigo que llaman a la puerta.

—¿Sí?

La puerta se abre y asoma la cara de un muchacho del personal.

—Señor Sangiorgi, hay una señora que quiere hablar con usted.

Suspiro. No pensaba que ocurriría tan pronto. Algo en alguna parte late sin permiso. Por mucho tiempo que pase, el corazón nunca será un aliado.

—Hazla pasar.

Me levanto y espero en pie a que Carla entre. Le señalo la silla de delante de la mesa. En cuando se sienta, me siento yo también.

La miro. Diez años han pulido su belleza. Hay en ella esa dulzura inquieta de las horas que preceden al ocaso, cuando el sol parece brillar más vivido y más caliente y como pidiendo perdón por la oscuridad que se hará cuando se vaya. El corte y el color del pelo aún siguen el estilo que les dio Alex hace tantos años.

Los ojos son los de siempre. Y creo que seguirán siéndolo.

Me habría gustado ser distinta y haberte conocido de otro modo. Habría sido todo muy bonito...

Pero no lo ha sido.

—Hola, Bravo.

Sonrío a mi pesar.

—Hace años que nadie me llama así.

—Siempre he pensado que ese nombre te sentaba perfectamente.

Guardo silencio. Ella prosigue.

—Pero después de tantos años te encuentro llevando un nombre que es una carga.

—Es el mío. Antes creía que un nombre era lo mismo que otro.

Me concedo una pausa.

—Me equivocaba.

Saco el paquete de tabaco. Le ofrezco. Para sorpresa mía, rehúsa.

Regala una sonrisa a mi cara de asombro.

—Con el tiempo es más fácil combatir los vicios.

Enciendo sólo mi cigarrillo, pensando que no siempre es así.

—Tu marido me parece una persona excelente.

—Lo es.

—Y tu hijo es un niño precioso. Muy espabilado, parece.

Sonríe. También con los ojos.

—Ah, y que lo digas, demasiado.

No hay curiosidad en mi pregunta, sólo cierta nostalgia.

—¿Y tú cómo estás?

—Tú lo has dicho. Tengo marido, un hijo. Me ayudan a no pensar.

Apoyo los codos en la mesa. Comprendo lo que quiere decir. Pensar, a veces, puede ser una tarea muy desagradable.

Cambio de tono.

—¿Qué puedo hacer por ti?

Ella busca las palabras.

Las encuentra.

—Cuando me fui, no hubo ocasión de hablar. Pero yo te conté mi historia.

Sus recuerdos no le bastan. Sucede, cuando no son buenos.

—Tú me debes la tuya.

Me pregunto si de verdad lo ha pensado todos estos años. La respuesta es que también yo lo habría pensado, de estar en su lugar.

—¿Mi historia?

Pongo cara de que importa poco, y miro a otra parte.

—Es muy sencilla de contar. Bastan unas cuantas palabras.

Me mira. Las espera.

—Yo era joven, guapo y rico. Tenía todas las mujeres que podía desear. En Palermo era una pequeña celebridad. En último curso de derecho me enamoré de la chica equivocada. Una chica en la que había puesto los ojos el sobrino de Turi Martesano, uno de los mayores capos mafiosos de entonces. Me advirtieron que me la jugaba. Pero yo me sentía intocable, protegido por el escudo de la posición política de mi padre.

Se me escapa una sonrisa al pensar en lo ingenuo que era y lo indefenso que estaba.

—Ella estaba enamorada, como yo. Quizá más que yo, porque si yo hubiera sabido lo que me esperaba, habría escapado a la carrera. Seguimos viéndonos. Una noche, volviendo a casa, me asaltaron tres hombres. Me pusieron una capucha y me metieron en un coche.

Le doy tiempo a concebir imágenes que se correspondan a lo que cuento. En su experiencia hay sin duda elementos para hacerlo.

—Me llevaron a un sitio. Una masía, creo. Olía a campo. Oí la voz de aquel hombre que me hablaba. Una voz ronca, cascada, que me decía que fuera bravo, que si lo era sentiría menos dolor... Me bajaron los pantalones y él me castró.

También yo me veo obligado a imaginar. Estaba encapuchado. Lo veía todo negro. Pero recuerdo el relámpago amarillo del dolor ante los ojos abiertos.

—¿Y qué pasó luego?

—Me dejaron en la puerta de mi casa, una villa aislada en la playa, en Mondello. Enseguida me ingresaron en una clínica privada, me operaron con urgencia y me curaron con la mayor de las discreciones. Nadie debía enterarse de que al hijo de

Amedeo Sangiorgi le habían cortado la picha.

Mi voz debe de llegarle igual que me llega a mí.

Sofocada y aún incrédula.

—Cuando sané, me trasladaron a Roma y me pusieron en manos de un psicólogo. Para asimilar mi estado, decían. Las sesiones no sirvieron más que para hacerme sospechar una cosa. Todo fue demasiado perfecto para ser casual. El dejarme delante de mi casa, el rápido socorro, la presencia casual de los médicos en la clínica, como si mi padre supiera lo que iba a pasar.

Vuelvo a mirarla a la cara. Es una mujer a la que he visto matar gente a sangre fría. Y, sin embargo, ahora hay una pena infinita pintada en su rostro.

—Y en efecto era más o menos así. Me lo confirmó él. Sabía, pero no tuvo el valor de hacer nada. O la posibilidad de hacerlo, lo que no cambia las cosas. Para entonces estaba demasiado comprometido en su ascenso al poder.

Dejo que reflexione en la trágica ironía del caso. En el hecho de que, entre tantas, me diera precisamente la carpeta de mi padre. En el hecho de que la única persona que podía ayudar al senador Amedeo Sangiorgi a recuperar un expediente perseguido con tanta saña fuera el hijo sacrificado a las leyes de la mafia.

—Por eso escapé. Por eso me escondí usando un nombre falso. Fui a clases de dicción para disimular el acento siciliano. Tenía miedo, rencor, desprecio por el mundo. Por los hombres, que podían ser lo que yo nunca sería. Por las mujeres, que me excitaban pero no podían satisfacerme.

Me mira en silencio. No hay mucho que decir. Lo que queda debo decirlo yo.

—Y así, recordando las palabras de aquella noche, nació Bravo. Un vendedor de mujeres.

—¿Supiste quién era el hombre que te mutiló?

Sonrío. ¡Cuánto esfuerzo me cuesta hacerlo!

—Claro. Un matón a sueldo. Volví a encontrármelo en Milán. Había hecho carrera, era un capo. Yo tenía un elemento. Conocía su voz. Él no conocía nada de mí, ni siquiera mi cara, porque la tenía tapada.

—¿Qué ha sido de él?

—Murió en la cárcel de San Vittore. Asesinado por otro preso en la hora de recreo.

Necesita un instante para asociar. Pero lo hace enseguida.

—¿Quizá ese preso vivía en Quarto Oggiaro antes de que lo metieran en la cárcel?

Mi silencio asiente. Considero oportuno completarlo con una pequeña consideración sobre mí.

—Como ves, no soy mejor que tú.

Mi historia ha terminado. Como le prometí, bastaban pocas palabras. Tendremos

otras historias, pero cada cual las vivirá por su cuenta. Ahora no queda mucho más que decir, sólo un poco de tiempo que pasar del mejor modo.

Carla se levanta.

—Creo que tengo que volver con los chicos. Oficialmente he venido a darte las gracias como es debido, mientras ellos disfrutaban en la playa. Pero ahora debo irme.

La acompaño a la puerta. Su voz me detiene.

—Ahora te hago yo una pregunta. La misma que me has hecho tú. ¿Cómo estás?

—Tengo una chica. Una sola. Le permito que salga con otros hombres. Pero no es por dinero.

Le abro la puerta. La sigo por el breve pasillo.

—Me he preguntado muchas veces cómo habría sido aquella vida.

—¿Qué vida?

—Trabajar para ti.

Pasamos una puerta y nos hallamos en el vestíbulo. Al otro lado de esta hoja de madera hay otro mundo. El de la gente que no sabe y que, llegado el caso, preferiría no saber.

—Te lo dije, un día en mi casa, cuando me pediste entrar en mi círculo. No es un viaje sin retorno. Pero pueden quedar recuerdos desagradables.

—¿Quién no los tiene?

—Eso, ¿quién?

Damos unos pasos más y nos hallamos afuera, en el patio, desde el que se ven la playa y el mar salpicado de velas de colores. No se distingue a Paul ni a Malcolm McKay, pero estoy seguro de que están por allí divirtiéndose como un padre y un hijo de vacaciones. Y esperan a que se les una una mujer y una madre a la que ellos conocen como Luisa.

Me dan ganas de preguntarle su verdadero nombre. Pero me abstengo.

Se llame como se llame, para mí seguirá siendo Carla.

Carla Bonelli.

Estamos despidiéndonos cuando llega Pilar. Debe de haber dejado el Patrol en el aparcamiento y haber venido bordeando el edificio, y por eso no la he visto. Se detiene a un paso.

Nos mira y, con ese instinto que tienen todas las mujeres, nos examina.

—Pilar, la señora McKay. Ha venido con su marido y su hijo a pasar un par de semanas en el complejo.

Pilar se acerca. Las dos mujeres se estrechan la mano y se estudian como sólo las mujeres saben hacerlo. Entonces Carla...

No, Luisa decide que es hora de volver con su familia.

—Buenos días, señor Sangiorgi. Le agradezco de nuevo su amabilidad. Buenos días también a usted, Pilar.

Sin esperar respuesta, da media vuelta y se aleja, con ese andar que no ha perdido nada de su gracia. La sigo con la mirada mientras se quita los zapatos para caminar descalza por la arena.

La voz de Pilar me reclama a su lado.

—A esa mujer le gustas.

Me doy cuenta de que ha espiado mis ojos sin comprender lo que se reflejaba en ellos. Sin duda muchas cosas, todas fáciles de malinterpretar.

—¿Me dejarás por ella?

Le tomo la cara entre las manos. Oigo en mi voz algo firme, en mis palabras algo definitivo.

—No. No te dejaré por ella.

Me descalzo. También yo tengo ganas de sentir la arena bajo los pies desnudos. Hace siglos que no lo hago. Abandono la tarima de madera del patio y encuentro la arena. Miro a la mujer que vive conmigo desde hace unos años. Lleva unos pantalones cortos color verde militar y una camiseta de tirantes negra bajo la cual los pechos son libres de existir y dejarse imaginar.

—Ven aquí.

Pilar se acerca y yo la atraigo hacia mí. Le echo el brazo por los hombros. Noto su piel, grata a mi mano.

—Caminemos un poco, ¿quieres?

Nos dirigimos hacia Punta de Mangle, sin prisa ni intención.

Pilar me ciñe la cintura con el brazo.

—¿No tenías una reunión?

—¿Y tú no habías quedado para hacer surf?

Ella ríe y sus dientes son los de una joven y dócil tiburona.

—Oh, el chico ese es tan soso. Me divierto más cuando me aburro contigo.

Seguimos caminando abrazados, sin hablar, rumbo a un lugar que sabemos que no alcanzaremos. Pero sentimos este andar juntos, esta cosa nueva que nos impulsa paso tras paso a alejarnos de nuestras huellas. Las encontraremos cuando volvamos. Si se mezclan con otras y no las reconocemos, poco importa. Estamos en una isla y todos somos de algún modo supervivientes.

Aquí la primavera dura mucho y el verano, cuando llega, no estropea nada.

AGRADECIMIENTOS

Esta novela cuenta la historia de un mundo que ya no existe. Se perdió con las personas que se han ido, los años que han pasado, la sociedad que ha cambiado. Se desvaneció con los números que marcan la vida, y el dos sustituyó al uno, y luego vino el tres, y el cuatro, y el cinco, y no sigo porque el seis es el número del diablo.

Milán no era aún potable y la noche era aún un adversario noble al que enfrentarse. El sueño era el verdadero enemigo y el sol del amanecer una costumbre. La indiferencia la única culpa, el talento no reconocido un duro cilicio.

En aquel mundo y en aquella época empezó una aventura que aún no ha acabado. Quiero dar las gracias a todas las personas que han hecho inolvidables aquellos años, con su simpatía o con su aversión: a ambas se debe que yo sea, para bien o para mal, el hombre que soy.

Por eso tendría que escribir cien páginas y citar mil nombres. Me conformo con uno: el Bistec. Ha dejado a sus espaldas frases y ocurrencias memorables, inmensas, de las que sólo el genio por el genio puede concebir. Espero haberle rendido justo homenaje y regalado una brizna de esa inmortalidad que su ingenio merecía.

Hay otras personas a las que debo expresar gratitud por su ayuda en la redacción de este libro. Son personas que gratifican con su amistad y su estima mi presente y a las que tengo el más absoluto reconocimiento.

Es justo, pues, dar las gracias:

A Claudio Giovannone, que ha permitido que una persona muy querida por él fuera transformada en comisario. Y lo ha hecho del mejor modo: haciendo el bien.

A la familia Lavazza, que me ha dado a mí la misma oportunidad.

A Dario Tosetti, por haber hecho de intermediario entusiasta en este intercambio de buenas voluntades.

Al doctor Cesare Savina, buen pediatra, que mientras curaba enfermedades de niños de verdad me ha proporcionado una para un niño de mentira.

Al doctor Franco Bardari, director de la unidad de Urología del Hospital Civil de Asti, que me ha ilustrado, estremeciéndome, sobre las peripecias quirúrgicas de Bravo.

A *La Settimana Enigmistica*, en la persona de Alessandro Bartezzaghi, que me ha echado una mano con los enigmas que aparecen en la novela^[3].

A Piero Tallarida, historiador y devoto camarero del mítico Derby Club en el que el Ascot se inspira abiertamente.

A Lucia Zigliotto, jefa de policía adjunta, amiga delicada y al mismo tiempo incansable protagonista de la lucha contra el crimen de Milán.

A Andy Surdi, magnífico batería y vocalista.

A Michele del Vecchio y Furio Bozzetti, viejos amigos reencontrados intactos.

A Giovanni Bartocci, joven empresario y compañero de noches neoyorquinas.
Dos edades distintas, el mismo blues, la misma cerveza.

Doy por último las gracias a mi grupo de trabajo, compuesto por hombres y mujeres que son colaboradores y amigos al mismo tiempo. Sin que nunca una cosa haya ido en detrimento de la otra.

Éstos son sus nombres:

Alessandro Dalai, el hombre de las nubes

Cristina Dalai, la señorita del cielo sereno

Lorenza Dalai, mi duende preferido

Antonella Fassi, que tiene buenas palabras para todos

Mara Scanavino, que tiene un buen color para todos

Chiara Moscardelli y Elisa Montanucci, que tienen un buen comunicado de prensa para todos

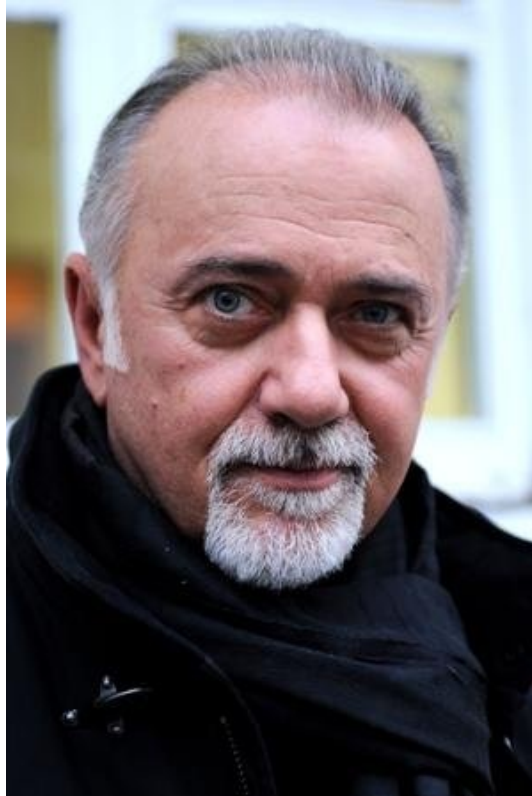
Stefano Travagli, que es sordo al reclamo de la lap dance, lo que no a todos pasa

Francesco Colombo, que me corrige como nadie

Piergiorgio Nicolazzini, que me anima como nadie

Roberta, que hace todo esto y más.

En caso de que yo pueda considerarme una persona afortunada, ellos son parte de esa fortuna.



GIORGIO FALETTI. Escritor, actor, compositor y cantante italiano nacido en Asti el 25 de noviembre de 1950.

Es un rostro muy popular de la televisión italiana, donde ha trabajado, tanto en su vertiente cómica como musical, desde 1982 en que se estrenó en la RAI junto a Raffaella Carrá. Como músico y compositor ganó el Premio de la Crítica del Festival de San Remo en 1994, ha compuesto temas para otros cantantes como Gigliola Cinquetti y Angelo Branduardi y tiene en su haber seis discos. Como actor ha participado en varias películas y series de televisión.

Su primera novela, *Io Uccido (Yo mato, 2002)* fue un éxito de ventas en Italia, siendo traducida a varios idiomas tras convertirse en un fenómeno social en el país transalpino. Sus siguientes novelas, *Niente di vero, tranne gli occhi (El tercer lado de los ojos, 2004)* y *Fuori da un evidente destino (2006)* han tenido, en comparación, un éxito más modesto.

Notas

[1] *En italiano, bianchi.* (N. del T.) <<

[2] Cursivas en español en el original. (*N. del T.*) <<

[3] Lógicamente, los enigmas han sido en parte adaptados o sustituidos en la traducción castellana. (*N. del T.*) <<